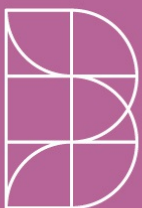


Antonio
Morales
Riveira

**Textos
bogotanos:
elogio de la altura**



Biblioteca
Digital
de Bogotá

Antonio
Morales
Riveira

**Textos
bogotanos:
elogio de la altura**



Biblioteca
Digital
de Bogotá

Textos bogotanos, elogio de la altura

Antonio Morales

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Gustavo Petro Urrego
Alcalde Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Clarisa Ruiz
Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Víctor Manuel Rodríguez Sarmiento
Director Lectura y Bibliotecas

Olga Patricia Omaña Herrán
Mauricio Alberto García Segura
Dirección Lectura y Bibliotecas

BIBLORED

Mary Giraldo Rengifo
Directora General Biblored

IDARTES

Santiago Trujillo Escobar
Director General

Bertha Quintero Medina
Subdirectora de las Artes

Valentín Ortiz Díaz
Gerencia de Literatura

MINISTERIO DE CULTURA

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

María Claudia López Sorzano
Viceministra de Cultura

Enzo Rafael Ariza
Secretario General

Consuelo Gaitán Gaitán
Directora de la Biblioteca Nacional

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LAS BIBLIOTECAS, LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN, BIBLOAMIGOS

Francisco Duque
Director Ejecutivo

Regina Isabel Martínez
Asistente Administrativa

EQUIPO BIBLIOTECA DIGITAL DE BOGOTÁ

Sandra Angulo y Patricia Miranda
Coordinación general

Guido Tamayo

Editor

Óscar Torres Duque

Jefe de investigación

Milena Ramírez y Santiago Ortiz

Asistentes de investigación

Tangrama

Diseño gráfico y web

Fernanda Acosta

Contenidos web

Fundación Karisma

Asesoría derechos de autor

Equipo Conservación y Digitalización de la Biblioteca Nacional

Digitalización

eLibros Editorial, Iván Correa

Diseño y producción eBook

Agradecimientos especiales a todos los autores e intelectuales que aportaron ideas y obras a este proyecto por su confianza y generosidad.

© 2014, Antonio Morales

© 2014, SCRD-Idartes y Ministerio de Cultura

Edición digital: Bogotá, diciembre de 2014

ISBN: 978-958-8877-32-7

Licencia Creative Commons: Reconocimiento-No Comercial- Compartir Igual, 2.5 Colombia. Se puede consultar en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/###>

Usted puede copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra, siempre que no haga un uso comercial ni la modifique. Para conocer el texto completo de la licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>

Todos los derechos reservados. Material de distribución gratuita con fines didácticos y culturales. Queda estrictamente prohibida su reproducción total o parcial con ánimo de lucro, por cualquier sistema o método electrónico sin autorización expresa para ello.

Contenido

Cubierta

Portada

Créditos

Textos bogotanos, elogio de la altura

PRÓLOGO

FICCIÓN

EL FUTURO DE LOS MUERTOS

VERSIÓN ANTOJADIZA DEL CÓDIGO DE NEMEQUENE

PAZ Y AMOR MI CABO

LA LOCHA DE CLASES

EL DEL RITMO NO ERAS TÚ

HISTORIA

UN PASADO DE RAZAS Y ACONTECIMIENTOS

TODO PARA TODOS

LA FUNDACIÓN

LA CUADRÍCULA REAL

HOLOCAUSTO Y MESTIZAJE

DE IMPORTANCIA CAPITAL

LA REVOLUCIÓN DE LAS PLANTAS

LA INDEPENDENCIA

EL HUMOR DE LA LIBERTAD

EL TIEMPO DE LAS LUCES

DESARROLLO Y DESTRUCCIÓN

LA METRÓPOLI DE LADRILLO Y MEMORIA

EL REGRESO DEL ZIPA

EL ZIPA MARQUETERO

REENCUENTRO CON EL DORADO

OTRA HISTORIA

Y UN FESTIVAL ANDINO

POLÍTICA Y SOCIEDAD

LAS FLORES NEGRAS

EL SUPERFICIALISMO

¡AH, LOS INCOMPREENSIBLES COCTELES!

"INGRATO MIL VECES"

EL PASEO DE LA PATRONA
FASCISMO ORDINARIO
EL ALCALDE PRE-MODERNO

ESPACIOS PÚBLICOS

¿Y HOY QUÉ ME VA A LLEVAR?
PALOQUEMAO A TIENTAS
LAS NIEVES
PLAZA DEL RESTREPO
LA CALLE PARA EL QUE LA CAMINA
DESDE EL JARDIN
EDUCACIÓN E INVESTIGACIÓN

LA SEDUCTORA BOGOTÁ

REENCUENTRO TRAS EL EXILIO
ELOGIO DE LA ALTURA
EL VILLAGE BOGOTANO
MEZCLA IDEOLÓGICA
LUGARES Y CALLES
VISITANTES
LA CONDICIÓN MARGINAL
PEQUEÑO DIRECTORIO
BOGOTÁ PARA TURISTAS EXTRANJEROS

ARTE Y CULTURA EN BOGOTÁ

VÍCTOR SCHMID
UN SUIZO EN BOGOTÁ
CINCO AÑOS SIN AMÉRICA
ARQUITECTURA COLOMBIANA
LOS HIPPIES Y LA CAMPESINA
CONTROVERTIDA, MAMAGALLISTA Y POP
MANDARINAS CON LAS "PACHAS"
BOTERO, EMPOBRECIDO VITALMENTE
LOS CRÍTICOS: UN PAPEL "DESTACADITO"
LOS SUICIDAS DEL SISGA
CÚRESE LAS AMÍGDALAS SIN OPERACIÓN
PASIÓN POR PALACIO
UN SOSTENIDO Y APASIONADO ENCARRETE
LA VIDA A LA MANO
DESBOCADAMENTE TROPICAL
LA CAMISA Y EL BLUYÍN
ALGO ÉPICO DENTRO DE MÍ
UNA MONA QUE LLEGA EN LANCHA
LA VIDA PÚBLICA

¡ABURGUESADO MAMOLA!
FRASESITAS STALINISTAS
SOY GENTE CHÉVERE
EL VAHO DE LAS LÁMPARAS
MARTA SENN: DEL SOLFEO AL SOL-LINDO
UN COMIENZO CON MANTELITO
ENTRE EL SOLFEO Y EL CÓDIGO
A LAS TABLAS
OCHO AÑOS ENMALETADOS
EL TRABAJO
EN SOBRE DE MANILA
MARCOS RODA SE REVUELVE
ARTE CALLEJERO
BIBLIOTECA NACIONAL
EL CUARTO DE SAN ALEJO
QUE EL SEÑOR DE LOS SISMOS SE APIADE
LA BIBLIOTECA VIVA
RICARDO CORAZÓN DE PAPEL
UN ADIÓS DE CARNAVAL
PRIMER ACTO: ZOOCIEDAD. EL BUFÓN LLEGA A LA CORTE
SEGUNDO ACTO: QUAC, EL NOTICERO. EL BUFÓN DESENMASCARA A LA
CORTE
TERCER ACTO: HERIBERTO. LA CORTE MATA AL BUFÓN
MILLONARIOS: UNA CITA FALLIDA CON LA APOTEOSIS
ACISCLO, EL EMPERADOR
EL OBJETO PÁNICO DE LA VICTORIA
EN OLOR DE CAMPEONATO
LA PIEDRA DE VIVALDA

LA RUMBA BOGOTANA
SE ME OLVIDÓ QUE TE OLVIDÉ
ENTRE SEMANA

BOGOTÁ Y LA DROGA
MUERTE POR BASUCO (I)
ECONOMÍA DEL BASUCO
EL CORTE
LUMPENIZACIÓN
LA CULTURA DEL BASUCO
COMBINACIONES
¿POR QUÉ TODO EL MUNDO FUMA?
MUERTE POR BASUCO (II)
ZUCOSIQUIATRÍA

QUÍMICA Y EFECTOS NOCIVOS
ASÚSTENSE
VOCABULARIO MÍNIMO DEL BASUCO
RACISMO

GODOFREDO CÍNICO CASPA Y BOGOTÁ

¡A VOTAR POR NUESTRO SEÑOR DE LOS BOLARDOS!
"ME TUVE QUE EXILIAR"
¡NO A LA TOMA DE BOGOTÁ!
¡PATA Y PUÑO CONTRA PETRO!
NO A LAS CAMAD. A LOS ADICTOS HAY QUE FUMIGARLOS
PETRO: ¡A LABASURA!
¡CENSURA PARA LA ENCUESTA FAVORABLE A PETRO!
CONCEJAL DURÁN SILVA: ¡ERES EL FALO QUE NOS ILUMINA!
¡ENRIQUE PEÑALOSA FOR PRESIDENT!

QUAC EL NOTICERO Y BOGOTÁ

TITULARES
NÉSTOR HELÍ
¿QUIÉN ADMINISTRA EL EDIFICIO COLOMBIA?
EL JARDÍN INFANTIL DEL EDIFICIO COLOMBIA
APARTAMENTOS VACÍOS EN EL EDIFICIO COLOMBIA
VIDA COTIDIANA EN EL EDIFICIO COLOMBIA
CONGESTIÓN TELEFÓNICA Y FANTASMAS EN EL EDIFICIO COLOMBIA
PROPINAS EN EL EDIFICIO COLOMBIA
PROBLEMAS EN EL PENTHOUSE DEL EDIFICIO COLOMBIA
ESTRATIFICACIÓN EN EL EDIFICIO COLOMBIA
RUMBA EN EL EDIFICIO COLOMBIA
EQUIVOCACIÓN EN EL EDIFICIO COLOMBIA
COMPLICACIONES ESTRUCTURALES EN EL EDIFICIO COLOMBIA
CUMPLEAÑOS EN EL EDIFICIO COLOMBIA
POESÍA EN EL EDIFICIO COLOMBIA
AGITE EN EL BLOQUE NORTE DEL EDIFICIO COLOMBIA
LISTA DE PROPIETARIOS DEL EDIFICIO COLOMBIA
GRIETAS EN EL EDIFICIO COLOMBIA
SEGURIDAD EN EL EDIFICIO COLOMBIA
COSTURERO EN EL EDIFICIO COLOMBIA
TRANCÓN EN EL CHUT DE BASURAS DEL EDIFICIO COLOMBIA
GODOFREDO CÍNICO CASPA
COMPLICIDAD, MOTOR DE LA HISTORIA
PADRE DE LA PATRIA
IMAGEN EN EL EXTERIOR
LA CULTURA OFICIAL

FLUJO DE CAPITALES
FORJADORES DE PATRIA
EDUCACIÓN POPULAR
LIBERTAD DE PRENSA
CIUDADANOS EN FORMACIÓN
CONVIVIR CON ÁLVARO URIBE VÉLEZ
LA LEGÍTIMA DEFENSA
JOHN LENIN
LLEVANDO LA CONTRARIA
AGITACIÓN DE MASAS
PRIMERO DE MAYO COMBATIVO
EL QUEMANDO CENTRAL
SUEÑO BOLIVARIANO
POLÍGONO ACADÉMICO
RECUERDOS DEL PALACIO DE JUSTICIA
MONSEÑOR PASTOR REBAÑO
SAGRADA EUCARISTÍA
CALVARIO
CONFESIÓN
CARLOS MARIO SARMIENTO GANITZKY
PAÍS LIBRE
UN CONSEJO GREMIAL
EL MEJOR RENDIMIENTO
LOS LOBOS DE LA GUERRA
SÍNTESIS ECONÓMICA
POR SUS PROPIOS MEDIOS
DEFINICIÓN
ERNESTO SAMPER PIZANO
EL TIEMPO DE LA GENTE
EL MARRANO, CON LA MANO
¿ALGUIEN REPORTÓ UN FUEGO?
ROCK AL PARQUE
ESTRATIGRAFÍA
DEL MÁS LOCO ACUERDO
EXPRESIDENTE
ANDRÉS PATRANA ARANGO
039 SE LA LLEVÓ
NADIE ES PROFETA EN SU TIERRA
ANDREW OF THE NORTH
ÁLVARO URIBE VÉLEZ
AUV Y AUC
SEGURIDAD DEMOCRÁTICA

JUSTICIA Y PAZ
EL DEVOTO DE LA BOTA
TODA UNA ELECCIÓN
PREMONICIÓN 1996
CÉSAR GAVIRIA TRUJILLO
VER PARA CREER
BIENVENIDOS AL FUTURO
LA APERTURA
ALFONSO LÓPEZ MICHELSEN
SED DE PODER
EL INDIO AMAZÓNICO
PARA CERRAR LA BRECHA
MEDICINA PREPAGADA
EL TIEMPO DE LA GENTE
AMIGO LÓPEZ
ANTANAS MOCKUS CIVICAS
¡QUÉ CULTURA, CIUDADANO!
DESPACIO... PÚBLICO
DAME LA MANO
EL MIMO CEBRA
MOCKUS EN POESÍA AL PARQUE
MOCKUS ATRACADO
MOCKUS DE CULO EN TRANCÓN
MOCKUS CANTAUTOR
SÚPER MOCKUS
CHUPANDO PITO
CLASE DE MATEMÁTICAS
NI DE RUMBAS
ESCATOLOGÍA LITUANA
EN EL JARDÍN DE FREUD
EL CHIBCHA CLÁSICO
PLAN DE ALCANTARILLADO
EL PATIO TRASERO
TAN CHÉVERE
FI
LA MADUREZ DE LAS IDEAS
MÍNIMA MÁXIMA
PLINIO APULEYO MENDOZA
EL GUAYABO DEL DOLOR
¡SU EXCELENCIA!
ENTUERTOS DEL CIEGO
CON TODA LIBERTAD

PLINIO LEE SU TEXTO EN LA FERIA DEL LIBRO

LOS REPORTEROS DE QUAC

INTI DE LA HOZ

LA OPERETA COLOMBIANA

LA CHICA COMIDA PLÁSTICA

LA LLANTA RETÓRICA

EXTINCIÓN DE DOMINIO

NOTAS DE SOCIEDAD

COMPLETAMENTE CORRIDA

SALSA CRIOLLA

PARA SEPARAR SIAMESES

COCA AL PARQUE

EL MES DE JULITO

FRANKENSTEIN FONSECA

LEVANTAMIENTO DEL CADÁVER FALLECIDO

CONDENA PREPAGADA

PAJAROS DE ALUMINIO

CAÍDA DEL EXTRATERRESTRE

EL ANFITEATRO DE LOS ACONTECIMIENTOS

DISECCIÓN PAQUIDÉRMICA

EL AGENTE BOBADILLA

COMPARENDOS

EL QUE NO PITA

EL CLAN DE LOS DÓBERMAN

CRISIS PORTUARIA

CON LICENCIA

PERSONAJES DE LA HISTORIA. ENTREVISTAS EN QUAC A SUS ESTATUAS

GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA

FRANCISCO DE PAULA SANTANDER

SIMÓN BOLÍVAR

FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

SAINETE DEL 20 DE JULIO DE 1996

EUFORISMOS BOGOTANOS

PRÓLOGO

Preferiblemente de lunes a jueves, porque para él rumbear los fines de semana no tiene mucha gracia, Antonio Morales, *Toño*, es rumbero y rumbeador, que parecen lo mismo aunque no lo sean ni en la práctica ni en la semántica. Según el diccionario de la RAE, rumbero es el “aficionado a bailar la rumba, el experto en este baile, perteneciente o relativo a la rumba”. Trasladado al ámbito geográfico colombiano, el término rumba puede y debe interpretarse como fiesta, casi siempre, aunque no siempre, a ritmo de salsa. Y rumbeador, también según la RAE, es aquel “que acierta el rumbo”.

Con este mini rodeo intento significar que las páginas sobre Bogotá que siguen a continuación han sido escritas por Morales desde ese íntimo conocimiento de la ciudad que sólo puede adquirirse en sus noches, desde el gozo de estar vivos, desde la dinámica de esa palabra que por abusada se ha vuelto tan fea: lúdica. Pero estos textos también son aproximaciones en forma de crónicas periodísticas, de reportajes, de cuentos breves y de sainetes humorísticos, géneros todos que el autor domina gracias a su profesión como reportero y a un talento innato de relator. Si bien para estudiar y explicar ese fenómeno llamado Bogotá uno puede recurrir a expertos en urbanismo, en ingeniería de transporte y movilidad, en sociología, en salud pública, en psicología social, en seguridad o en cualquiera de las áreas del conocimiento, nadie como un antropólogo cronista para interpretar una megalópolis que guarda dentro de sus límites desde realidades étnicas equivalentes a las de La Paz hasta aberraciones consumistas copiadas del Manhattan más sofisticado, pasando por bailaderos similares a los de San Juan y restaurantes con ínfulas parisinas, una sopa cósmica y tropical de calidades variopintas que requiere ojos bien entrenados y esa destreza narrativa que alguna vez cierto galardonado escritor describiera, apropiándose de un término beisbolero, como “brazo caliente”.

Así que este libro, que podría leerse no en orden de páginas sino picando aquí y allá, se inicia con una ficción histórica de Tisquesusha, el zipa que

gobernaba el altiplano hasta los límites con Tunja y que estaba en capacidad de reunir hasta cuarenta mil guerreros cuando necesitaba conquistar o defenderse de sus vecinos hostiles. Entonces, ¿qué habría sucedido si el zipa hubiese empleado la totalidad de sus recursos militares para oponerse al puñado de europeos que en 1537 irrumpieron en su paraíso? Esa es la idea con la que especula Morales para dar a conocer al lector quiénes y cuántos éramos antes de que entrara a Bacatá la empresa de Jiménez de Quesada, constituida por la corona española para expoliar el nuevo territorio.

Éramos, cuenta el cronista en el segundo ‘capítulo’, unas gentes regidas por el código del zipa Nemequene, conjunto de rígidas normas que pretendían regular la vida en sociedad muisca porque, al considerar que sus súbditos estaban bastante alejados de asumir comportamientos candorosos, el gobernante consideró necesario entregarles una guía que además sirviera de base para la administración de justicia.

Ya en contexto, el lector podrá entonces acompañar a Morales, cuyo grito de batalla siempre ha sido “La calle pa’l que la camina”, en su recorrido por los lugares de una urbe que al ser considerados enclaves para pobres sólo aparecen en los medios masivos de comunicación cuando están relacionados con un hecho de crónica roja o con un torcido administrativo. Se contagiará de su dromomanía y visitará las plazas de mercado del barrio Restrepo, Paloquemao y Las Nieves, a la que describe como una pesquera a 2650 metros sobre el nivel del mar. Conocerá o recordará la existencia de seres normalmente anónimos como prostitutas o consumidores de basuco, pero también escuchará hablar de su ciudad a artistas reconocidos como Víctor Schmid, Beatriz González, Martha Senn y Fanny Mickey, sin olvidar a muralistas y pintores callejeros como Guache y Toxicómano, estrellas rutilantes del ámbito callejero que los medios condenan a la invisibilidad chantándoles el rótulo de grafiteros.

Pese a estar referidas a Bogotá, estas páginas no son una oda chauvinista o un canto al provincialismo perdido sino el testimonio de un escritor imbuido por ese cosmopolitismo que se adquiere cuando se sabe hacer vida de barrio, cuando se abandona la seguridad de las rejas y las porterías de los conjuntos cerrados para ir desde la tienda de líchigo de la esquina hasta la

carnicería, como hace en su cotidiano Morales en un ejercicio doméstico de civilidad que le sirve también para tomarle el pulso a la ciudad y hacer amigos porque es un cultor de la amistad. Así las cosas, no podía menos que hablar de algunos de sus panas, incluidos el pintor y grabador Marcos Roda y, cómo no, Jaime Garzón, que fue su compañero de trabajo y a quien le escribía, junto con Miguel Ángel Lozano, los libretos para personificar a Nestor Elí, Inti de la Hoz, Dioselina Tibaná, Godofredo Cínico Caspa y todo ese combo que la política ejercida con las armas intentó silenciar disparando contra Garzón.

Y también está presente y sonante, cómo no, la salsa, uno de los temas recurrentes del escritor, que cuenta cómo el páramo se volvió esa sucursal del Caribe que, junto con Medellín, Cali e intermedias, bien podrían ser consideradas las Antillas de Los Andes. Su amor por el género musical alcanza niveles altos en el cuento *El del ritmo no eras tú*, publicado por primera vez hace treinta años pero acertada y providencialmente incluido en esta selección. Un aparte escogido al azar: “El Pito, Palmieri, me hicieron entender que más valía el montuno que la guaracha, o sea que era preferible que la vida fuera un crucigrama y no un horóscopo, y así llegaron los meses repetidos de Cheche Colé, muerto de la risa, Chácala Malanga. Henao me diría en un hueco en el centro de Bogotá, en ese tiempo cuando se las tiraba de artista, que Bogotá era Caribe, ambos tocando las congas y desbaratando la placenta de un continente que estaba desbordándose hacia el mar, con su expansionismo de cosas raras, de aves elevándose sobre el Magdalena”.

Todo eso, y más, es este libro que puede leerse como una declaración de amor por la ciudad, como la confesión universalista y humanista, no exenta de humor, de un hombre que se declara “un ingenuo en Bogotá” y que reconoce, en el conductor de un taxi que ha alquilado para hacer un recorrido aleatorio por su geografía, “...ese modo práctico que tienen los bogotanos de acomodarse a su destino, que vengo de lejos pero que sé cómo llegar”.

Rafael Baena, septiembre de 2014

FICCIÓN

EL FUTURO DE LOS MUERTOS

Hay que creerles a los sobrevivientes y no a los historiadores

Su cuerpo se había fundido con el monte. Las extremidades agotadas se balanceaban como las ramas de los siete cueros movidas por el viento que venía del estrecho boquerón. Al voltear la cabeza o al inclinar los hombros, sus más mínimos movimientos coincidían con los ritmos vegetales que le rodeaban, escondido como estaba entre las matas de chusque. La tierra había envuelto en sus follajes y con sus olores de curubas al mimético guerrero del altiplano; su cuerpo, tierra que anda, turma, viento, laguna, garza, paisaje, era un tubérculo. Solo sus pupilas se movían detrás de los tronquillos del chusque y los juncales del humedal.

Sus ojos apretados eran en la noche negros círculos concéntricos que se achicaban hasta tomar la forma lanceada de las vistas del jaguar, ungidos de sangre, de sudor, de cejas y de pestañas. Sus manos contenían el plasma de las heridas. Los cabellos negros brillantes y entreverados de zarzas reflejaban la luz de Chía que brincaba entre las nubes proyectando sombras de mares secos y de desiertos plateados. La boca enrojecida de sangre lloraba oraciones a Sue en su duermevela de difuntos.

Las voces españolas despertaban una vez más los odios y los perros, ellos, siempre tan queridos.

Los soldados de Jiménez lo habían atacado en el gran bohío. Aquella casa de monte donde se ocultaba en las cercanías de Facatativá, no lejos de las piedras de Hunza, recoveco ancestral de los indios líticos de antes, abrigo rocoso donde se iniciara la gesta del sedentarismo que continuara su evolución con esta, la era muisca.

Mientras dormía, las sombras metálicas hediondas de Europa lo habían herido a puntas de espada. Tisquesusha, quien heredara el zipasgo del

derrotado y muerto Nemequene, gritó, espaventó, abrió la boca, mostró los dientes y rugió con la fuerza del volcán para evadir los lances de los peninsulares. Corrió en círculos por el cercado. El miedo y la rabia le permitieron decantar aquella fuerza del jaguar-país y entonces trepó a las puntas del bahareque y saltó, empujado su cuerpo por el disparo del arcabuz del cabrón Alonso Domínguez. Allí quedaron su larga ruana de algodón y su manta entreverada de hilillos de oro y hornada con lentejuelas de chispas de esmeraldas de Somondoco y marmajas de Muzo. La estocada de plomo había entrado por su costado desgarrando carnes y rompiendo costillas. La redonda bala había roto su clavícula al golpear su hombro. Sus carnes al fin probaban, como lo habían hecho tantas otras pieles hermanas hechas de cobre y carbón, los rigores del acero y del fuego, del plomo y de la cristiana cruz. La protectora aleación de Tumbaga que espiritualmente cubría su carne, perdía su blindaje de metales y el cuerpo quedaba al frágil amparo de la piel.

Agazapado en uno de esos tantos montes, no lejos de Zipacón —allí donde antes él solía reposar, allí donde él observaba las masas tibias, las nubes que subían del valle del Caripuaña y se congelaban en las montañas para luego licuarse sobre el bosque intrincado— esperó la ceremonia cotidiana del regreso de Sue tras sus doce horas de baile entre los astros. Así pasaron varios días mientras por todo el altiplano corría la noticia de su muerte.

Inmerso en una febril vigilia, recorrido su cuerpo por el ritmo atroz de temblores y calenturas propias de las vecindades de la muerte, el Zipa pasó muchas horas alucinado por su memoria recurrente que se revolvía con los delirios. Por su espíritu pasaban bandadas de cóndores, como si la sagrada ave hubiera cambiado sus costumbres solitarias, su individualismo de propietario de los páramos y sustentador del origen de las aguas. Revoloteaban en su mente palmas hechas serpiente, y el propio sol se ponía y salía a cada instante en una locura universal de estrellas cruzando como puntos oscuros en la mitad del día, de lunas creciendo y menguando al mismo tiempo. Hasta Furatena había perdido su cuerpo y su cabeza galopaba sobre el torso de un venado. Las chozas de los cercados volaban en aterradora formación hacia el sur, las tumbas y los cadáveres de los antiguos navegaban

porque la sabana volvía a ser un mar interior, como si Bochica no se hubiera ocupado de la desecación y del progreso.

El tiempo transcurría solo para él y a una velocidad incontable, mantenido así por los personajes blancos recién llegados que no sólo lo habían herido sino que querían ver su alma sucumbir. Pero como morir también hace parte del instinto, si se invierte el camino se puede decidir vivir y eso fue lo que sintió el Zipa cuando los cóndores venían por él para llevarlo a las tinieblas. Y luchó. Los delirios a veces conducen a la intuición y la energía colectiva de un pueblo que reclama al individuo para que lo libre de un yugo, pudo esta vez desbaratar los designios mortales del mohán Popón.

Llegado otro amanecer y libre de su agónica locura, de su trance peregrino hacia la disolución de su existencia, Tisquesusha pudo ver lo que antes tan solo tocaba, olía y sentía: su piel partida en el costado como una guayaba madura, el hueco que había dejado el perdigón a un lado de su pecho después de atravesar el hombro, las costras de sangre que pintaban sobre el tórax el mapa de su angustia. Tenía una sed de Tequendama producida por la deshidratación sobrevenida con las hemorragias. Buscó en la tierra, entre los chusques, y encontró una aguadiza. Desprendió las hojas del cáñamo, limpió el tubérculo y a dentelladas fue rompiendo el tejido vegetal hasta encontrar el agua depositada. Bebió, encontró otra aguadiza, con dificultad la exprimió sobre sus heridas y sintió los chorros del ardor de la carne que se recupera, el efecto hemostático del líquido sobre las heridas que empezaban a sanar. Arrancó una papayuela, finamente la hizo tiras que puso sobre la carne abierta. Apretó con rabia un lulo de perro hasta hacerlo estallar y se ungió con los venenosos jugos que limpian de bichos la piel pero que destrozan el estómago si son ingeridos. Se incorporó y vio el panorama.

Permanecían a pesar del dolor las laderas y al fondo la vasta planicie con sus labranzas donde el maíz ya estaba tierno y la turma florecida, los ranchos sin hogar, sin otro humo distinto al de los incendios, las lomas vacías de gente. Por los lados de Bojacá, no lejos de los pantanos y lagunas que bordeaban la aldea de Muisquera, se levantaba una polvareda de guazábara en movimiento que espantaba a las garzas, las torcazas y los patos en bandadas gritonas, pavor de aves que conocen y presagian las grandes batallas.

Seguramente eran las gentes de Funza, Fucha, Soacha, Bosa y Fontibón que lo buscaban, eran los ejércitos espontáneos con sus vanguardias de momias de caciques y su algarabía, sus flautas y bombos llamando a la dignidad.

Sintió que la “chubia” —la deuda que tenía con su pueblo y que no podía pagarse con el brillante “mnia” que los invasores amaban para enriquecerse a sabiendas que ese oro era hijo del sol, hermano del maíz— lo impulsaba a moverse a pesar de la debilidad. Apartó el chusque, se puso su camión ensangrentado, amarró las alpargatas y pensando en Chaquíen, el dios de las carreras, fue bajando lomas y dejando postillones de barro que saltaban de sus cotizas...

Tisquesusha bajaba hacia la Sabana mientras el viento, el Huaira, iba depositando en sus heridas las esporas de aquella floración permanente, cubriendo los tajos de una existencia vegetal que curaba las carnes y fabricaba costras y cicatrices a la velocidad de sus ganas de sanar. Desde las lomas de Bojacá e impulsado por sus piernas de cartílagos y músculos aceitados en la maquinaria de las confrontaciones, el Zipa percibía a centenares de guerreros que convergían hacia el pueblo de Muisquera donde Sagipa, el Bogotá, heredero natural de Tisquesusha, ante la ausencia del Zipa a quien daban sus gentes por muerto o cuando menos desaparecido en los bosques de niebla de Zipacón, había decidido concentrar a sus tropas para tomar el camino de Fontibón y progresar a marchas forzadas hacia los grandes cercados de Bacatá.

Ya en terreno plano, allí donde las primeras aguas de la laguna indicaban el camino hacia Teusacá, en esos lugares que tantas veces Tisquesusha había frecuentado para celebrar los rituales de la guerra, allí donde sus antepasados habían dejado la traza de la rana y el lagarto marcada en las piedras, el Zipa se encontró con un anciano y dos mujeres con sus hijos que aunque supieran quien él era, jamás lo hubieran reconocido, no por sus ropas deshilachadas que lo asemejaban más bien a uno de esos hombres que esperaban las totumas de chicha sobrantes de los sacramentos del gran señor de Iraca en Sugamuxi, un borracho más hijo del dios de la risa, sino porque al Zipa nunca se le miraba a la cara pues siempre ha sido malo para la vista mirar de frente al sol que él llevaba en los ojos, que así lo había querido

Nemequene, el anterior Zipa que se inventó las leyes para domeñar a los individuos.

El Zipa estaba ansioso de noticias. El viejo, desde sus labios secos y rotos por los hábitos del silencio, le respondió.

—Son los guerreros que vienen de todas partes llamados por Sagipa. Dicen que el señor de Teusacá —ahí emergía la reverencia mansa al pronunciar el nombre del Zipa— ya no está más, que se fue a los montes buscando las lagunas para fundirse con Bachué, y que entonces toca sacar las momias y atacar a los lanzatruenos.

—Y los blancos ¿dónde están?

—Los de dos pies se han metido todos en el cercado de la gran choza con la cruz y los de cuatro pies están escondidos en los montes de Oriente, allá donde vivimos los Laches. Lo sé yo porque de allá vengo y voy para abajo con mis hijas, para Cachipay a buscar las tierras calientes porque mis hijos están muertos por los españoles y ya no puedo pelear.

Tisquesusha dejó entrar en sus labios y ojos una mirada de caricia y con ella reanudó el trote hacia Funza...

No sabía el Zipa que dos días antes su ausencia fue sabida por todos en el boca a boca tajante y grave de la lengua de los chibchas y que las desordenadas guerrillas se habían lanzado en pequeños y certeros ataques sobre las desperdigadas tropas españolas.

Jiménez de Quesada había ordenado un repliegue general de todas sus tropas de a pie y algo de caballería hacia las nuevas fortificaciones que defendían la recién fundada Santa Fe de Bacatá, erigida en el sitio de Teusaquillo a punta de empalizadas, piedras, tapias pisadas y adobes a manera de un castillete desordenado y a medias artillado con las piezas traídas por Belalcazar y Federmán. En esa fortaleza primaria preveía su defensa y su victoria definitiva contra las huestes del Zipasgo, completada su estrategia de mosquetes y tercios aguantando, con una demoledora carga de caballería que atacaría desde oriente a los muiscas atraídos por el señuelo de su encierro. Dos días venían apareciendo de lomas y labranzas los chibchas en desordenada guazábara de macanas, dos días venían llorando la muerte del

cacique y preparando la suya en rituales de chicha y guarapo, de borrachero y coca, para el definitivo festival del abandono de la vida en la última batalla.

Los huesos del venado, tostados en la cábala de las piedras calientes, habían mostrado a Sue naciendo día tras día. De los ríos que trazaban los rasgos de la gente tantas veces vistos en el oráculo de las turmas divididas, de esos ríos Tisquesusha tenía venas y arterias. Tisquesusha, tejido de piel y sangre, bordado de lana nueva y viejo algodón de los hermanos, patrón de orfebrerías puestas después a la vista del recién llegado, para que la vida de aquellos que vivían en Bacatá se convirtiera en desdicha. Pero no. Los huesos vueltos ceniza en el mortero del sacerdote de Iraca, polvo gris lanzado al aire para ser tan solo un instante iluminado por el sol que entraba al mediodía por el buitrón del templo, le había dejado ver al gran Sugamuxi que los indios volverían amorosos y con ganas de pelear impulsados por los totémicos respiros de dantas imaginarias enviadas desde las llanuras interminables de oriente por los hermanos sálivas.

Vendrían los combatientes de todos los montes del reino de Hunza, de todas las laderas de Bacatá, de los valles de Iraca y aun de los fronterizos parajes de Arcabuco, para reconstituir la unidad muisca, olvidadas las guerras entre tíos y primos, todos enchichados y convencidos no pocos de un temerario desmadre gracias a la ingesta del sagrado cacao sabanero de las borracheras cósmicas.

Esa tarde, por el sitio de Muisquera, Tisquesusha encontró las primeras guerrillas que venían de Bojacá. Al frente de mil guerreros venía su primo Saguanatá, señor de los cercados de las lagunas del suroeste y encargado secular de la defensa de esas fronteras chibchas que miraban a las tierras calientes que se abrían en lomas, valles y montañas que eran tumbas de gigantes que declinaban hasta las planicies del gran río, allá donde vivían los pijaos.

Saguanatá vio al hombre herido y detuvo la música y la marcha de sus tropas con el propósito de acogerlo y sanarlo. Y aunque la mugre de tierra negra y roja sangre cubría al Zipa, su primo con quien había crecido en Zipaquirá, con quien había explorado los socavones de las minas de sal y jugado al Turmequé en las pistas de lodo de Cajicá, reconoció esos ojos. Esa

mirada en cuyas pupilas oscurísimas se veían las pintas del jaguar negro, porque así había nacido Tisquesusha, con el iris tachonado de piel felina para significar desde siempre que sería él quien debiera transmutarse en hombre jaguar, en velocidad, garra y colmillo, en salto y en desgarramiento de presa para impedir que en aquel altiplano mandara otro Dios que no fuera esa suma de deidades que hacían que todo fuera divino, desde el canto del pájaro en Choachí hasta el oro hundido en el volcán del Guatavita; divino maíz; divina vida, divina muerte, dios en todo y todo en dios. Todo animado por la energía de Sue y su cópula con Chía en los eclipses por los lados de Fagua, dios sapo de las cañadas del Tunjuelito, sal de Nemocón sudor de dios. Todo y todos dios y no solo uno, y ninguno verdadero, dioses inciertos y tantos que no castigaban. Millones de seres vivos o de minerales todos divinos, ninguno crucificado, dioses de barro, así no más, porque los dioses apenas son, porque en aquellas sabanas prevalecía solo la ética de la naturaleza que es amoral y no peca y mucho menos se confiesa.

Saguancatá sin decir nada se inclinó ante el Zipa. Los guerreros y las mujeres que venían detrás con fardos de maíz, chorotes llenos de agua y carnes secas para nutrir a los combatientes, inmediatamente dieron la vuelta, se pusieron de espaldas y un murmullo reverente que se fue volviendo rumor y desaforada gritería se elevó sobre los helechos y pasó la altura de las palmas de cera. Estaba allí vivo y ensangrentado y feroz. Otro tanto hizo Saguanatá pero Tisquesusha alzó la voz y, con una frase que empezó alta como los flautines y terminó con la gravedad del bombo propia de los acontecimientos, les dijo que no era la hora de las ceremonias sino de la guerra, que lo miraran por esta vez de frente porque estaba bien vivo y que vieran que su sobrevivencia no era solo la del Zipa de Bacatá sino la de todos ellos, la de un modo de habitar la tierra que debería ser defendida hasta vencer o morir.

Los guerreros de Bojacá sudaban ese extraño material que forma la paciencia en la epidermis de la espera. Tisquesusha se les unió y comenzó a trazar la estrategia de su guerra. Los españoles lo daban por muerto y así lo habían pregonado en aldeas y cercados por todo el altiplano. El error, como

otras veces, les había conducido por los caminos inextricables del inexistente Dorado, el error supremo, la gran farsa. Saguancatá escuchaba al Zipa.

—Si me quieren muerto, así me tendrán. Manden mensajeros rápidos a todos los cercados, a las labranzas, a los pueblos y veredas. Que todos sepan que he muerto y que soy cadáver y que así voy al combate. Y llévenme en andas a la guerra como a las momias de los grandes caciques y de los antepasados guerreros; así tendré las tres fuerzas, la de los muertos que han tocado el sol, la fuerza de mi vida y la inmortalidad de la leyenda que empiezo a ser. Muerto y vivo dirigiré las batallas hasta derrotar los lanzatruenos. Guarden ustedes este secreto hasta que sea revelable.

No pasó mucho tiempo antes que el Zipa estuviera disfrazado de muerto, disecado en vida sobre las parihuelas portadas por las gentes de Bojacá. Ya los mensajeros cruzaban los juncales y los caminos chibchas y de aldea en aldea eran más y más los que continuaban la carrera histórica y comunicaban la noticia del gran muerto. En efecto, las guerrillas se reproducían como el cuy y atacaban sin cesar a los hombres de lata en cada esquina del Zipasgo, en aquellos enormes parajes de planicies y lomas puestas a horcajadas sobre la cordillera, sabanas instaladas desde siempre a seis mil cuatrocientos treinta brazos por encima del infinito lago salado de los caribes y los tayronas que está allá donde no se pone ni nace Sue, mar que alguna vez llegó hasta Teusacá. Mar y madre de agua, cocha diosa de quien ahora solo quedaba el recuerdo salado en Zipaquirá o los restos de sus peces pétreos atrapados en las rocas de Ráquira y, abajo, en las tierras calientes, ese irse del Caripuaña hacia ella, la líquida deidad, porque el río grande en su orfandad, sigue su curso buscando apenado a su madre que mora cada vez más lejos hasta que la encuentra allá donde las bocas se hacen ceniza.

La orden se volvió flecha y en pocas horas llegó a todas las comarcas y con el tiempo pondría en armas las veredas aun más allá de sus dominios; en las tierras del Sugamuxi, del Tundama, del Guatavita, del sabio señor Quemuenchatocha prisionero de los españoles. En todos los vasallajes de Tisquesusha en Cunturnamarca y en los lugares de dominio del Zaque de Hunzaúa, los pueblos se dispondrían a batallar. Una espontánea unidad, una memoria de múcuras y sumas paces, contra ellos, los castellanos. El mensaje

era escueto: moribundo, el Zipa había ordenado pelear hasta el final y muerto venía supuestamente empajado por los taxidermistas de Siecha y Guasca al frente de sus tropas en gran guazábara para confrontar al enemigo.

Solo los hombres de Bojacá con su primo Saguancatá a la cabeza, sabían que el joven guerrero del altiplano estaba bien vivo y pronto curado de sus heridas. Los demás, tristes pero decididos a sonar las caracolas del rito del Busiraco, dios de la guerra, se aprestaban al combate, sin saber de la estrategia del cacique vivo, engalanado de momia. Tisquesusha sabía que la verdad es ese algo que siempre está por suceder y que la mentira es una verdad que no ocurre. Así, la farsa de su muerte estallaría frente al enemigo para consolidar la victoria.

Tisquesusha y sus tropas esperaban el momento propicio para atacar desde el oeste de la Sabana a los invasores. La armada chibcha cada día aumentaba con la llegada de los emplumados guerreros, los güechas, grandes combatientes defensores de las fronteras que acudían de todos los villorios y labranzas del sur, el oriente y el occidente del zipasgo para unirse al gran ejército por el momento estacionado entre los maizales que crecían entre Muisquera y Funza.

Las fuerzas europeas a la sazón aumentadas por la llegada de occidente de Sebastián de Belalcázar y por el oriente del alemán Nicolás de Federman con sus respectivas y bien aperadas huestes, habían logrado desperdigar las divisiones de Sazipa, hermano de Tisquesusha quien, ante la noticia de la supuesta muerte del gran cacique, había asumido la resistencia, porque a sus oídos no había podido llegar la noticia de que el empajado Zipa estaba vivo dentro de su traje de momia.

Los indios temerosos de las cargas de caballería, se habían refugiado en las montañas del sur, desperdigados entre Cáqueza y Pasca, en aquellos parajes sembrados de coca y yomi, la mal llamada papa, noble hija de la tierra, tierra misma. Se sentían en un lugar protegido, allí donde las maniobras de la caballería y el fuego de los cañonazos se hubieran refundido, inanes entre las cuchillas y los valles, los páramos y los riscos.

El peso de aquella lava que era la invasión, había petrificado los espíritus e instalado el sentimiento de derrota y el pesimismo entre las gentes

de los valles de Iraca, de Duitama y en las propias regiones de Hunza.

Hacia el occidente los españoles creían haber “pacificado” los pueblos sabaneros tras haber matado al Zipa Tisquesusha, noticia que habían dispersado por sembradíos y cercados y que ante el regreso del Zipa, en la mente de los muiscas se sumaba como otro engaño, otra mentira más del sojuzgador. De tal modo, creían ellos que contaban con la obligada neutralidad de los pueblos que se sucedían una tras otro desde Fontibón hasta Zipacón y de Engativá hasta Subachoque, en esas extensiones planas donde suponían que los indios se encontraban constreñidos en sus campos y sus chozas, los sugües que levantaban sus miles de conos de paja entre los humedales y las tierras firmes grandemente pobladas.

Las primeras avanzadas europeas no pasaban entonces de Fontibón o Suba. En cambio hacia el sur y el oriente, buena parte de las tropas blancas día tras día avanzaban hacia los cerros, matando o desalojando a los muiscas que resistían parapetados entre los brazos de los montes en ineficaces defensas contra el trueno de los arcabuces. Y aunque la caballería no podía progresar en esos parajes, las tropas de a pie del rey de España aumentaban el perímetro de su vanguardia, de tal modo que Sazipa y sus hombres, luna a luna, debían remontar las laderas para situarse cada vez más cerca de las planicies de los páramos donde seguramente las cargas de caballería convertirían ese terreno en la última batalla. De las fuentes de arriba, el agua bajaría hasta el fin de su recorrido rosada de sangre, mezclada de lágrimas, hasta convertir al Tequendama en una catarata roja, como si los españoles hubieran logrado cortar de un tajo la garganta de todo un pueblo.

Aunque Jiménez de Quesada sabía que un grupo grande de indios se encontraba estacionado cerca de Funza, los creía más a la espera de los acontecimientos y prestos a doblegarse ante la consumación de su derrota, que listo a embestir los estandartes de estos nuevos cruzados de pacacotilla con aquellas sus banderas del odio y de ambición. Sin embargo, entre las guerrillas de Sazipa asoladas en las elevaciones y las tropas de Tisquesusha, no había comunicación y, en consecuencia, no podía darse una oportuna acción conjunta. Era imposible, para unas fuerzas en todo caso diezmadas, pasar con sus correos al trote por los territorios de sus enemigos de antes, los

Panches y los Fusagasugáes que esperaban el desarrollo de la guerra para atacar o plegarse al triunfador. Y transitar por Bacatá y Teusaquillo era imposible, fortificados los blancos como estaban. Para Sazipa, su hermano ya estaba al lado de Nemcatacoa, el dios de las borracheras, hundiendo sus recuerdos en el olvido alcohólico propio de quienes han alcanzado el sol después del martirio. Para Tisquesusha, el gran ejército de Bacatá, había sido derrotado y era necesario reconstruirlo. Los dos focos luchaban sin saber el uno del otro. Sazipa resistía y Tisquesusha acumulaba fuerzas al amparo de su muerte.

Con la tranquilidad de saber sus espaldas protegidas y consolidada la defensa de Teusaquillo con el aporte en hombres y armas de Belalcázar y Federmán —a cambio de una equitativa repartición del tesoro de la conquista y la decisión conjunta de ir detrás de El Dorado que para ellos centelleaba en los territorios del oriente más allá de las montañas— Jiménez, que había sido reconocido como “adelantado”, fundador de Santa Fé de Bogotá, jefe del terror y sustentador de la civilización, se decidió a dar la batalla definitiva. Resultaba insoportable para construir una sociedad a imagen y semejanza de la lejana España, tener en el entorno a esas bandas de indios insurrectos, que aunque jamás podrían derrotar a los Tercios, producían a toda hora escaramuzas que obligaban a los invasores a estar siempre con las armas en la mano, lejos, como hubieran querido, de las suaves pieles de las indias, de sus cabellos tratados con aceites, gredas termales y perfumes de heliotropos y cartuchos.

Para el asalto final contra las guerrillas de Sazipa, Jiménez calculaba la victoria con la primaria aritmética de su violencia. Llegando sus tropas y las de sus cómplices a no menos de tres mil bandidos bien armados y sabiendo que los indios, mal contados podrían llegar a cuarenta mil dispersos en las montañas y entre ellos no menos de cuatro mil desplazados al páramo que los españoles llamaban de Sumapaz por nacer allí el río tranquilo de sus deseos, preveía coronar las alturas con su caballería, disponer las pocas piezas de artillería y atacar el núcleo de las tropas chibchas directamente al mando de Sazipa, con un total de mil hombres, trescientos de ellos de a caballo. Por ello le decía a uno de sus lugartenientes, Lázaro Fonte, que bastaría con destrozar

el grueso de la tropa de Sazipa para desatar una carnicería en la cordillera que sería completada por el avance de mil más de sus hombres hacia las montañas de Pasca para envolver en una tenaza a toda la resistencia. Los cálculos de Jiménez eran simples. Cada baja entre ellos, a la usanza de esta nueva guerra desequilibrada, les permitía saber que podrían matar a cuarenta indios. De tal modo que aún si llegaran a tener entre muertos y heridos mil bajas, cifra a sus ojos improbable, sus tropas estarían casi intactas en el momento de haber masacrado a toda la resistencia en el Páramo de Sumapaz. De ahí en adelante, lo demás sería pan comido. Mil europeos más se quedarían en Bacatá y Teusaquillo en la retaguardia, resguardando los flancos y proveyendo la logística para la campaña que para el conquistador no duraría más de una semana.

Cuatro días antes del crucial momento en el cual se daría la gran batalla, los europeos comenzaron a avanzar. Arriba, en las lomas llenas de ojos y de oídos, la noticia llegó hasta Sazipa. Los encuentros anteriores le habían demostrado que era imposible derrotar a esos hombres de acero, muchos de cuatro patas, dominadores del relámpago y dueños de una voluntad de matar y una fuerza, la de la ambición y el egoísmo, para los indios no conocida, ni siquiera en los peores lances con sus vecinos panches. El autoproclamado Zipa, ante la ausencia de Tisquesusha quien en realidad acumulaba fuerzas en su retaguardia estratégica, decidió consultar a sus más cercanos jeques y sacerdotes quienes, en medio de una borrachera de chicha y cacao sabanero y en el trance profundo de sus alucinaciones y encuentros mágicos con las revelaciones de la tierra y del fuego, lograron consultar a los espíritus que habitan el mundo de los destinos, tras lo cual intuyeron una solución.

Al amanecer del día en el cual tendría que darse la enorme batalla que llenaría de explosiones y quejidos los boquerones y las cuchillas, las tropas de Jiménez llegaron hasta el borde la gran ladera que sube centenares de metros hacia la cuchilla que corona el páramo de Sumapaz. Era la primera vez que los indios los obligaban a combatir a esas alturas, hasta cuatro mil metros, pero no pocos de ellos lo habían hecho en inviernos más crudos en Europa. Si, era fatigoso avanzar pero una vez al calor del combate, el corazón hispánico bombearía tanto oxígeno como fuera necesario para finiquitar la

masacre. La orden era “sin cuartel” y pasar a cuchillo a todos los indios que sobrevivieran a los perdigones. Cuando a eso de las cinco y media de la mañana el sol pintó de gris las sombras de aquella noche sin luna, los españoles no pudieron contemplar lo que sería el campo de batalla. La bruma del páramo no permitía ver a más de cuatro metros. Poco a poco la neblina se fue levantando. Desde su caballo Jiménez empezó a diseñar las órdenes en su cabeza. La caballería atacaría a los indios por los flancos mientras que los artilleros bombardearían el centro, luego entraría la infantería con armas de fuego, abierta en abanico arrasando todo, trabajo que sería completado a mandobles y golpes de lanza por el resto de la tropa de a pie.

Arriba, en la punta de la cuchilla detrás de la cual se cae en el abismo que se hunde hasta los espacios reverberantes de las tierras calientes, Sazipa esperaba también la disipación de la bruma para poner en práctica su estrategia invocada por los jeques que a su vez habían hablado con los espíritus de los grandes guerreros, cuyos cuerpos reposan para siempre en las tumbas profundas cubiertas por las aguas de los ríos desviados por los chibchas, para cubrir de tierra y agua a los muertos que habitan en los estratos profundos del infinito que está en el centro de la tierra.

Jiménez y sus tropas estaban prestos. Ya a las seis el sol había atacado y fundido en vahos más altos y densos la humedad matutina del páramo. La bruma metódica y obediente, se iba desplazando hacia las cumbres dejando ver ese tapete húmedo que constituye la vegetación del páramo, esa verde humedad de las plantas y los líquenes que son una laguna quieta pero acuosa, verde de vegetales y cenagosa. Los hombres de a caballo sabían que llevar a sus bestias al galope por esos terrenos inestables no sería cosa fácil. Pero igual lo harían.

Los acontecimientos del páramo son repentinos. Allá, tan alto, todo pasa a la velocidad de los vientos. Y fue así como en segundos un ramalazo de brisa, un aire de torbellino levantó la gris humedad de la bruma y en un instante abrió el páramo al sol que cayó nítido desde oriente sobre la punta de la cordillera. En medio de un silencio propio del fin de los tiempos, los españoles fueron abriendo sus bocas llenas de amarga ira sin dejar escapar palabra, tan solo para expresar en sus labios desencajados la magnitud de lo

visto desde lejos. No eran cuatro mil los guerreros que allí esperaban el combate dispuestos con sus arcos y flechas, sus macanas, sus cerbatanas y lanzadardos, sus escudos de oro y sus lanzas de palma negra, sus brazaletes, petos, picas y plumas. Toda la inmensa ladera, muy a lo lejos, hasta las cuchillas del páramo, estaba llena de güechas, no había espacio entre uno y otro, la loma entera brillaba de oro, algunos se movían, otros mantenían la solemne quietud de los grandes momentos, todos con sus mantas de algodón y sus gorros y tocados de medias lunas de oro o plata, unos muy grandes otros más pequeños. Los indios habían logrado juntar en aquella altura no menos de doscientos mil guerreros. Al frente de ellos, un puñado de indios en guardia cerrada, llevaba en andas la momia del gran Tisquesusha, guía y vanguardia de la batalla delirante que se planteaba.

Rápidamente Jiménez de Quesada dio la orden: retirada y a marchas forzadas antes de que se desatara ese volcán de oro y muerte sobre los invasores. Nada hubiera valido ante tamaña fuerza, en semejante lugar, dominando posiciones de por sí difíciles de tomar, pero defendiéndolas en tal número que cualquier intento de batalla hubiera sido un suicidio. Los españoles, por primera vez desde que entraran en ese por ellos llamado Valle de los Alcázares, regresaron apresuradamente por donde vinieron, buscando el refugio de Teusaquillo y sus posiciones seguras. La orden de retirada llegó hasta las tropas que avanzaban por Pasca para completar el exterminio. Mientras bajaban, las emboscadas tropas de Sagipa a tiro de honda y de macana mataban o herían a no pocos de los hispánicos despavoridos.

Tratando de resarcirse del miedo y de la derrota con juramentos y en medio de lo inexplicable, los sobrevivientes se refugiaron al atardecer en sus castilletes de naipes y en sus empalizadas. ¿De dónde había salido aquel multiplicado ejército de muiscas? ¿Por qué nunca habían visto a algunos de esos guerreros más altos que la mayor parte de los indios? ¿Cómo se habían movido para llegar al páramo? ¿Cuándo bajarían para atacarlos? ¿Cómo preparar la defensa si avanzaran sobre la sabana?

Tanto pavor padecieron los españoles ante aquella ventisca de guerreros, algunos de ellos hasta de tres metros de alto instalados en las tierras frías de los montes húmedos y los arcabucos del páramo, como el que los chibchas

sintieron cuando vieron aparecer hombres de cuatro patas con pieles de un metal gris y sórdido que en nada se parecía al purificado oro. Al engaño le habían devuelto otro engaño, al susto, susto, soldados vegetales contra animales, tierra sagrada contra religión espuria.

Las respuestas no estaban a la mano, porque lo que había pasado en el páramo de Sumapaz, no era un asunto de fuerza sino de astucia, de malicia chibcha, una malicia tan singular como aquella de inventar la existencia de un Dorado para inflar la codiciosa psiquis del invasor.

La verdad era más que nunca una mentira no revelada. Quienes ganaron esa batalla que aunque nunca se dio produjo vencedores y vencidos, fueron los miles de frailejones que allí crecen, aquellas grandes matas del páramo que se asemejan a decididos luchadores que cuidan en lo alto la cópula de la tierra con las nubes; arbustos rectilíneos y llenos de hojas como plumas, esos troncos antropomorfos que velan hasta hoy por el páramo, grandes guerreros vegetales cuya única arma es el hecho de estar por siempre allí colgados de los rituales propios de la lluvia y el sol, estoicos combatientes inmóviles que demostraron su carácter en aquella primera batalla de posiciones, en la cual se mantuvieron incólumes, apenas mostrándose.

Ayudados, vestidos con los disfraces, con las mantas con las que los muiscas los cubrieron, con las lanzas y macanas que pusieron entre sus hojas, con los petos de oro y las coronas que los adornaron para librar aquella batalla que se dio en suma paz, primera de las grandes confrontaciones ganadas por los muiscas a los invasores que terminara con la huida de los españoles por las márgenes del Caripuaña de nuevo a Santa Marta y de allí a España, a donde regresaran sin haber completado la Conquista. Batalla de quietudes y silencios en la cual se hermanó la carne humana con la fibra vegetal, para disponer batallones y legiones de seres de piel y rama, todos tierra.

Tisquesusha, el estratega de tan sublime ardid, al ver la despelotada retirada de las huestes españolas, se quitó su empajado disfraz de cacique muerto e inició la larga época de las celebraciones.

Ese mediodía Sazipa y Tisquesusha se prosternaron junto con todos sus uzaques ante el sol para luego dar la orden de comenzar la fiesta de la victoria

de una batalla que no hubo que dar. Justo en el momento de abrir la boca para tomar una totumada de sagrada chicha de maíz, todos los guerreros que estaban cerca de él pudieron ver entre los labios del Zipa los colmillos del jaguar y en sus ojos los rayos dorados que aun hoy atraviesan selvas y cordilleras.

VERSIÓN ANTOJADIZA DEL CÓDIGO DE NEMEQUENE

Durante los años que los españoles llamarían 1480, cuando aún el genovés no había fletado sus matones y criminales para hacerse a la mar en busca de “las Indias”, grandes convulsiones ocurrían en las tierras de los muiscas.

Las fronteras, que habían sido tejidas largamente por las anteriores confrontaciones, por la geografía misma, los climas, los cultivos y las decisiones de los que mandaban, ya no servían de talanquera ni de norma. Los límites y las cercas que Shaquén el gran dios de la topografía había señalado, ya no se respetaban. Los pueblos y los guerreros se paseaban de uno a otro territorio, invadían, y parecía que los días hubieran quedado bajo los designios de Huitaca, el dios de las pependencias y los tropeles que junto con el demonio Guahaioque había logrado sembrar la ambición, palanca que movía las rocas y hacía inestables todos los terrenos.

Saguanmachica atacaba a sus vecinos los panches y los fusagasugáes, ocupaba sus tierras hasta Tibacuy, mientras el Guatavita rompía viejas paces para embarcarse en nuevas guerras contra las gentes de Teusacá. Las labranzas se tornaban en campos de batalla y era la guerra y su hambre quien todo lo decoraba. Michua, el zaque de Hunza, levantaba ejércitos para asociarse con el Guatavita y el Ubaque de Chiquinquirá, Saguanmachica contraatacaba, Michua se retiraba a sus cercados, volvían los ejércitos a ponerse frente a frente y esto duraba ya veinte zocanes en los cuales la armonía había sido desbancada por la melopea de las batallas.

Morían los güechas, morían los uzaques, hasta los reyes Michua y Saguanmachica morían y las verdes tierras filtraban la sangre de los postergados. Subyugados como estaban por sus guerras, los muiscas violaban las leyes, desbarataban las costumbres, ganaban batallas los de Bacatá contra los de Hunza, pero ganarle un combate a los hermanos equivalía a erizar de

flechas su propio cuerpo social. El suicidio cultural y el fratricidio iban de la mano, así en Chocontá las tropas del Zipa vencieran. Pero ¿qué era ganar una batalla en una derrota colectiva?

Los odios habrían de prolongarse. A la muerte de Saguanmachica, Nemequene, el “hueso de jaguar” asumió el zipasgo de Bacatá. Basado en la observación y la introspección de la enorme fuerza, la voluntad pero también la elástica musculatura del felino, el nuevo zipa se dedicó a precisar las normas que deberían regir el devenir de los muisca y consolidar la sociedad.

Durante los zocanes de Nemequene que habrían de durar hasta el año 1514 de los españoles, cuando estos ya habían llegado con su egotismo a las costas del Caribe, una nueva legislación se habría de imponer en las tierras de la turma y el frailejón.

Nemequene había dedicado buena parte de su juventud a observar los usos y las conductas de las gentes, pero también al estudio de los ritmos de la naturaleza, desde los astros hasta el último grano de arena del río, de tal modo que la síntesis de sus observaciones lo iba obligando a definir estructuras comunes de los hechos, de las costumbres, de los ciclos. Todo ello se sedimentaba en su mente para poner en orden las usanzas de la civilización y normativizar causas y efectos, de tal modo que las gentes, los muisca, tuvieran un reflejo de sí mismos y una norma que los condujera por los caminos del símbolo hacia la realidad práctica de la ley.

Como era la vida misma la que importaba más que el símbolo, el código de Nemequene elaborado en las discusiones y en las consultas con las gentes de los poblados y las labranzas, pretendía el predominio de la existencia colectiva sobre las ansias de los individuos y aun sobre los designios voluntaristas del clan. Aunque nadie era consustancialmente malo, todo el mundo podía ser cruel. Los sentidos y observar en ellos como se manifestaban, deberían conducir a la conciencia. La cultura que se había desarrollado de la mano del pensamiento espiritual habría de ser esa amalgama de lo físico, de lo asible, con todo lo que estaba más allá de los propios sentidos y que constituía para los muisca el universo de lo oculto. Desde los sentidos se hacía visible lo escondido y los preceptos tendrían que ser, entonces, apenas una verificación de lo sentido. Observar, hacer

memoria, mezclar, deducir y sentir para consolidar la norma, tal era el trabajo de pensamiento de Nemequene.

La lógica de la justicia de los muiscas tendría entonces que ser mitológica y en armonía con las emociones y no solo con los deberes, porque la emocionalidad misma entre los muiscas hacía parte del deber, del querer ser como pueblo dentro del Estado. Los códigos y en ellos la justicia, eran para Nemequene más una explicación que una norma inquebrantable. Había que ordenar respetando el desorden, dejar que la asimetría de la naturaleza, y de los chibchas en ella se expresara. Así fuera necesario, no pocas veces, elevar al canon de drásticas leyes determinadas prohibiciones.

Nemequene había descifrado los entretelones de la ética silvestre del mito, las relaciones de la vida común con lo perentorio, juicios subjetivos y objetivos que debían volverse prácticas, más que creencias, conocimientos asumidos y compartidos, en lugar de leyes. De ese modo, Nemequene habría de expresar las normas a través de narraciones, sabiendo que lo contado lleva dentro de sí la posibilidad de transformarse en cada acto, en cada comunicación de boca a boca. Narraciones y tradiciones orales colectivas en lugar de dogmas escritos, tal era el deseo de Nemequene cuando contó para la posteridad en el estilo amable de las sentencias, los derechos y deberes de la nación chibcha, historias que hoy transitan en las palabras nuevas y al hacerlo, prevalecen...

Transcribo, con total libertad de interpretación, apartes del Código de Nemequene...

Así como Chiminigagua ha dado la vida y así como el agua se vuelve nube cuando el sol la toca, ninguna gente puede hacer llover ni cambiar los ciclos de la vida. Quien haga llover la muerte sobre otro será tocado por las flechas de Shaquén y el viento de la muerte también lo llevará. Ni aun perdonado por los parientes, quien toma la vida será perdonado. Así volverá el equilibrio y el muerto será compensado.

Si el maíz da sus mazorcas a todos y todos tienen de él, quien quite a otro sus bienes, que son de todos, se robará a sí mismo. Quien roba no ve por los demás y entonces no merece ver. Que sus ojos sean quemados y se

extingan y que la ceguera le impida desear lo ajeno. Y que así, sin vista, solo pueda mirar hacia adentro donde nada es robable.

El que robe, será llevado de espaldas frente a su cacique y será obligado a mirarlo. Quien ha visto al cacique ha roto la ley de lo oculto y ya no podrá casarse, ni ser ayudado en las labranzas y nadie lo tratará ni le hablará. Purgará su vicio en la soledad y el aislamiento.

Si la mujer muere al lado del agua al parir un nuevo ser, siendo ella la mitad de la casa y de sus bienes, así también la mitad de lo habido le sea dada a los suegros, hermanos o parientes cercanos. Que el marido que ya no tiene mujer ni nuevo hijo, entregue los bienes que de ellos eran. Así, antes de que sea tarde, se ocupará de cuidar y proteger a la mujer que lleva un hijo.

Aquel soltero o casado que forzara y violara a una mujer, aquel que hiciera del deseo un arma para aliviar sus pasiones, deberá morir por haber cobrado un amor no correspondido y un cuerpo no entregado.

Si el violador fuera casado, su mujer deberá ser gozada por los menos por dos hombres. Puede cambiar esta pena por ser violado.

Al que o la que tenga coito con su madre, padre, hermano, hermana, sobrina, sobrino, tía o tío y rompiera así lo prohibido e hiciera engendrar busiracos y otros demonios, deberá ser conducido a un pozo de aguas pichas lleno de sabandijas que chuparán su sangre, aun hasta la muerte, para secar esa estirpe que amenaza la inmortalidad del pueblo.

Aquel que mienta y haga creencias de los embustes, será azotado.

La mujer de quien se crea que ha amado a otro hombre distinto a su marido, será emborrachada con cacao sabanero. Si en medio de su exaltación parece querer cosas de sexo, será porque lo ha hecho y entonces será flechada hasta morir. Si no da muestras de deseo, será desemborrachada con curubas dulces y volverá a su casa. Será objeto de grandes fiestas.

El hombre que posea a mujer ajena, pagará su culpa en mantas, pero si fuera mujer del cacique, será muerto y su cuerpo insepulto.

A los muchachos y muchachas que se comporten neciamente, causen daños y hagan travesuras, se les pondrá agua de ají en los ojos hasta que el escozor los convenza de no volver a las pilatunas.

Cada uzaque y cacique sabrá cómo hacer de estas sentencias su propia ley, teniendo en cuenta los pasos de su gente y las condiciones de sus dominios.

El traidor, en paz o en guerra, será empalado por el culo con una estaca de palma espinosa o de lulo de perro, y morirá si así lo decide el uzaque de Suba, jefe del consejo supremo.

Quien demuestre cobardía en la batalla, los propios güechas lo vestirán de mujer y deberá ocuparse de oficios de labranza y casa hasta que el cacique lo quiera.

Sólo los uzaques tendrán huecos en las orejas y en ellos meterán todo lo que quieran.

Solo el Zipa podrá ser llevado en andas, porque no tocará la tierra sino en su muerte.

Los caciques, jeques y uzaques que infrinjan las leyes, sufrirán la gran ignominia de ver sus mantas desgarradas y sus cabellos cortados.

Todo muisca tiene derecho a ser dueño de sus tierras y heredarlas a sus descendientes.

Los objetos de metal que son propios de cada persona, a su muerte serán enterrados con ella. No habrá riqueza acumulada porque todo es de todos.

Todos los campos, bosques, lagos y ríos y lo que en ellos hay, son del pueblo como lo es el sol y el aire.

Toda mujer de cacique azotará hasta ocho veces a su esposo si sospecha que este anda en instancias amatorias de cuerpo con otras mujeres fuera del cercado.

Los jeques, que tan bien curan a sus hermanos y que tanto aman al sol, no tendrán mujer que los aleje de su sabiduría, ni lujuria que los aparte de su templo.

La esposa principal, dueña de la casa, podrá obligar a su marido a que después de muerta, no tenga amores con mujer alguna por espacio de siete zocanes.

Toda mujer y hombre muiscas solteros tienen el derecho a amar cuantas personas del otro sexo quieran y a llevar a la gran manta a todo aquel o aquella que deseen y que voluntariamente se les entregue. El amor físico

antes del matrimonio es la gran enseñanza y el bendito jolgorio de los jóvenes.

Para cumplir con los dioses antes de librar batalla, hombres y mujeres, y solo entonces, podrán dedicarse a toda suerte de libaciones y fornicaciones. Entre más se beba y se tire, más santo se será. Buena parte de la felicidad en la fiesta es la promiscuidad indiscriminada.

Las doncellas que entregadas en matrimonio no hayan conocido hombre, serán consideradas como inexpertas y habrá derecho a aborrecerlas.

La higiene, el ayuno y la abstinencia, el uso de las plantas medicinales, los baños en aguas de manantiales y los juegos físicos, son obligatorios.

Las enfermedades no pueden ser nunca consideradas como cosa de individuos. Son los clanes quienes se enferman y son ellos los que deben ser sanados.

Quien tale el monte sin necesidad deberá sembrar cien veces más.

Los locos son los mensajeros del espacio y las estrellas. Como tal deben ser tenidos y escuchados.

La coca, el yopo, la chicha, el guarapo, el cacao sabanero y los fiques comunican con todos los mundos de arriba y abajo. Sin ellos no se entiende el mundo.

Quien tenga cómo hacer bien vivir en su cercado a más de una mujer, aun si estas son varias hermanas, tendrá en él tantas como le alcance la quinua y el maíz. Pero la primera esposa será siempre la dueña de la casa y el hijo de su hermana, el heredero.

La familia del bohío es tan solo un eslabón de la comunidad. La base de la vida en común es el gran clan del cercado o de la aldea.

Al nacer cinco hijos varones seguidos, sin la presencia de una hija mujer, cualquiera de ellos podrá ser tomado como hembra, vestido como tal y casarlo como mujer.

Hombre o mujer que muera sin hijos, todo lo suyo pasará al beneficio del cercado entero en donde haya vivido. Nada percibirán sus familiares y las tierras y las cosas serán entonces de uso colectivo.

Todo muisca está obligado a contribuir a la defensa y al gobierno. Los tributos para el sostenimiento del Zipa, los güechas, sacerdotes, inválidos y

ancianos se harán en mantas y serán registrados en los quipus.

Tales eran las cosas entendidas y compartidas por los muiscas que habían aceptado aquel código de Nemequene. Pero los designios brutales de las guerras habrían de acabar bien pronto con el filósofo Zipa de Bacatá. Los pueblos de Cunturnamarca fieles al zipasgo y los de Boyacá encabezados por el Zaque Quemuenchatocha, habían logrado vivir en paz desde los tiempos de las confrontaciones entre Saguanmachica y Minchua. Durante treinta y seis zocanes hasta los tiempos católicos de 1514, Nemequene había logrado contener sus deseos y los de sus señores independientes que sufrían de un instinto secular , el de invadir las tierras del norte. Pero las riquezas alimenticias guardadas y tantos zocanes de paz, acumularon ansias y armas y gentes dispuestas a la expansión. Todo iba tan bien que los hombres tendrían que romper el inmovilismo y torcerle el cuello a la concordia.

Controlados por los güechas los guerreros panches del sur, los muiscas de Bacatá consideraron llegado el tiempo de nuevas guazábaras, la hora llegada de sacar las momias de los caciques de los entierros y de despercudirse de ese extraño material que forma la epidermis de la espera. El mohó de los sueños de victorias se había instalado de nuevo en la dinámica sabanera y los ojos, empezando por los de Nemequene, solo veían el campo de batalla. Tal vez eran sus propias leyes que habían coadyuvado sustancialmente en la consolidación de su poder, las que lanzaron a Nemequene en la aventura de extender sus fronteras. El demonio del Estado había nacido entre los chibchas.

PAZ Y AMOR MI CABO

Se sabía que a esa hora la patrulla 1126 empezaba su recorrido por el barrio. Gris clara, vieja, Ford 1950, con una raya blanca que la partía en dos, la 1126 era el instinto civilizado del barrio. De sus tres tripulantes el único realmente policía, que había sometido toda su vida a la doctrina civilista, a la necesidad de que el orden tuviera agentes, era el cabo Acosta, cuyas carnes se evadían por el empaque verde del uniforme de la Policía Nacional División Bogotá. Acosta había tomado distancia de su profesión, una distancia muy parecida a la que tomara en la escuela de suboficiales con respecto a su compañero que le precedía en la fila para el almuerzo. Acosta sabía bien que ese barrio por más que se corrompiera, no dejaría de estar siempre en el borde mismo de la decencia. Era un barrio construido antes de que la ciudad que había fuera quemada y de que los obreros subieran las cuestas hacia los barrios del oriente con neveras y televisores recién sacados de los almacenes. Barrio hecho finalmente para una clase media que transmigraría a la pobreza, al inquilinato o a una pensión en la esquina de la 47, donde vivían pintores catalanes, de cuyas ventanas invariablemente salía el ritmo de una Sardana, la declamación de un trozo de Macbeth o la cara enmelocotada del mayor de los hijos que acusaba prematura miopía.

Acosta le diría al agente conductor, de apellido Alarcón, nacido en la costa, junto al mar y ahora repleto de loción After Shave y envidia, que lo mejor sería hacer como siempre la ronda por los lados del parquecito de la 46, el mismo parque que meses antes había salido en las primeras páginas de los diarios porque en la copa del pino más alto, un hippie con una grabadora amarrada a la cintura donde sonaba "Don't let me down" de los Beatles, había dejado una enorme bandera de la paz, como queriendo ellos asegurar su territorio liberado, después de que el alcalde de entonces los convenció de que a la sociedad no le convenía que ellos se quedaran en el parque de la 60 y

por eso Acosta buscaba los jíbaros en el parque de la 47. Iría la 1126 a las siete de la noche, mojada, oscura por dentro, con las cachuchas apenas apareciendo por una ventana cerrada y goteada de lluvia, y Acosta mirando desganadamente para ubicar a los hippies que ya doblaban otra esquina menos evidente de la conciencia.

¿O tal vez ir hasta el cine Americano, bajarse, mirar la cartelera o conversar con la que vendía las boletas acumuladas en sus piernas al aire y sobre la minifalda azul?

Pero mi cabo Acosta sabía que no valía la pena el rigor, esa ambición de andar patrullando en la 1126 o a pie, siempre con la mano sobre la chapuza del 38. Ahora se limitaba a iluminar con la linterna el atrio de la iglesia de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús en voz confío dispuesto a desalojar a punta de luz y de miradas incisivas al mendigo que habitaba las rejas y se nutría de sobras y campanazos. La efervescencia policial, la fiebre eruptiva de sus primeros años de servicio, habían pasado y Acosta sabía que en esa profesión lo único necesario era solo hacer los gestos precisos en situaciones que lo exigieran y jamás atrasarse ni adelantarse, sin tener que usar reloj.

Por eso Acosta despreciaba al conductor Alarcón que mostraba precisamente la torpeza del recién iniciado sumada a la del que nunca aprendería, metiéndole la bota demasiado al acelerador de la 1126 y aprovechando las tardes de lluvia para poner a sonar la sirena con laringitis de la patrulla. Al tripulante, dragoneante Mateus, le ocurría algo similar, pero era más cauto. Mateus llegó a ser muchos años después el sargento Mateus de la SIPEC, F2, División de Policía Bogotá, inicialmente encargado de darle las noticias a la prensa y de ocultar lo que no convenía en las investigaciones de la Secreta. Mateus fue luego un detective de papelitos escurriéndose detrás de su camisa color ladrillo de cuello largo y su corbata blanca de fabricación italiana, manchada de huevo tibio en el casino de suboficiales de turno en la madrugada.

Pero Mateus, en la época de mando del cabo Acosta, era el encargado del poder de fuego, el depositario de carabina San Cristóbal, con sus patillas muy a la moda y cansado de soportar las órdenes del cabo ese, que en el fondo no dejaba de pensar al lado del enemigo y que alguna vez le había

dicho, y él había pasado un informe a contrainteligencia, que a lo mejor esa cosa de paz y amor de los hippies del parque de la 47 tenía mucho de lo que su madre le enseñara sobre la vida, el mundo y los hombres, en la vereda de Chía, que lo conoció jugando con esa vieja llanta de bicicleta por la carretera principal, empujándola, despeinado su copete a la americana y con nueve años desmoronados en los bolsillos.

Alguna vez tarde, en la tienda de don Julio en la carrera quince con calle 48, sentado sobre un bulto de yuca terrosa, con un codo sobre un cajón lleno de tomates y los ojos en el descote campesino de Elena, la hija de don Julio, enorme descote que hacía entrar en combate, como los carabineros en comisión, a esos senos demasiado grandes para la edad de la hija del tendero y en la mano una cerveza Costeña, le dijo a Alarcón: "Yo sé que usted hace poco que está en la policía y a lo mejor va a creer que estas vainas que le digo son puro pique y envidia, pero qué va, mi cabo, ahí donde usted lo ve, tan tranquilo, que dizque le gusta jugar con los niños en el parque cuando sale de turno y deja el revólver en la estación, tiene hartos chulos encima y en la Violencia se llevó por lo menos a cien, pues como le tocó en el Tolima y en el ejército con el fusil ametralladora cubría la entrada de la gente, dizque mató a varios chusmeros de Sangre Negra y luego se pone a decirle a uno que no hay que echar serrucho ni mirar cómo cuadra uno este sueldo de mierda que porque somos la autoridad y todos esos cuentos. Qué va, si mi capitán Manosalva decía que uno entra a la policía para hacer billete y que el que no lo hace es porque es mucho huevón. Mire (bajando la voz para que don Julio que en ese momento destrozaba con la hachuela un hueso poroso, no le oyera) es que yo le tengo ojeriza y me da rabia que ese man me mande a mí. Pero le digo una cosa, a usted que sí sabe cómo es la vaina, si algún día me llega a tocar en orden público, ojalá por allá en Santander donde sí es brava la joda, yo con una San Cristóbal como esta, me lo cargo y quién va a saber si por allá caen tiros de todos los lados ¡y uno más o uno menos qué! ¿Por eso es que me respeta, sí ve? Él sabe que de pronto si me jode mucho no se la montan a uno ni los oficiales y mucho menos un igual, ¿sí me entiende? Alarcón se iba durmiendo. Le acosaba el freno de la 1126, el tango detrás de la percepción, las botas con huecos por debajo en esa noche de abril aguas

mil, la construcción del segundo piso de su casa en El Tejar, lo agobiaba un amor de miradas por el espejo retrovisor de la Ford al pasar la esquina donde esa colegiala esperaba el bus del Liceo, metidita así la jedionda en esa faldita roja y plisada, como una berlina, y él tan policía, tan tomo, aunque apenas fuera agente conductor metido a Funes en estas vainas tan dolorosas, se decía a su hermana, por cualquier porquería de sueldo.

Pero Acosta esa noche dejaba de entender para empezar a morir. ¿Qué sueños habían estado ocupando su placa de policía? Las escaramuzas poéticas en el bohío donde vendían tinto al lado del transformador de la energía en la carrera quince, los roscones de la panadería El Oro, los amaneceres sin ruana al lado de ese costeño con gabardina que era Alarcón, habían Actuando como pesadas láminas de metal sobre su cuerpo policial.

Mateus no podría tener importancia. Al lado de la patrulla los colinos, los embaretados, oían Led Zepellin y hablaban de cosas como "yo hubiese querido pintica armar un barco hecho de cerámica, bien grande y tenaz, y con el combo, con la gentecita chévere, lanzarlos al mar, a una travesía en hongos, pisados de todos los datos chatos y de la nota de la familia. En un barco artesanal, loco, si pilla. De cerámica de Ráquira, lleno de grass y purpurinos y corrernos de la tierra, si me entiende, en el mar mejor dicho como si nos ahogáramos pero entonces fuera que el barco se diluyera y no alcanzáramos a llegar".

En su libreta de anotaciones, donde apenas en el día figuraba un caso de riña, a lo mejor se estaba escribiendo el nombre de Augusto Russi; definitivamente caso de policía, situación judicial en una ciudad que todavía no tenía las avenidas repletas y cara de novela.

Caco Russi, muchos años antes, cuando aún era capitán del ejército, empleado del Ministerio de Guerra, había convencido a su madre de que lo mejor sería pasarse a un barrio equidistante del centro y del norte de la ciudad, calmado, bonito y reflexivo. Ella, paralítica por razones mil veces ocultas a lo largo de sesenta años, delgada para poder caber en la más pequeña silla de ruedas del mundo, casi una patineta de barriada, consultó a Emilia su otra hija, soltera también como Caco Russi y compraron un apartamento de color ámbar en la 46 con la Caracas, con vista al interior de

un patio con dos tanques de gas, marquesina, ropas tendidas, calendario bristol, hollín, lavadero y platón, con el último dinero de mi coronel Russi, veterano de los mil días, veterano de las fotos en la pared, de los mostachos, el acicale, las venéreas y la reproducción incesante de su especie por todo el país.

Aún desde la época de la escuela militar, siendo cadete, Caco Russi, cuyo nombre de pila se hundió precisamente en la pila bautismal de un municipio de Caldas, se interesaba más por los cuerpos de sus compañeros y a los 19 años no había comprado aún la primera revista porno, no había mirado cuadro a las oficinistas ni ido donde las putas, y mucho menos seducía sirvientas del barrio. Quince días de calabozo lo sorprendieron con la idea fija de acostarse en el mismo camarote con el cadete Enrique Conti, quien lo abofeteó y le contó al teniente y así su carrera militar estuvo llena de represión por una juventud masculina que le acompañaba en la vida pero que no transigía con sus deseos homosexuales.

Al fin retirado de las Fuerzas Armadas por obligar a un soldado a desnudarse en el baño de su oficina del Ministerio de Guerra, bajo orden de un oficial superior, en grado de capitán y haciendo curso para mayor, encontró el reposo y se convenció de que esa idea no le abandonaría. Su heterosexualidad se limitaba a los 38 años a la misma de un escolar de diez que aún no conoce las disposiciones anatómicas del sexo opuesto y rebusca en diccionario, libros de medicina y enciclopedias, la verdad.

Pero desde la ventana, viendo las bicicletas, los patines, las caras de los niños del barrio, optó a esa edad por desatar todos sus ímpetus contenidos en 24 años de energía potencial, tomó su camioneta Chevrolet verde, y desde entonces recorrió las calles del barrio a 20 kilómetros por hora, con su enorme nariz por entre la ventana, desarrollando cada vez con mayor eficiencia un olfato al revés y una ambigüedad que lo convirtieron en el objeto pánico de los niños y adolescentes del barrio que se escondían en los antejardines cada vez que Caco Russi con narices y sonrisas les invitaba a tomarse una naranjada.

Esa noche en que la 1126 trasladaba su tediosa tripulación de una calle a otra, en que los hippies como siempre engullían pan y gaseosa para aplacar el

filo de 14 baretos en pocas horas, y en que los Flippers en la 47 con 15, desde una casa amarilla, volvían a deleitar los oídos de la "gente bella" del barrio y a provocar la desazón, la incomodidad y hasta la ira de los mayores con la batería, las dos guitarras eléctricas y el bajo entonando "otro mundo se acerca". Caco Russi, después de haber visitado la cárcel Distrital por escándalo, estupro y perversión de menores dos meses antes por andanzas en un barrio del norte de la ciudad donde los niños no solo se le ocultaban al paso de su camioneta sino que le disparaban con escopetas de balines, había decidido suspender por algún tiempo su búsqueda desencajada del placer y tomarse algunas copas en otra tienda, en la de la 48, pues donde Julio un día unos jóvenes ya de alguna consistencia corpórea lo sacaron gritándole "viejo hijueputa, coja oficio" y le dieron puñetazos y patadas hasta que él sacó la pistola 45, único recuerdo de cuando era el capitán Russi.

Solitario en una mesa, rodeado de habitantes de hipódromos que estudiaban los caballos para sellar el cinco y seis y que escuchaban con interés la cháchara ebria del peluquero que elogiaba a grandes voces "al camarada Lenin y a nuestros padres Marx y Engels" invitando a votar a la concurrencia escéptica por un comunista literalmente partido, dividido y viviendo de una añoranza de revueltas que jamás fueron suyas, Caco Russi, como si previera que la naturaleza esta vez le iba a demostrar sus errores que a él, depositario de una estructura más inclinada al hedonismo que al sufrimiento, le causaban risillas altamente inconscientes, recorría nuevamente las calles del barrio que le había liberado, que le había permitido un juego que nunca tuvo frutos con niños y adolescentes que muchas veces aceptaban sus propuestas y, tomando naranjada, asociaban la nariz de Caco a la de un brujo o ente maléfico de cuentos de hadas, o a Lex Lutor, el enemigo de Supermán, y a veces a Hitler en películas de la Segunda Guerra Mundial en matinal en el Americano. Caco Russi recordaba, y el alcohol lo elogiaba en su soledad y le rehacía la memoria de los primeros días, cuando se atrevió a salir en la camioneta y persiguió a un niño de diez años que al llegar del colegio lanzaba desde el segundo piso de su casa una cuerda en cuyo extremo amarraba un pequeño bolo de madera que caía por entre los cables del teléfono y esperaba a que los vecinos salieran a la calle para jugar a subir

rápido el bolo y no dejarlo agarrar por los otros niños que se prestaban a saltar mientras el de la ventana subía la cuerda en un juego inexplicable para unos y otros, que apenas era divertido pero que no tenía sentido ni mucho menos nombre. El niño del juego tomó la naranjada en el Milán, del lado de la 45, la calle que bajaba a la Universidad Nacional y por la cual mes a mes subían los estudiantes llorando, sudorosos, antecediendo a carabineros, policías y soldados que los buscaban para entorpecerles las revueltas.

Cuando Caco Russi pretendió llevar al niño a su apartamento de la 46, dudó, pues su madre a pesar de la parálisis se daría cuenta y el niño obtuvo la duda al vuelo, la tomó y después de darle una patada en el tobillo le gritó "viejo dañado" y salió corriendo. Caco Russi recordaba que desde entonces los niños salían a los antejardines y poniéndose los dedos índice y pulgar alrededor de la nariz gritaban "cuidado, ahí va el capitán Russi", y éste aprendía a sonreír y a entender que por más que persiguiera a los niños del club de la 47, a los colinos de la 48 o a Mendoza y a sus amigos en la 16A, jamás accedería a cuerpos tan jóvenes y libres de la obsesión que Russi contrajo en la escuela militar. Él entendía que su obsesión era difícil de explicar. Había tratado de ir al sicólogo, aplicaba a su problema métodos de estrategia militar que siempre le conducían a retiradas a toda marcha hacia sus propias líneas de la conciencia, y cuando no, lo insertaban en álbumes demasiado arenosos y viejos que no correspondían con su edad. Las monjas del barrio lo conocían y a pesar de su clausura, cada vez que los niños armaban alboroto frente a la iglesia de la 47 porque Caco Russi pasaba, salían por las ventanas.

Entonces el objeto de diversión de los menores dejaba de ser Russi y su incapacidad masculina y pasaban las caucheras de mano en mano para estropear los vidrios golpear las campanas de la iglesia y hacer que las monjas volvieran a sus retiros profundos para evitar que el barrio se contagiara de su manera aritmética de mirar por las ventanas y sacudirse las alas como copetones anidando.

La 1126 se detuvo frente a la tienda cuando Russi ya no soportaba en silencio la suma de sus elementales recuerdos. El peluquero que había seguido con su discurso lo miraba con ganas de afeitarlo y cortarle aunque

fuera la mejilla con la barbera, y Caco Russi gritaba incoherencias y rompía vasitos de aguardiente que una empleada barría. "Yo soy el capitán Augusto Russi, promoción de 1944 a sus órdenes, mi coronel" y el cabo Acosta ya estaba parado en la puerta riendo porque nada más se podía hacer. Si era cierto lo de capitán, sería mejor llamar a la Policía Militar para que acabara con la fiesta estridente del oficial y si no dejar al borracho ahí. "Sí mi coronel, a mí me gustan esas cosas y qué, ¡así soy! No, mi coronel, no diga eso, la carrera antes, la patria antes, la Constitución antes, la República antes, las Fuerzas Armadas antes".

La milicia en vahos se confundía con el barrio, las monjas, la persecución de niños marginados por el Alfonso López, la soberanía nacional, hasta en la camioneta si es necesario, pongan el mortero en esa colina que se viene la chusma, ¿quieres tomarte una naranjada o un pan de bono?

Alarcón y Mateus al lado de Acosta, Policía Nacional, ah mi coronel, yo soy el capitán Russi, Escuela de Artillería sí, mi coronel, no en Corea no, sí en uso de buen retiro, no más bien malo, mi coronel...

La puerta de atrás de la 1126, abriéndose, arriba con el borracho, mejor llevémoslo a la casa, y los niños por la calle lanzando cáscaras, bodoques, "viejo cacorro, viejo cacorro se están llevando a Caco Russi en la 1126". Más gente; Alarcón empujándolos, Acosta sereno y Mateus aprovechando cada pierna para meter duro el bolillo, Caco Russi se emborrachó, "viejo cacorro, viejo cacorro". Por las ventanas las madres "que maten a ese viejo perverso" y los gritos más allá de la cuadra, se llevaron a Caco Russi. La parálitica por la ventana sin entender si era su arterioesclerosis o si su hijo volvía a ser el niño del barrio y ella aún no lo había parido. Pero Mateus había olvidado algo, la primera lección. La requisita al detenido. Augusto Russi se incorporó del piso de la 1126 y metió el cuchillo sobre el bulto, ese bulto que tenía una libreta de anotaciones con apenas un caso de riña que quedó atravesada junto con el corazón de mi cabo Acosta. Luego entierro en los Jardines del Apogeo, escolta policial en traje de gala y fosa con lápida por haber caído dignamente en asuntos del servicio, tal vez atropellado por un camión militar sobre la carretera a Chía, siendo todavía un niño, y no por el cuchillo del capitán

Russi. En el barrio estaría siempre la 1126, o tal vez la misma patrulla con otra tripulación. El Caco Russi se fugaría de La Modelo con unos guerrilleros que pusieron tacos de dinamita en la pared, después, cuando la ciudad ya tuviera los caminos repletos, las caucheras guardadas y que Vicky, la cantante del Club del Clan, le cantara a los gorriones en los aguaceros y a un romance de barriada para cuando no hubiera ni Flippers, ni hippies, sino gentes trabajando en oficinas que no recordarían esa noche de sangre diluida y levantamiento de cadáver, ni tampoco el día siguiente con la calle sin Caco Russi, los niños en patineta esperando a que al capitán le pasara el guayabo y saliera de nuevo en su camioneta con nariz y ojos chiquitos y en la página segunda del diario dijera "Asesino del policía perseguía niños".

LA LOCHA DE CLASES

No estábamos apáticos, ni nos hacíamos los desentendidos; no se podía decir que lo nuestro era escepticismo o pereza y mucho menos desestímulo. ¡No! Lo que ocurría era precisamente que nada ocurría. Pasábamos las horas en los escritorios de la oficina mirando a veces el techo, a veces la cara irascible y regordeta del jefe que merodeaba detrás de su vitrina de cristal, por entre las cartas, la máquina de escribir, la calculadora de pilas y su lanzar permanente de papeles a la caneca de la basura.

Él no sabía tampoco qué pasaba. No entendía cómo era posible que hubiéramos llegado a ese punto concéntrico, hablando, especulando sobre cualquier tema y paseándonos encorbatados por los pasillos del edificio.

Aún entonces Cecilia, la pequeña mujer que repartía tazas llenas de café, seguía laborando en nuestro piso, y su llegada marcaba el inicio del recreo en nuestro desenfrenado ocio cuando nos tomábamos el trabajo de sorber el líquido caliente y de poco sabor, pues se racionaba la dosis de café, entonces muy caro.

Después, la carrilera que aparecía a un lado del gran ventanal se perdía en los trenes que casi nunca pasaban y que si pasaban daba lo mismo, pues nos habíamos acostumbrado a la estridencia del pito y al sonido de la locomotora desbaratando el metal y sabíamos que de ninguna manera nos iba a despojar de la quietud que teníamos, de la pasión lenta que nos imbuía, cuyo objeto no era otro que el de la decadencia de la producción, para que todas las tuercas terminaran de ser apretadas y las herramientas reposaran en las cajas engrasadas cuando los teléfonos se volvieran gatos dormidos y enrollados que remplazaran a los hidráulicos y que los hombres solo se tomaran el trabajo de sacar las manos de los bolsillos para señalar el sol.

Pero la crisis no tenía motivos laborales ni era el producto de una operación tortuga o alguna de esas cosas. Solamente era que teníamos

regresiones febriles a las tardes de colegio, embadurnados de tinta, gaseosa y sudor, o como decía Argemiro, el de la contabilidad, era que ya había tiempo para dormir la siesta y que habíamos logrado convertir las máquinas y los papeles en una maravillosa placenta en la cual había tiempo inclusive para comerse las uñas sin premura.

El patrón nunca nos despidió. Tal vez no se dio cuenta del tedio que le habíamos creado como única posibilidad de venganza a las frases del jefe de personal, el señor Ramírez, frases estudiadas en el espejo de sus borracheras nocturnas con oficiales de la policía secreta, cuando aseguraba que la empresa no estaba para aumentos y que deberíamos trabajar más duro para evitar que al patrón algún día se le ocurriera declarar la quiebra y todos resultaríamos perjudicados.

Hacía ya dos semanas que no contestábamos el teléfono ni atendíamos a los clientes que llegaban a comprar la mercancía. Al final ya ni siquiera hablábamos entre nosotros. Todos habíamos ingresado a mundos subjetivos e inclusive la diligente Teresa y Dionisio, su novio, que sólo se permitía abrazar a la salida del trabajo, tan pronto sonaba el pito, se correteaban por los corredores cuando no pintaban muñecos en hojas de papel con el logotipo de la empresa.

Habíamos creado una conciencia comunitaria de vacío y nos preguntábamos si el aire era lo suficientemente resistente como para colgarse de él, porque no tenía sentido tomar puntos de apoyo tan pesados como una pared o una columna, porque sabíamos que al fin y al cabo los aviones no volaban sino que se colgaban perezosamente del aire. Por eso a veces colgábamos la vista de un punto invisible y estático y lo mirábamos hasta que la mente se distanciaba de la escenografía que nos había preparado el día para cohabitar con el tedio hasta que un color —simpleza meridiana de la naturaleza poco elaborada y perceptible— adquiría una importancia abstracta, lo cual nos llevaba a permanecer más de lo requerido en el escritorio escuchando por el teléfono el ruido del otro lado de la apariencia.

Cada uno sabía que no debería haber permanencia, que se debería tomar lo que ocurría a su manera para elaborar sus juegos personales, sus cábalas y

sus actos propios sin intercambiar los pensamientos para no hacerlos comunes.

Durante el primer día la cuestión solo funcionaba en el primer piso, pero finalmente los trabajadores de las máquinas también se contagiaron e inclusive los empleados del segundo piso empezaron a participar y dejaron sus máquinas con sonido de órgano que lanzaban tarjetas al aire.

El edificio comenzó también a alterarse. Primero se abrió un hueco en el techo por falta de mantenimiento y de revisión de la tela asfáltica y dejó al descubierto el escritorio de Fernanda Dorado. Era en abril y la lluvia se metía hasta los sobres que contenían el kárdex y el escritorio se empapaba. Fernanda traía de su casa todos los días un paraguas azul que colgaba del tubo de la luz de neón, esa luz tan ambiental como la musiquita que nos ponía el jefe por el sistema interno de sonido precisamente para que, golpeando las máquinas, obtuviéramos al tiempo imágenes bucólicas y tranquilizantes de tal manera que el agua caía sobre el artefacto y luego se encharcaba alrededor del escritorio.

Así íbamos y regresábamos al trabajo. Los lunes después de fin de semana nos parecía, ahora sí, apasionante regresar a la oficina a no hacer nada. El jefe y su marcapasos oculto bajo la axila se paseaban por las diferentes secciones pero ya él no se preocupaba de gritar a los trabajadores para que se reintegraran al camello. Había perdido la voz, los anteojos los tenía sucios y apenas rehacía su rito anterior antes de que declaráramos el estado de rumba permanente y de que pusiéramos en práctica los principios de la locha de clases.

Las cañerías de los baños se reventaban, los árboles del jardín crecían por entre las ventanas y, un martes de agosto, la sección de empaque, la única que se resistía a entrar en el movimiento, dejó de trabajar. El jefe se encerró de nuevo en su cabina de cristal desde donde podía ver a todos los trabajadores por el sistema de circuito cerrado de televisión y se encontró con que en ese momento estábamos pasando una película de Chaplin, ya que los guardas de Burns hacía mucho tiempo que no tenían uniforme y sus revólveres se pudrían en los casilleros del segundo piso. Desde ese martes no regresamos más a casa y la población de la fábrica se duplicó con la llegada

en buses especialmente alquilados y camiones de mudanza, de todas nuestras esposas e hijos, que entraron por la puerta de la gerencia armando alboroto, y dispuestas a convertir aquello en un lugar decente para vivir.

La producción ya no existía. Los archivos se habían degradado en el humus, las cadenas industriales se habían oxidado y destilaban orín y cansancio.

Todas las noches se realizaban fiestas conmemorativas de un día más de victoria sobre el poder y los obreros bailaban alucinados sobre los restos de la producción. La fábrica como tal, estaba a punto de sucumbir, porque la hierba colgaba de los viejos escritorios, los árboles reventaban las conexiones eléctricas de la máquina procesadora, la gran máquina sobre la cual nació un eucalipto enorme.

Meses después, cuando ya nadie nos vendía comida en los supermercados de la ciudad por orden del gobierno, el pasto creció por entre los escritorios sobre los cuales las ovejas se trepaban a balar. El techo de la bodega que tenía miles de metros de área fue levantado junto con el piso de cemento y allí se sembraron papas y maíz, se dejó crecer la yerba y las vacas dejaron desde entonces sus cagajones sobre lo que alguna vez fue materia prima convertida en real materia que nos permitiría llevar hasta el final nuestra decisión de parar la producción.

Los niños empezaron a tomarle gusto a la nueva vida y, después de que superamos las incomodidades naturales para darle cama a más de mil personas, pudieron al fin dormir y levantarse muy de mañana, subir a la azotea y hacerles pistola a los policías antimotines que habían rodeado la fábrica, y que supuestamente nos sitiaban por hambre sin saber que la tierra nuevamente nos salvaría y que, a pesar de las andanadas de gas lacrimógeno y los huecos de las balas en los vidrios, allí se podía cultivar.

Muchas gentes afuera habían entendido por qué la ropa se nos había hecho jirones, y que los hombres no nos afeitábamos.

Al cabo de los años otros trabajadores de otras fábricas empezaron a tomar interés por lo que nosotros habíamos hecho. Primero los aserradores de madera del litoral se decidieron y se unieron a la locha de clases. A su patrón

le ocurrió lo mismo que al nuestro: un buen día desapareció, la tierra se lo tragó, lo devoraron desde atrás, lo hundieron de alguna manera.

Luego supimos que en la ciudad un día, un día en que millones de personas se detuvieron y el sueño desplazó a la tragedia, las ventanas empezaron a romperse, y las puertas se fueron al suelo. Las cortinas se desgarraron, las paredes se resquebrajaron, las carrileras de los trenes se levantaron, las moscas se emborracharon con el sol, las calles se llenaron de lagartijas que se asoleaban y de iguanas haciendo el amor, los conventos fueron roseados por enormes aviones con ácidos de fumigación, las perras preñadas decidieron parir asustadas en los huecos de las chimeneas de las casas en ruina, los mendigos cocinaron allí mismo sus eternos calentados de arroz grasoso y de papas agusanadas, los automóviles quedaron todos enganchados de los bómperes, cogidos de la mano bailando una cumbia metálica y riendo con sus dientes de humo, todo se volvió un eterno domingo en que el día de fiesta era lo común, lo extraordinario se convirtió en usual, la vainilla empezó a oler a vainilla, las montañas del fondo poco a poco se fueron desdibujando como una pintura vieja, el cielo se volvió de un solo color y ya no daban ganas de comérselo, la luna se rió tanto que quedó con la boca abierta para siempre y nunca más estuvo llena, los vendedores de chicharrones apagaron el fuego de sus reverberos de petróleo y la grasa comestible se diluyó en las aceras creando un sitio resbaloso donde se cayó el último turista, empezaron a nacer matas de los antiguos almacenes y los vestidos en las vitrinas se caían como muñecos con el crecimiento de las ramas, toda la gente había huido sin necesidad de irse, a pesar de todo las cosas seguían funcionando pero de las chimeneas de las fábricas salían ahora burbujas de jabón debido al alto índice de higiene que se había impuesto la nueva sociedad, los postes de la energía eléctrica se paseaban tranquilamente por las avenidas y les ponían zancadilla a los peatones que indiferentes se hacían a un lado como antes lo habían hecho con las llagas de los leprosos y las heridas purulentas de las víctimas de la guerra, en una esquina el mismo organillero con el que todos soñaban como la víctima propiciatoria que les recordara un pasado inexistente, se había quedado dormido dándole vuelta a la manija haciendo que su música fuera y volviera llevada monótona por ese

viento nuevo que sólo movía los sonidos pero que jamás hacía caer las hojas de los árboles ni formaba remolinos en los charcos de agua del último aguacero. Las estatuas de los próceres de la Independencia habían venido de la historia olorosas de talco y humedad; porque los grandes hombres y los que pasaron inadvertidos tenían algo que contar a los de ahora, y así se formaban extensos corrillos y los muertos ya no podían llorar pues habían agotado su caudal y, como los ríos secos, guardaban en su vacío solo tierra cuarteada y erosionada y una que otra piedrecilla que todavía desafiaba a las nubes pidiéndoles un agua que nunca volvería. Los días se habían estacionado como autos uno tras otro, en el mismo parqueadero, y se iban acumulando pues nadie los iba a recobrar.

Los cines, los cafés, los puentes, las mismas calles, los restaurantes sucios y limpios y, en fin, todo el comercio organizado, se había declarado en receso permanente junto con los servicios públicos incluidas prostitutas y ritos religiosos. Pero a pesar de esto todo seguía funcionando. Los locos de los asilos habían sido trasladados en camiones especialmente fletados, llenos de flores y guirnaldas, en caravanas majestuosas, a los colegios y universidades, a las academias de letras y de historia, a los centros deportivos y a todas las entidades docentes para que cumplieran honrando y sirviendo a la patria, su labor de enseñanza.

Las industrias y los cultivos en los campos habían sido invadidos por bandas inacabables de habitantes urbanos que colgaron allí sus toldos. Decían que la raza se reproducía antes de tiempo, y que el ciclo de embarazo de sus mujeres sólo duraba cinco meses y que en cada parto llegaban veinte y treinta niños todos ya sin pan debajo del brazo pero con la boca llena de monedas de oro, a pesar de que el dinero ya no circulaba.

Los grandes espectáculos eran considerados como simples hechos diarios. Los órganos informativos publicaban hermosas fotografías donde las vírgenes renacentistas aparecían cargando en sus brazos a Hércules y los cristos modernos poseían un enorme falo de donde se colgaban los estandartes de la iglesia triunfante. Desde luego aunque los ritos religiosos habían entrado en receso, muchas personas realizaban actividades clandestinas en unas nuevas catatumbas de origen europeo. Se acostumbraba

en estos rituales hacer abluciones a los santos de la historia y los altares habían sido remplazados por vastas salas comedores donde las altas jerarquías eructaban pues ya no se oraba, y los fieles contestaban al eructo con estornudos respetuosos dejando los pañuelos llenos de mocos, que posteriormente eran llevados al archivo para hacer un análisis de fe.

Se había abolido el reloj como símbolo de dependencia, y era así como los médicos del país se quejaban de que les tocaba atender demasiados casos de tortícolis y de ceguera, ya que la gente la única manera que tenía de saber la hora, era mirando el cielo. Los buses de la ciudad, el principal órgano de difusión, llevaban cartelones a color que decían "si el trabajo es salud, que trabajen los enfermos".

Pero a pesar de que toda la ciudad se había contagiado, de que el poder había desaparecido, de que los viejos conventos de la razón albergaban a titiriteros y comediantes, que ya se comenzaba de nuevo a murmurar y que el movimiento ya no era de medio lado ni recto y que no se anunciaban elecciones ni estadísticas, todavía los buques navegaban por el Magdalena y en sus riberas, muy atrás, los capitanes de río no se habían enterado ni nosotros nos volvimos a asomar a la puerta, por falta de ella, para saber qué ocurriría después de la locha de clases.

EL DEL RITMO NO ERAS TÚ

(Para los que noche a noche,
y de goce en goce,
hacen posible la anarquía).

Recuerdo estar sentado sobre la paredilla frente a mi casa. Los cuentos se acababan cuando la noche empezaba a oler a camarón y arena. A la anécdota seguía la mentira mientras en el camellón soplabla la brisa de mar, pegachenta como la pasta de mango. Asumíamos el mundo en nuestras conversaciones sobre el cómo de las cosas, rascándonos entre los dedos de los pies, mirando las puntas de las palmeras que se doblaban marcando nuestro destino. Henao —el cachaco de la imaginación— nos contaba de la capital y reinventaba la historia nacional, estimulando nuestros ya aguzados sentidos de pelados en pantaloneta, chupando paletas de azúcar y anilinas, con tres semanas de agua de mar sin sacar.

En ese tiempo nadie se preocupaba. Por la tarde, cuando el sol se metía detrás del morro y los últimos pescadores bebían Águila frente al *pick up*, frente al animal de música de la playa de Taganga, las volutas del humo de la marihuana trababan la atmósfera. Eran tales nuestras pasadas de hidrocanabinol, que Henao llegaba a preguntarse en la duermevela del efecto alucinógeno, cómo era que se llamaba y qué era esta vaina, refiriéndose a la vida misma.

Las viejas de la ciudad, las mismas que desafiaban la brisa delatora sus escondidas arrugas bajo sus faldas de florones grises, levantando sus minúsculos cuerpos como un paracaídas a la inversa con cada golpe de viento se bamboleaban sobre las calles para al fin acumularse como hojas secas frente a la iglesia de Jesús Redentor, donde a las seis y media de aquellas tardes anaranjadas se celebraba la bendición del Santísimo, esa ceremonia del

catolicismo que de tanto pasar de un lado a otro del país —en bicicleta, en tracto mula, sobre los puentes carcomidos por las meadas de los borrachos, al lado de los ríos— se había revenido como el dulce de guayaba trasnochado que suda azúcar. Ellas permanecían estoicas, en una húmeda vocación de lágrimas y duelo místico al atardecer.

Con esa imagen a diario volvía a casa. Mis padres dormían desde temprano, pues mamá se cansaba por los ataques de asma que le ocupaban todo el tiempo. En las cómodas, en las paredes, en los marcos de las puertas, colgaban los gargajos secos, los esputos, los líquidos bronquiales que ella, acuciosa, forzaba a salir de su cuerpo enfermo, en interminables jornadas de toses y bramidos. Dormía sentada, con su pecho hundido, con su gato necio instalado en los pulmones, delirando, haciendo públicos sus más privados sueños. Mecánicamente echaba mano del inhalador y se disparaba dosis de cortisona en aerosol para calmar la melopea de asfixia que le salía por la boca.

Papá llegaba rendido, agachado, con la cabeza en los bolsillos vacíos. Se obligaba a la tregua cotidiana del sueño, que delimitaba nuestra vida familiar de su condición de funcionario en el Juzgado Doce Penal del Circuito. Papá era un hombre ajeno a todo. A los acontecimientos, a las costumbres, a sí mismo. Nunca se supo qué pensaba, cuáles eran sus verdaderos principios. Ocultaba las ideas, refundía la moral en permanentes puntos de vista contrarios, a veces era liberal y otras se las arreglaba para hacer defensas a mansalva de las más oscuras visiones del mundo. Cambiaba a diario, como cambian los espectros en la imaginación de los temerosos, como cambian los celajes en la penumbra. Era eso, un celaje que pasó por mi vida, sin existir.

En el juzgado también trabajaba su único amigo, su compadre Evaristo Granada, que lo acompañó al hospital ese mediodía de martes. Yo era un bojote moreno, con el pelo apretado, que lloraba al lado de mi madre ensangrentada por el parto. Nací bailando y de ahí la sangre y las desgarraduras. Fue a Evaristo a quien se le ocurrió ponerme este nombre que determinó, digo yo, mis posteriores ritmos y sonos: Eugeni Antonio María Claret Vergara Encanto, nombre que se transformó en otra sonoridad. Dejó de ser una sucesión de corcheas para convertirse en una redonda nota desde

mi llegada a la salsa cuando me llamé definitivamente Toninho, porque estoy predestinado para el carnaval y el más teso es el de Río de Janeiro.

Crecí entre la tos de mi madre y sus remedios de aceite de tiburón, esquivando los escupitajos de ella y el fantasma de mi padre por los corredores hirvientes de mi casa, crecí al lado del piano blanco pegado por las telarañas a la pared de la sala, comí años allí sentado paseándome entre las blancas y las negras buscando el tumbao primigenio, la clave vernácula, el origen del bembé, tratando de traer al hoy el colectivo amnésico de mi sangre africana de ayer. Me salieron pelos, la voz de guacamaya mojada le dio paso a mi lora actual y a la de tres huracanes en la zona bananera, dos matanzas, y veinte cosechas amarillas del palo de mango del solar. Todo estaba dispuesto para empezar a dejar la casa de los baldosines verdes y blancos, la *tenaza* de las mecedoras, los silbidos de las crisis asmáticas, las lagartijas en el techo de lámina de mi cuarto, el abanico compañero de mi hastío y a mi padre de quien sólo conocí a fondo el olor de su colonia Roger Gallet, porque todo lo demás, si existía, siempre estuvo oculto.

La cosa empezó en el Tibiritábara, ese hueco que no cerraba nunca, donde a los rumberos se les garantizaban "veinticuatro horas seguidas de pasión con las más deliciosas hembras del Caribe", al son de la mejor música compuesta en este continente mío, fortín de indios filósofos. Tener catorce años era lo de menos, pues entendía que ellas y sus trajes brillantes, sus des cotes inacabados con la juntura de los senos pintada de blanco por una línea de talcos sudados, eran al fin y al cabo los estandartes pintarrajeados de la alegría que se daba en este sitio cantado en tanto bolero y en tanta pieza orquestal. No le tuve miedo a las putas salseras. Participé en sus litigios de cuadra, en sus cuchilladas celosas, me acosté con ellas tan sólo para poder borrar con mis dedos la liniecita blanca de talco, para meterme en sus piernas de sapote, para apartar las atalayas (mi madre era testigo de Jehová) y lanzarme en busca de todos los nísperos y los jugos con los que la dialéctica de la naturaleza tropical me invitaba a empezar a vivir.

En el Tibiritábara bebíamos ron y viajábamos al caos, a la laguna donde se hundían las amnesias adiestradas por la voluntad de olvido. El licor que espantaba la timidez y la inexperiencia me perturbaba desde entonces hasta el

punto de la demencia. Bebía con los camioneros santandereanos que allí cambiaban la ruana por la guayabera, con los reclutas bogotanos que vendían el uniforme y calzaban mocasín blanco a lo Bienvenido Granda, con las morenas cienagueras, con las dementes culusungas que se perseguían lúdicas por la pista de baile, con las mariapalitos de Quilla, con las palenqueras emigradas de San Basilio, bailaba con las wayús pintadas de sal, con el mitad hombre mitad caimán salido de los caños de El Plato, con las zulias del río San Juan en el Chocó, con las cucuteñas de La Insula, baratarías y barateras, con las areperas de Luruaco, las bandidas de Juan Mina, las coyas del barrio El Paraíso en Curramba, con las vecinas de la marimonda Mariela.

El mundo no era otra cosa que un encadenamiento de meneos, arrastrando pies, dando la vuelta rápido, lanzando chorros de sudor que se quedaban inmóviles, como estalactitas salobres al reflejarse contra el brillo azul de los reflectores que ocupaban el aire corrompido del lugar. Al día siguiente el caos se organizaba —qué lástima, mi hermano—, se trocaba en acomodamientos, en culpas, en dolor de cabeza y en el vaso alcalino del doctor Seltzer.

Aprendí todas las mañas. Me di cuenta de que las autopistas por donde anda la conciencia son apenas sueños de poder y que desde entonces lo único que me ha interesado es bailar y seguir moviéndome, así no haya público que pueda ver los pasos descomunales, las volteretas sincopadas y los cadereos de mi condición latina. Me empecé a volver famoso y el público no me faltó, no me faltoneó. Recuerdo esa noche cuando todas ellas (deliciosas, cada vez que las recuerdo me huele la vida a sus axilas sudadas y a las camiseticas de mi tierra) me rodearon para verme *danzar*. Todas: las entrompadoras de Bazurto, las tetonas de las sabanas de Bolívar, las temperamentales de Piojo, las sibaritas de Mompox. Me empujaban, me gozaban en la pista, me gritaban "Toninho, ¿piensas en mí, amor?", y yo lanzaba las piernas al son, como arlequín, como Pinocho, como lo que fuera menos como huevón, porque de payaso nada, porque esta vaina puede ser efímera, pero sería sí es.

Crecí en todo. En rumba, en edad, en dignidad, en gobierno. Supe conocer la mala onda o el buen criterio. Gané la respetabilidad del duro, del bacán, mis pasos salieron del Tíbiri sin yo irme de allí, y en boca de todas

recorrieron las rutas del Caribe. Se empezó a hablar de mí en Tasajera, en Bonda, en Galapa, hasta en Sampuez. El Toninho era una estrella negra en un cielo oscuro, pero se veía, o por lo menos eso creía yo, que tenía tiquete doble de ida y vuelta hacia la fama, al anonimato y de nuevo a la gloria y al cuarto donde dormía, al cajón con divisiones de triplex orinado por los gatos y cagado por las salamanquesas.

Supe saludar como estrella, fui imprescindible en todas las rumbas — maestro natural de la sabrosura—, fui alzando los brazos bien alto para arrancar del público sus aspiraciones imperceptibles, porque sabían que yo era el mejor, el único capaz de tomar el ritmo en el aire, tragármelo y seguir con mis pasos de batracio a lo Fruko, "por los charcos del lugar".

Pasaron años de adolescencia moviendo el esqueleto, reptando como una iguana en la clase de trigonometría, esperando el retumbe de la campana para salir a rodar por Santa Marta y sucumbir a los amores del Tibiritábara, goznes de esta puerta abierta a la bahía donde el mar le ha sobado los costados a tanto barco.

Apráez, el dueño del Tíbiri, un día organizó un concurso de permanencia en la pista —quería batir el récord de baile que aparecía en el libro gringo de los récords Guinness— y esa noche me bailé seguido veintisiete larga duración, de lo mejorcito, Daniel Santos incluido, lentamente, que es lo más difícil dentro del virtuosismo de la danza afroantillana. Nueve de ellas no me aguantaron el tren porque en el delirio de la movadera llegué a quedarme solo, cinco minutos completamente quieto en la mitad de la pista, cinco minutos de vacío, tiempo perdido pero que sin duda también hacía parte del ritmo. Escena congelada de "La libertad, lógico" del maestro Eddie Palmieri, cuyos rumores llegaron hasta Bogotá, que habría de ser el último puerto de mi fama, el muelle de mis culas ilusiones provincianas.

Desde esa noche mi vida tomó el camino que tomó, y aunque después vendría el sufrimiento, el hambre, la pepera y la apatía, decidí, como dice la canción, que siempre "hay que seguir guarachando". A veces pienso que esto no ha sido más que una manera de vivir. Pero cuando estoy en la pomada, en el yeré, cuando se me van el alma y el cuerpo por la pista de baile y ya no manejo las piernas que se arquean, enderezan, suben y bajan a su antojo, me

doy cuenta que esto ha sido más que una simple sucesión de noches, que el rollo se ha convertido en una evidente concatenación, una continuidad de un tiempo propio, mío, voluntario. Ha sido una rumba total para subsistir, aun hoy, cuando lo primitivo, el ritmo inicial, se quedó lejos, allá en el Tibiritábara. Ahora que la condición contemporánea no es más que subirse a un bus, pesar en la balanza del hastío el peso del día, y regresar tristemente a casa.

También pudo haber sido un personal modo de seducir al mundo y todo lo que contiene, pero a la larga me importa un carajo pensar en eso cuando estoy en lo mío, hoy también, olvidado por mi público, ahora que Toninho soplando basuco, sólo baila entre las cuerdas, percutido y cuarteado, como cualquier Pambelé llevado, sí, un Pambelé de la melodía, a quien el "susto" le dio en la jeta y no sólo le dañó el aspecto sino la carrera. Pero al fin y al cabo yo soy otra pinta, como Lavoe cuando decía: "A mí no me importa na', porque yo soy el que soy, pongo la gente a bailar, donde quiera que yo voy". Por eso este sitio donde estoy es apenas una frontera. Me puedo pasar de un lado al otro de la calle con facilidad mientras exista la salsa.

En el Tibiritábara me enamoré, entendí el bolero bailando pegado. Antes sólo me gustaba la salsa brava, picada y picante, la misma que consumía Henao, que hoy está otra vez en libertad. Y le gustaba así porque sólo soportaba las melodías narradas en semicorcheas. Los sones lentos le alborotaban aún más las pepas, los jumbos y las metacualonas (las metaculonas, según él, porque le permitían lanzarse a las más temerarias y aventadas quemazones de carros en la Nacional). En cambio las altas revoluciones, las pasadas en 78, los embales de "Quítate de la vía, perico", le permitían recorrer más rápido su propio tiempo.

Sí, y me enamoré, esa "mujer falaz impostora de caricias" me lo dio todo y todo me lo quitó, como en el cuento, me sacó de Santa Marta, me metió en un avión, y volando hacia Bogotá, me di cuenta que no había terminado el bachillerato, que había dejado la primera época de la vida y que en adelante vendría la experiencia, conocer de cerca la existencia para poder cambalacharla por ideas. Pero eso fue después.

La conocí saliendo del almacén Tía, donde ella trabajaba en el mostrador de ropa interior para mujer. Como siempre, yo venía caminando con la grabadora en el hombro, todo volumen regando para todos lados a Fruko con "El preso olvidado para siempre en esa horrible celda". Tan sólo con verla me di cuenta de que en ese momento se rompía la lírica "celda de mi amor", en versión de Benny Moré. El sol blanco pasaba por mi cuello, invadiendo los intersticios del pañuelo rojo y la muchachita iba con su mochila barata, red por la cual se veía toda su poesía callejera, monedero, pinza para hacerse el afro, kleenex, Agatha Christie, espejito espejito, frasco de pachulí vacío, talquera y un recuerdo envuelto en papel de seda. Ella se daba cuenta de que yo, sin darme cuenta, venía bailando por la mitad de la calle hacia ella, irremediablemente ella, camiseta rosada con su axila premeditada y sus conocimientos de peladita de este lado del charco. No pudo dejar de sonreír al verme, víctima del ritmo también. Al fin y al cabo, ambos éramos jóvenes, nos gustaba bailar y el sábado por la noche la saqué de su casa vestida con bluyines y pañoleta sobre su aromatizado pelo de morena. Fuimos al Tíbiri, claro, donde ellas, las putas encerradas en su erótico zoológico, en su lupanar caótico y febril, me miraban como diciéndome: "aja, Toninho, al fin te enamoraste, pobre pelada". Era cienaguera pero vivía en Santa Marta y bailando esa noche con ella no pude más que amarla y decirme, feliz pero atemorizado, "déjala que siga andando".

Fuimos novios de cine sin techo, con estrellas en la pantalla y sobre la cabeza, de manito cogida, de ir a las residencias al lado de la línea del ferrocarril para hacer el amor en medio del ruido de los trenes bananeros, de ir a La Guajira en el jeep de su hermano el marimbero y escondernos entre los matorrales y la sequía de la península para tocarnos sobre la arena rajada, para amarnos, para declinar por su cuerpo hasta llegar a la bullaranga de los espasmos, al más salobre de los mares entre sudores exagerados y las lascivas frases que ella soltaba cuando se moría de amores por mí: "Aguanta niño, que se agita mi coño".

Se llamaba Victoria o más bien Vicky. Una semana después de lo del Tibiritábara estuvimos por primera vez trotando juntos uno sobre el otro en el Rodadero, noche en la cual a ambos se nos hizo una sola argamasa el deseo.

El hueco inicial de las expectativas que nacían en el sexo y el estómago, se convirtió en ansias de más calor aún.

Salimos con Pupi, Elizabeth y dos peladas de quinto del Liceo Celedón. Estaba Henao, claro, Rivelino también, ese muchachón con su cara de especie en extinción que jugaba fútbol, y creo que todos entendíamos mejor que nadie esta condición de tiempo detenido, estas ciudades caribeñas. El combo olía a Brut, a Menticol, a baratos aromas de barriada. Elizabeth trataba de esconder su acné con esa sonrisa que le achicaba los ojos hasta la inexistencia, templándole la piel. Las peladas del Celedón olían a yogurt de mango, olían a besuqueo inexperto frente al camellón. Sus cabellos jóvenes se volvían sepiados al anochecer, cuando la sal del mar las nutría. Esa noche llevábamos mi equipo de sonido portátil y como cuarenta casetes con todo lo mejor. Andy Montañez, la Ponceña, Ismael Rivera, el Gran Combo, los Palmieri, Cheo Feliciano, entre otros propios. Hicimos fogata, gritamos, bailamos, tomamos ron, y después de meternos todo lo que nos cupo de punto rojo —Sinforoso Vargas, un compañero moirista de la Nacho, en Bogotá, aseguraba que Punto Rojo no era la mejor marihuana del mundo, sino un taller literario de mamertos—, Vicky y yo nos pusimos a caminar trabados al ladito del mar, como quien va para el Acuario. Me acuerdo como quien guarda una fotografía, una polaroid imposible, para tenerla siempre al lado. Nunca había sentido eso, y era mar de leva viejo, sereno, inteligente. Le cogí la mano caminando mientras su faldita rozaba paso a paso mis pantalones remangados. Luego vino todo. El ritmo y la velocidad estaban apenas en su génesis y ya vendría el momento de andar escarbando la basura vital al máximo como ahora; vendrían las tardes de visita o donde Rivelino, detenido en un manicomio por haberse pasado de estación, dormido en el tren de la vida, pasado literalmente por los aerolitos de la imaginación que le ocuparon el cerebro repleto de basuco.

Luego, cuando ya estábamos cerca de unas barcazas que se mueren por allí —el tango le gusta a Henao, que es paisa—, Vicky se quitó los zapatos. No tenía medias, el vestidito húmedo se apretó contra su cuerpo y fue explotando por todas partes, expandiendo el holograma inmenso de su piel sobre las sombras (ella era un sábalo, un pargo, una mojarra, ella era pura sal

y sabor). Quedamos al viento, largo tiempo debajo de una barcaza, espantando cangrejos, sintiendo por primera vez que no sólo era importante penetrar, pues en cada caricia se reproducían mil escenas pasadas, se conformaba un reloj de arena cuyo contenido iba empapando ambos cuerpos hasta que la hora ya no se marcaba más, aquí ni en ninguna parte, así estuviera amaneciendo y Vicky andará sobre la playa recogiendo su ropa, "ay, venga, paloma, venga", mi tormento de *arena*, mi fuego en el veintitrés, que le salió en el labio al día siguiente de tantos besos, de tanta sal, impresionados ambos, con la sorpresa del escéptico que pierde su descreencia y con fe se exalta hasta reventar.

Cuando ella, convencida de todo, dejó el empleo en el Tía y viajamos a Bogotá, la cosa empezó a morir. En el avión —primer vuelo de mi vida—, puse el radio de pilas y la cabinera me dijo que lo apagara, porque interfería las comunicaciones con tierra. Vicky no podría definitivamente soportar aquello. Desde el primer día de estar en la capital, me di cuenta que había adquirido una tristeza de costeño con gabardina. Me esperaba hasta que yo regresaba de las salsotecas, no le gustaba el cine, leía revistas todo el día y no quería salir de la pieza, porque le daba frío. La cosa terminó de complicarse cuando quedó embarazada y abortamos.

Poco tiempo después nos fugamos hacia la experiencia. Nos abrimos el uno del otro —ese término siempre me ha parecido el más justo— y ella resultó ser para mí apenas como una confianza, una seguridad de haber vivido y nada más. La acompañé a El Dorado y la vi con su pelito apretado subir por la escalerilla del avión. Cuando el jet se fue por la pista sentí por dentro que me salían lágrimas y se me pegó esa canción del Grupo Experimental de Nueva York, que dice: "se me olvidó que te olvidé, a mí que nada se me olvida". Aún en el bus hacia la ciudad, tratando de buscar en el cielo bogotano su avión, seguía tarareando la canción "vuelve pronto y regresa luego, tráeme un pasaje que me voy pa'l cielo". En poco tiempo todo se fue a la mierda. Extraño, pues habíamos logrado crecer el uno dentro del otro sin tregua ni paz, confrontando a diario los terribles designios de una historia y un destino apasionados. Quizá nuestro error fue tratar de encontrar

a hurtadillas la felicidad. Compartimos el tiempo con el combo, deshojamos margaritas.

Pero a pesar de eso, como era de esperarse, los salseros siguieron componiendo. Vinieron los días de Yemayá, Mahoma, Changó; Celia Cruz fue la diaconisa que cada semana me llevaba por rituales de ron y bullaranga por los salseaderos de toda la ciudad, recogiendo en cada lugar todas las cosas adobadas por la salsa que se escuchó permanentemente desde que llegué y quién sabe hasta cuándo será eso.

La salsa se metía por la boca y se instalaba como un benigno coágulo en las arterias. Estaba por todos lados, en los pisos, en los espejos, en las francachelas. Salsa viva o muerta, siempre insepulta, imprescindible guapachá, salsa nuestra de cada día, sin sueño, sin tregua, salsa continental y tal, candela suprema, mujeres mayúsculas, salsa menéate doble fea, ritmo de seres purificados por el fuego de la clave, salsa contra el chucuchucu y el sonido paisa, música de espantos y carnavales, salsa afonía de guayabo, salsa mía en este páramo, brillando los zapatos con la conciencia latina.

El Pito, Palmieri, me hicieron entender que más valía el montuno que la guaracha, o sea que era preferible que la vida fuera un crucigrama y no un horóscopo, y así llegaron los meses repetidos de Cheche Colé, muerto de la risa, Chácala Malanga. Hena me diría en un hueco en el centro de Bogotá, en ese tiempo cuando se las tiraba de artista, que Bogotá era Caribe, ambos tocando las congas y desbaratando la placenta de un continente que estaba desbordándose hacia el mar, con su expansionismo de cosas raras, de aves elevándose sobre el Magdalena.

Ese sitio no era más que una sinvergüenza, tal vez la peor de la ciudad. Siempre que llegaba al Goce, me veía sonriendo, me veía hablando con Melanio, el portero, que era parecido a Pierre Clementi, ese actor francés de *Belle de Jour*, y al hablar con él, veía a Catherine Deneuve, bailando en el Goce. Homenaje al fin del siglo que se iba a la deriva, mirando cine en vespertina, tomando cerveza entrada la noche por la diecinueve, recordándonos con Hena de la playa Tahití, al lado de Santa Marta, comiendo mango biche, enamorado de una de quinto del Celedón o

esperando la salida de los colegios de monjas, con el propósito ineludible de poner la mente a gozar.

De tanto Goce y baile, me fui volviendo flaco, metido en un chaleco anti depresión, en esta ciudad fría de la cual no podría volver a salir. Pero a pesar de ello, mi calvicie —ya habían pasado por lo menos cien mil discos desde el primero que bailé intuitivo y descarado— no era la del andino. Por el contrario, cada carencia de pelo me significaba menos años, en un ciclo patas arriba porque a los salseros les hace falta solamente la salsita y una vez aprendidos todos los teoremas, los axiomas y demostraciones del ritmo, de la volteada de cadera o del pasito despistador, ya nada importa.

Se cae en el escepticismo que produce la pasión —Pedro Navaja, primo —, esa descreencia general por todo lo que no sea estar sinvergüenceando todas las noches en el Goce, bailando después del cierre que obliga el Estado, porque Cayo, el dueño, ha pasado el séptimo ron y tira hacia adentro toda la fiesta por su propia ventana del ánimo, rumba que no se acabaría si no fuera porque aún no ha llegado la revolución para acabar con el cuento antiguo de días y noches.

Ya lo decía Melanio, el portero, enternecido por su propia borrachera, que cualquier frase podía tanto como las complicaciones, las diabluras y palabritas dichas al tiempo del baile, el Goce repleto y yo en la mitad de lo mío, deslumbrando francesas recién llegadas y aún concedores caleños de la salsa: Piano Man, Papo Lucca, yo bailándome la Fania All Stars, todos ellos juntos para el bien del universo afro antillano borrachos en el Goce queriendo decir, de este modo, margínate que aquí se oculta el sol sólo cuando no suena ningún disco. Salsa América encaramada en cada nuevo tumbao, salsa fe "no me digan que es muy tarde ya para hallar otro querer". Salsa vanguardia proletaria, huevo de iguana, para espetarle de un tajo a los anglosajones una palabra sonora, plena: ¡azúcar!

Claro, esto era cuando Toninho era Toninho, cuando aún era capaz de saber que el despelote se había hecho ritmo, estos momentos aquí y no en otra parte, descomunal frente a la fuerza que desarrollé sin quererlo y sin saber que dentro de mí estaban los remedios para poder asumir la vida sin maledicencia.

Sin ser florero ni tratar de adornar nada, viéndome cada vez con más discípulos, más piernas en torno mío combatiendo, planificando la mejor manera de ser felices en esas noches de Goce desesperado, con bríos inacabables, así estuviéramos a no menos de mil kilómetros de todo lo que oliería a mar, a no ser por estos enviados, estos tritones de la salsa venidos de Buenaventura o Curramba. No podía menos que tomar otra cerveza, pedirle a Isidro, ese que vendía jumbo 714, un bareto, y trabarnos todos. Noche de goce con mis piernas de zancudo descomponiendo cada una de las estructuras del ritmo, con cada impulso del piano para separar las partes del todo musical.

Todos entendíamos que el mundo es así, con cara de punto guajiro. Cayo alargaba la fiesta y Melanio no podía tomarse un ron más, y menos decir adiós en la puerta, con el libro de poemas caído en el piso y abierto en cualquier página, como diciendo, hoy mi negra Celia daba un concierto en el Abuelo Pachanguero, e, imagínate, ¿no me dejaron entrar!

"A todas las chicas plásticas, arrivederci Roma, en Italia un guaguancó, ya está bueno, me voy en una guagua que dice: prohibido fumar y prohibido volver a un amor que falló." Pero el gusto por el primer beso no se me ha quitado. Aún ahora, aquí en la mitad de la Séptima, cuando el sol le entra a uno de perfil y no hay semana que aguante la que sigue, soy capaz de afirmar que Vicky fue la mejor manera de no irse a ningún convento de la razón. Ella era finalmente mi aleta, la vela que me hacía seguir bailando hasta que otra me conociera para decirle, a pesar de que ya te amé antes, quisiera saber cómo te llamas ahora.

En fin. Me fui volviendo el salsero más conocido de la capital. Vicky, desde Santa Marta, me mandaba cada mes dos bloques de pasta de mango y una bolsita de caramelos Kraft, que me gustaban mucho, salvo esa noche de dolor de muelas que me tocaba actuar donde los chocoanos y se me quedó un pedazo de caramelo metido en la muela del juicio. Me tocó bailar samba porque así lo querían tres hijueputas ejecutivos con sus respectivas novias — gallinas, no joda, qué cantidad de gallinas hay por acá—. El Pupi se había vuelto artista, supe un día, porque Elizabeth llegó a Bogotá y, claro, vino a dar al Goce, como siempre, acompañada de un gringo, quién sabe cuánta tela

habrá cortado esa pelada. Ella es como de mil modos, bañándose en Taganga o pensando sobre cosas profundas con Pupi en París, ganándose bienales de arte. Qué difícil entender sus visiones borrosas, vía satélite.

En esos días aún le escribía a Vicky, sellaba la carta y la ponía en el correo de la calle Dieciséis. Nunca dejaba de pensar en el cómo de las cartas, por allá entre aviones.

Bogotá, octubre 3

Recordada Vicky:

Entré a la Universidad Nacional y cada día las cosas van mejor. Tengo un cuartico en Gorgona, con Nepo, que acá en Bogotá se las tira de economista marxista —todos somos ML—, pero que tú bien sabes que allá en Santa Marta su negocio es salir con un treinta y dos viejísimo por los lados del terminal marítimo para atracar gringos y cachacos. Estoy trabajando también, tengo un carnet en colores, de funcionario del poder judicial. Estamos combinando la lucha con la salsa. Gritamos en las iglesias, incitamos a la lucha armada dentro de las cuatro paredes del cuarto o a veces en la calle. Somos gente dura acá. Estoy entendiendo ya las cinco tesis filosóficas de Mao y hablamos en voz alta de subversiones en los buses urbanos. Trabajo por la noche para cuadrar el sueldo donde los chocoanos, bailando, claro. Te recuerdo en cada melodía, Vicky, y a veces se me llena la garganta de sabores del litoral. Como ves he progresado mucho. Estoy estudiando derecho.

Te quiere mucho tu,

Toninho Vergara Encanto

A Vicky no le contaba que no faltaba la rumbita. Las compañeritas de la universidad eran todas bajitas, de bluyines reblanqueados, suéter de lana virgen, mochila, pelo cortado, y no tenían inconveniente en quedarse a dormir conmigo y con Nepo a pesar de su desaforada pecueca. Al día siguiente llegábamos tarde a la cafetería de la Nacho para el desayuno.

Pasaba de una rumba a otra, paro cívico nacional de 1977, piedra. Verónica era mi amiga y nos contábamos la vida una y otra vez. Cuando la

rumba duraba cuatro o cinco días, me cogía la modorra y la pensadera sobre el cómo de las cosas. De tanto tomar tragos me empezaban diarreas que no paraban hasta que tenía plata para comerme un churrasco en el Diana. Me dolían las piernas, como cuando a los trece años tenía los dolores del crecimiento, y era de tanto bailar. Sentía que la cabeza se me desabotonaba, hasta que me miraba en el espejo, todo empeloto, enfrentado sin quererlo con mis más desagradables ideas. Esa pensadera —le decía a Nepo y al Henao—, sumergida en el tufo de aguardiente que permanecía en la boca y agregada al olor de la cocaína que se me quedaba semanas en la nariz hasta que me pegaba un estornudo, y era como revivir mi hermano, esa pensadera no se me quitaba. En las busetas miraba a la gente de la calle o al vecino de puesto con rencor.

Ese rencor destilado en tanto guapachá nocturno, durmiendo una noche con Verónica y la otra con Elizabeth, que al fin había vuelto, me había llamado; y de la peladita aquella, con cara de guineo colgado del palo, no quedaba nada, pues se había vuelto una mujer radical y sabía trasnochar sin ojeras o emborracharse sin hipo. Creo que hasta empezaba a no querer más salsa. En las busetas me ponía a analizar al personal. Sabía que los hombres libidinosos se sentaban siempre a la izquierda, porque las mujeres se abotonaban las blusas al revés de los varones y así podían tener su cuota diaria de teta.

El rencor estaba ahí; que me empujaran por la calle, sabiendo que esa era la tarifa que me disponía la vida urbana, que me salpicara de agua barrosa un Renault al pasar la Séptima, que no me dejaran mirar las remesas de los vehículos blindados en los bancos de la Décima, que me estuvieran diciendo siempre, Toninho, quítate del medio. Por eso había entonces que someter la libertad a otra noche de obsesiones, mirándole la nariz a Melanio en el Goce, esa blanca nariz de vagabunda del siglo diecisiete, y aguantarse al capitán Cayo, que estaba poniendo mala música por hablar maricadas con Granados Arjona, ese barrigón erudito que tenía un programa radial de salsa. A veces, en esos días de modorra, en esas secuencias imperturbables que produce el guayabo, me incorporaba de la cama que ya olía a mapurito y *alcanzaba a* ver, con el cuerpo tenso por la flexión para meter los ojos por la ventana, el

cielo gris, las gotitas de lluvia creando una membrana para volverlo a uno sedentario y el reloj electrónico de ese edificio, las diez y cinco minutos. Ahí mismo caía sobre las cobijas, me tomaba un sorbo de agua de panela fría y a diez horas de sueño le sumaba cuatro más, como para descansar de tanto tono menor, de tanta tristeza.

En esa época pretendía encontrar un hecho, un amor o una droga que me permitiera no llegar a los excesos, pero de todos modos, sin volverme un liberal.

Tres veces a la semana tenía que estar listo a las nueve de la noche en el restaurante Cilantro, donde a esa hora el dueño me sacaba del brazo a la pista de madera que tenía un tablón roto y me presentaba como Toninho el pirinola —viejo marica ese— y yo mansamente me bailaba siempre tres piezas y terminaba el número con una charanga suave. Cada vez que el viejo estaba sobrio yo le decía que arreglara el tablón porque un día de estos me iba a pegar un tropezón del carajo y el viejo no me hacía caso. Hasta que un martes —me acuerdo del día porque Verónica me esperaba sentada en una butaca hasta que terminaba mi show—, se levantó el tablón cuando yo le daba la vuelta a un trino del piano de Palmieri y con la fuerza del paso me salí de la pista, me caí encima de tres tipos que tomaban brandy, en primera fila. Estaban ya borrachos y uno de ellos me pegó con la botella en la cabeza, y llegando a la inconsciencia alcancé a oír al viejo que decía... ese bruto ya no da más, se le acabó la movedera, sáquenlo de aquí... Verónica me llevó a la Cruz Roja de la Treinta y seis donde hubo costura, xilocaína en la herida y me mandaron a tomar veinte pastillas de Binotal 500, previendo la infección. Esa noche justo haciendo el amor con Verónica, sentí por primera vez el golpeteo perfecto de la sangre en la cabeza, la razón descarada de mi propia vida, herido, queriendo a Verónica, asustado porque mañana quién sabe cómo sería.

Había terminado la universidad sin graduarme, y sólo bailaba por puro placer. Mi hermano era amigo de Roberto Miramón, un ex beisbolista y alto empleado de la Contraloría, de tal modo que pasé del poder judicial a fiscalizar la Nación. La oficina quedaba en la calle Trece, abajo de San Victorino. Ya no era un revolucionario.

Compré chaleco y corbata y al preguntarme dónde trabajaba, supuse que tenía una corbata, sin eufemismos, que en este país es la única manera de vivir para el amor y para la rumba sin preocuparse del trabajo, el camello, el cuento de tener que cumplir horarios y desgastar la vida pensando cómo comer y dormir. Cada quincena me llegaba el salario y me iba para el Goce, para El Escondite, el Fuego en el 23, la Montaña del Oso, el Farallones, el Caño de la 53, la Palladium, Quiebra Canto, la Jirafa Roja, o el Tunjo de Oro. En todas esas salsotecas me conocían de otros tiempos, de cuando andaba hablando de que del campo a la ciudad combatiendo unidos venceremos, peleando con el Estado y con los mamertos, propugnando la reforma agraria en el solar de la esquina, encochinándoles la duermevela a los policías de turno que iban declinando en un asiento con resorte salido en un bus de La Estrada, después de haber cumplido con la patria un turno más de amores nacionales. Me conocían de cuando pasaba del equipo de béisbol a la brigada de adelante por la calle Cuarenta y cinco, tirándole piedra y molotovs a la Fuerza Disponible, quemando carros oficiales, o hablando en la cafetería de las cinco tesis de Mao, antes de que al gran timonel lo degradaran a grumete. Al compañero Mao Benítez le pasó lo que a Tse Tung.

Su memoria anda bailando vales lentos en camiseta al lado de una ventana en el sector más amarillo del Shangai barranquillero y dicen que se le ven las tetillas por entre la camiseta sudada y que cuando María Teresa, su esposa, le lleva un caldito, lo humedece con lagrimones de soñador encaramado al sillón de la quietud. Siete veces preso, un balazo en la rodilla, después de la tortura en Inteligencia Militar, quedó bobo, y se ha envejecido tanto que dizque parece una hamaca reventada y tirada en un rincón.

En las salsotecas siempre aparecía el combo de la universidad. Los compas empezaban a gritar "que baile Toninho"; yo me fajaba y me aplaudían y toda la vaina. Además, a pesar de mi cara de sábalo con orejas, las peladas, hasta blanquitas ellas, alemanas y tal, se me acercaban y venía el manoseo, el besuqueo, el cómo te llamas, ven para acá, ahora vengo yo, y salgamos juntos que te llevo a la casa. Como quien dice con trabajo, buenos amigos, marihuana y baile cuatro veces a la semana, estaba en mi yeré.

Nunca me imaginé que de esa tranquila condición, digo yo, brincara, como un aparato de feria para asustar niños, a la fama.

Una semana antes compré la boleta y me decidí a ir solo al concierto de la Fania. Seguro que en el estadio El Campín me encontraba con el combo y que después del concierto vendría la rumba en el Goce o en casa de Rosario, esa pelada que a veces desde mi actual condición veo pasar por la calle y que es como un aviso de neón, ciclotímica llaman eso, pues se prende y se apaga cada diez minutos, de tal modo que uno no sabe a qué atenerse con ella, si meterle conversación, regalarle un ron o pasar por delante haciéndose el que nada.

Llegué a las siete a El Campín. Había no menos de cuarenta mil salseros, Nepo, Elizabeth, Calves, Henao, Verónica... todos botella en mano, esperando que la Fania empezara a tocar. A la una de la mañana la Fania todavía no sonaba y la gente se alborotó, pero finalmente se presentó Johnny Pacheco, y todos en coro con Ismael Quintana, Lavoe y Rubén Blades, empezaron a hacer el tema ese de "con las estrellas de Fania vamos a gozar". Al oír aquello, se me vinieron encima todos los años de rumba, toda la fuerza de nuestra condición antillana y salté la cerca. La policía ya estaba dándole bolillo a todo el mundo que quería bailar en la gramilla del estadio, pero a mí no se atrevieron a correrme a palo, asombrados de mi virtuosismo. Sobra decir que ese día estaba con el abrigo de bluyin hasta los tobillos, los zapatos blancos y la camisa llena de bordados que me regaló Vicky hace como diez años. Yo sabía que en ese momento todas las gentes de las tribunas me miraban; les brincaban los ojos tratando de seguir mis piernas y yo ahí, en la mitad de la cancha, manejador de públicos escépticos, bailarín requete consumado, era el mismísimo rey del *boogaloo*, era la esencia del *guaguancó*, nuestra cosa latina, plantación adentro, metido entre mi gente yo era un periódico no sólo de ayer sino de mañana. ¿Cuál Norman, bailarín caleño, pacífico en su danza, podría ser más famoso y feliz que yo?

Me bailé tres piezas y la policía trató de sacarme de mi trono de mico encaramado a su árbol generacional en la mitad de la cancha, pero el público protestó y empezó a aplaudirme y yo estaba allí drogado por la fama y el baile, me sentía Celia Cruz, Benny Moré, Eddie Palmieri, Mongo Santamaría,

Saoco y Fruko, Willie Colón, me sentía Miguel Matamoros y Bola de Nieve. Cuando dejó de tocar la Fania me voltié a mirar y vi que el combo y la Disponible estaban peleando una vez más y mientras la gente desde las tribunas les tiraba inodoros, vallas, la policía respondía con balas y gases lacrimógenos. Yo me paseaba por la pista atlética, todavía bailando una música que ya no sonaba, saludando al público, alzando los brazos, como los ciclistas cuando llegan de ganarse la Vuelta al Porvenir, y el público sabía que yo era el más verraco, por eso miles de voces decían, después de Toninho nadie, así es la vaina bacán, tu eres el propio, mi hermano.

Ahora me veo y no lo creo. Recuerdo que Henao, días después, me llevó a una casa grande y amarilla donde estuve todo el tiempo de mi incredulidad, con una bolsa de suero que colgaba del techo y una aguja metida en el brazo. Allí había un médico que entraba a verme y le decía a la enfermera: "va mejorando, es un caso de esquizofrenia, estaba ambulatorio y un amigo lo trajo". Fue el mismo Henao el que me sacó y me llevó a su casa donde me daban esas pastillas grandes y amarillas, como huevos de iguana que me ponían zurumbático y apendejado. Hace ya como un mes que me harté de Henao y de las pastillitas esas. Yo sé bien que nadie baila como Toninho. Soy el más famoso bailarín en toda la región que va de Nueva York hasta el cielo. Soy la estrella de la rumba. Sin mí no hay guapachá que funcione y todos me buscan para bailar. Me he vuelto un artista callejero y el resto no me interesa. Ni Henao con su "Toninho tienes que cuidarte el coco y tomarte las pastillas", ni Verónica que me ve en la calle y se pasa a la otra acera y mucho menos los que no creyeron que Toninho era el corazón mismo de la hermandad latina, la piedra filosofal de la ricura, la vanguardia proletaria de la revolución lírica.

Y es por eso que me he vuelto callejero, qué carajo. Siempre he sido un artista popular. ¡Con esta figura! Ya no me toca bailar en salsotecas, ni en las rumbas, porque bailo todo el día. Ayer pasaron todos los Latinos y me dijeron que bailaba mejor que nunca, que soy el mejor, el único que puede bailar igual en una plaza, como la de Bolívar, o apenas en el espacio mínimo que los zapatos le dan al pie. Claro que ya no uso zapatos para bailar frente a las grandes orquestas que suenan en los almacenes de discos del centro.

Hoy vi a Henao. Yo estaba bailando al atardecer, frente a una multitud de mis admiradores de cara a los altoparlantes del Mercado Mundial del Disco, en la Veintidós con Séptima. Se me acercó y casi me daña el paso porque me dijo que cómo era posible que yo, el mejor, estuviera dando espectáculo de mendigo y de loco en plena Séptima, que qué iban a decir en Santa Marta, la familia y la vaina esa rara. En fin, Henao no sabe hasta dónde llega la rumba. Henao no sabe bailar.

HISTORIA

UN PASADO DE RAZAS Y ACONTECIMIENTOS

Muchos siglos antes de la invasión española al altiplano cundiboyacense, una sociedad precolombina se había desarrollado en esas altas tierras naturalmente separada por los bosques de niebla de los territorios de las tierras calientes donde habitaban guanes, fusagasugáes, panches, pijaos y sutagaos, enemigos seculares de los muiscas.

A la llegada de los invasores, la sociedad chibcha se encontraba en plena transición hacia formas más complejas de organización económica y social, y estaba desarrollando formas precisas de organización de un estado federal con tres regiones autónomas: Hunza (hoy la región de Tunja), donde reinaba el zaque Quemuenchatocha, Sugamuxi, donde mandaba el señor de Iraca, y Bacatá, territorio del gran zipa Tisquesusa.

TODO PARA TODOS

Propietarios de la sal del altiplano, los muiscas adelantaban relaciones comerciales con sus vecinos e inclusive con comunidades distantes como los tayronas y los incas de Quito. Basaban su dieta en la cultura del maíz, el grano proveniente del sol, pero también poseían labranzas de tubérculos y cereales del altiplano y disponían de caza y pesca. La sociedad florecía a la llegada de los españoles, en medio de una industriosisidad donde no faltaban todo tipo de explotaciones de recursos naturales y la elaboración de artesanías rituales o de uso diario, tales como el trabajo del oro y el cobre, el tejido del algodón, la minería de la sal y las esmeraldas, la fabricación de armas, de instrumentos musicales, la construcción de sus poblados conocidos como “cercados”, la adecuación de tierras, la conducción del agua, la pintura rupestre y, desde luego, una gama inmensa de productos del barro.

LA FUNDACIÓN

Desde su fundación el 6 de agosto de 1538 por el conquistador español Gonzalo Jiménez de Quesada, Santa Fe —Bogotá, después de 1819—, ha sido eje y centro de vida del país. El poblado de entonces fue levantado en el sitio denominado Teusaquillo, en el lugar que ocupara un ‘cercado’ indígena situado en las estribaciones de los cerros de Monserrate y Guadalupe. Otras versiones se inclinan a pensar que la ciudad fue realmente fundada en lo que hoy es la carrera segunda con calle doce, en la pequeña Plaza del Chorro de Quevedo, en la parte alta del barrio de La Candelaria. En todo caso, ese poblado hacía parte del territorio en el sur del altiplano de Cuntinamarca (la tierra del Cóndor, que le diera nombre al departamento de Cundinamarca), ocupado por los muiscas, un populoso grupo indígena perteneciente a la familia lingüística arawak, de cuya cultura han quedado muestras de una fina orfebrería, textiles y cerámica. Numerosos objetos se conservan, entre otros, en el Museo de Oro.

LA CUADRÍCULA REAL

En 1553 se trasladó la Plaza Mayor —hoy Plaza de Bolívar—, al sitio que ocupa actualmente y se inició la construcción de la primera catedral en el costado oriental. En los otros costados se localizaron las sedes del Cabildo y de la Real Audiencia.

La calle que comunicaba la Plaza Mayor con la de las Hierbas —actual Parque Santander— se llamó la Calle Real, hoy Carrera Séptima. Las vías que van de sur a norte de la ciudad se llaman “carreras” porque durante la Colonia se llevaban a cabo carreras de caballos sobre la Calle Real, y la vía era conocida como la Calle de la Carrera. Los bogotanos generalizaron el término para todas las vías paralelas a la Calle Real y el epíteto de “carrera” luego se multiplicó por todas las ciudades colombianas.

En los albores del siglo XVIII, aun bajo la ocupación española, Santa Fe de Bogotá recibió el título de capital del Virreinato de la Nueva Granada.

HOLOCAUSTO Y MESTIZAJE

Aunque durante el periodo colonial Santa Fe vio surgir una nueva raza sincrética y mestiza: los criollos, algunos sectores indígenas se mantuvieron étnicamente estables y los descendientes de los chibchas aún circulan por sus calles. La influencia indígena se siente todavía hoy: los domingos muchos bogotanos ascienden a pie o en teleférico al cerro de Monserrate, en una peregrinación aparentemente católica, pero bien aderezada con rituales indígenas del culto al sol, en los cuales el consumo de chicha y otros alcoholes pone de manifiesto el trasunto “pagano” de los peregrinos que santifican la fiesta semanal católica al tiempo que le rinden tributo a sus deidades.

DE IMPORTANCIA CAPITAL

Santa Fe fue sede de numerosas órdenes religiosas fundadoras de conventos, colegios y universidades que le dieron un carácter especial de ciudad educadora. Durante la Colonia contó con importantes instituciones educativas de nivel superior tales como el Colegio Seminario de San Bartolomé, fundado en 1592, la Universidad de Santo Tomás (1580), la Universidad de San Francisco Javier o Javeriana (1621) y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (1653), instituciones educativas que aún hoy existen.

También se desarrolló aquí una intensa actividad artística inspirada en temas religiosos. La influencia francesa que dominó a España en el siglo XVIII por la llegada de los Borbones al trono, marcó igualmente el gusto de los estratos gubernamentales, de las familias de la alta burguesía criolla y de las jerarquías superiores de la Iglesia local.

LA REVOLUCIÓN DE LAS PLANTAS

La Expedición Botánica llevó a Santa Fe la influencia de la Ilustración Francesa y su objetivo principal fue el estudio de la flora nativa del Nuevo Reino de Granada. Se inició en 1783 por orden del virrey arzobispo Caballero y Góngora y bajo la dirección científica del presbítero español José Celestino Mutis. Un aporte especial de la Expedición fue la construcción, entre 1802 y 1803, del Observatorio Astronómico, uno de los pocos edificados en América durante el régimen colonial.

Lo que se había diseñado como una actividad científica positivista a la postre se convirtió en la semilla del pensamiento libertario de los criollos y en la base intelectual y de identidad nacional que originó la revolución de la Independencia.

LA INDEPENDENCIA

Santa Fe fue escenario de diversas manifestaciones que aceleraron el proceso independentista. Una de las de mayor trascendencia fue la Revolución de los Comuneros en marzo de 1781, movimiento que fue reprimido brutalmente por las autoridades españolas y que terminó con el asesinato de su líder José Antonio Galán en el Puente del Común, en las goteras de Bogotá. Sin embargo, dejó una huella que siguieron, en 1794, Antonio Nariño y los líderes del grito de independencia proclamado el 20 de julio de 1810.

EL HUMOR DE LA LIBERTAD

La conspiración continuó hasta las guerras de la independencia. Tras la campaña iniciada en los llanos orientales y los triunfos militares del Pantano de Vargas y el Puente de Boyacá, la ciudad acogió en 1819 al Libertador Simón Bolívar y al general Francisco de Paula Santander. Bolívar ejerció en Santa Fe como primer presidente de la República de Colombia. Ese mismo año cambió el nombre de la ciudad por el de Bogotá, y en 1821 fue elegida capital. Con la libertad floreció ese ser bogotano lleno de humor, que se desarrolló en el primer siglo de vida republicana al vaivén de la inestabilidad propia de una naciente república.

EL TIEMPO DE LAS LUCES

El aislamiento relativo de la capital contribuyó a sostener su carácter de ciudad administrativa y educadora a lo largo del siglo XIX. En 1823, la Biblioteca Pública, que en la actualidad es la Biblioteca Nacional, se amplió y modernizó y un poco después se fundó el Museo Nacional. Entre 1850 y 1859 se desarrollaron las actividades investigativas de la Comisión Corográfica, a cargo del italiano Agustín Codazzi, dirigida a indagar acerca de la historia, geografía, cartografía, economía, sociedad y cultura de las diversas regiones del país (los documentos de la Comisión se conservan en el Archivo General de la Nación). Mención especial merece la fundación en 1867 de la Universidad Nacional de Colombia.

La actividad literaria fue especialmente importante en el siglo XIX, lo que le valió a Bogotá el título de ciudad de poetas. Las artes plásticas tuvieron un impulso con la fundación de la Escuela Nacional de Bellas Artes en 1886; allí se formaron los mejores paisajistas y retratistas de la época, algunas de cuyas obras se encuentran en el Museo Nacional.

En la cultura bogotana de principios del siglo XX, conocida con el nombre de centenarista en homenaje a los cien años de la Independencia, se combinaron costumbres de raigambre colonial con las influencias europeas llegadas a lo largo del siglo XIX. En la música se impuso el pasillo, una forma de vals rápido cuyos antecedentes se remontan a las primeras décadas de la Colonia. Costumbres culinarias como las del chocolate y el ajiaco se establecieron como típicamente bogotanas. Estas y muchas otras quedaron registradas en las crónicas, dibujos y grabados de visitantes extranjeros y de escritores bogotanos de la época.

DESARROLLO Y DESTRUCCIÓN

Las comunicaciones de la naciente metrópoli se incrementaron, desde 1882, con la construcción de la red de ferrocarriles que la conectaron con el resto del país. Internamente la ciudad dispuso del servicio de tranvía desde 1884, lo que le permitió extenderse en diversas direcciones para alojar la población que en 1900 era ya de 100.000 habitantes.

La celebración, en 1938, del cuarto centenario de la fundación trajo consigo un buen número de obras de infraestructura que ayudaron a aliviar problemas heredados del siglo anterior.

Diez años después, el 9 de abril de 1948, fue asesinado Jorge Eliécer Gaitán, que había sido alcalde de Bogotá entre 1936 y 1937; su muerte desató violentos disturbios que duraron varios días y dejaron una huella de destrucción en la ciudad, pero también una serie de cambios fundamentales en los aspectos urbanístico, arquitectónico y poblacional. Desde entonces se acentuó el crecimiento de la población que, en 1951, alcanzó la cifra de 700.000 habitantes.

LA METRÓPOLI DE LADRILLO Y MEMORIA

La modernización de la ciudad se ha llevado a cabo en diferentes fases, la primera de ellas entre 1950 y 1970, y la más reciente en los últimos 30 años. La primera fase se inició durante el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla, quien asumió el poder en 1953 y fue derrocado en 1957. En ese periodo se inició la era de la televisión en Colombia y se construyeron la Autopista del Norte, el Aeropuerto El Dorado y el proyecto del Centro Administrativo Nacional.

A principios de la década de 1960, Bogotá ya era una ciudad moderna, de amplios espacios públicos y una población que, en 1973, llegaba a 2.500.000 habitantes —y que hoy se acerca a los ocho millones—.

EL REGRESO DEL ZIPA

Fueron necesarios 450 años de reflexión para que en los descendientes del Zipa y el gran cacique Guatavita aflorara el inconsciente colectivo de su raza y en un atardecer de mayo se lanzaran otra vez a las aguas heladas de la laguna.

Nunca se supo si la leyenda de El Dorado era apenas una táctica dilatoria para engañar a los españoles o si en realidad los muiscas, antes de verse avasallados por el conquistador, tuvieron tiempo de esconder sus magníficos tesoros en las entrañas de las montañas y en los fondos oscuros de las lagunas del altiplano. Cierto o falso, de todas las versiones la más verosímil es la del gran cacique Guatavita, ese hombre poderoso, amante de centenares de mujeres y amigo de su pueblo, que en los solsticios iba a congraciarse con el sol hundiéndose barnizado de oro en las aguas de la laguna. Era el homenaje al gran padre, al sustentador de la vida, el que se iba y regresaba con su carga de brillo y calor. Los muiscas querían de esta manera revivir en su microcosmos el ciclo diario del sol. Por eso Guatavita desaparecía dorado en las aguas y al día siguiente su pueblo le volvía a ver cazando venados por los campos, seduciendo nuevas princesas y conduciendo a sus guerreros a largas y desafortunadas batallas.

EL ZIPA MARQUETERO

De él un buen día no se volvió a saber. Como centenares, como miles de muiscas, a los pocos meses de la llegada del conquistador desapareció con su idioma, sus telas, sus costumbres. Muchos siguieron cohabitando con el español, pero otros, los que detentaban el poder de la magia, los grandes sacerdotes y caciques, también como el sol, fueron tragados un día por las montañas.

Hoy, 450 años después, sus descendientes —salvo algunos reductos puros— son los habitantes de este pedazo plano de los Andes, mezcla de indígenas, negros, blancos, árabes, judíos, orientales, en quienes, a juzgar por la ceremonia del 30 de mayo, ha renacido la fuerza mágica del chibcha para defender al país de la falta de lluvias, de las acumulaciones de tóxicos en los ríos, del enrarecimiento del aire, de toda la contaminación ideologicocultural.

El 30 de mayo once mestizos en una copia bastante fiel de la balsa de Guatravita, recorrieron el mismo camino de siglos atrás. Vestidos exactamente como los chibchas, llegaron hasta el centro de la laguna y allí reconstruyeron la misma ceremonia del culto solar. Lanzaron cupones, poporos, tunjos, pectorales y narigueras a las aguas y vieron al Zipa de Bacatá (un marquetero de la ciudad cuyo nombre —Ricardo Organista— evoca más bien al Barroco alemán) lanzarse repleto de polvo de cobre al centro de la laguna. No pasó nada. La laguna no se abrió, pero quienes vimos la ceremonia no pudimos dejar de sentir un extraño escalofrío que en el cerebro revivió más de una imagen atávica, más de un recuerdo aperezado.

REENCUENTRO CON EL DORADO

Horas antes de la ceremonia se había iniciado con la «vestida» de princesas, sacerdotes, Zipa y guerreros. Aquello no era propiamente un disfraz. El organizador de todo este carnaval, de esta especie de acto sacramental de características eminentemente paganas, Pacho Pérez, un hombre de treinta y seis años que sintió un día que la memoria indígena se había perdido, veía en la realidad sus sueños de diseño, de magia, de regreso. Y lo más curioso de esta ceremonia es que ninguno de los participantes eran actores o gente de renombre como suele ocurrir en cuanto acto de homenaje histórico se realiza. Por el contrario, las princesas eran una artesana, la otra química. Los guerreros, operarios de pequeños talleres artesanales, choferes de buseta, los sacerdotes, trabajadores de la ciudad, y el Zipa, un marquetero. Gente común, como queriendo dar a entender que en ellos aún reside el espíritu de los chibchas.

Todo empezó un día tomando trago. Estaban reunidos Pérez, Organista, y el pintor Jaime Rendón Pérez contó de su idea de revivir las ceremonias de El Dorado y sus contertulios le creyeron el cuento. Rendón hizo los diseños para los cascos, los trajes, el maquillaje. Pérez se fue a Sasaima y con un artesano de la guadua contrató la construcción de la balsa. Organista puso el transporte, sus compañeros de trabajo de la marquetería ayudaron y después de dos meses de investigar sobre el tema para hacer una reproducción fiel, Pérez trajo la balsa de Sasaima, y el 30 de mayo estuvo a punto para la ceremonia en Guatavita. Los comprometidos en el asunto no son gente de dinero y en el empeño se les fue el poco que tenían. Todos los gastos corrieron por su cuenta, además del trabajo de dos meses para poder llevar a cabo este «primer reencuentro con El Dorado».

OTRA HISTORIA

Después de la vestida del Zipa y sus princesas, los participantes tomaron posiciones al lado de una hamaca para el ritual de la llegada del Zipa. Posteriormente el Zipa fue soplado por sus princesas con polvo de oro —en este caso cobre— y, una vez todos en la balsa, el Zipa con su pectoral en forma de sol, dio la orden de partida. Los remeros llevaron la barca de guadua hasta el centro de la laguna. En ese momento los campesinos de la región, atolondrados, se habían apostado en las colinas que rodean esa laguna que por su redondez parece un ojo verde y enorme que contempla el cielo. Hacia las cinco de la tarde el Zipa elevó la vista, dio orden de suspender el remo y se lanzó al agua. Nada que ver la escena con las tontas y plásticas funciones de reconstrucción histórica de los llamados espectáculos de luz y sonido. Esta artesanal y cariñosa imitación de ceremonia resultó ser mucho más fiel a la historia, al origen de nuestra nacionalidad. No se necesita de grandes aparatajes burocráticos para demostrarle amor a la patria, no el amor a unos símbolos manidos, sino a los lugares naturales donde transcurrió alguna vez una historia más propia, más espontánea, menos sojuzgada.

Y UN FESTIVAL ANDINO

Pacho Pérez está dispuesto a convertir la ceremonia de El Dorado en una tradición en el país. La del próximo año, en el solsticio del 22 de marzo, será mucho más espectacular y más, si se quiere, «religiosa». Para ello invitará a delegaciones de todos los grupos indígenas del país. Ese día, al tiempo con un ritual de El Dorado, celebrarán un Festival Andino Americano que ayude a fortalecer los lazos culturales entre las diferentes etnias e interrumpa el camino de la penetración cultural. Por ahora la balsa del Zipa se quedará en la plaza principal del municipio de Sesquilé (el único de la Sabana con nombre en francés) donde será convertida en monumento debidamente impermeabilizado y dispuesto para la nostalgia.

POLITICA Y SOCIEDAD

LAS FLORES NEGRAS

Están ahí, todos los días, con sus pequeños trajes insinuantes, encorvadas tras las rejas, derivando implacablemente hacia las habitaciones oscuras, hacia los recovecos donde habita el amor pagado.

Son ellas, las prostitutas de Bogotá, flores negras de la ciudad.

Habitan las calles, las esquinas. Sus días transcurren idénticos en las camas, en los zaguanes, siempre a la espera de los hombres, del mismo hombre, del cliente. Han borrado de sus corazones y de sus ojos las diferencias masculinas. Todos son el mismo tipo, con el mismo saco, la misma sonrisa yerta, la misma propuesta de intercambiar pesos por amores, repetida hasta el cansancio de las noches, que son también las mismas noches.

El presente les es común, pero también el pasado. Son todas aquella niña que un día tomó la flota en su pueblo, frío o caliente, llegó a la ciudad y se encontró de manos a boca con el monstruo de la soledad, el desempleo y el desafecto. Ella o cualquiera, en plena adolescencia, rolliza por el consumo secular de papa y yuca, pero aún con la frescura de esa edad en las mejillas.

Alguna vez tuvo un empleo. Alguna vez se enamoró hasta llegar a la ceremonia femenina de la maternidad. Recorrió las calles buscando el sustento y poco a poco conoció su propia condición de desarraigo, sus pies vagando de avenida en avenida, el hambre, la marginalidad. Supo de un marido borracho, de un patrón violador, entendió que sólo su cuerpo le pertenecía, que en una sociedad donde las formas de solidaridad colectiva no existían, lo mejor era disponer tan solo de sí misma, de su sexo.

Alguna amiga le confió las primeras señas y pisó la primera residencia, el primer burdel.

Algún día y para siempre, dejó de amar. Ella supo entonces, iniciada su carrera, que los hombres eran fantasmas pasajeros a quienes no les podía ni

dar ni pedir amor. Alguna vez sintió que algo se partía en ella, quizá por ese tipo, por ese cliente que le despertó en su corazón los viejos sueños románticos, las pasiones postergadas detrás de tanta reja, de tanto palo, de tanta pensadera sobre la vida. Y se dio cuenta de que no había ningún camino distinto a ese que trasiega cada día, de las calles del amor hasta su casa, donde la espera en la soledad de su hogar, con sus hijos, la dignidad de ser una mujer trabajadora.

Pero aún así sigue pensando, como todas sus compañeras, en ese príncipe azul que se pueda tomar entre los brazos, porque sabe que en algún lado está el hombre de verdad que sea capaz de hacer de una prostituta una señora, y no los otros, que hicieron de una graciosa niña campesina una trabajadora sexual.

Su vida callejera y clandestina, por un brinco extraño de las cosas, se ha convertido en una lección. El mero hecho de su existencia triste y a veces degradada, agrade día a día a la sociedad. Allí, en la Alameda de Bogotá, esas mujeres le gritan a todo el mundo, en su silencio o con sus risillas cómplices, la culpa de una colectividad que las forzó a desparramarse entre las puertas, los corredores, las sábanas y cobijas, escenario de miles de combates amorios.

Son ellas las llamadas bandidas, las vagamundas. La historia viene de lejos. Ya en Babilonia era obligatorio que ante la llegada de visitantes las mujeres prestaran por una noche sus servicios sexuales a los fatigados turistas de entonces. O en América, antes de Colón, las había que practicaban su oficio en tierra de los incas, y sus hijos eran conocidos como los huairapamushcas, los lánguidos hijos del viento que pasa.

En Colombia, y entre nuestros chibchas, no se practicaba la prostitución. Llegó, como todos los lastres, con los españoles. En 1499 Alonso de Ojeda descubrió Colombia al tocar el Cabo de la Vela en la Guajira. Seducido por la belleza de las indias, secuestró a doscientas de ellas para sus marineros. Fueron a la fuerza, como siempre, las primeras prostitutas colombianas, a la postre vendidas en los mercados de esclavos del viejo continente.

En los tiempos de la fundación de Santa Fe de Bogotá, don Sebastián de Belalcázar pobló la ciudad de decenas de mujeres indígenas que los españoles

ya habían prostituido en el sur del país. Don Hernán Pérez de Quesada, hermano del fundador de Bogotá, hizo otro tanto. Escogió un buen número de bellas chibchas y las llevó a la encomienda de Tunja. La hoy católica y rigurosa ciudad fue conocida en sus primeros días como el gran burdel del altiplano.

Pero también llegaron meretrices de raza blanca para poblar las historias de la hispánica colonia.

A principios del siglo xvi, don Jerónimo Lebrón depositó en Tunja y en Santa Fe un puñado de españolas procedentes de Santa Marta. Aquellas dudosas mesoneras repartieron sus encantos y entretelas entre las huestes invasoras, y de rumba en rumba se fue creando la genealogía de más de una noble familia de hoy en día. Sin olvidar que en las guerras, detrás de los ejercicios realistas o libertarios, circularon verdaderos batallones de prostitutas mestizas al servicio de la tropa.

Notoria es la historia del virrey don José Solís, célebre por sus desafueros eróticos. Sobre su cabeza pesaron diecisiete juicios por violación y estupro. Temeroso de que la corona española lo engrillara por sus amores con la famosa Marichuela, conocida prostituta de lo que es hoy La Candelaria, se encerró en un convento.

De época en época, entre banderas y revoluciones, tiros y rumbas, a principios del siglo xix se consolidó en torno a Bogotá un cinturón de casas de lenocinio, una muralla de tolerancia. Muy conocido fue el lugar llamado tres esquinas, en la segunda mitad del siglo pasado. En torno a tres casonas, en lo que hoy es Paloquemao, se desató por más de sesenta años una gloriosa farra erótica que trascendió los rigores de las confrontaciones políticas.

Hoy todo ha cambiado. Las descendientes de aquellas históricas mujeres han logrado que el 93 por ciento de quienes acuden a ellas usen condón.

Por voluntad propia han decidido ser de verdad profesionales. Saben que el hombre es débil, que muere por un poco de placer. Ellas, por el contrario, han sacado el gozo sexual de sus vidas, rechazan la pasión, aunque la ofrecen. Están unidas, son solidarias entre sí. Se protegen de un todo que las agobia y les reclama por el mero hecho de existir. Saben que hay dos cosas

que no pueden convivir: el miedo y el amor. Y quizá su carta tapada, su única arma, sea el amor.

EL SUPERFICIALISMO

La escuela filosófica del Superficialismo fue fundada por el pensador latino Julius Sánchez Cristo. El connotado filósofo de aquella época conocida como la del florecimiento yupiensi, hizo sus primeras letras en la Light School of Frivolities de la ciudad de Miami, donde obtuvo el magister en “O sea...nografía” que es precisamente el arte de no decir nada en medio de un océano de ignorancia. Ese “decir nada” que de manera pragmática a Julius le ha servido para todo.

Una vez cursados sus estudios superiores que fueron para él la única manera de no sentirse inferior, regresó a su país natal donde de inmediato se puso bajo la protección espiritual del gran maestro Gianni Versace (qepd), fundador a su vez de la escuela ontológica del “Siempre listos”, más conocida vulgarmente en Occidente como “Pret a porter”. Desde entonces Julius, fiel seguidor de su guía, se dedicó muy a su manera a construir una praxis. Interpretó los preceptos de su escuela primigenia y los tradujo (era políglota) bajo la consigna de “estar listos pa' la que sea”, entendiéndose la que sea, como la chica de moda.

Otros iniciados y exultantes fanáticos del Superficialismo, sus vasos comunicantes, poco a poco sufrieron un desplazamiento forzado ante el avasallador Julius quien, refiriéndose a Cay Bizcaine y el Parque de la 93 de Bogotá, sedes naturales del Superficialismo, sentenció: “Todo esto es mío”. Una vez lograda la “cápititas diminutio” de sus contendores, Julius, cual mítica Medusa, se quedó con todas las cabezas de la escuela filosófica. Como proveedor de conciencia y otros estimulantes de la imaginación y de la espiritualidad, Julius no pocas veces tambaleó, sobre todo debido a sus reiteradas vocaciones díscolas que alguna vez lo llevaron a dar papaya. Pero aquello no fue óbice para que tiempo después se consolidara como el pro cónsul de la liviandad. Siguiendo premisas fundamentales del oportunismo (otra de las corrientes de pensamiento que nutrieron sus hábiles neuronas y

llenaron los hasta entonces inmensos vacíos de Julius) y bajo la consigna muy suya de “la ocasión la pintan calva”, Sánchez se quedó con la embriaguez que dan las ideas, pero también con los guayabos.

Esas ideas que luego se convertirían en las premisas fundamentales del Superficialismo, se reducían a dos: “entre más liviano todo, más pesado yo” y “frívolos los demás, porque yo soy es superficial”. En consecuencia y en la práctica el Superficialismo tuvo una ética y una estética. La ética, tras mucha divagación, fue reducida por Julius a: “al cagarme en los demás no se me nota la mierdada”. Y la estética fue, a su vez, compilada en una vieja frase de Hobbes que decía: “el hombre es un lobo para el hombre”. Sentencia que, en manos y boca de Julius, evolucionó hasta convertirse en la gran máxima estética de su movimiento filosófico: “Yo soy el hombre lobo... pero en París”.

Palpemos someramente los orígenes de este hombre, paradigma del pensamiento contemporáneo. En apretada síntesis biográfica, podríamos aventurarnos a decir que Julius no nació. El día que llegó al mundo, directamente salió al aire. Por eso no tuvo complejo de Edipo sino de Avión. En su primera infancia, (debido a su enorme y evidente acumulación de materia gris cutánea y en consecuencia también superficial, Julius era tratado como un niño fenómeno) su padre reiteradamente le decía: “Mijito, Concéntrese”. Pero él, que desde entonces, vertía su ironía en sus corbatas y atavíos, apenas le respondía con risotadas: “Jes, jes, jes”.

Como hombre de su tiempo, el gran pensador barroco criollo supo que el único modo de divulgar su doctrina y su conocimiento era... como su pensamiento mismo. Es decir, etéreo. Por eso se dedicó a la radio y estuvo al aire durante largos años contemplando el “Panorama”.

Preocupado por la realidad y gracias a su inmensa sensibilidad social, Julius pensó que en tiempos de crisis económica bien valdría la pena lograr una nueva síntesis, otra oración suprema que le diera luces a la confundida alta sociedad de su tiempo para salir de la olla. Fue entonces cuando en un arrebatado de “light” al final del túnel, Julius hizo público su saber, vía coctel. Fiel a otra de sus grandes influencias, el ontólogo greco-quimbaya César Gaviria, fundador de la subescuela del Superficialismo con Apertura, y

pensando en el neoliberalismo que tantos frutos les diera a ambos, Julius lanzó la frase de su vida: “Contra el alto costo de la vida, una filosofía barata”.

Bueno, se me acaba el corto espacio para un tema de tanto fondo. En una próxima ocasión me referiré a cómo Julius logró enderezar toda la dialéctica —la hegeliana y la marxista— con otra de sus conclusiones apabullantes: “En general, de lo particular a lo superficial”.

¡AH, LOS INCOMPREENSIBLES COCTELES!

Desde la suma de palabras que le dio origen al término, no se entiende nada. Dicen las directivas de la FSC (Fundación para el Seguimiento de los Cocteles) que la palabreja de origen anglo-sajón viene de la suma en inglés de las palabras cock y tail, o sea gallo y cola, que unidas terminan por formar la palabra cocktail, algo así como cola de gallo, o “culo de ave “ en su versión costeña.

Debe ser por eso que en Colombia el rey de los cocteles, Poncho Rentería, siempre va a ellos adornado su grácil cuello de vestal masculina con un pañuelito de esos conocidos como “rabo e gallo”.

En la FSC sostienen, además, que en su versión líquida y alcoholizada, los cocteles se los inventó en el puerto de San Francisco, Usa, un desocupado barman que le echó a unos güisquis de mala calidad para marineros que sufrían como no pocos de nuestros políticos de priapismo (erección permanente) unas raíces delgadas que tenían justamente la forma de una “cola de gallo”, en el sentido puramente masculino, y no en su versión chabacana de avícola exaltación del clítoris.

De cómo el termino preciso para ciertas bebidas mezcladas se convirtió en genérico de ágapes sin sentido ni destino y con enorme potencial dipsómano, no tienen ni idea ni siquiera Jean Claude Bessudo, el general Bonett o Salvo Basile, los gurús en Colombia de esa vaina de hablar durante cuatro o más horas medio borrachos, sobre todos los lugares comunes de la política, la arrechera y la sociedad.

Simplemente, parece que a la suma de empedernidos beodos que tenían vaso con mezcla de tónica y ginebra o cualquier vaina similar, se les llamó coctel, en el sentido de reunión aleatoria de semi pepos y pepas, que por lo general están al acecho de a quién le lagartean o quien se llevan a la cama.

Pero aun así, uno no entiende para qué sirven esas reuniones donde todo tiene libreto, hasta las regurgitaciones de los más ebrios. ¿Se trata de

relaciones públicas, celebraciones, aniversarios, lanzamientos, vernissages, inauguraciones, firmas, finales de conferencias? De todo un poco, pero en realidad el coctel es una manifestación social que no sirve para nada. Hasta los más habituales, no saben ni a qué van y por qué van. O sí: para ponerse cita en el próximo.

El Dane —oh dicha— me facilitó los datos que reposan en su ciberbarriga sobre los cocteles (inicio de rumba con ínfulas de peperera y periquera) en Colombia. Cada día se realizan por estos lados 13.642 cocteles de todo tipo, desde grandes eventos como los Premios Simón Bolívar (primero en la lista de cocteles que empiezan mansamente y terminan con vice presidente entrando repetidamente al baño a empolvase la cara con talcos del Guaviare) hasta cocteles de tienda con pola y cola. Rabo y gallo, de nuevo.

La dinámica recurrente es poco más o menos inentendible. Los oferentes están desde temprano esperando en la puerta del salón, del club, o de la galería, exhalando sus olores de perfumes, cremas y lociones al punto de perfumar la entrada como si se tratara de ingresar a una Marionnaud en París.

Con la llegada de los primeros invitados (hay que decir que el Dane sostiene que en los cocteles el 73% son colados) se va armando una especie de baile muy lento al cabo del cual y ya llena la sala, parejas o individuos se deslizan de un grupo a otro, repitiendo las mismas fórmulas de cortesía y los mismos chistes hasta acabar la noche. Entrado uno en gastos, tras haberse echado al gznate varios tragos, la cara le huele a una suma de olores brutales, que se parece a la mezcla de sobaquina y Channel, de tanto beso en la mejilla.

Hacia la mitad del evento, el personal ya se ha decantado y sofisticado. Empiezan a quedar los duros, los profesionales, los raspa-cocteles. El combo desinhibido asume una especie de vals jincho, las voces crecen, las risotadas emergen entre los meseros que esquivan culos de silicona y corbatas al viento y al azar.

Ahí es cuando menos se entiende de que van los cocteles. Porque ni van, ni vienen, ni se vienen. Se trata de un tiempo muerto, de un “jet lag” en tierra; de una especie de rumor que se va instalando en la inconsciencia. El coctel deviene hacia su clímax que surge cuando alguien saca el perico

desvergonzadamente, otro se resbala, una fulana muestra las tetas y la modelo de turno eructa champagne tapándose los frenos con el dorso de la discreta manita perfumada.

Principio, clímax, final, todo es igual, pues no pasa nada distinto a la intoxicación colectiva, no solo de alcohol y fuá, sino de palabras vanas, tesis prestadas, sonrisas de espejo, negocios fallidos y proyectos perecederos.

Mejor dicho, un total galimatías colectivo y exultante de vapores primarios. Y lo peor de todo es que las gentes van a exhibirse, pero pierden la memoria del coctel, no se acuerdan ni siquiera de a quien se lo pidieron cuando ya van en el camino taciturno e inefable del guayabo.

El coctel sí es chicha y es limonada y tan poco los entiendo que, cuando me toca ir, siempre llevo en mi bolsillo, por si las moscas, un coctel Molotov, que es el único que realmente sí prende...

“INGRATO MIL VECES”

¿Cómo puede uno creer en un prócer que tiene dos departamentos? Tenemos un Bolívar, un Sucre, un Córdoba, un Nariño, un Caldas y por artes de la politiquería y la división, hay dos Santanderes. Es la metáfora geográfica (por casualidad o por determinismo histórico) de lo que representa Santander en el pasado y el presente de Colombia: el prototipo del avión. Un emergente.

No es una cuestión de facilismo o de acomodamiento cardinal a las divisiones. El departamento de Sucre y el propio héroe de Berruecos, hacían parte de Bolívar. Y a nadie se le ocurrió ponerle a Sucre departamento de Bolívar del Sur. O al Quindío Caldas del Sur y a Risaralda Caldas del Oeste. Pero si tenían que salir los divisionistas y los santanderistas con el rollo de Norte de Santander y Santander, que además y como si fuera poco, también se llama Santander del Sur. Santander... de tanto dividir a los colombianos.

La malsana influencia de Santander sobre la vida de este país, no se detiene en la geografía política. Por ejemplo, ¿con qué derecho el Banco de Santander está hasta en el ajiaco? Si fuera colombiano, santandereano, vaya y venga. Pero no, es español. ¿Cómo así que Santander (¿testamento?) presta su patriótico nombre para un banco propiedad de quienes el dizque derrotó, los chapetones? Qué falta de coherencia como todo lo de Francisco de Paula Chimpancé. Quisiera decir que es tal su total falta de sentido de pertenencia que Santander ni siquiera se posee a sí mismo: es de Paula, quien sabe que inconfesable amante que dormía con él la propia noche septembrina cuando Pacho mandó a matar a Bolívar y este se le escapó para ir a mear bajo el puente del río San Francisco.

“El hombre de las leyes” ¿en un país en el cual se hicieron y se hacen las leyes para que no perduren? Si Santander estuviera vivo votaría por Noemí Sanín y sería más neoliberal que Mockus. “El organizador de la victoria” ¿con todo y reconquista del BBVA? Carreta: Santander no fundó el Partido Liberal ni Bolívar el de los godos. Santander fundó el clientelismo y la

corruptela bipartidista, en un país político hecho a su medida. Autor intelectual de la nacional práctica de “hecha la ley hecha la trampa” produjo herederos rojos y azules. Basta ver el famosos oleo llamado “ *La muerte de Francisco de Paula Santander en Bogotá* ” para entender que siempre estuvo rodeado de sapos y clientelas. Dime con quién mueres...

Ahora que el vástago de Simón, el presidente Chávez, mandó al laboratorio el enjuto esqueleto del Libertador, no tiene nada de raro que se compruebe que a Bolívar lo mandó envenenar el cicutista, el arsenicador Santander. No en vano los enemigos de Santander morían a tiros o por efectos del cianuro y otras bebidas. Muertes misteriosas, santanderistas, fueron las de los competidores del hombre de las leyes. Por ejemplo, la del Precursor Antonio Nariño quien le disputó en 1821 a Santander la Vicepresidencia de la Gran Colombia. La del General José Antonio Anzoátegui, quien se llevó los laureles en la Batalla de Boyacá, la única en la que estuvo Santander mirando desde las lomas. Y el crimen detestable del Mariscal Antonio José de Sucre quien por defender a Bolívar conspiraba contra Santander. Para no hablar de la muerte del botánico e intelectual Francisco Antonio Zea, a quien Santander odiaba, y la más dura de las muertes, la del propio Bolívar objeto de la guerra despiadada de Santander, quien muriera quizás con su cuerpo saturado del veneno inoculado por la ponzoña de Santander. El historiador Miguel Peña lo dice sin ambages. Santander era admirador de los Borgia en el tema de brebajes y tóxicas porquerías para “obtener poder y librarse de quienes se interpusieran en sus designios”.

A Santander no solo se le recuerda por traidor y mezquino, sino por sus frases.

"Si vamos de cabeza, nunca llegaremos al final". Incomprensible máxima. ¿Se refería a la política del avestruz que tanto implementara?

"En América, sólo los miserables pueden alegrarse por la muerte de Bolívar". ¿Una honesta autocrítica?

"Entre más mujeres tengas a tu espalda, más hombre serás " Muestra de su obsesión malsana por los masajes

"La espada de los libertadores tiene que estar, de ahora en adelante, sometida a las leyes de la República" o sea a la exclusión de todos aquellos que no sean santanderistas. Por eso al M-19 nunca se le ocurrió robarse la espada de Santander. ¡Qué encarte!

"Nunca te esfuerces demasiado". Frase fundacional del Partido Liberal.

"...El último día de mi vida será el día que me muera...". Piedra angular de la futura filosofía de otro Pacho, el Maturana.

Y las últimas palabras que pronunció fueron también su último retrato de hombre equivocado *"¡Ahora sí! buenos días, mis amados amigos"* dijo cuando hubiera debido despedirse y no saludar

Por todo eso y más, el Libertador (a quien, dicho sea de paso, como tantas otras tierras y elecciones también se lo robaron los godos) dijo del Chimpancé el 19 de marzo de 1827: *"¡Ingrato mil veces!"*.

Pero en realidad, además de la marrulla, la puñalada traperera y las leguleyadas, lo que queda de Santander es una escuela para tombo, una estatua medio decapitada en el museo de la Universidad Nacional (en 1976 lo tumbamos para poner al Ché Guevara en la plaza) y un devaluado billete de dos mil pesos. Y ya es mucho...

EL PASEO DE LA PATRONA

En medio de las brumas de peluche de la infancia, alcanzo a recordar una escena similar a la del fin de semana pasado en Bogotá. Una multitud llorosa y recogida veneraba una imagen salvadora. Eran los años cincuenta, qué importa cuál, si siempre los tiros han sonado igual.

Los curas tenían entonces bien claro su papel en la sociedad colombiana: apoyar al poderoso en detrimento del débil, desobedeciendo las enseñanzas de su comandante Jesús de Nazareth. Así lo habían hecho desde la Conquista masacrando indios para construir altares, en la Colonia con Virreyes arzobispados, en los albores de la República atizando guerras civiles y al servicio de la violencia goda durante medio siglo XX, incitando a la muerte desde los púlpitos. Así lo hizo la iglesia oficial —con oficiales capellanes y obispos castrenses— antes, durante y después del Frente Nacional, apoyando la exclusión, la violencia estatal, con sus arzobispos y cardenales retratados en medio de los ríos de leche y miel, en los actos de Palacio, bendiciendo cañones y granadas, como desvanecido espejo de la triunfante iglesia franquista.

Ellos, cruzados del poder, portan estandartes de la moral y de la estabilidad social que siempre consistió en la venta del paraíso artificial como sucedáneo de la mala vida de un país. Ellos, permisivos (con la violencia), tolerantes (con la violación de los derechos humanos), amorosos pastores (de sus propias huestes), de-votos (conduciendo y manipulando las elecciones).

Pero hoy, al lado de esos prelados herederos de la cruz y la espada, como Rubiano, como López Trujillo, hay otros cristianos y otros nombres como Giraldo, Beltrán o Gutiérrez, que se han apartado de esa macro estructura afincada como uno de los grandes poderes tradicionales, como un supra partido extremo; el que domina la alta jerarquía eclesiástica. Esos nuevos obispos sienten el país en medio de su inmenso dolor y tratan a su modo de ejercer su apostolado en la neutralidad, en la mediación, en el

acercamiento de las partes, a diferencia de los otros que estimulan los odios y se niegan al amor cristiano y en consecuencia a la reconciliación.

Pero lo que motivaba mi nota era el paseo de la Virgen de Chiquinquirá por las calles de Bogotá, que ha sido un exorcismo recurrente, cada vez que la violencia excede lo tolerable en medio de una guerra estable y en consecuencia interminable, y empieza a tocar esa última instancia, cuando sólo se puede recurrir a la fe, a la mística y a los favores de la llamada “Reina” de Colombia (después le dicen a Fernando Garavito que no somos un país de reinas), la madre atávica de los desesperanzados, de los que no hacen nada o los que no saben ya que hacer. Esa instancia en la cual y ante la incapacidad colectiva de solucionar los conflictos, se trata de coger el cielo con las manos y acomodarle a la madre de Jesús la tarea de arreglar con la violencia.

Había que ver el día sábado en la Plaza de Bolívar a los miles de fieles y fanáticos, siguiendo el libreto de don Andrés y doña Nora, eximios católicos vestidos como para ir a misa, oportunistas místicos utilizando a la Virgen. Había que ver como toda esa gente menesterosa pedía más por sí misma que por el país, porque aún cuando los colombianos acceden a los territorios etéreos donde moran las divinidades, tampoco tienen vocación de nación, ni expectativas colectivas. Era lo mismo que el rebusque cotidiano y egoísta, pero esta vez pidiéndole a las altas esferas del inconsciente colectivo católico, pequeñas soluciones personales. Y más que la utilización de la fantasía para mitigar los rigores de la realidad (a eso le llaman esquizofrenia), lo verdaderamente depresivo del paseo de la Virgen de Chiquinquirá era eso. La necesidad de los individuos de salvar SU alma, SU bienestar y de algunos otros hoy frustrados, como lo vi, de rogar por el triunfo de Colombia en la Copa América.

Cuando se mueven fuerzas sociales y psicológicas como la fe y la adoración, siempre se recurre a la antidualéctica y a fenómenos de masas que sólo pueden conducir a una nueva desesperanza, la del ser social una vez más individualizado, a la inconsciencia individual que potencia la locura general de un país que si algo necesita es saberse a sí mismo, conocer su conflicto y actuar sobre él, con fe sí, pero con inteligencia y no masificado y atontado en

el mundo confuso de la mística. Mover las fuerzas históricas del catolicismo para solucionar el conflicto, es ni más ni menos que darse por vencido ante la guerra, que es asunto de los hombres. Aceptando que la fe mueve montañas, ¿qué se logra si los mismos actores violentos siguen en esas montañas?

Si las cosas siguen así, no tiene nada de raro que en estos días Monseñor Rubiano saque el Sagrado Corazón o el sayal de San Pedro Claver. Al fin y al cabo Rubiano siempre ha mantenido la mejor relación con los “patronos” de Colombia.

FASCISMO ORDINARIO

Domingo, una y media de la tarde, carrera séptima calle 22 en Bogotá. De un camión verde bajan en tropel y en medio de una algarabía de combate, dos decenas de policías, algunos patrulleros otros auxiliares bachilleres. Como resortes movidos por la paranoia, varios vendedores ambulantes recogen sus tenderetes y salen corriendo por las calles adyacentes. Una parte de la mercancía, camisetas, relojes, paraguas, queda regada por el piso. Los policías la recogen y la meten al camión. De repente aparece otro de los agentes con un gran trozo de icopor en el cual hay incrustadas no menos de doscientas gafas. El icopor va a dar al camión. Detrás del agente un hombre joven trata de aferrarse al camión que parte a gran velocidad en medio de los gritos de victoria de los “tombos”. El hombre corre a la par del camión. En su cara se notan la pérdida, la frustración, el miedo y la rabia. Ha sido sometido a un acto de violencia física, económica y psicológica. La gente de la calle, la de la ciclovía, la gente proletaria, chifla e insulta a la policía, en una espontánea manifestación de asco.

Domingo, dos de la tarde, carrera séptima calle 23, esquina. Hay más policías, esta vez con escudos y cascos antimotines. Una pala mecánica empuja una caseta de venta de comestibles hasta sacarla de cuajo de la acera. La pala la destroza mientras la sube a un camión de Obras Públicas. Un reguero de desechos es rápidamente barrido por varios operarios. Muchas casetas van a dar a los camiones. Un señor endomingado, de esos que no toman partido, de esos que nunca votan, le grita en voz alta a un funcionario de la Alcaldía Mayor que dentro de una camioneta cuatro puertas consume junto con esposa e hijos un opulento emparedado: “¡Oiga bruto! ¿No ve que el desempleo llegó al veinte por ciento? ¿Quieren más violencia?”. Una señora miserable se acerca a la ventanilla y amenazadora le espeta: “¡Eso, sigan jugando con el hambre de los pobres!” Las escenas se repiten a lo largo

de la tarde por todo el centro de Bogotá. Le gente murmura, la gente piensa y cuando la gente piensa seguramente pasan cosas...

Mientras tanto, desde sus 2.600 metros de indolencia por la gente de carne y hueso, el “Altísimo” Peñalosa también piensa en sus ilusiones de cristal. En convertir a Bogotá en una urbe donde el monumentalismo y el orden le hagan sentirse como paseando por Los Inválidos o los Campos Elíseos de París. Piensa en pasar a la historia, en sus ciclovías holandesas, en sus espacios públicos como en Washington, en los parques familiares (los de su familia, desde luego) bien verdes pero sin pajaritos porque los humedales le importan un carajo. Piensa en sus troncales encementadas, en su transmilenio, en el metro que vaya destruyendo de una vez por toda lo poco que queda de la Bogotá histórica en Teusaquillo; piensa en que no le preocupa que la Universidad Católica, con dolo y marrulla, tumbe veinte casonas de conservación en Palermo; piensa en lo bueno de sus policías de tránsito que llenan las arcas distritales a punta de multas pero que no desenredan el más mínimo trancón; piensa en que va a lograr que tengamos un espacio público, sin darse cuenta que público también son los miles de vendedores de Bogotá, a quienes está condenando a la miseria o al crimen, robándoles y luego rematando sus mercaderías, como lo sabe la gente, como lo ve en el barrio cuando el policía llega a vender gafas.

Y todo a punta de sus planes caterpílicos de tierra arrasada, su “blitzkrieg”, sus persecuciones de fascista ordinario, de gran policía, como le enseñaron sus mentores, los gringos. Y claro, no piensa qué le significa a ese pobre hombre atolondrado que corre tras un camión policial, perder en un segundo seguramente la inversión de toda su vida, las doscientas gafas que le permiten sobrevivir.

Pero, más allá de lo legal, ¿qué mal le hacen a la ciudad los vendedores ambulantes? Está bien que quienes definitivamente invaden las aceras públicas sean sancionados, pero esa mujer desplazada por la guerra, que vende flores y que ocupa tan solo el espacio de su propio cuerpo de arriba a abajo por las avenidas, ¿no tiene derecho a ganarse el pan? Pero para él que se vendió como el único que sabía y tenía las soluciones para Bogotá, el super estudioso, el nerdo, lo importante es serle fiel a su manía límpido

compulsiva. ¿No es esta acaso una forma “light” de la limpieza social? ¿No es eso tan estúpido como barrer y echar la mugre debajo de la alfombra? Peñalosa tumbando casetas y persiguiendo gente inerme y miserable, lo único que hace es aumentar el problema social de Bogotá con unas avenidas limpias y unas barriadas cada vez más sucias y desvalidas.

Y eso para no hablar de los huecos de la ciudad, entre los cuales el más hondo es el crater que tiene el Alcalde Bolardo en el espacio que en su cerebro debería ocupar la conciencia social.

EL ALCALDE PRE-MODERNO

No había pasado un año después de la toma de posesión del hoy suspendido alcalde de Bogotá Samuel Moreno, cuando uno a uno los semáforos de Bogotá o bien se apagaron, o fueron entrando en una detestable ola amarilla.

Si, los semáforos, ese lucidísimo invento que desde 1914 y durante casi un siglo ha acompañado a todas las ciudades del mundo, desde las pequeñas aglomeraciones hasta las grandes megalópolis como Bogotá.

Pues bien, el gobierno de Samuel Moreno en las primeras de cambio y recién posesionado, decidió no renovar el contrato a la Empresa de Teléfonos de Bogotá que tradicionalmente se ocupaba con éxito de la instalación y mantenimiento de la red de semáforos de la ciudad, que contaba entonces con 1.200 intersecciones. El entonces secretario de movilidad Luis Bernardo Villegas, recién iniciado el “gobierno” de Samuel Moreno, decidió anular el contrato con la ETB y, quién lo creyera, no se previó con presteza quién debería ocuparse de cambiar los bombillos fundidos en los semáforos. Se intentó darle el contrato a la privatizada Codensa y en las calles se rumoraba en ese entonces que pequeñas empresas de sub contratistas con una o dos camionetas trataban de reemplazar los miles de bombillos dañados y las redes reventadas. ¿Anapismo?

A mediados del 2008 no menos de la mitad de los semáforos de Bogotá estaban dañados. ¿Se acuerdan de ese caos que se instalaba simultáneamente con el inicio de las primeras grandes obras, aún hoy inconclusas, de la administración Moreno? Solamente hacia el mes de noviembre de ese año, habiéndole retornado el contrato a la ETB —como era apenas lógico— más o menos se recuperó el servicio semafórico después de nueve meses sometidos a la imbecilidad de un alcalde incapaz de garantizar el funcionamiento de esos elementos que son el más viejo, probado y a la vez rudimentario y eficaz sistema de autoridad y orden del tráfico en una ciudad.

Lo de los semáforos no solo fue una enorme estupidez sino el inicio del caos, de la desgracia y un símbolo de la monumental mediocridad de Samuel Moreno. La metáfora de lo que sería “el gobierno de la ciudad”. El presagio del despelote.

Para no pocos era claro que después de esa metida de pata del alcalde premoderno, todo, o casi todo, iba a ir mal en la capital. ¿Si no pudo garantizar la semaforización, qué de lo demás?

Y así fue. Poco a poco y con el correr de los meses se empezaron a ver los errores y sobre todo la consecuencia de la inexistencia de liderazgo. Nada más contundente y perfecto transmisor de sensaciones colectivas y generales que el vox pópuli. Y en Bogotá se instaló el runrún, la conversación y el chisme cotidiano en el sentido de que el Alcalde Moreno no gobernaba, que todo el mundo se lo pasaba por la faja, que no tenía autoridad alguna, que no entendía a la ciudad, que era un mediocre.

Cuando se dan este tipo de transmisiones colectivas del mensaje espontáneo, eso tiene consecuencias. Y más en una ciudad como Bogotá donde todavía en el 2008 la cultura ciudadana más o menos construida en 12 años de administraciones normales, aún no había fraguado del todo en el imaginario colectivo de la población. Faltaba consolidar aun más esa perspectiva fraterna, amorosa y solidaria de los ciudadanos, para que de una manera inteligente se continuara con los procesos de equidad, de respeto a lo público, de identidad urbana, de pasión por lo colectivo, de defensa de los derechos ajenos como si fuesen propios.

No hacía mucho, Mockus había logrado que respetáramos las cebras, justamente en los semáforos. Y Samuel casi logra acabar ¡con los semáforos!

¿Qué desarrollo podía tener en el inconsciente colectivo ese “mensaje”? Sumado a tantos otros guiños de mediocridad e ineficiencia, la gente empezó a sentir que no había alcalde, que no había autoridad, y regresó de manera brutal a los tiempos en los cuales todo lo público se irrespetaba. Es decir, a hacer cada individuo lo que se le da la gana en desmedro de lo colectivo que al fin y al cabo es el sustento del bienestar individual. Pero así somos de necios y de aviones los colombianos.

La Bogotá de hoy es de alguna manera la Bogotá de Samuel: irrespetuosa, maleducada, tonta, necia, inmanejable, clientelizada y corrupta. El rincón más podrido del alma local afloró y sin gato, los ratones volvieron a las suyas. A pasarse los semáforos en rojo, a ir en contravía, a cruzar en infracción, a lanzarse a atravesar calles fuera de las esquinas, a parquear en todas partes, a botar basuras, a dejar escombros en las avenidas, a reñir y darse en la jeta, todo ello de la mano de una policía metropolitana que decidió no ocuparse de lo público y dejar hacer. (Y agréguele usted, amigo lector, sus propias experiencias de ilegalidad, violación de derechos o irrespetos, para completar la lista) Samuel casi acaba con el sentimiento de orgullo y de identidad de nosotros los bogotanos. Nos hundió en una ciudad desconocida, de nuevo ajena.

A ello se sumaron otros problemas: robo indiscriminado de alcantarillas, contadores y registros por parte de los ñeros, avenidas repletas de huecos, inseguridad generalizada en materia de delitos contra la propiedad, centenares de kilómetros de calles totalmente destruidos, ausencia de lámparas del alumbrado público, graves problemas de recolección de basuras, Transmilenio deficitario, los canales y ríos llenos de basuras, el espacio público invadido, los problemas sociales de la calle irresueltos, los planes de empleo fracasados, la renovación urbana olvidada, la gente del centro rebuscadora perseguida por la alcaldía de “izquierda”, el septimazo acabado, los vendedores del mercado de pulgas del parque de los periodistas sacados a las patadas, la policía cada vez más atrabiliaria y corrupta. Una policía que, como en el caso del tránsito, se ocupa de acechar como buitre a los posibles infractores, generalmente para pedir “mordida” en lugar de controlar, dirigir y ordenar el tránsito. ¿Han visto, ciudadanos de Bogotá, a algún policía de tránsito tratando de solucionar un trancón? No, desde luego. Eso es el samuelismo, el ivanismo, el anapismo, voy por lo mío y el resto no me importa: cuando su responsabilidad era el bienestar de los 9 millones de bogotanos.

Y claro, las obras, las centenares de obras hechas al mismo tiempo para tener todos los contratos de todos los presupuestos de todos los negocios de todos los tumbes de todos los Nules. Ya fueran la desgracia de la calle 26, o

los atrasos por todas partes, las obras hechas dos veces “por error” (calle 116), o los centenares de “arreglos” que por la demora y la mala factura se les ve el dolo por todos lados.

Y todo eso el público lo supo y, halada no poca gente por esa especie de inconsciente delincuencia del colombiano oportunista que supo que si no había autoridad pues todo era permitido, la ciudad regresó a los tiempos insufribles de los años 90, al despelote colectivo permanente y desafiante de toda norma civilizada.

El gobierno de Moreno casi acaba con todo lo que se había medio construido antes en materia de bacanería e identidad. Pero aun así, debe ser muy chévere esta ciudad a la cual aún llegan cada semana miles de turistas europeos atraídos por sus encantos que Samuel se empeñó, en vano, en destruir.

Que a Samuel Moreno el parcializado y monacal Procurador lo tenga en la mira por corrupto, lo cual va a ser más bien difícil de probar, es grave. Pero es peor que ante el fracaso de la suspensión a todas luces sin fundamento judicial ¡Samuel regrese!

El problema de la terna que el presidente Santos quiere devolver, es lo de menos. El problema es que vuelva el desemaforizado. El Polo debe entender que más que la corrupción, lo grave del caso Samuel fue que convirtió la oportunidad de una segunda alcaldía social de izquierda para la ciudad, en un fracaso administrativo y político.

Salvo las dinámicas propias de la ciudad desde Lucho en salud y educación, que son por fortuna irreversibles, en todo lo demás a Samuel le fue mal. Y si por alguna razón alcanza a inaugurar alguna de las obras-tumbe, que —es verdad— ni siquiera a él se le ocurrieron o contrató, que no vaya a cobrar indulgencias con semejantes pecados.

El Polo le debe cobrar a Samuel su incapacidad en todo sentido, pidiéndole la renuncia definitiva. El Polo le debe cobrar el costo para el propio PDA. Pero como van las cosas y al amparo de las conclusiones de la justicia, el Polo de hoy seguirá siendo cómplice del incapaz. O sea, cómplice de su propia debacle.

ESPACIOS PÚBLICOS

¿Y HOY QUÉ ME VA A LLEVAR?

La plaza de mercado de Las Cruces no es una plaza de mercado. Es una catedral venida a menos con sus cuatro enormes entradas enrejadas, sus dos naves —una central, otra lateral— sus ventanales que debieron haber tenido vitrales, su altar mayor de costal de fique y papa de año, sus vírgenes necias, sus santones.

Y aun si está en el barrio de Las Cruces, no tiene trazas cristianas sino paganos emblemas, como sus dos pavos reales de yeso que aletean en las entradas este y oeste, coronando sendos medallones de legumbres y frutas fijados en mampostería, a modo de cornucopias y a falta de ángeles u otros íconos, instalados allí desde 1898 como para decir de apocalíptico modo “a tragar que el mundo se va a acabar”.

Pero no por eso deja de ser una catedral. O tal vez por ello mismo. ¡La catedral del Señor de las Papayas! Quién sabe qué tenía en mente quien la diseñara... Pero lo cierto es que La Plaza de las Cruces fue y es tan opulenta obra arquitectónica que seguro su arquitecto, lleno de gula, les rindió culto a los dioses de la fertilidad, la tierra y sus frutos. Por eso la magnífica galería (para variar en forma de cruz) aún conserva sus delicados detalles de artesonados, el fuerte trabajo del hierro forjado en sus exteriores, sus estructuras de complicado metal. Su tono blancuzco de pagano templo dedicado al pueblo y sus comeres, que hoy sufre del encanto de lo descascarado, de lo desportillado, como unos dientes viejos que mordieron demasiado, de tanto comer y gozar.

Registrada en el Plan de Ordenamiento de Bogotá, supuestamente protegida por ser monumento arquitectónico nacional, La Plaza de Mercado de las Cruces en la calle Primera F N° 4-50, afronta el deterioro. ¿Qué hace el Distrito, su propietario, por ella? ¿Qué la Corporación La Candelaria?

Hay que verla a ella, allí digna ante la desidia, alimentada por las necesidades de la gente, la que vende y la que compra, digna y viva. Si toca recurrir a las definiciones, esta plaza es un símbolo de democracia, del pueblo y para el pueblo y también para el que quiera venir a pasar un rato de nostalgias y ternuras. Es un viejo hábito secular y bogotano, tan viejo y bueno como el tinto con canela, como el cariño que te dan los museos vivos, decadentes y descalabrados. Puro y físico espacio público, sin pedantes restricciones, donde los celadores son unos bacanes, donde las vivanderas reinventan a diario la retahíla de sus ofertas y la picaresca de sus alusiones sexuales. “Caballero lleve el hartón para la sartén de la señora”, “señorita, coja su papaya y sáquele jugo”... O que lanzan el “¿y hoy que me va a llevar?” como si los productos fueran algo de sí, ese sí mismo profundo vestido de pañolones y delantales.

Allí, en medio de la pobreza, hasta los vegetales son pobres, a veces hasta pequeños en esta opulencia de nuestro trópico y, como en las casas pobres, hay de todo, pero poquito. Desde la bodega bien nutrida hasta el mísero puesto del señor de ruana y bastón donde solo hay algunos bananitos. Pero todo bonito, cariñoso, con una limpieza no solo física sino del alma. Pescados solo de río porque quién quiere saber del mar en las faldas de la vereda de Monserrate. Y claro, cubios, chuguas e hibas para los sancochos prehispánicos que se cuecen en ese barrio y en esa plaza abierta a los boquerones del páramo, a las montañas orientales, como si fuera la plaza de un pueblo encaramado en una loma en una loca transición del campo a la ciudad que más bien parece una confluencia del hoy con el pasado, una perfecta sobreimposición cultural.

Pasa la vida en la galería, en los tenderetes instalados como cambuches que resisten las goteras en esa plaza de ese barrio habitado desde 1726, cuna del prócer popular (desde luego) José María Carbonell. Los viejos celadores miran escépticos a los perros y las perras en celo que tiran acompasadamente. Suena una indescifrable emisora matutina, ella también surgida del pasado: necesariamente debe ser radio recuerdos. Pasan las flores y la magia, los shamanes muiscas, pasan las dos mellicitas rosadas de abrigo y piel rosada,

de la mano de la abuela. No hay tránsito ni barullos, todo esta tranquilamente depositado, todo está fresco en esta calma bucólica en medio de Bogotá.

Me voy con la imagen de la hebilla de flores prendida a las cabelleras de Blanca Oliva Guerra y su hermana Maria Lilia, campesinas diría uno, pero de Bogotá. Hace 50 años que están allí, herederas del puesto de su madre. Maravillas nativas con sentido del humor desgranando maíz... en una catedral.

PALOQUEMAO A TIENTAS

Todos lo hemos hecho, víctimas de esa atracción que produce el miedo a la pérdida. Jugar a ser ciegos y por unos instantes colarse en el mundo de las sombras para desplegar en abanico de 360 grados los demás sentidos.

Entré a la plaza de mercado de Paloquemao e hice el gesto apabullante de cerrar los párpados e ir a tientas, como otras veces lo había hecho en distintos escenarios. Pero nunca los sentidos habían recibido tal avalancha de sensaciones, tales percepciones y estímulos. El olfato recibía andanadas de aromas, mezclas absurdas de guayaba con cebolla, de tierra y hierbas medicinales. Los oídos medían decibeles, incapaces de sumar el múltiple fragor. La piel sentía todos los vahos y hasta las brisas que dejan las gentes al pasar. Y las papilas gustativas se alborotaban tratando de desear lo impensable: ¡comerme todo!

El juego me duró un minuto desde la entrada de la calle 19 hasta recorrer unos diez metros. Pero no aguanté más. Ver para creer. Abrí los ojos y un estallido de fuegos artificiales en pleno día me llenó la retina. Había desembocado en la plazoleta de las frutas y verduras, allí donde en un paradójico reguero ordenado se acumula todo el trópico. ¿Se puede uno permitir contar el color? Imaginen ustedes todo el arco iris hecho piel, cáscara y pulpa, desparramado en decenas de puestos, hecho patilla o aguacate, tomate o maracuyá. El rosado del arco iris en las mejillas de las marchantes cundi boyacenses, el naranja de las mandarinas arrayanas que casi se mueven de puro maduras, el verde de los serios plátanos, el violeta de las berenjenas en las cuales uno se refleja en un espejo de humus, el rojo rumbero de los tomates ansiosos de ser salsa o ensalada...

Y todo allí en Paloquemao, plaza entraña, gigantesco complejo de todas las mercancías entre las calles 19 y 22 por la carrera 27, con sus 900 puestos que exhiben todo lo que existe en este país que es una feria en movimiento, un circo de mil pistas como este complejo de mujeres, hombres y galerías, todo allí, desde las cornamentas de las reses sacrificadas y fileteadas hasta el

último botón de la camisa. No exagero. Todo lo que existe se consigue y a buenos precios que llegan hasta la mitad de un supermercado o una tienda: a 1.400 el kilo de lulo, a 500 la libra de curuba, a 2.000 la libra de chatas, a 1.200 el caldo mañanero con su costilla (la de la vaca, porque si invita a la suya le sale en 2.400).

Las gentes que allí trabajan hacen grata la compra. Porque están como en su casa. Allí se han conocido, se han casado, han progresado bajo el signo del trabajo. Los miles de vendedores, distribuidores, cargueros, cocineros, son un alma viva que trasiega los laberintos de estos miles de metros cuadrados, que cantan y gritan sus ofertas, que le regalan una chirimoya o un bocadillo y le sirven un tamal monumento de origen indígena como ellos, contruidos con el material genético del mestizaje y el sincretismo. Puro pueblo bogotano, los mismos de hace tres siglos con su cariño, su lenguaje de diminutivos y la voluptuosidad de esa diversidad nuestra que no solo es de frutos y productos, sino de gestos, de espontánea dexteridad para manejar los quesos, los pollos, el pescado traído de donde crece la palma, de eficiencia en el desgranar de lentejas o en el picar de habichuelas para la sopa del día.

Camelladores que se levantan a las dos de la mañana, se van a Corabastos a mercar y se instalan hasta el anochecer en ese reino criollo, en cuyas calles interiores las princesas huelen a fresco cilantro y sus hombres a papa R12.

Solo cierran un par de días al año, el primero de enero y el 25 de diciembre y están organizados en cooperativa desde 1972 cuando se unieron todos los vendedores de varias plazas del centro para ser propietarios de este vendaval de cosas. Como don Camilo Casallas, quien empezó allí con un atado de espinacas y que agradece no solo su progreso, sino el aprovechar que Paloquemao también es una gran nevera al aire libre bogotano, donde se conserva hasta la tradición.

Todo transita. El hombre con el cerdo en canal en la espalda, las viandas, la alegría mestiza, el jardín de frutas, el horrendo cuarto de las tripas de res, el pato vivo, la lechona humeante, las pomadas para la ciática, el canto del gallo desorientado, el pasado precolombino, la guasca, el chontaduro, la mochila, la gran tilapia que llenará la posterior bandeja, transitan la historia

de esta ciudad, se mueven la calle de los bocadillos y el arequipe, el salón donde actúan las papas su comedia de tierra, Nigeria, un emigrante africano que es capaz de echarse a la espalda todas las arrobadas de su dolor, el conejo escapado, el vallenato venteado, el regateo, el menudeo, el maíz, desde luego el maíz, gran icono de nuestras ingestas, se mezcla el olor del mar con el del río como si allí todo desembocara en un movimiento de remolinos, en una gran digestión del alma nacional.

Vaya a mercar, a pasear, vaya de investigación etnográfica, vaya de chévere a esta fuente de vida, alimento y conocimiento. Como vaya será bien recibido, le dará hambre de pueblo y será saciado.

LAS NIEVES

Si uno observa, y aun si pone todos los sentidos en acción y en estado de atenta vigilia, nada inusual emerge de esa horrible fachada de ladrillo mustio en la calle 19, entre carreras séptima y octava. Nada sugiere, nada es antesala de lo que realmente hay adentro: la basílica mayor de la gula bogotana.

Pero si el curioso caminante se adentra por una especie de arcada esta vez cuadrada, descubrirá una calle peatonal, una galería profunda que se incrusta en los socavones del paladar, un lugar que, encaletado tras el título de plaza de mercado de las Nieves, no es más que una gran vagabundería comestible, un sendero rodeado por dos volcanes que eyectan comida. Es el pasaje La Macarena, salpicón de restaurantes y comederos que se abastecen de los puestos de vegetales, viandas y pescados de la verdadera y pequeña plaza, que está al final, después de la indigestión.

Adentro hasta las ganas están a la vista en ese carnaval de gentes glotonas dispuestas a dispararse montañas de comida y saborear deseos. Si usted pasa por allí, los calanchines de los restaurantes lo llamarán, ellos, seductores de la lengua, lo incitarán al rito de la mordida con tanta simpatía que hasta lo llamarán por su nombre pero al azar, como decirle “Pacho, venga y se sienta frente a este viudo de nicuro”, y le habrán adivinado la voluptuosidad y su hambre cuya metáfora es la lúbrica baba al viento.

Eso es la Plaza de las Nieves, una pesquera a 2650 metros de altura en pleno centro de Tabogo, con el mar y su Tsunami de mariscos volcado sobre las mesas populares. Gran banquete en un contexto de hierbas medicinales, tiendas de la esquina y todo limpiecito. Porque si usted entra al pasaje por la calle 20, creará haber llegado a una plaza normal de un barrio de Bogotá con su entorno de papas. Pero por ese lado al avanzar, también ocurre el escándalo; todo desemboca en las Nieves a ese corredor de aromas y colores, ese túnel o sistema gástrico enorme y en movimiento también peristáltico que desemboca en los estruendosos esfínteres de la calle 19 por donde, como

hemos visto, queda la otra boca de esta plaza que se come a si misma de lado a lado.

En las Las Nieves también se venden “ensaladas light”, por joder, por mamar gallo, porque ello no es más que un pretexto para después entrarles a la ingesta descomunal, las indigestiones latentes, los empachos y demás perturbaciones de lo gástrico en esta anti plaza. Todos los gustos son satisfechos, todos los precios, posibles, en esta democracia de jugos gástricos y biliales festines. Bagre a \$3.000, bandeja a \$2.500, cazuela de mariscos a \$12.000. Veo pasar a un capitán de barco. Allí hierve todo el platerío criollo, en el desfile de lenguas y dientes acerados que van a tragar.

Se sirven en Las Nieves desayunos desde el amanecer y comidas hasta el cierre de las ocho de la noche, cuando la amenaza del hambre se ha disipado en una gran sopa engullida minuto a minuto. Los restaurante anti-filo se llaman Orosol, El Gran Arizona, Los Compadres, Veinte años o más, La Piragua, La Campana...

Su propuesta multi sincrética es pionera de la tan manida fusión, esa que ya se dio hace rato antes de que vinieran los esnobs a decir que el agua moja, cuando se mezcló la grasa hispana con el ají y el tomate y las guindillas con el maíz. Cuando el chorizo se volvió criollo y la papa universal.

Sientan no más la oferta...

Chanfaina: singular mezcla especiada de todo tipo de vísceras, Santo Grial de la sangre derramada y convertida en preciosa joya culinaria por el toque de ajo.

El popular Plato Mixto: voluntaria y reciclable mixtura concebida por la imaginación del mesero, donde se unen todas las versiones en una unidad de acción del revuelto.

Guiso de cola: salsa postrera, reducción tanática de lo que en vida marca el equilibrio de la res, sancochada extremidad de abanicos, inolvidable argamasa.

Cocido boyacense: delicado caldo de tubérculos, danzarín consomé de cubios e hibus y cuantas carnes estén a la mano, regado de arracachas y habas, hidromiel de los páramos.

Bandeja con gallina: atávico plato de “gumarra” al bombillo con papa en chupe y arroz esparcido de coles, “golpe” inefable, himno nacional.

Huesos de marrano: hervidura carnosa de espinazos de copartidario godo, laguna de Guatavita sin fondo, exaltación del cilantro como deidad del plato, coquetamente adornando las aromáticas carnes.

Viudo de capaz: quintaesencia del Magdalena, ternura infinita de la carne, piscícola versión del círculo perfecto que va de los dedos a los labios. Hum...

Bagre en salsa: Emblema de nuestra identidad, con su envolvente capa de grasa natural que cierra la firme carne del pez de los lechos de los ríos, plato de postín y de celebraciones.

Mazamorra boyacense: manjar de comunión, decantada sopa donde el maíz se enreda en amoroso abrazo con las habas, plato de caciques y de acontecimientos libertarios.

Lengua en salsa: paradigma de nuestra retórica culinaria, cebolla, ajo, tomate, pitadora y a degustar la ternura del hablar.

Caldo de raíz: extracto de verga y huevas de toro, poli funcional alimento, bomba de tiempo que al digerirse, regresa a sus orígenes.

Mondongo, menudencias, pajarilla, sesos: sagradas vísceras en franca competencia con el católico corazón, adobadas en pacientes marinadas de historias y invenciones del momento.

Caldo de Ministro, cordero al horno, caldo de pata, hígado encebollado... Las Nieves, vayan hasta saciarse, paseen por este callejón de buena vida. ¿Quieren nacionalidad? Pues ahí está... servida.

PLAZA DEL RESTREPO

En armonía con el fragor del propio barrio comerciante que la acoge — verdadero emporio de la moda y los objetos, Mil y una Noches del comercio, profana barriada popular— la plaza de mercado del barrio Restrepo bulle en ella misma y se cocina en sus dos pisos y en sus 14.000 metros cuadrados, hasta convertirse en succulento plato de la geografía Bogotána.

Hace 30 años allí se instalaban las marchantas en abigarrado mercado pueblerino en un lote en el cual, tras ser donado al Distrito, se construyó la galería con su simple arquitectura de hierros y vidrios, bodega que guarda aun los años setenta. Hoy pertenece a la alcaldía menor de Antonio Nariño y alberga 800 puestos y locales donde trabajan 457 asociados.

Hay de todo, como en toda plaza, pero lo que hace a la del Restrepo distinta a tantas otras de la ciudad, son sus ventas de animales vivos que es una manera comercial de llamar a este zoológico donde conviven en decenas de tiendecitas la mayor comunidad de pájaros y pajarracos de Bogotá: Todas las aves de corral, la gallina saraviada, el ganso, los patos, la pava, las codornices, cacatúas y perdices, pericos , loros y los más pequeños alados, los bengalíes que no son de la India sino del Tolima. A su lado toda suerte de peces ornamentales, y entre los mamíferos cuyes, conejos, perros y gatos, estos dos últimos sacados de las camadas de las casas bogotanas y listos para irse a mascotear. Zoológico con la particularidad de que allí a todos se les puede hablar y escuchar decir sus cosas, acariciar y llevárselos para la casa. Entre cantos y rumores de pajarería de tierra caliente que ha traído el sol a las jaulas, Mauricio Cascavita que lleva cinco años vendiendo animalitos en su lindo oficio de colores, da los precios “la pareja de bengalíes a 25.000, la de pericos a 15, la de cacatúas a 70, el pato a 25 cada uno, el perrito labrador a 150, el gato blanco a 50, el angora a 110 y el persa a 120, todo controlado por el Dama”. Y claro, también se venden jaulas de Barbie para pájaros, juguetes para animales, comida y casas privadas para animales públicos.

La plaza del Restrepo transpira de trabajo, con el sudor siempre ahí para perfumar las vainas que cuelgan del techo, el interminable canasterío donde no faltan hasta las cunas en mimbre para mellizos con sus bebés de la imaginación. A cada paso florecen la bondad de las conversaciones, las ofertas, aparecen los señuelos, la pruebita de chorizo. Se venden insólitas fuentes y piletas portátiles, se exhibe una extraña colección de ánforas de barro como de naufragio griego en el mar Egeo, hay fiques y cerámicas, estropajos y pedazos de país diverso. En una esquina aparece la Virgen del escapulario, patrona de los venteros y me encomiendo a ella y a todo el barroco nativo y a la queridura de la gente.

Y bueno, ni hablar de las fruterías... que son más bien una versallesca galería hecha de piel y pulpa, como llegar a un edén embaldosinado y uno sentado en el paraíso en medio de las ensaladas de frutas, pequeñas pirámides de abundancia, diseño puro y popular; a la boca de una... sobre todo esa fecunda guanábana abierta, útero y matriz del trópico.

Y ¿qué tal el jugo de cangrejo vivo? Receta: en una licuadora se lanzan diez cangrejos de agua dulce de Suesca vivos y se les agrega vino, ostras, miel, brandy, sabajón, pulpa de borjón, leche y una ampolleta de vitacerebrina para darse un estímulo radical directo al coco y no olvidar nada, o sólo lo molesto. Licúe y al vaso. Coctel explosivo y mortal si uno es gringo o europeo, pues solo es apto (científicamente comprobado) para latinoamericanos y japoneses u otros ojo-rasgados con estómagos capaces de digerir semejante carga de profundidad nutriente. Me lo tomé y sabe a todos los ingredientes sin llegar a tener un sabor de mezcla, sino más bien de unión de cosas, a lo sancocho, dentro de esa filosofía popular de agregar todo lo que está a la mano, de tener todo en un instante porque mañana quién sabe...

Y si el problema quiere erradicarlo de raíz o en la propia raíz, pues a la misma bomba se le agrega su ampolleta de Sexovit, que según Nancy Aguilar de San Miguel de Sena, es un viagra natural que va directo al miembro o a mi hembra, menjurje más coñocido como “berraquillo”, a \$5.000 si es sencillo o a \$10.000 si se le agregan embriones de pato, para acabar de producir la reacción atómica y en cadena al ingerir ese todo licuado. Ojo: tomarlo sólo día de por medio.

Tantas cosas descansadas y excitantes al mismo tiempo en la Plaza del Restrepo, allí donde la gente canta y vende de siete de la mañana a cinco de la tarde, “todo bien” dijo el Pibe, donde se consiguen cortezas enteras de canela y sobre todo donde se ha elevado la coquetería al rango de esencia y de virtud.

LA CALLE PARA EL QUE LA CAMINA

Todos los días al salir de casa, usted transita, se ríe, gesticula, conversa, sufre, divaga, sobre el espacio público. Allí, en ese lugar vasto y múltiple, hecho de avenidas, aceras, parques, fuentes, escaleras, fachadas, ríos, aire, sol, calles y plazas, usted y sus antepasados han querido construir la identidad y la crónica de Bogotá.

No ha sido precisamente detrás de los muros donde se ha desarrollado la historia de esta ciudad. En sus calles y plazas han ocurrido y ocurren los acontecimientos políticos y culturales que han signado los tiempos y el futuro mismo de la urbe. Detrás de los muros se han sostenido los ghettos del poder. Pero sólo en la calle abierta, libre y democrática se han dado los acontecimientos que sumados son la memoria de la ciudad.

Hoy, usted transita por un espacio público invadido por toda suerte de obstáculos y trampas, y aunque todos esos lugares por los cuales usted cotidianamente se mueve le pertenecen, usted lo ignora. Y como lo ignora es en buena parte usted mismo el que se ha encargado de vandalizar la calle y de apropiarse de lo que no es suyo, de lo que es de todos desconociendo que la libertad de los demás, lejos de limitar la suya, la ensancha al infinito.

Esa soledad que usted palpa en cada paso que da por Bogotá no es otra cosa que el desprecio tradicional por el espacio público. Usted ya prácticamente no se encuentra con nadie, no tiene donde hacerlo, más bien se choca con todo el mundo. Usted ya no conversa en la calle, no se divierte, no se detiene a mirar los cerros, las arboledas, porque la ciudad se ha salido de su cauce amable ahora lleno de vallas, edificios alargados y de caras también largas.

Usted cuando camina no pasea, siempre va para algún lado, no tiene la libertad de perderse en su ciudad, de encontrar los vericuetos, los escondrijos donde habita la frescura. Se los han quitado. Y todo esto lo obliga a recurrir a los espacios privados, a los intramuros. Usted no es un ser amable por la calle, a usted le han quitado la alegría porque se ha dejado, a veces apenas

esquiva a los demás o brinca por encima de las trampas, a veces se estrella con los carros sobre los andenes, contra los bolardos, con las vallas, con todos los objetos grandes y pequeños que el desorden ha sembrado en la vía para que ni ella ni nada sea suyo. Ya ni se le ocurre tragarse sensitivamente la ciudad. Usted convive con los demás, con el otro, quizás en su casa si es que hace parte de los pocos privilegiados que tiene casa y empleo, pero el espacio público, el poco que existe en Bogotá, está tan deteriorado que es sólo territorio de agresiones y desencuentros.

Y todo esto tiene sus orígenes. Hace algún tiempo se aplicaron en la ciudad esquemas teóricos de desarrollo urbano que llevados a la práctica convirtieron a la amable ciudad de los años cuarenta en un incoherente panel de manzanas. Jamás el espacio público fue del interés de los gobernantes. Al fin y al cabo, y especialmente después del 9 de abril, la calle asumió un aire de peligro, de inseguridad, de subversión. Se dieron pautas siempre pensando en los carros, en las mallas viales, el avance del cemento hacia la periferia verde.

En prácticamente medio siglo el espacio público se ha deteriorado día a día. Las mismas necesidades socioeconómicas, el desempleo y la violencia, obligaron a miles de personas a invadir el espacio de todos disponiendo allí los tenderetes, los puestos de baratijas del contrabando gavirista, de toda suerte de objetos que son el insumo fundamental del rebusque capitalino. Y esto está ligado a la terrible dialéctica del “avión”: yo me aviono ese pedazo del parque, me aviono esa esquina, despojo al colectivo de lo que es suyo, como lo hacen los poderosos con el país mismo.

El bogotano no juega con su ciudad, la padece. Pero además de todos los problemas de hoy con el espacio público, hay uno aún más grave, esa geografía para la diversión, la tranquilidad y el reposo, jamás fue creada. Sólo la espontaneidad de la gente logró los espacios que existen, siempre apropiándose los, y son el producto del uso que los habitantes le dieron, por encima del Estado.

En Bogotá se ha cometido una gran equivocación: la historia de las ciudades no la hacen los gobernantes sino las gentes en los espacios públicos. La memoria y la identidad nacen del uso cotidiano y espontáneo del

patrimonio común. Por eso, ampliar y recuperar ,—como se pretende— el espacio público, sería la única manera de darle un segundo aire a una democracia urbana hoy restringida.

Algo está haciendo en esta materia el alcalde Peñalosa. Pero ojalá que esa recuperación no se parezca al horrible paseo de la quince, paraíso del cemento y de unos postes de la luz tan grandes como el alcalde y tan horribles como su política represiva.

DESDE EL JARDIN

El Jardín Botánico José Celestino Mutis, además de ser hoy una consolidada institución científica, que recoge toda la biodiversidad del Altiplano y del país, es el más delicioso descansadero de la capital. Del cuerpo y del espíritu.

En él se dan la conjugación del saber vegetal heredado de los sabios de la Expedición Botánica del siglo XVIII, con la apropiación que hacen los bogotanos de este paraíso vegetal de 20 hectáreas con 21 ambientes y colecciones especializadas, que fundara el cura Enrique Pérez Arbeláez en el corazón geográfico de Bogotá Hoy, ha entrado en un proceso multidisciplinario, de la mano de la hipermodernidad.

Pero para fundirse con la colcha verde que hojea a Bogotá desde el Bosque Popular, hay que entrar en armonía con esa joya capitalina llena de sensaciones, olores y sueños, en un recorrido antojadizo y a mano alzada por los caminos fértiles del JBB.

Los pasos van de la mano de las texturas de la biodiversidad, se adentran en el mundo de las orquídeas, voluptuosas o diminutas preciosuras. Conducen al bosque andino de niebla donde los toches son toches, el ciclo del agua culebrea en la cascada y le da paso a los pastales donde las palmas de cera añaden la nación.

Se abre la página del romántico rosedal y al fondo el señor yarumo, amigos de las hormigas, con su plata vegetal, otea la calle 63.

Se adentra en el tropicario, evocando mares, cordilleras, sabanas y selvas. Aparece la catleya buscando el sol arrugado, el cacho de venado, los quiches, la flor drácula, el chusque de los cercados muiscas cuando esta sabana era un gran humedal, vienen las sábilas curativas, la azul para el cáncer, la llama y el camarón, el anturio. En medio del invernadero se calienta la vida de las sabanas, ya las flores son hojas en este psicotrópico alucinado y repentino. La iguana mira desde la esquina de vidrio, el árbol del corcho sugiere una botánica económica.

La selva húmeda tropical acuna la regia Victoria, la pequeña Amazonía palpa el cielo fiel a su búsqueda insaciable de Sue, el mundo se calienta, el agua se atibia. La anaconda es un tronco de lianas, la ceiba diosa del doncel pretende reventar sus límites.

Cambio brutal, como la propia geografía vertical, y se entra de lleno en el desierto. Una mini Guajira brota con esfuerzo entre pencas y sábilas y rastreros rastros rojos. El país pesa de la mejor manera, como quien lleva el fardo de las épocas y las generaciones. Todo se reproduce, hasta las ganas.

Afuera, al aire libre, un viejo magnolio tiene cosas que decir. Más bosques, un guayabo triste mira desde Guaduas. Una palma “boba” conversa con los dinosaurios.

De lejos, el jardín herbal huele a medicinas sin laboratorio. Ruda para la buena suerte. ¡Que la ruda te acompañe! De solo oler algo se sana. Capuchino, manzanilla, paico, salvia, guasca. Hambre de vida. Vigor y fuerza sostenibles. Santa María para las heridas de la piel y las de más adentro...

El páramo anhela más agua. Ya los bebés frailejón crecen en un vivero, niños traídos de las alturas de Güicán, que deberán aclimatarse y llenar sus orejas de vellos prehistóricos.

El humedal es igual al penacho del Zipa de Bacatá. Los patos trazan destinos en el agua. Los huertos y frutales conviven con datura, el tremendo cacao sabanero, depositario de un mundo alucinado de tanto verse a sí mismo. Y todo ello rodeado por el bosque andino de nuestra infancia sabanera.

EDUCACIÓN E INVESTIGACIÓN

El Jardín Botánico cuenta con un Plan Educativo Institucional y avanza en la asesoría ambiental de 125 colegios públicos de la ciudad. El Jardín tiene un sólido programa de Interpretación Ambiental dirigido a los visitantes para el reconocimiento de la flora y sus características. En las relaciones arte y naturaleza a través del programa cultural se acogen la música, la danza y las artes plásticas en torno a la naturaleza. Hay procesos de capacitación con población vulnerable como madres cabeza de familia. De la educación ambiental de las nuevas generaciones, dependerá la conservación de nuestros ecosistemas...

El área de Investigación trabaja para conocer y restaurar los ecosistemas estratégicos de la ciudad como los humedales, los bosques que conforman los cerros tutelares de Bogotá, los páramos asociados y los ambientes secos.

Igualmente se dedica al inventario de especies útiles y potenciales en Bogotá y sus alrededores y avanza en la construcción de un conocimiento propio de la biodiversidad en las áreas de transición urbano-rural. Este programa es un esfuerzo por salvaguardar el conocimiento tradicional y de enriquecerse con su ruralidad.

El área científica mantiene 3000 especies vegetales vivas, Específicamente se labora en la investigación para el mejoramiento de las áreas verdes de Bogotá y la incorporación de nuevas tendencias ambientales para grandes urbes, como fachadas verdes, los techos verdes y las nuevas tecnologías de la agricultura urbana.

El programa de Investigación social está dirigido especialmente a habitantes de rondas de ríos, población de los bordes urbano-rurales y comunidad rural en general. Y se desarrolla un programa de estímulos académicos dirigido a estudiantes de pregrado y posgrado.

Todo ello apunta a la Restauración Ecológica de los Cerros Orientales debido a múltiples amenazas como las especies invasoras, los incendios forestales, la destrucción de ecosistemas, La preservación del agua en las

microcuencas que atraviesan la ciudad y el estudio de la vegetación nativa y exótica presente en toda el área que ocupa la capital del país.

Se pretende, igualmente, atajar la pérdida de conocimiento tradicional asociado a la flora de la región capital y la amenaza que esto implica para la biodiversidad.

Vayan al jardín a aprópiense de la poética de la rosaleda, de las palmas de cera, de los climas y las nubes, de la niebla. Vean el ciclo vital del agua. Nunca hay que olvidar que, en el corazón de nuestra economía y de nuestra cultura, nace una planta sagrada: sin maíz no hay país. Y que el paisaje, y más en una metrópoli como Bogotá, también es su gente.

ET: ¿Qué se está haciendo en el jardín y qué se hará en el futuro próximo?

Luis Olmedo Martínez: El reto principal del jardín para la ciudad y la Bogotá Humana es mejorar y fortalecer la calidad de su investigación, incrementar el conocimiento que hay sobre las plantas, la vegetación, la flora, para los ciudadanos. Que pueda ser apropiada por la ciudadanía, que la gente conozca más sobre la base natural que sustenta su vida. Es importante recordar que la base de la vida son las plantas. La vida depende de las plantas.

ET: ¿A qué apuntan los caminos de investigación?

LOM: Al conocimiento de la flora bogotana y de la base natural regional; las interrelaciones que existen entre la naturaleza y las personas, entre la relación de ecosistemas y cultura, como dijera Augusto Angel Maya, y al conocimiento de los procesos de cambio introducidos por la idea de ciudad que día a día promovemos con nuestras decisiones.

ET: Hay un plan de modernización del Jardín y, al mismo tiempo, de sintonía en el trabajo científico con otros jardines de otras ciudades del mundo...

LOM: “La calidad” o el beneficio de un jardín botánico está íntimamente relacionada con la calidad de sus procesos de investigación y a la forma como este conocimiento se proyecta en la comunidad. Es importante relacionarnos con los mejores jardines botánicos y centros de investigación, tanto a nivel nacional como internacional. Actualmente hemos avanzado en

relacionamientos con el Jardín Botánico de Berlín, el de Edimburgo y el Kew Botanical Garden de Londres. A partir de lo cual esperamos concretar procesos de cooperación que fortalezcan el trabajo del JBB.

ET: ¿Se adecuará al fin el jardín a tecnologías contemporáneas?

LOM: Si, es muy importante hacer una actualización integral, tanto de la infraestructura de soporte como la estratégica, es decir, de la planta física y de la investigación, educación e intervención física en la ciudad. Estos medios nos deben ayudar a que mejoremos internamente nuestros procesos (investigación, herbario, colecciones, representaciones, siembra,...) y que a la par la comunidad pueda asumirlos. Por ejemplo, sobre la diversidad de alimentación, sobre el manejo del territorio, sobre el mismo mejoramiento de su entorno, sus barrios, su escuela, etc. Se trata de usar el conocimiento para una vida mejor, más humana. Adecuarnos a las tecnologías, implica, por ejemplo, que estas nos faciliten encontrarnos más como sociedad en torno al conocimiento de la naturaleza, para una vida más placentera.

ET: En el área de educación hay otro tipo de retos...

LOM: Generar, usar y apropiar conocimiento pertinente para la ciudad, es nuestro reto. Facilitar el uso y apropiación del conocimiento por parte de la comunidad es fundamental. Por ejemplo, acercar la biodiversidad a la gente, educar y enseñar que está alrededor de nosotros, no solamente en el Amazonas. Nos alimentamos de plantas, es decir, de biodiversidad. Deseamos reforzar nuestro trabajo con colegios y universidades, la jornada extendida es una oportunidad para que la educación se enriquezca con contenidos sobre la vida y la naturaleza. Eso puede contribuir a ser mejores ciudadanos.

ET: ¿y en la parte técnica del jardín, que ha sido crítica y criticada, como va ese proceso, por ejemplo con el arbolado?

LOM: Queremos mejorar la intervención en la ciudad a través de arbolado, jardinería, agricultura integral, mejoramiento de las zonas verdes. En este sentido estamos planteando tener una visión más integral desde la perspectiva de mejorar la cobertura vegetal de la ciudad. Eso significa mejorar técnicamente la intervención, el mantenimiento de árboles, jardines, corredores de biodiversidad y estructura ecológica principal, entre otros. No

es suficiente con sembrar más árboles, es necesario planear el manejo de un arbolado en buen estado, sano, vigoroso, revitalizado. Pero es fundamental que esto lo hagamos con la participación de las comunidades. Para reverdecer la ciudad vamos a proponer en algunas zonas una intervención integral. Queremos invitarlos al proceso de revitalización del centro, en particular de la carrera 7ª, este fin de semana, para enriquecer el paisaje urbano, peatonal. “Revitaliza tu centro”. Vamos a establecer materas y sembrar más de 100 árboles entre la cra 7ª y el eje ambiental. Vamos a sembrar la vida sobre la vía.

LA SEDUCTORA BOGOTÁ

REENCUENTRO TRAS EL EXILIO

Me han dicho que la mejor manera de hablar de alguien querido suele ser dejar enormes manchas de ingenuidad. Y eso soy yo, un ingenuo en Bogotá. Alguien que nació y vivió en esta especie de radio transistor patas arriba encaramado en lo alto de un escaparate, pero que hoy es, una vez más, un recién llegado, boquiabierto, como tantos otros que viven bajo los designios de los amores a primera vista.

He vuelto. Salgo de la vorágine de los macacos burocráticos del aeropuerto El Dorado, trasciendo al DAS y a la DIAN, paso el semáforo de aduana en ese aeropuerto con nombre de leyenda que enloqueció a los conquistadores: aquel delirio que se inventó Tisquesusa para abrir las hispánicas agallas, que sabía él, de estrategia. La enorme piedra de molino que ha rodado hasta hoy como una maldición, machacando... Sin más ni más, estoy en la calle. Esta es una de esas ciudades que son calle. El conductor, mi conductor, se llama Jaime Humberto. Estoy ahí, virgen, montado en una exhalación amarilla que toma rumbo a oriente. Hablo con él, con Jaime Humberto el taxista quien reconoce, con ese modo práctico que tienen los bogotanos de acomodarse a su destino, que vengo de lejos pero que sé cómo llegar. Su sonrisa no es la de una bienvenida oficial; es la sonrisa cómplice que acompaña a esta ciudad. Creo haber llegado —más bien estoy seguro— y mi mano izquierda toca la piel de cordován del asiento del taxi, tantas veces hollada, tan viajada piel del servicio público. Me gusta esa textura usada.

—“Al centro, por favor”.

“¿Cual centro?”, dice Jaime Humberto el taxista. He visto su nombre en la tarjeta de precios medio oculta en la espalda del asiento delantero. Como todo el mundo en esta ciudad, tiene un nombre compuesto, neo-mestizo. Me desarma.

— “¿Cuántos centros hay ahora?” —le respondo.

—“Pues varios, señor. Hay un centro caballero, que es uno, y hay otros. El centro internacional, el centro de negocios y... Si quiere lo llevo al extremo centro”.

Me siento ideológicamente a gusto con eso. Creo deberle un momento al silencio. Jaime Humberto está de acuerdo. Le digo “sí, al extremo centro” y nos callamos.

El Daewoo de los 2111111 de Jaime Humberto logra infiltrarse en el ritmo de la avenida de leyenda. Desde mi asiento trasero, abro la boca. Y la abro asombrado por ese fondo que veo y que se avecina en la medida de nuestra avanzada hacia el Oriente, allá donde está construida Bogotá. Fondo de cerros y quizás también frailejones y guerreros del páramo que son los bacanes que aseguran la existencia de esta urbe. Bacanes públicos, espacio público.

La primera avenida que nos embiste por debajo del puente, llena de carros, es la Boyacá, cruce histórico de caminos. Gran espacio público, metáfora de la Independencia. La veo desde el puente. Me parece fea pero chévere. Como tantas ahora amadas calles.

El pegamento de las memorias de todos los sentidos empieza a activarse y a traerme a este nuevo presente todos los recuerdos organizados, bien ordenados. El espacio público de mi ciudad viene de nuevo hacia mí, como si el encuentro con la Boyacá hubiera sido un recurso nemotécnico para recordar el laberinto mismo y sobre todo sus salidas.

Tengo el guayabo del avión, de la mala comida y el buen vino. De una regresan las buenas cosas, imprecisas, dobles, como Bogotá, “La Calle 26 o la Avenida a El Dorado”. Conozco varias, quizás muchas vías que conducen de aeropuertos a ciudades. Ciudades capitales, tan amadas. De Ezeiza a Buenos Aires, de José Martí a La Habana, de Benito Juárez al DF, de Roissy a París, de Fiumicino a Roma, de Barajas a Madrid, de La Guaira a Caracas, de Jorge Chávez a Lima, de Heathrow a Londres, de La Guardia a Nueva York. Pero ¿de El Dorado a Bogotá? Nada más perfecto y políticamente correcto.

Veo las cosas que vienen hacia mí, las palmeras que pasan, una cierta moderna arquitectura, “adivino el parpadeo” de ese lugar al cual llego, noche de tango o salsa en Bogotá, pero sólo voy en mi taxi. Más tarde lo haré.

Pasamos la Boyacá. Le pregunto por joder a Jaime Humberto “¿dónde estamos?” y él me responde “yendo a la dirección que me dio. Le digo, “de verdad, ¿dónde estamos?”, “¿Qué quiere que le diga?” me responde

— “Que dónde estamos. ¿Que qué es esta ciudad?”.

Como periodista sé que el primer trabajo de campo se hace en cualquier lugar con los taxistas. Jaime Humberto trata de enfocarme por el espejo central de su parabrisas. Veo que lo logra y me cuadro para que me vea. Una vez construida la complicidad propia del servicio público, sonrío. Alcanzo a escuchar un deslizado “este man” y me doy cuenta que el taxista ha decidido hablar.

— “¿Cómo así? ¿Usted lo que quiere es qué? ¿Que yo le diga qué es Bogotá? Sabe qué, tocaría rodar”.

—“A eso vine”.

— “Ah bueno listo, bacán. Pa' las que sea”.

Rápidamente quedamos en que me recogerá al día siguiente temprano para iniciar una jornada de dromomanía, como aquellas que enfrentaba hace rato Juan Jacobo Rousseau por los caminos de Europa. Rousseau y yo sufrimos de la misma enfermedad mental: la manía del movimiento o del dromedario, como se quiera.

¿Cual ciudad del mundo, tan abierta cómo esta? Pareciera, tan solo llegando, ser un puerto. ¿Marsella, Algeciras, andino Mediterráneo? ¿Por qué apenas llegando siento que alguna vez el mar la besó y ello le permitió a Bacatá tener espacio? Tan solo ellos, los cerros, la hacen noble. Construida como está al lado de los gigantes, se permite la belleza, la mustia hermosura del mestizaje. Que cuando le da por florecer, ay, qué ciudad...

¿Puerto de qué Bogota, llegando por El Dorado? ¿Cruce de caminos indios o alcabala colonial? Ambas, las dos. Veo, al frente y a los lados, que Bogotá es aire y tierra, veo la generosidad de la 26, asumo frente al Cementerio Central (se que allí está enterrado hasta el putas) que en el espacio publico también están los fallecidos. Los muertos de la calle. Repaso

de memoria las calles del cementerio, recuerdo los paseos en busca de muertos, de ánimas idas. Me digo que volveré a hacer mi caminata tanática.

El Daewoo toma un ascenso. Aparece la Séptima, con ese arrogante estilito de “main street”.

Hemos llegado. Detrás de las Torres alcanzo a ver emocionado las palmas de cera del Parque de la Independencia. Al pasarle los billetes a Humberto exagero la ceremonia de la piel, le rozo las labriegas manos de cultivador de papa, sé que lo urbano en Colombia se nutre de azadones y, claro, de dolores. “Hasta mañana, hermano”. Me bajo del taxi amarillo. Uno suele estar muy cansado al llegar de los conventos de la razón europea a las urbes de América Latina. Subo al piso 15 y al salir del ascensor, doy la primera mirada panorámica. Bacana Tabogo, estirada como una salamandra, joven y vieja, ella misma o a veces otra, americana o andaluza.

El sueño viene pronto. Sueño con ella, dentro de ella. Edipo de los Andes... Si no me hubiera enamorado de ti Bacatá ¿me hubieras soportado? ¿Me habrías dejado amanecer en tus faldas? ¿Qué es lo que tu tienes Bogotá, que seduce? ¿Es acaso la irrepetible luz de tus amaneceres y atardeceres? ¿O el barullo sin fin de las multitudes coloridas? ¿Cuál es esa identidad que te hace original y auténtica?...

Ya es mañana. Me levanto con ella y pensando en ella. Fue tan rápido y riguroso nuestro primer nuevo encuentro. Apenas algunos kilómetros de occidente a oriente para volver a saber que Bogotá y yo somos una legión de yoes, de El Dorado a Monserrate.

La Carrera Quinta en La Macarena, sonoro avispero, me llama. La diferencia horaria me ha permitido darme un baño de amanecer desde mi balcón. De nuevo esos tonos de bosque de niebla alta y andina colgados de los cerros, que una vez levantados le dan paso al aire seco y al sol. Tan solo con mirar por la ventana, ya me he encaramado sobre el cielo azul de este nuevo día.

Quiero rápidamente volver a ella, a sus espacios públicos, verlos todos de un solo tirón, reconocer la vasta generalidad para disponer mi espíritu una vez más a vivir en Bogotá. Creo que al llegar hay que llegar, físicamente. Dejar los rastros, quitarse a pleno sol las lagañas de Europa.

Bajo. Jaime Humberto está allí con su carruaje amarillo. Sé que me antojaré de todo y que no habrá un recorrido previsto, que este se irá dando. “¿Por dónde empezamos?” me pregunta. Le digo que arranquemos y veremos. No creo en el orden y mucho menos para volver a enamorarme Bogotá.

Pasear en taxi tiene enormes ventajas. Nadie te discute las órdenes, el conductor aunque tiene una opinión sobre los recorridos, se la guarda, además, queda esa sensación maravillosa de que uno no está paseando, sino que va, que tiene un destino urbano, aunque en realidad sólo está perdiendo el tiempo, es decirlo, ganándose. Le digo a Jaime Humberto que por la Quinta hacia el Sur, por la Circunvalar. Trepamos y aparece el perfil del Eje ambiental, lo recorro de memoria, ese nuevo tranquilo camino que le da espacio al centro. Luego la ciudad se va agrandando. Regreso a la esquina encantadora del Chorro de Quevedo, miro los techos de teja española, o los cerros que completan la armonía de esta excelente composición pictórica que es La Candelaria, desde cualquier ángulo, a cualquier hora. Bajamos por la sexta, hay que hacer peripecias para encontrar la Séptima. Me dicen que el hombre que gobierna no es de acá y que no entiende de esto. Allí está la Plaza de Bolívar, gran escena y palco a la vez. Todo está intacto hasta el horrible palacio de los jueces. Siento a Santa Fe donde se han unido la fuerza del totémico jaguar de los antepasados indígenas con la energía de la fuente de la alquimia de Hermes Trismegisto. Cruzamos la Jiménez y alcanzo a presentirla, ombligo, hilo conductor de la nacionalidad, espacio público y para el para el público. Peñalosa, el talador, derribó todos los bellos árboles de la Avenida 19. Seguimos. Hermética o no, Bogotá parece un juego de parques, un “ludus vecum” o juego eterno. Y así lo compruebo al llegar camino del norte, al Parque Nacional Olaya Herrera. Sí, un parque nacional, pero urbano, sin ceibas ni cedros rojos, pero con el carácter tropical intacto y la belleza intimista de sus recodos. Vamos hacia el Norte. Bajamos y subimos la Avenida de Chile. Me divierto, abro la ventana, huele a hoy. Jaime Humberto ha comenzado a tomarle el ritmo al espontáneo periplo y se muere de la risa yendo y viniendo por las arboladas avenidas del Norte. Le hago tomar en todos los sentidos la 85, la 92 y la 94, damos vueltas por la carrera

Once, nos detenemos frente al Parque de El Chicó, oigo sus caminos de agua, le damos un borondo al horrible Parque de la 93, vamos lentamente por la Quince, bajamos por la Cien, un poco de Autopista Norte y luego subimos por toda la Pepe Sierra. Me entra una plácida bacanería viendo que aún algunos de sus grandes eucaliptos resisten. Evitamos Unicentro y derecho a la plaza de Usaquén. Puedo bajarme pero no quiero, porque en pocas horas debo terminar la tarea del regreso y para volver hay que retomar todo lo postergado.

Ahora estamos por la 127 rumbo a Occidente. Las zonas de los humedales, lúbricos lugares. Juan Amarillo, Córdoba, veo algunas garzas. Bogotá, de tanto crecer está grandota. La Treinta, dizque NQS, jajaja, transmilenizada. Tabogo ciudad iconoclasta, ciudad mercado y cruce de caminos, burgo que mira y ha mirado, espacio público toda ella, la cuento recién llegado que es cuando las descripciones valen y tienen sentido. Construida sobre el musgo y bajo los borracheros. Metrópoli incapaz de asumir el sentido de su propia dimensión, de su picaresca urbana. Baja de estatura y sensual, hembra marginal. Tan llena de aguaceros y de amores que los líquidos no caben en su calles. Bogotá, festín de olores, sitios abiertos, lúdica y loca y hecha de masa joven, en formación, donde el aburrimiento hace rato que fue exilado. ¡Qué encoñe el nuestro!

Pasa lentamente la Universidad Nacional. Jaime Humberto percibe mi emoción. Se ve el intrincado campus, gran parque público, tierra que anda. Le digo de bajar hacia las grandes zonas verdes y damos vueltas y vueltas hasta el mareo en torno al Parque Simón Bolívar, El Salitre, El jardín Botánico y el de Los Novios. Mi taxista empieza a extrañarse. Pasan las horas, ya hemos cargado gasolina por los lados de El Campín. ¿Acaso creyó que esto iba de mamadera de gallo, de mediocridad trashumante? No señor, estamos de “rolling” y esto se acaba por agotamiento por que lo público en Bogotá es casi eterno. Nos vamos para el Parque de la Florida, vemos los aviones llegando, tomamos la Ciudad de Cali, la Avenida de la Esperanza. Nos perdemos por los laberintos de Ciudad Salitre, hecha deliberadamente para afuera, para lo público. Me da por pasar por Corferias, ¿por qué no?, me perturba el tal Parque Renacimiento pero aun así lo aprecio, le digo a Jaime

Humberto que para Palermo y Teusaquillo, medimos calles, pasamos por Galerías, hacemos dos veces el Parkway (amo la soledad) se me mete la idea de recorrer toda la Avenida de las Américas, obligo a que nos detengamos en el distribuidor de tráfico de Puente Aranda, le damos siete vueltas al monumento de Banderas donde creo que están empelotas todas las señoritas Colombia, o algo así. Compró al rompe bananos en Corabastos. Me los como en el Parque de Timiza. Regresamos hacia el Oriente por la Primero de Mayo, almorzamos llanera en el cruce de la 68 (única y táctica parada), quiero ir hasta Usme, lo hacemos, el viento de los boquerones me limpia los ojos, estamos por los lados de la Autopista a los Llanos, ella está abajo acostada de cualquier manera, volvemos hacia el Tunal, regresamos hacia el extremo centro, apreciamos un Tercer Milenio. No podemos más. Ni el taxista, ni Bogotá ni yo. Le digo a Jaime Humberto que me deje en la esquina de la Avenida 19 con Tercera. Le pago a once mil la hora. Se va contento por el trabajo y por un día sui géneris. Quedamos de pillarnos. Me encaramo a las barandas de la Estación de Transmilenio de Las Aguas. Ya son las seis de la tarde. Una maravillosa población joven entra y sale de los articulados. Estoy feliz, he regresado, de nuevo soy bogotano. Pienso en ir a la casa a descansar, pero una vez más la ansiedad del paseo, de la fuga, de la dromomanía, el vicio del movimiento, me sacude. Me veo entrando al Transmilenio. Voy para el Portal 80...

ELOGIO DE LA ALTURA

Un cierto espíritu a la vez preciso e indescifrable, una magia desatada en las últimas décadas y ligada a importantes cambios urbanísticos y de cultura ciudadana, todo ello, sumado a la vieja ciudad con sus entrañas de barro y calicanto y sus costumbres y tradiciones, produce un encanto especial en los habitantes y los visitantes de Bogotá.

¿Qué es lo que tiene Bogotá, que seduce? ¿Es acaso la irrepetible luz de sus amaneceres y atardeceres? ¿O el barullo sin fin de su centro transitado por multitudes coloridas? ¿Cuál es esa identidad de la ciudad que la hace original y auténtica? Tal vez sea precisamente una paradoja lo que mejor podría responder a esa pregunta: la identidad de Bogotá proviene de su no identidad, de su diversidad. La ausencia de homogeneidad se ha traducido en una permanente espontaneidad manifiesta desde lo arquitectónico y el diseño de los espacios públicos, hasta lo artístico y cultural.

Esa paleta de colores revueltos y en permanente movimiento que son sus calles, es única. Como es única Bogotá, una ciudad imposible, una metrópoli encaramada en las alturas de los Andes pero cuyo corazón habita en el trópico. Tropicalidad que va del gris de sus días de lluvia cuando reinan los abrigos, los gorros, los guantes y las bufandas, y pasa por los momentos de primavera cuando no hay clima, cuando la temperatura no existe, para desembocar en temporadas de calor donde las camisetas, los yines descaderados y los pantalones cortos se apoderan de bulevares y avenidas en una exaltación cromática que suena como la música que permanentemente se escapa hacia las calles. Esa constante rotación climática, donde en un solo día se transita por la primavera, el verano y el otoño, ha marcado la ciudad, sus desarrollos, su estética, su desorden funcional, el alma de las gentes.

Son precisamente sus habitantes la clave para entender por qué Bogotá no sólo seduce en el silencio de su pasado y el alboroto de su contemporaneidad, sino en una cierta atemporalidad en evolución: destino y

origen de una población que se sobrepone frente a las adversidades, que construye con humor, que se divierte viviendo en este lugar acariciado por la mano de la naturaleza.

Sí, ahí están los espacios públicos con plazas, plazoletas, calles y avenidas, la reestructuración del sistema de transporte público, los centros comerciales, su exquisita gastronomía, las diversas posibilidades de alojamiento, sus facilidades para realizar negocios, eventos y convenciones, la vida nocturna, la permanente programación cultural, educativa y lúdica construida. Pero Bogotá es la gente que la habita: amable, festiva, culta, llena de humor y esencialmente divertida; población compuesta por bogotanos raizales y una inmigración que hace de la capital una sincrética mezcla de razas que ha producido un mestizaje cultural único y en permanente retroalimentación con las diversas regiones. En Bogotá está toda Colombia y de ella va y viene todo un país que se reconoce en su capital.

Del centro a la periferia y de los suburbios a los barrios tradicionales, la Bogotá multiétnica se desplaza, goza, trabaja, gira en las espirales urbanas, se instala en los parques el fin de semana, transita todos los ritmos urbanos de la metrópoli, y sobre todo evoluciona, se transforma, se hace moderna día a día. Toda ella, gente contemporánea, sustancialmente urbana pero de herencias campesinas, se adapta, regenera los modos de ser, investiga nuevas formas, nuevas estéticas. Espontáneamente se mezcla, sobre todo se mezcla, en un incesante quebrar de fronteras de clase, de raza, de convicciones.

Por eso y por ser el embudo por donde se cuele el jugo humano de toda Colombia y donde se decantan las influencias del mundo entero, no solo es normal sino parte del rito de la ciudad encontrar en ella indígenas de todo el país, adustos paeces o sibundoyes ofreciendo religiosidades y magias de acá, arhuacos camino de las entidades del Estado para reclamar sus derechos, emberas pintarrajeados cocinando en los prados, ticunas o zenúes vendiendo artesanías. Y, en cualquier esquina de barrio o en los recovecos del centro histórico, también tienen espacio los afroamericanos venidos de las costas, grandes hombres y mujeres del Pacífico, tritones de Buenaventura, magníficas chocoanas jacarandosas, o bien dicharacheros y danzantes negras

y negros del Caribe que confirman que la capital también hace parte del trópico, llueva o haga sol.

En las últimas décadas el tradicional tono oscuro, el gris del vestir, le ha dado paso a un variopinto universo de colores. Aunque las ruanas y las gabardinas todavía andan maravillosamente por ahí, las gamas del rojo, el azul o el amarillo han invadido las calles. La influencia del jipismo y de las culturas indígenas hizo que los jóvenes asumieran un modo de vestir “tradicional” pero “lanzado”, posmoderno, alternativo. Mochilas y gorros, bufandas serpentinas, mantas o bombachos se mezclan en una estética sustancialmente divertida, irreverente y a veces irónica o cínica. Esta es una gran ciudad de jóvenes al tanto de todo lo nuevo en el vestir para torcerle un poco la “tendencia” con un toque naturalmente andino o tropical. Faldas ceñidas en las muchachas mezcladas con suéteres de lana virgen, pantalones hip hop en los muchachos con ponchos del sur, sudaderas neoyorquinas cruzadas por mochilas koguis... Basta ir al centro de la ciudad y sentarse al lado de la estación de TransMilenio de Las Aguas para apreciar esa mixtura delirante: jóvenes urbanos con tocados campesinos, jóvenes campesinos con los audífonos colgados de las orejas. Última moda espontánea hecha por cada uno y cada cual, para no parecerse pero para ser todos habitantes de Bogotá, lúdica y loca y hecha de masa joven, en formación, donde el aburrimiento hace rato que fue exilado.

No hay en la ciudad una especificidad zonal porque de norte a sur de la ciudad, salvo en el centro histórico aceptablemente conservado, se han mezclado caprichosamente todos los estilos arquitectónicos. Y mucho menos hay homogeneidad en su población, que de barrio a barrio va cambiando al vaivén de las clases sociales y de las expresiones culturales. Igualmente, son muchas las zonas comerciales o industriales que salpican cada parte de la ciudad. No hay lugar de Bogotá que no cuente con sus propias fuentes de abastecimiento, almacenes, servicios, bancos.

Pero sí hay marcadas tendencias urbanas en lo vital y en lo arquitectónico, que le dan características precisas a distintas áreas, generalmente dependiendo de la época de construcción y desarrollo de cada área.

Bogotá no tiene una zona bancaria, ni una comercial, ni una industrial, ni una zona verde, ni una de esparcimiento, ni una de rumba. En todas partes todo se conjuga. Pero aun así hay sectores de sectores, con precisas formas de vida y de movimiento.

Desde hace un par de décadas una palabra de origen caribeño se instaló en la capital para hablar de la vida nocturna bogotana: la rumba. El vocablo nos enseña que las noches están hechas para salir, comer, bailar, divertirse, amanecer, vivir en una metrópoli. Bogotá es sin duda una de las grandes capitales rumberas de América Latina.

En la noche bogotana se pueden encontrar cafés, bares, discotecas y rumbeaderos de toda índole. Lugares cortados por la tijera del mundo moderno y a la moda con todos los rigores de la música electrónica, bares temáticos de músicas generacionales o étnicas, música de los años sesenta y setenta, viejo folclor y música tradicional colombiana, música andina, sitios donde se escucha y baila tango, bolero, salsa o el inefable vallenato, grandes locales de la rumba gay, pequeños o diminutos barcillos, estruendosas salas de danza. La fiesta en toda su dimensión se instala cada noche en Bogotá en todos los idiomas y para todas las lenguas. Y en no pocos de esos locales se puede escuchar música en vivo al son de grupos y orquestas.

Los grandes conciertos de artistas internacionales que visitan la ciudad tienen lugar en escenarios como el estadio El Campín o el Palacio de los Deportes y en decenas de espacios privados.

Bogotá encanta por la magia de sus noches. El frío de las altas horas contrasta con una ciudad llena de vida, alegre y bulliciosa o romántica y tranquila, dependiendo del lugar elegido. La oferta de restaurantes, bares, cafés, casinos y discotecas permite disfrutar de espléndidas noches en ambientes tranquilos o con mucha música y platos para todos los gustos y en todos los sectores de la ciudad. En el centro histórico y en el barrio de La Candelaria, se encuentran agradables restaurantes y cafés, como los del barrio de La Macarena. En el sur la vida agitada de la noche se manifiesta en la Avenida Primero de Mayo o la carrera 30 y el barrio Kennedy, con el sabor de lo auténticamente popular y sin complicaciones. Y en el norte sobresalen algunos núcleos de fiesta y gastronomía como la denominada Zona Rosa de

la 82, la Zona T, el Punto G en el viejo barrio de la Avenida Chile, la Avenida Pepe Sierra, el Parque de la 93 y el antiguo pueblo de Usaquén.

La rumba bogotana es tan amplia como la quiera quien busca la diversión de la noche abierta y también prohibida, con todas las alegrías o las oscuridades de una gran ciudad donde se encuentra de todo y para todos los gustos.

Allí ES donde La gente se divierte, en los bares, en las calles, en los buses, donde habitan o desatan el ocio, los muchachos y muchachas van del *heavy metal* al bolero, del funk a la salsa o el merengue y el vallenato. Transitan orondos fusionando todo con todo, la hamburguesa con el ajiaco, el puchero santafereño con las sopas thai, la pinta “gótica” con el toque “mamerto” de la vieja izquierda, el folclor del bambuco bogotano de siempre con el tango danzado en la Jiménez con Séptima, las cápsulas desenfrenadas del canal local City TV donde todo se dice libremente, con la capoeira brasileña en la calle 19.

Matices y más matices de esta juventud bogotana, raizal y mundana y que al mismo tiempo fue y ha sido capaz de ser contemporánea sin dejar de lado su ser andino; lo indios y negros y blancos que somos, lo latinos, lo europeos. Millones de jóvenes, gente bella, ultra mezclada, sensual y excitante juventud libre, urbanamente dispuesta para la nostalgia y para el porvenir.

Bogotá, ciudad construida sobre el musgo y bajo los borracheros, metrópoli tan poco pedante que es incapaz de asumir el sentido de su propia dimensión. Ciudad que tolera toda la picaresca urbana. Temerosa de sí misma, fortín de diletantes y enfermos de la erudición y la retórica. Ciudad que ama a los contestatarios del Parque Nacional que cruzan la doble puerta de oro. Baja de estatura y sensual, ciudad mujercita marginal. Tan llena de aguaceros y de amores que los líquidos no caben en su calles. Bogotá, viejo recurso de calles, plazas y suburbios. Ciudad iconoclasta, ciudad mercado y cruce de caminos, burgo que no deja de mirar hacia la risa.

EL VILLAGE BOGOTANO

Es una corta historia de arte y marginalismo. Tan corta, porque hasta hace solo diez años, este inicial Cercado de Teusacá se volvió ciudad, y quienes así lo sintieron se dieron cuenta de que la urbe es de hecho un sitio solitario, y que para hacer menos evidente esa soledad por lo menos hay que juntarse.

A principios de los setenta llegaron al «Barrio» sus primeros habitantes, poseedores de ese espíritu no convencional, necesario para que allí ocurriera lo que en otras épocas se llamó bohemia.

Eran Hernán Díaz y Enrique Grau quienes se instalaron en el barrio de La Macarena. El sitio era, si no definitivamente hermoso, por lo menos soportable, a diferencia de otra parte del centro de Bogotá. No había tanto ruido, los cerros estaban cerca y se podía mirar, de algún modo con desprecio, lo que ocurría allá abajo, donde estaba el mundo corriente, el tedio urbano.

Detrás de estos dos pioneros del «Barrio» llegaron muchas más gentes, que poco a poco fueron desplazando a los viejos habitantes del Bosque Izquierdo y La Macarena. Se construyeron las Torres del Parque, y con los edificios de Salmona, inicialmente destinados a vivienda «proletaria», la zona se fue llenando de personajes de ruanas de lana virgen, bufandas, mochila arhuaca, gafas trotskistas, zapatos de gamuza y sin tacón, largas cabelleras, chaquetas marineras, faldas de flores, discreto saco gris o gorro de lana. Eran ya los definitivos habitantes de este lugar de Bogotá, esta especie de reducto del marginalismo, el hedonismo y el estado de rumba permanente. Como los artistas e intelectuales son pocos, todos se conocen, aman y detestan al mismo tiempo, y son —por su naturaleza social del pequeño grupo, de sociedad semisecreta— chismosos, el cuento se regó por toda la ciudad. A mediados de los setenta no había pintor profesional o en potencia, fotógrafo vanguardista ni cuentista alucinado que no quisiera vivir en ese punto de la

ciudad, cuyos límites más o menos determinados son la calle 26 al sur, la calle 30 al norte, la carrera segunda al oriente y la carrera sexta al occidente.

Hoy son centenares los que viven allí. Teatrerros, titiriteros, pintores, músicos, grabadores, ex *hippies*, artesanos, estudiantes de filosofía o ciencias humanas, bailarinas, poetas, cantantes, periodistas, actores, fotógrafos, teóricos, izquierdistas, anarquistas, arquitectos, cineastas y gentes en general que dan vueltas los fines de semana por las tiendas y restaurantes del barrio, en busca de la inevitable y aleatoria rumba, de la jovencita de faldón y cara de haber estado leyendo todo el mes a Rimbaud, o del aparente intelectual, de expresión caída que mira al piso buscando la solución a sus pasiones recién descubiertas.

El «Barrio» —nombre evidente y natural que ha tomado— ya tiene sus propias características. Se ha formado por acumulación de gentes complicadas con el arte y la contracultura y, como sus similares en otras partes, es ante todo marginal y la mayoría de sus habitantes vive en permanente contradicción, por su condición de creadores, con la sociedad burguesa. Sin embargo, muchos de estos artistas que han llegado a vender su obra a buenos precios lograron ascender económicamente y en lugar de tomar cerveza beben vinos franceses, pero no son burgueses. Les queda adentro la naturaleza de revuelta del «bohemio», y no es difícil verlos a la medianoche desembarcándose de un taxi absolutamente ebrios y cruzando la carrera quinta dando voces y gritando incoherencias.

MEZCLA IDEOLÓGICA

Tal vez aunque el «Barrio» no existiera hubiera ocurrido lo mismo, pero el lugar es indudablemente el único ejemplo vivo de la mezcla ideológica que ha ocurrido en la ciudad en los últimos años. Como el *hippismo* se acabó, los que quedaron tenían que ir a alguna parte, así como los nadaístas y la generación de teóricos encabezada por el liberal Rodrigo Botero. Igualmente la militancia de izquierda, de origen culto e inclinada hacia el arte, desencantada, también necesitaba algún sitio para vivir. Los puramente marginales, el lumpen intelectual, buscó refugio. La Candelaria ya no era el barrio para reunirse, ya la carrera séptima estaba demasiado poblada. Entonces todos fueron a dar al «Barrio». Gonzalo Arango y Eduardo Escobar, Santiago García, el Acto Latino, los *hippies* que vivían comiendo queso fresco y asoleándose en Ráquira, los estudiantes de la Universidad Nacional, eternos estudiantes siempre con Artaud en la mochila y Norman Mailer en la mano.

Por eso en el «Barrio» se palpa ahora el destilado de la mezcla de Marx y Bakunin o del yoga y el liberalismo. Los *hippies* tienen restaurante propio y mezclan la voz bandera de Janis Joplin, con las reverberaciones rítmicas de la Fania. Se han unido el *rock*, la salsa y la música andina. Conviven en paz en el «Barrio» los muchachos de la Juco con los de la Jupa, los gurús orientales con Mayo del 68, los antiestatales con los «chicos» Travolta de la esquina de la 27 con Quinta, y el barón Von Lumpen —inevitable personaje— puede hablar tranquilamente con el poeta Winograd, sobre el *Casanova* de Fellini en la puerta de la librería La Loma.

Pero tal vez la mezcla más evidente es la de los *hippies* con los izquierdistas no partidistas. la mezcla de la marihuana con la revuelta en La Macarena se ve en forma de apacible tertulia de tarde en el Delikatessen de don Publio.

LUGARES Y CALLES

Desde luego que sin desconocer que buena parte de la bohemia ocurre en las casas y apartamentos, otra se da en las calles y los «metederos». Todo el mundo sabe que los cocteles de inauguración de la galería Garcés Velásquez son fastuosos, y que los licores abundan. Allí puede ser el lugar indicado para iniciar la rumba. Posteriormente se puede ir a La Teja Corrida, el restaurante de los ex *hippies* Andrés Uribe, Jorge Ramos, Umaña, Vieira y Juan Manuel Lugo —mejor grabador que cocinero—. Allí estará todo el personal absorto con las congas de Rubén Jaramillo y la voz de Claudia Gómez. Si hace falta otro sitio, la tienda de Pedro en la 27 tiene unas agradables bancas y delicioso aguardiente, donde no es raro encontrar a los miembros del Taller de Arte La Huella hablando un espontáneo alemán o discutiendo sobre el fin del mundo. También se baila en Casa Colombia, se comen tortas en la librería la Loma y los homosexuales pueden ir a Equus sobre la Quinta.

Hay varias panaderías para aplacar «el filo» —hambre tenaz producto de la hierba— y otros restaurantes como El Boliche, donde unos argentinos echan «carreta» y preparan carnes, o El Toronjil. Por la calle 27, frente a la Plaza de Toros, los que tienen menos dinero beben los martes en la Galería del Toro, o en la tienda del Chato, ubicada en un lateral y sórdido callejón. A las cuatro de la mañana lo mejor es tomarse el resto de la botella en las paredillas de las Torres del Parque o, decididamente, irse a dormir. Las licoreras abundan —los comerciantes saben qué venden— y hay tiendas por todas partes. En el asadero de Luis, también en la 27, los artistas se nutren de viscosas y condimentadas carnes, refajo y cigarrillos sin filtro, y en Ann's Pizza, los niños travoltas, dotados de los elementos de vestuario propios de la moda papagayo, ponen a sonar sus motocicletas, mientras sus «chicas» como gallinitas revolotean en torno a los adolescentes, formando escenas «como de American Graffiti», diría un sociólogo que toma el té a las cinco.

Pero las calles mismas son lugar de chisme y charla, de licor y baile, sobre todo los viernes cuando el «Barrio» se pone sus mejores telas y sale a la calle con el firme propósito de emborracharse una vez más. Al amanecer aún el Gordo Guillermo —«Yo vivía aquí antes de que llegara todo este lumperío»— va con paso rápido, creyendo en su delirio de madrugada, que hay todavía muchachas para seducir, con botella de vino en la mano y su permanente necesidad de amor.

VISITANTES

Aunque el «Barrio» no es famoso, llegan con frecuencia visitantes de otras partes de la ciudad, liban largamente en La Teja Corrida y hacen juegos de palabras. Especialmente a las seis, cuando por lo general el sol cayendo da de frente contra los edificios, aparecen los habituales de la Alianza y todo tipo de elementos anticonvencionales, que llegan a tomar tinto donde don Publio, quien exagerando su ya conocido autoritarismo, les exige consumir más de un café para ocupar la mesa. Allí en ese momento, la seriedad no tiene sentido, aunque a la misma hora, en La Loma, se hacen transacciones por parte de los galeristas como Asseneth Velásquez, Eduardo Serrano y Alonso Garcés.

El habitante o visitante de este lugar, es desde luego un cosmopolita. Su problema, su vida, su confabulación, es la ciudad. Todos ellos aceptan el hedonismo como única posibilidad para soportar la vida urbana, y es por eso que entre los habitantes, en la mayoría de los casos, no hay estrechez de criterio. La solidaridad es la de la minoría del único barrio de artistas e intelectuales entre miles de barrios de la ciudad. Un barrio que se ha convertido en una auténtica comunidad, con eventos espontáneos, y un proceso interior completamente indefinido, pero activo.

De manera paralela a todo esto, existe sin embargo una vida cultural concreta. Además de ser sus habitantes infaltables en los cine clubs, las salas de teatro, las galerías y museos y las audiciones de música, en el «Barrio» funcionan varios lugares cuya actividad es de todos modos cultural. Dos productoras de cine: Mugre al Ojo y Cine Mujer, cuyos directores son Erwin Goggel y Rita Escobar. Un taller de plástica, La Huella, dirigido por Juan Manuel Lugo y donde trabajan Marcos Roda, Roberto Rubiano, Natalia Rivera, Pedro Vejarano, Tania Moreno, Martha Cárdenas, Mario Rivera y Jaime Osorio. Tres librerías: La Gaviota, La Loma y Carpediem, que es taberna por las noches. Las galerías Garcés Velásquez y La Pirámide, los

títeres Saltimbanqui, las revistas *Libros* y *Fotografía Contemporánea*, la editoriales Canal Ramírez y Clac. El bienestar físico del barrio está en las manos del señor Patiño, dueño de la droguería Hilton, de quien Daniel Samper —otro habitante y caracterizador del barrio— ha escrito de manera suficiente.

LA CONDICIÓN MARGINAL

En el «Barrio» conviven esencialmente dos modos de vida. El del artista consagrado o más o menos conocido, y el del principiante, generalmente inclinado a la vida subterránea a las libaciones de fin de semana.

Desde luego el «Barrio» tiene su propia vida romántica. Tan pronto se sabe que una muchacha ha dejado a su novio o a su esposo, decenas de intelectuales y artistas dejan el yeso y el pincel para revolotear en torno a la dama. Igualmente ocurre cuando el solitario es el hombre. Las damas disponen sus mejores trapos y sonrisas para atraer al célibe.

Heidi es una adolescente de dieciséis años que, a diferencia de sus compañeros de generación, se ha convertido en la última *hippie* del país. Pintora con tinta china, envuelta en trapos de colores, vende en los bares sus tarjetas y dibujos.

Pero ante todo, los habitantes del barrio han llegado a saber su condición de marginales. El asentamiento allí se hizo conscientemente, ya que todos buscaban la conformación de una especie de contracultura bogotana, en medio de un lugar de la ciudad que se convirtiera en una implícita comunidad de creadores, en un sitio de reunión para el intercambio de nuevas ideas, más edénicas que reales y donde evidentemente se ha logrado una especie de fortalecimiento del arte bogotano, debido quizás a la cercanía física y espiritual de quienes la practican.

El Greenwich Village neoyorquino tuvo los mismos orígenes y produjo gentes como Tom Paine, Edgar Allan Poe, Emma Goldman, John Reed, Bellows, Eugenio O'Neil y Max Weber. Otro tanto ocurrió con el Barrio Latino y las empinadas calles de Montmartre.

En el «Barrio» —guardadas las naturales proporciones— ocurre algo similar. Las gentes que allí viven no han llegado al lugar por necesidad, sino por su propia decisión, que en últimas es una revuelta consciente contra la seriedad de la vida cotidiana y contra la funcionalidad de la vida del no-

artista, del no-creador. Desde luego la existencia del barrio escarnece las convicciones conservadoras de ciertas gentes que ven en ello más un fumadero de marihuana que el nacimiento en Bogotá de un fuerte y cohesionado sector, dedicado a transformar la ciudad misma y el arte nacional. Al habitante del «Barrio» le gusta, antes que nada, el placer, tomar buenas cervezas, «rumbiar» hasta el amanecer, no pensar en otra cosa diferente que en su individual trabajo y la necesidad de ser feliz mientras tanto. Ello obliga a no ser convencional y, evidentemente, el conglomerado de cemento y gente de La Macarena, el Bosque Izquierdo, las Torres del Parque, tiene la virtud de ser auténtico, producto de un proceso natural de la ciudad que necesitó que los artistas se juntaran en un solo lugar, para bien del arte.

PEQUEÑO DIRECTORIO

Esta lista incluye a decenas de intelectuales y artistas que habitan en el «Barrio». Abundan los pintores y las gentes vinculadas al teatro, al cine, así como los periodistas y los músicos. No se trata de un censo exacto de artistas y similares, pero muestra claramente la magnitud de la «rumba» y de la condición bohemia del «Barrio».

Pintores

Juan Manuel Lugo

Ana Mercedes Hoyos

Beatriz González

Sofía Duarte

Gustavo Zalamea

Luis Paz

Álvaro Herrán

Marlene Hoffman

Nirma Zárate

Tiberio Vanegas

Manuel Camargo

Manolo Vellojín

Luis Caballero

Cecilia Delgado

Marlene Troll

Alfredo Guerrero

Clemencia Lucena

Luciano Jaramillo

Susana Goenaga

Antonio Grass

Enrique Hernández

Gloria Martínez
Arnulfo Luna
Nelly Rojas

Teatros

Miguel Torres
Sergio González
Flavia Costa
Eddy Armando
Sebastián Ospina
Germán Moure
Rita Escobar
Carlos Muñoz
Iván Cardozo
Santiago García
Consuelo Luzardo
Fausto Cabrera
Ana María Arango
Catalina Restrepo
Olga Lucía Lozano

Arquitectos

Rogelio Salmona
Jorge Pérez
Jacques Mosseri
Urbano Ripoll
Fernando Alcina
Rafael Maldonado
Hernando Téllez
Samuel Vieco
Luz Amorocho
Amparo Villegas

Cineastas

Isadora de Norden
Erwin Goggel
Javier Bonilla
Carlos Marín
Guillermo Angulo
Diego Hoyos
Clara Riascos
Miguel Ángel Lozano
Camila Loboguerrero
Manuel Busquets
Luis Crump
Sergio Navarro
Sergio Cabrera
Jaime Bonilla
Jorge Sáenz
Luis González

Poetas y escritores

Eduardo Escobar
María Mercedes Carranza
Arturo Alape
Luis Fernando Lucena
Manuel Hernández
Daniel Winograd
Armando Carrillo

Músicos

Daniel Lipton
Carol Bermúdez
Claudia Gómez
Lue Puentes
Rubén Jaramillo

Clara Luz Uribe
Taller de Colombia
Gaby
Angelita
Alexis Restrepo
Edgar Restrepo
Beatriz Castaño

Fotógrafos

Hernán Díaz
Eduardo Bastidas
Rodrigo Dueñas
Vicky Ospina
Joaquín Villegas
Carlos Salamanca
Rafael Moure
Patricia Bonilla

Periodistas

Daniel Samper
Pilar Lozano
Fernando Jaramillo
Alfonso Castellanos
Tulia Eugenia Ramírez
Pilar Tafur
Germán Santamaría
Eddy Torres
Ana María Echeverry
Felipe Escobar

Televisión

Hernán Villa
Elisa de Montojo

Fernando Contreras
María del Rosario Ortiz
Omar Sánchez

Sociólogos

Carlos Castillo
Juan Samper
Cecilia Muñoz
Óscar Marulanda
Gonzalo Cataño
Pedro Shaio

Economistas

Rudy Hommes
Javier Bonilla
Marta Cárdenas

Antropólogo

Alexander Cifuentes

Filósofos

Ana Roda
Juanita Caicedo
Álvaro Robayo

Bailarinas

Esperanza Perea
Carmen

Modelo

Dora Franco

Sicólogo

John Sudarsky

Editores y librerías

Gonzalo Canal Ramírez

Gustavo Londoño

Carmen Barbo

Patricia Hoher

Álvaro Carvajal

Alberto Díaz

Luis Rocca

Nydia Tobón

Fernando Molina

Ex-hippies

Doris Campo

Andrés Uribe

Los Vieira

Jorge Ramos

Miguel Guerra

Izquierda teórica

Humberto Molina

Kemel George

Elizabeth Ungar

Socorro Ramírez

Anne Claude de Molina

Camilo González

Sonia Jaramillo

Luz Jaramillo

Marta Elena Restrepo

Jota

Marcelo Torres

Gentes en general

Víctor Mosquera Chaux (designado a la Presidencia)

Tulio Cuevas (presidente de la utc)
Rafael Poveda (magistrado)
Hernando Parejo (semiólogo)
Simonetta Vinacio (condesa italiana)
Clara Nieto (ex embajadora)
Luis Guillermo Ángel (ex Dimayor)
Fernando Lleras de la Fuente
Marta Granados (diagramadora)
Caturro Mejía (zoólogo)
Clorinda Zea (Colcultura)
Fausto Panesso (*marchandd'art*)
Alexa Armenta (coreógrafa)
Barranco (musicólogo)
Rocío Morales (diseñadora)
Nicanor Reyes (ingeniero de grabación)

Muertos ilustres

Alejandro Rey
Andrés Caicedo
Gonzalo Arango

Publicistas

Alma Proaño
Alberto Quiroga
Jorge Molina
Eduardo Mazulo
Manuel José Álvarez

Ex ministros

Alfredo Vásquez Carrizosa
Rodrigo Botero

BOGOTÁ PARA TURISTAS EXTRANJEROS

No llego a pillar muy bien por qué un visitante extranjero (un turista de esos que vienen a Colombia a meter perico, hacerse poner tetas, comer mala comida japonesa, hastiarse de chicha en La Candelaria de Bogotá, comprar ropa de marca en los centros comerciales que venden las mismas vainas que vio en el aeropuerto, a nadar en aceite o carbón en nuestras lindas playas o a mamarse las risotadas oligofrénicas de Salvo Basile) podría interesarse por saber cómo son los políticos colombianos.

Habiendo tantas personas, cosas, drogas, eventos y lugares maravillosos en Colombia, pues no veo cómo un turista podría interesarse en conocer a lo menos chévere, más falso, de peor gusto, más ladrón, más racista, clasista, doble moralista y etc. que se ofrece en el exquisito “target” de los individuos de este país en obra negra.

Pero claro, bien puede pasar que el o la turista que pasea por la Plaza de Bolívar de Bogotá, la plazoleta Nutibara de Medellín, o la Plaza de la Paz de Barranquilla, se cruce con varios de ellos.

De ser así, partiendo de que se trata de una mera casualidad y de que nadie viene a este país a buscar o a ver a esos adalides, quisiera en lugar de hacer una síntesis antojadiza de todas las virtudes y defectos de los políticos, por lo general estereotipada, quisiera, digo, más bien tratar de dar algunas pinceladas sobre lo que creo que es el prototipo del político colombiano.

Ahí voy amigos viajeros...

El prototipo del político colombiano, más que por su cultura política o su ideología (generalmente ni sabe qué es eso), es identificable por sus rasgos sociales y sus costumbres. Es decir, más por lo que hace o deja de hacer, que por lo que piensa.

Ese personaje sienta precedentes que los demás siguen: por ejemplo, alguna vez dijo que la corrupción debía siempre andar en sus justas proporciones, y así se hace y así se hará. También se le ocurrió, en un

relámpago de inteligencia militar, consolidar una tesis: que en este país hay gente que se autotortura para desacreditar a los organismos de seguridad del Estado.

El político colombiano viene del algún partido tradicional, pero como por esos lados la competencia se ha vuelto dura, se inventa el suyo.

Cuando hacía parte de ese partido, decía ser socialdemócrata pero muy pronto se volvió neoliberal, rasgo contemporáneo fundamental.

Como todos, nuestro prototipo escala, trepa, desde los consejos municipales hasta llegar a la gobernación de su departamento.

Una vez allí, suele utilizar de manera digamos... cuando menos... contradictoria los helicópteros oficiales.

Para ese político prototípico en Colombia son muy importantes los helicópteros para hacer vueltas y claro... los aviones. Él es y debe ser un avión y lo mejor entonces es dirigir la Aerocivil. Si lo logra (a veces pasa) desde ahí va pidiendo pista para grandes cosas.

Parte de su acción política piadosa, porque él es ultra católico, es dar licencias.

El político debe tener finca, no, mejor... fincas, no lejos de los aeropuertos de importantes ciudades para acudir a tiempo a la cita con la historia.

En sus fincas para afinar (verbigracia) su autoridad, construye una relación dialéctica con sus trabajadores amenazándolos con que les va dar en la jeta.

Para él, eso de la plata es fácil. Cree y comulga con la posibilidad de hacer empresa rapidito y sin agüeros.

Esas creencias de desarrollo de la inversión... de valores y del culto al trabajo, se las hereda de educada manera a sus hijos.

En materia legislativa le interesa la no permanencia de la ley. Unas veces sí, otras no, depende de la coyuntura.

Tiene una visión de la política antipolítica, no por marginal sino por amante del poder per se. Las instituciones le importan poco, detesta la justicia pública, le gusta la privada.

En los años sesenta al personaje le gustaba salir a jartar aguardiente en las tiendas vecinas de su palacio. Un fotógrafo de prensa le hizo una instantánea meando en una esquina y el político le dio en la jeta. Desde entonces quedó con esa maña.

Para él la oposición y los periodistas que le son adversos no son parte del equilibrio de la democracia, sino del terrorismo.

Tiene y nadie lo duda, una inteligencia superior.

Como buen político se rodea de personas que estén al nivel de sus escrúpulos. Cobija a intelectuales premodernos que le soplan la lección de su propia doctrina.

Enamorado de la plutocracia, piensa que todo se puede comprar, hasta los votos en el Congreso.

Cree que solo los empresarios merecen la ayuda del Estado. Porque los pobres nunca han sabido qué hacer con la plata.

En los 60 ha sido un cascarrabias, él ha sido un sonreído hombre en los 70 o un cínico diablo, poeta en el poder en los 80, tartamudo en la misma década, tutor de un kínder en los 90 o domador de un elefante y a veces observador lánguido de sillas vacías.

Sus problemas personales de fondo los soluciona con un siquiatra más perverso que él, capaz de desmovilizar una guerrilla inexistente... o con goticas.

Suele dejar este prototipo una larga y aromática cola de corrupción con un país vuelto eso.

Le encantan los sótanos de los palacios para que entre el lumpen, le gustan las sentencias rebajadas para los que solían darle votos, cree que el Estado es de opinión y le gusta —a pesar de todo esto— que lo respeten.

Bueno, se me queda el 95% del perfil de nuestro político prototípico en el tintero. La lista de sus características puede ser más larga que ocho años en el poder. Pero creo que con estos datos someros el amable lector extranjero que llega a nuestro lindo país, ya sabe cómo es él. Y se dará cuenta que él... son también ellos.

ARTE Y CULTURA EN BOGOTÁ

VÍCTOR SCHMID

Ya tenía sesenta años cuando decidió regresar al país de Suramérica del cual no se pudo apartar. Cogió el maletín, metió a manotadas la ropa, apretó el sombrero de paño contra su calva, dejó toda su vida anterior y en una madrugada gris apareció en Bogotá. Solo, sin dinero, pero seguro de que la libertad conseguida no se le volvería a refundir.

Víctor Schmid había nacido en las montañas suizas pero desde niño las nieves en invierno le molestaban, le producían tos y por eso a veces viajaba a los lagos de Locarno y Lugano para tratar de percibir un sol fuerte. Después de estudiar en una extraña escuela de arquitectura en la ciudad alemana de Colonia, donde todo había que hacerlo con las manos, desde los ladrillos hasta los planos, Schmid decidió en 1940 que la guerra era un elemento más que lo alejaba de su pueblo natal y un día de abril de ese año llegó a Buenaventura, «el puerto más sucio del mundo», en el barco italiano *Bianca Mano*.

UN SUIZO EN BOGOTÁ

El arquitecto Schmid tenía treinta años y desde entonces, según él, era «neurasténico y fregado». «Llegué amando la arquitectura latina y viajando hacia el sur», dice. Bogotá aún mostraba la mezcla de estilo inglés y del modernismo en sus construcciones y Schmid se enamoró de ella. Años más tarde vería con tristeza la destrucción de las viejas casonas, los incendios, las revueltas que acabaron con lo bello de la ciudad; posteriormente asistió al desarrollo de la arquitectura que siguió al 9 de Abril y que convirtió a la capital en una suma de construcciones sin planeación, como el interior de un radio patas arriba.

Pero la suma de la arquitectura colonial, la imagen de los ranchos precolombinos y esa necesidad de hacer todo con las manos, aprendida dentro del rigor alemán entre las dos guerras, lo condujeron rápidamente a su estilo particular de cosas pequeñas, cálidas, humanas, como él mismo dice, «reducidas a una idea, a una explosión, a una chispa». «Construí como un loco hasta 1965», afirma, y evidentemente sus obras fueron reconocidas y su estilo se impuso. Fue la época de la construcción del colegio Helvetia, del pueblito Bosques de Suiza, en Zipaquirá, y de decenas de residencias en Bogotá. Para ello utilizaba sus propios talleres donde diseñaba y construía puertas y acabados, con materiales sencillos y sistemas autóctonos.

Poco a poco la ciudad se fue llenando con las construcciones de Schmid hasta que en 1965, aburrido, perseguido por sus colegas, estafado, extorsionado y víctima de intrigas por ser extranjero, decidió irse del país.

CINCO AÑOS SIN AMÉRICA

Varios de sus hijos vivían en Los Ángeles y allí fue a dar Schmid a regañadientes. «Yo planté mis árboles en Colombia contra viento y marea, mezclé la línea arquitectónica del bisabuelo con las cosas modernas», dice y comenta que «entonces había dificultades en mi matrimonio, pero tampoco como para coger un revólver». Su hijo Pedro Nicolás al poco tiempo iba a ser enviado a Vietnam, pero él decidió no morir por los yanquis. Allí se hace todo con abogado. Uno de ellos lo salvó de la guerra. Finalmente Schmid con todos sus hijos, Ana María, Pedro Nicolás y los mellizos Urs Joaquín y Max Rodolfo, fue a dar a Suiza nuevamente. «Allí estaba otra vez la nieve y en mi propio pueblo me sentía como un refugiado, completamente desadaptado después de veinticinco años en Colombia. A veces viajaba a la Suiza italiana, tratando de encontrar las cosas que había dejado en Bogotá. Un día me visitó un amigo colombiano, Alfonso Dávila Ortiz, quien me dijo: “Schmid, loco, vives en el extranjero pero tienes el corazón en Colombia”».

Schmid lo dice todo sin problemas. Su matrimonio se acababa y ya era el año 1970. Recordaba las calles bogotanas, sus «ranchos» llenos de tallas, de lámparas en metal, de cuadros, todo lo que había hecho en un país que lo alucinaba como una fotografía permanente. Abandonó a su esposa, tomó el famoso sombrero y el maletín y llegó a Santo Domingo, donde retornó a las libaciones de bebidas del trópico y a sus inacabables rumbas por el continente de sus sueños de estudiante. En una madrugada de agosto apareció en El Dorado con solo cien dólares en el bolsillo, seducido por su profesión y por el país. «Llegué solo y sentí que a los sesenta años había que reiniciarlo todo, porque ahora ya era libre. Nadie me podría detener, tal vez solo el escepticismo que me ronda siempre. Había pasado por épocas duras, momentos casi de orden psiquiátrico, pero regresé».

«Colombia para mí era y es mi versión preferida del Edén, pero ahora que soy nacionalizado lo puedo decir. Este país es muy bello pero los abogados y los políticos lo dañan todo. Este es un país lleno de abusos y los

culpables son los políticos. Han prohibido la unidad de las cosas, quieren separar, y han dañado la moral. Ellos han contagiado al colombiano de la destrucción, y la moral está a favor de la ganancia. Es injusto que el hombre tenga que soportar esto sin derecho a rebelarse. A veces un puñetazo es la máxima expresión de la libertad...», dice atropellando las palabras, moviendo sus ojos abultados por las siestas y escupiendo tabaco al piso que él mismo fabricó.

Amparado en su convicción de que la anarquía es una pasión creadora y el individualismo la garantía de la libertad, continuó trabajando en Bogotá. «Tenía dos lotes en Rionegro, que cuando tuvieron algún valor me fueron robados por un abogado cuyo nombre me callo, por pendejo». Construyó de nuevo sus talleres de carpintería, perdió dinero a montones en cada una de sus empresas, propias de su cabeza dura y de su vitalidad que negaba lo tradicional impuesto a ultranza y lo moderno pero fácil y evidente. Trabajó de noche, durmió tres horas al día, construyó otras decenas de ranchos, iglesias, edificios mayores, pero se olvidaba a veces de cobrar, por estar diseñando un nuevo mueble. Así los setenta años lo han tomado con apenas lo necesario para vivir, pero con la seguridad de haber hecho su propio, «con las manos, como debe ser».

ARQUITECTURA COLOMBIANA

Muchos le han refutado sus tesis y han despotricado contra sus obras. Ahora le toca el turno a Víctor Schmid: «Detesto las teorías. Para mí la arquitectura debe incluir ser constructor al tiempo que diseñar. Hay que unir las cosas en cada individuo, como principio creativo. Yo no soy de esos arquitectos que se echan esmalte en las uñas, se ponen un pañuelito al cuello y hablan de arquitectura. Reconozco en personas como Rogelio Salmona un gran valor, excepcional, o en Dicken Castro, quien hace de todo, hasta propaganda. Pero aquí hay mucha gente incapaz, como en el caso de los que hicieron el pueblo de Guatavita. Eso no tiene nada que ver con Colombia. Ni en proporciones ni en temperamento. No es coherente, no es inteligente. Es un trabajo realizado como por gente de Hollywood, sin conocimientos de lo que es Colombia. Con esos gastos se hubiera construido un pueblo más grande y más auténtico, pero hay colegas que son muy jodidos (repite la jota) y que no saben que una pared de tapia pisada vale tres veces menos que un muro de ladrillo y resiste más».

Con otro puñado de tabaco en la boca sigue diciendo: «Todo material sirve para construir, las latas, la basura. Pero estos arquitectos creen más en las teorías que en la realidad misma de la tierra. Por eso no vuelvo a hacer viviendas elegantes, sino casas populares, que es mi última etapa. Los campesinos no viven bien en Guatavita, pues ese no es su espacio ni su cultura. Es un engendro carísimo. Mi modo de ver la arquitectura es casi antropológico. Hay que recoger cosas y volver un poco atrás para avanzar mejor y más rápidamente. Yo iba a construir una ciudad en Tibitó, pero entonces vino la política y mi proyecto se perdió. Tanto en la vida como en la arquitectura y las demás cosas, yo no pregunto nunca el porqué. Simplemente hago las cosas subconscientemente».

LOS HIPPIES Y LA CAMPESINA

Pero mientras Schmid se peleaba con los arquitectos, vociferaba contra los políticos y los culpaba de las desgracias del país, por otro lado estaba pendiente de tal vez el único «ismo» en el cual creyó: el *hippismo*. En Ráquira se hizo amigo de varios hippies, vivió con ellos teniendo sesenta y seis años, fumó marihuana (no le gustó porque le dio «la pálida») y decidió que el futuro era ese. Aún hoy a los setenta años se considera un viejo *hippie*, que conmemora la muerte de Janis Joplin, cree que Woodstock fue la señal de un nuevo mundo y que los Rolling Stones y Beethoven bailarían juntos cuando haya pasado este siglo que fue de los *hippies* y que será propiedad de la historia.

Por la misma época, aparentemente en una fiesta, conoció a una campesina de Santander, María Obdulia Hernández Fandiño. En Ráquira ella le dijo que quería tener hijos y poco después nació María Victoria. Luego nació Baltasar y por último apenas hace cuatro meses nació... «¿Cómo es que se llama la bebida esa, la última? ¡Ah, sí! Estefany».

Además de su proyecto de vivienda popular, Schmid anda trasegando con tres cajones gigantescos donde reposan miles de cuartillas escritas. Según él, allí además de una autobiografía, hay cantidades de cuentos y varias novelas que piensa ordenar. «Voy a atacar y joder un poco. Estoy en crisis y tengo que expresarme. Tengo tristeza porque, de los *hippies* que conocí, solo dos siguen siéndolo y los demás son bobos de la sociedad normal».

Víctor Schmid sigue bebiendo y fumando. Asegura que en su vida se han cruzado las buenas intenciones, la malicia y el idealismo exagerado. Se sabe un extremista, para poder apasionarse y amar. A su última hija le lleva tres generaciones y como no cree en nada, ni en lo que él mismo hace, por eso de repente alza la vista, escupe tabaco, mueve las fosas nasales y frente a los artefactos de metal que él fabrica, suelta un alarido vital: «¡No aguanto más esas absurdas lámparas!».

CONTROVERTIDA, MAMAGALLISTA Y POP

Se aburría mucho. Pasaba desde niña como persona extraña, como si estuviera marcada para cierto tipo de circunstancia marginal. Era una niña consentida, admirada, que escuchaba todos los días música clásica, se burlaba de lo cursi empíricamente, llena de hastío en un club social de una ciudad de provincia.

No fue de esas artistas signadas por la tragedia porque desde un principio tuvo la crítica de su lado, la prensa la ensalzó y toda su situación vital era la de placentera niña bien de Bucaramanga. Ese ámbito le permitió sentir cierto desprecio por la búsqueda de posiciones en el medio artístico del país. Ella misma sabía que nada tenía que ver con las historias de los artistas que se hacen a pulso, comiendo una vez al día, mendigando un poco aquí y allá para conseguir los materiales. Por el contrario, su padre cuando no era senador, era gobernador, su madre una mujer repleta de sentido del humor y ella, Beatriz González, la jovencita prometedora de la familia de quien años más tarde Alejandro Obregón diría que era la gran esperanza del arte colombiano. Cuando Beatriz cogió fama se le acercó un día a Obregón y le agradeció las elogiosas palabras. Obregón le contestó: "Y si te dije que eras la esperanza, ¿por qué no lo fuiste?". Todavía le suena la respuesta de ese señor de bigotes que se bebe el ron y el mar de Cartagena.

MANDARINAS CON LAS "PACHAS"

Beatriz González creció aquí y allá. En los campos de Santander, en las tardes lluviosas de Bogotá, con el calorcito de Bucaramanga. Su madre tenía todo arreglado para que la vida familiar fuera lo más parecido al paraíso terrenal. Allí la pintora aprendió a nunca sentir la ansiedad del arribismo artístico, pero de su infancia le quedaron las ganas de no haberla perdido nunca. Una vez en el colegio como las demás niñas, pintaba mandarinas mientras una monja alemana brincaba por el salón diciendo: "Ha nacido una gran artista". Beatriz no se daba cuenta que sus mandarinas (que ella creía iguales a las de sus compañeras) tenían los colores perfectos, las sombras, las protuberancias de la piel que las hacían mandarinas y no tristes frutos de mala acuarela. Al regresar del colegio, en su casa se encargaba de fijarle aún más su condición estética: "Como tú eres artista, vamos a ver el atardecer", le decía su padre. Pero las cosas tienen su límite. En la adolescencia toda esa catarata de elogios empezó a molestarle. Había demasiada sensibilidad en torno a ella. Y un día se vio en casa de sus tías en Bogotá absolutamente convencida de estudiar matemáticas, idea que se disolvió en la facultad de arquitectura de la Universidad Nacional. Venía de las familias liberales, de la Santísima Trinidad, un colegio condenado por el obispo de Pamplona porque a las monjas suizas, las "gachas", algunas de Westfalia, no les importaba ser franciscanas y boy scouts al mismo tiempo. Beatriz venía del final de la Segunda Guerra Mundial, del alboroto que se armó en Bucaramanga porque dizque las "gachas" tenían una emisora clandestina para hacerla apología del Führer en una región del mundo que alguna vez pobló Nicolás de Federmán. Y en Bogotá las clases de arquitectura resultaban un ladrillo en el sentido más estricto del término.

BOTERO, EMPOBRECIDO VITALMENTE

Beatriz veía que el profesor pintaba un ladrillo en el tablero y con bostezos saludaba su equivocación. Dos años de puro tenaz en la UN, hasta que se vio en un avión rumbo a Europa. Los clubes sociales de Bucaramanga quedaban bien lejos, allá no pasaba por persona rara y finalmente otra vez en Bogotá. Siempre en contradicción con su indudable vocación de artista, Beatriz González decidió estudiar bellas artes en Los Andes, pero con el propósito de convertirse en publicista a la vuelta de unos semestres. Para afirmar su necesidad paradójica de no ser artista, le revolvió al dibujo las humanidades y tomó largos y complicados cursos de metafísica (por ciertas necesidades interiores) con Danilo Cruz. Pero las lecturas, el contacto con Marta Traba ("una de esas personas que se reflejan dentro de uno y van diciendo cosas que te hacen pensar"), el hecho de compartir la vida con sus compañeras (Camila Loboguerrero, Gloria Martínez), le obligó a dejar de sacarle el cuerpo a la pintura y confirmar con la vida diaria los presagios de las monjas, sus padres e inclusive la propia sensación de dedicar la vida a algo, alguna vez, tan borroso y desagradable como el arte. Era la época en que Fernando Botero era el objeto pánico del arte nacional. Botero lo había hecho todo, nadie era mejor que él, Botero era lo que sería. "Ahora sigo pensando que Botero es el gran artista colombiano, pero le ha ocurrido que ha fracasado como ser humano. A diferencia de Roda, que entre más años, más rico interiormente, Botero, del que decía cosas sensacionales, cada día se empobrece más vitalmente", dice Beatriz.

A Marta Traba la conoció en un curso en la Universidad de América. Beatriz, en su condición de persona de provincia, no había venido a la capital a perder el tiempo. Y Marta Traba tenía precisamente la dimensión universal que ella no conocía, pues en Bucaramanga lo único que se conocía de la cultura eran las zarzuelas, las compañías de comedia y los recitales de arpa de Nicanor Zabaleta.

El origen de su pintura, la que ella considera de verdad, se desprende de un viaje de su profesor Antonio Roda. El maestro Roda se fue a los Estados Unidos y para llenar el tiempo de trabajo de sus alumnos (estaría ausente un mes), les encargó a cada uno un cuadro. Beatriz hizo uno que desde un principio consideró espantoso. "Era un óleo que se llamaba 'Los cretinos del pam-pam', un sitio al lado de la universidad. Yo estaba enfurecida por que unas personas que trabajaban en el coro con Amalia Samper —ese coro de gente dando palmaditas y cantando 'carbón'—, no nos dejaban redondear las importantísimas conversaciones que manteníamos. Los pinté, pero cuando supe que Roda regresaba, me di cuenta de lo malo que era. Tomé un afiche de Velásquez, le eché trementina, lo chorrié todo y listo".

A Roda y sus compañeras el nuevo cuadro les pareció excelente. "Los cretinos" quedaron ocultos para siempre y Beatriz González sintió que desde ese momento le iba a tocar ser pintora y olvidarse de paso de la academia. Había que tener un sitio dónde trabajar, que no fuera el aula. Además sus tías no la dejaban casi salir de casa, manteniendo una de esas vigilancias castrenses a que se acostumbraron la mayor parte de las colombianas. Con cinco compañeras caminó todo el centro de Bogotá buscando un estudio." La escena era invariable. Seis mujeres frente a un casero con cara de asombro y al fondo un letrero: "Se arrienda pieza". Nunca lograron nada. Pero todo se solucionó cuando la universidad les entregó una casita dentro del campus. Se acaba la academia, pintaban lo que querían, Marta Traba iba a hacerles críticas, una que otra vez rodaba la botella, aparecían los noviecitos, ella se sentía de verdad pintora. Por último les dieron un sótano enorme, llevaron muebles —material de desecho— y el grupo aumentó con la llegada a la universidad de un tipo tímido, que para espantar el rubor, se sentaba en los prados y le leía La Ilíada a sus compañeras. Era Luis Caballero, el único compañero entre 90 mujeres, el muchacho que se comía las uñas y a quien le temblaban las piernas cuando hablaba. Llegó la disciplina sin necesidad de maestros; las tardes y las nohécitas con tarros de leche condensada, emparedados y una que otra rumba.

LOS CRÍTICOS: UN PAPEL "DESTACADITO"

Marta Traba la marcó, como a tantos. De los Serranos y los Galaos, prefiere no hablar. Beatriz cree que los críticos, por más inteligentes que sean, pierden el placer estético. Pero Marta la marcó. Lo primero que le dijo, la primera crítica escrita que hizo sobre el trabajo de Beatriz, se reducía a una frase: "Permanece en la neutralidad del color". Las compañeras le dijeron que Marta Traba le estaba dando palo. Beatriz en ese momento no entendía muy bien qué era neutralidad. Ahora sabe que los críticos (salvo Sanín Cano) han tenido "su papel destacadito". De ahí viene la frase que titula esta nota: "Controvertida, mamagallista y pop". Siempre se lo han dicho, se lo repiten como nosotros se lo repetimos. Ella sabe que son niveles de comprensión para el público, no para ella. Le parece agresivo que le digan mamagallista, porque ella bien sabe que nada de lo que hace en el campo de humor es a conciencia y mucho menos a ultranza. "Me siento muy normal haciendo y diciendo cosas, pero de pronto, la gente se mira asombrada. Casi que en el diván de Freud, me he preguntado de dónde sale el humor. Pienso que viene de mi condición de santandereana, la mirada crítica como la de Serrano Blanco que se pasó toda la vida diciéndole pesadeces a la gente. Yo digo pesadeces y en las exposiciones, la gente cree que he bebido. No soy amiga del trago. Simplemente siento la necesidad de decir lo que pienso y parece que eso no está muy bien. Además tuve una educación en un medio de buen gusto, donde me mostraban lo graciosas que podían verse unas niñas con su vestido y su lacito de primera comunión en la cabeza".

LOS SUICIDAS DEL SISGA

Al terminar sus estudios en Los Andes y los buenos momentos del sótano convertido en estudio, Beatriz González regresó a Bucaramanga con el firme propósito de observar qué era lo que había aprendido. Vinieron las ofertas para que se quedara en Bogotá, monitora, profesora. Un buen día recibió una carta de Marta Traba en la que le decía que el Museo de Arte Moderno había tomado la decisión de impulsar artistas jóvenes y que la primera escogida era ella. Había pintado ya 15 cuadros, había ganado un premio en Cali, en un salón de mujeres pintoras, y ese mismo año se casó y ganó un premio en el salón Intercol. "Todo muy bien, todo muy bien y de un totazo".

Pero nuevamente la duda. Pintaba por pintar, como jugando ("cualquier día me podría volver como Omar Rayo"). Hacía rayitas, puntos, sabía cómo poner la pincelada, sabía colocar el color y gustar a la gente, pero en el fondo sentía el hastío de pintar por pintar bien. Fue entonces cuando aparecieron "Los suicidas del Sisga", en 1965, en la página roja de los diarios. Dos enamorados se habían lanzado al Sisga porque no soportaban el mundo. La historia era de por sí trágicamente hermosa, pero Beatriz sintió un inmediato interés por la imagen, por los tonos grises de la foto de prensa. Por eso después haría su serie de Turbayes, no por lo gordo del personaje, ni su corbatín, sino por lo plano. En 1965 ganó el premio del Salón Nacional y todo resultó tan bien que decidió irse del país para no engolosinarse. Llegó a Holanda "ese país tenaz" en unos retiros espirituales de corte calvinista en un pueblo lleno de nieve, con su marido arquitecto becado, ella de dama acompañante, curtiéndose bajo el frío. Pero apareció un crítico muy importante, Jansen, quien hoy "está en el museo de cera" y sigue siendo amigo de los Provos. El tipo se fascinó de que una colombiana pudiera saber tanto de pintura holandesa y Beatriz lo encarretó con su afilada lengua bumanguesa-sabanera. No podía creer que una latinoamericana, sin ser argentina, supiera esas cosas. Jansen dirigía la academia de Rotterdam. Allí

Beatriz trabajó en lo que quería, con sus colores planos. Le dijeron que tenía nostalgia patria por pintar de ese modo. Cuando regresó a Colombia, para fortuna suya, el ambiente cargante que aseguraba que ella era la artista del futuro, se había serenado. Había otros: Salcedo, por ejemplo.

CÚRESE LAS AMÍGDALAS SIN OPERACIÓN

Luego, año tras año, vendría su gran trabajo, el encuentro con la seguridad como pintora, decenas de exposiciones, Beatriz González convirtiéndose en otro tipo de persona, con el humor más para adentro y luego para afuera en cada uno de sus volúmenes, de sus colores. Como que le anda sonriendo a todas esas cosas bellas que tiene el país. El dibujo del Libertador que rueda por todo el país sobre los buses del Expreso Bolivariano, los camiones de "Rojas trasteos" con todo y foto del señor Rojas. Sus álbumes de colección se desbordan y solamente de Turbay ha repletado tres. Colecciona periódicos, boletines amarillentos, trasnochados, objetos indescifrables, muñecas viejas, fotos dañadas, mal impresas, rotas. Desde "Los suicidas del Sisga" dejó la pintura fina y llegó a la pintura sucia, la que la gente del común considera mala. Le fascinan la mala impresión, los grises corridos, los chorriados le llaman tremendamente la atención. Los datos se los envía la realidad a través de la prensa, pero afirma tener contacto con la naturaleza. Corta, selecciona y empieza a trabajar. Para desligar su razón de su pasión explica: "Fotos como la de Marujita, la nuestra, bailando con Turbay no me interesan. Están demasiado bien impresas".

No hay en su trabajo una selección ideológica deliberada, pues le interesa la imagen. Sin embargo al componer, cuenta cosas, narra, como con la cortina que cubre las ventanas de su apartamento, trabajo basado en una foto de una fiesta tras la posesión de Turbay, en casa de Zoraida Jaramillo, o su Bolívar acostado en la cama. Tal vez le recuerdan la propaganda de Leona Pura —esa limonada azul—donde se veían botellas metidas entre botellas. Y parece tener lo que ella llama "intuición artística". Su cortina cobró actualidad, porque la acabó justo cuando el obispo de Cúcuta recriminaba a Turbay por la desatada rumba de Cúcuta. Sin embargo, ella no quiere molestar "a todas esas señoras distinguidas e inocentes". Más aún, le da pena tener que ponerlas en sus telas. Le da risa cuando dicen que Beatriz González salió de Andy Warhol, por que mucho antes del pop, ella se interesaba por los

avisos de prensa que decían "cúrese las amígdalas sin operación". Sabe que no hay tal. Todo estaba en el aire, aunque en los Estados Unidos fuera una escuela y le dijeran pop o kitsch.

PASIÓN POR PALACIO

Ha sido una apasionada de los hombres que se sientan en Palacio. Su trabajo sobre la figura adiposa de Turbay es bien conocido y en él sigue camellando. Los discursos de Valencia, sus actos públicos, todos están en su cabeza y en su mano. Dice que Pastrana se le ha quedado entre el tintero aunque un día lo pintó al lado de Turbay. Hace un tiempo escuchaba los discursos de Valencia y, como si fueran la mejor melodía, la estimulaban mientras pintaba. "¡Era tan maravilloso Valencia! Me permitía pintar y sonreír al mismo tiempo". Considera que los discursos de Belisario Betancur son el summum. Dice que de él se debe hacer un gran video, cuando no sea irrespeto. "Es un gran legado del doctor Betancur. Su actividad en relación con la cultura es sensacional. El quiere la paz, quiere salvar al país, pero como posibilidad estética, cuando más me entusiasma es cuando se mete con la cultura. Eso sí es verdaderamente fuera de serie. Hay que reivindicar su obra, llevarlo a la tela, al video. Ya me imagino: "Belisario emocionado por la poesía", "Belisario recitando a Cavafis". "Belisario con Porfirio", "Belisario prometiéndole cosas".

Desde la retrospectiva en Cali en 1976 no se había visto en su conjunto la obra de Beatriz González. Todo el Museo de Arte Moderno estará lleno hasta los manteles. Tras un largo trabajo se logró localizar la mayor parte de los óleos y como Beatriz anda metida en trabajos de investigación se investigó a ella misma y en 1976 hizo su propio inventario de casi 400 obras. Habrá óleos, latas, muebles, telones, cortinas y las grandes telas que se vendieron por retazos. Entonces desde el 26 de abril, en los tres pisos del museo, Beatriz González en toda su perspectiva, con sus cambios, sus reflexiones, sus mujeres muertas no identificadas, su vocación por la página roja, sus carcajadas en tono bajo, su alegría del subdesarrollo y sus ganas de joder a los que se sientan aludidos.

UN SOSTENIDO Y APASIONADO ENCARRETE

Muchas veces el café se enfriaba, las hojas del libro pasaban una tras otra y aquella cafetería de la calle Corrientes de Buenos Aires asistía a la mutación de esa muchacha fogosa, grandota y agresiva, en una tímida mujer que veía pasar el amanecer esperando la hora de irse a trabajar.

Diez o doce años antes, la misma persona alborotaba una casa de judíos medios en la misma ciudad, donde un padre estudioso y dedicado lograba a veces encerrarla para que aprendiera poesías judías, canciones vernáculas, con el único fin de mostrar su niña linda a los amigos, capaz de recitar parrafadas y cantar por entre los huecos de los dientes caídos. Desde esa época el buen judío lituano, el discreto señor Mikey que veía el futuro de su hija entre textos de jurisprudencia, sin quererlo, había sembrado en ella la ponzoña de las tablas. La niña crecería entre las calles de la gran ciudad (en esa época de pandillas jamás se me ocurrió tener una muñeca), se rebelaría contra la educación estricta pero al final accedería ingresar a la escuela de derecho. Seis meses después tendría que huir de casa pues ya el teatro se había instalado en su voz, ya en ese momento con los primeros sonos roncós, las risas que se van prolongando hasta el sofoco, el carraspeo histriónico de su garganta y esa fuerza que luego atronaría las salas de teatro en Colombia.

LA VIDA A LA MANO

Pero antes de ello, en esa transición de la rebeldía animal, visceral, hacia la contradicción con un medio que la quería condicionar a lo obvio, Fanny Mikey había recibido sus palizas (mi hermanito menor me preguntó que por que los judíos ayunaban el día del perdón, y le contesté que porque eran bobos y creían que por un día de ayuno borraban los pecados de todo un año). Por la misma época se destocaba en los bares al son de las orquestas argentinas de jazz, y salía de casa con sus amigos judíos que en la esquina la abandonaban a la francachela con los menos castos católicos. Había renunciado a celebrar las fiestas de su religión, pero muchas décadas después en Israel sufriría una conmoción mística (empecé a sentir que soy judía más allá de mi razonamiento, y aunque no digo que soy judía, si alguien habla mal de ellos, me rebelo con una extraña fuerza interior, con mi inconsciente colectivo).

Y el café se enfriaba. (¿Si uno no se leía una novela diaria de qué carajo hablaba con los amigos?). Por sus manos habían pasado los escritores franceses. Unos libros reposaban en la biblioteca pública al lado de su casa. Anatole France, Zolá (me leí Naná a los 13), y desataba una pasión desmadrada como todas las suyas, por Roman Rolland. A los 15 años nadie de su edad dejaba de leer en Buenos Aires —bueno, en ese Buenos Aires que no duerme por pasar la noche en las librerías entre la chamusquina del cigarrillo y el polvillo de los libros— a los existencialistas. Fanny no se libraría entonces de Albert Camus, Sartre, Gabriel Marcel y toda la avalancha de la postguerra, que de boca en boca iba penetrando la cultura argentina, la de los muchachos que como Fanny habían estado en París, se contagiaban del teatro, dormían sólo por las tardes, se atragantaban de "sánduches" y tenían la vida tan a la mano, que no vacilarían en salir de la gran ciudad para desembocar en un puerto del Pacífico colombiano.

DESBOCADAMENTE TROPICAL

Fanny, como se ha dicho, era grandota, y a los 16 años parecía de 25, aunque poco tiempo atrás aún estuviera en la escuela recitando poesías el día de la madre. Los hombres la miraban con ese modo típico del deseo masculino (sentía que sólo me deseaban y como pertenezco desgraciadamente a esa generación que no se liberó sino después de los 17, que llegó intacta al matrimonio, que se moría de calenturas por los tipos que ¡ay que me tocan el agujerito!, se me creó entonces un caos en la cabeza, porque al mismo tiempo otros hombres querían estar a mi lado quizá por culta o inteligente).

Pero eso la hizo reflexionar (mandé a la mierda mi condición de niña linda, me casé, año nuevo, vida nueva, empecé a actuar en el Teatro Latinoamericano, me separé, trabajaba con el gran Jorge Lavelli y conocí a Pedro Martínez, el verraco intelectual de la época que se fue a un sitio llamado Bogotá).

La cuestión duró cinco meses. Desde ese sitio que uno pronuncia como si tuviera algo caliente entre los dientes, Bogotá, Pedro le mandaba cartas, largos panegíricos donde le hablaba de una supuesta Atenas Suramericana y, como Fanny estaba segura que algo de ese tipo se le había quedado, en un acto de valor juvenil, alquiló su pequeño apartamento, les dijo adiós a los lituanos, se echó al hombro al folclorista Esteban Cabezas (hoy esposo de la Negra Grande), el tipo que le enseñaba a bailar salsa en Buenos Aires y fue hasta Valparaíso desde donde un barco la depositó en Buenaventura. Bajó por la pasarela —de repente un poco como entrando una vez más a escena, pero esta vez una escena lluviosa, desbocadamente tropical, negra y zumbona— y vio a Pedro que la esperaba empapado. (Eran las siete de la noche y apenas me bajé del barco un tipo me tocó el culo, le nombré la madre y se armó tremendo rollo).

LA CAMISA Y EL BLUYÍN

Dos días después otro tipo le tocaría el culo, esta vez en Bogotá, ella le pegaría con la cartera y empezaría a odiar esa ciudad gris, chata, heredera bastarda de una Europa mojigata que, por serlo, escondía toda su condición casquivana (ahora pienso en Gabito cuando habla de la ciudad de los paraguas, los sobretodos y las ruanas, y en efecto, en ese lugar no había nada, no había teatro, le tocaba a uno ir al Telebolito, el bar donde se reunían los pocos intelectuales, como mera excusa para tomar trago y pensé, me voy de este país).

Pero un día apareció un olor a tabaco y era Enrique Buenaventura que llegaba de Cali y que había vivido tres años en Buenos Aires. Era el año de 1959 y la convenció de que se fuera a Cali a dictar unos cursos de teatro.

Pero le costó a Fanny enamorarse de Cali, de sus negros, del bolero, de su olor, inclusive del apartamentico con cocina del séptimo piso de las residencias Aristi. (No me sentía en un hotel, trabajaba en Bellas Artes y en el Teatro Municipal, los fines de semana íbamos como terapia a Juanchito, entonces no había salsa pero sí son, y allí estaban La Sonora Matancera, Los Matamoros. No hubo escuela de teatro más perfecta que la de aquellos años. El TEC, París con A la diestra de Dios Padre en 1960, los profesores de pantomima que me mandó la Unesco, los estudios de esgrima, de historia del arte y del teatro, yo cagada del miedo viajando en esos aviones destartados de Taxader, los 500 pesos mensuales que me ganaba, los gastos compartidos con Pedro, la camisa y el bluyín, nada más, dos aguardienticos con los amigos, la locura, la fiebre de preparar los festivales de arte de Cali y viéndolo desde acá, ahora, desde este apartamento donde se ve el norte de Bogotá, con mi hijo ronroneando entre las cobijas y esta sopa de pescado y los murmullos que dejaron los amigos de la última rumba, y estos 35 años de vida en escena, creo que allí, en esos días, fue cuando definitivamente me encoñé de Colombia porque me sentí más importante como ser humano que como artista.

ALGO ÉPICO DENTRO DE MÍ

Fanny regresó siete años después a la Argentina donde vivió desolada todo un año. Quería también encoñarse de su país, aceptó una gira nacional, le iba bien en el teatro, hasta que un día se leyó Cien años de soledad y entendió que extrañaba las locas noches de Colombia, las calles de Cali donde la saludaban "adiós loquita", por su actuación en la Loca de Chaillot, y por encima de todo extrañaba sentirse útil en un país donde todo estaba por hacer, donde podía llevar a la Sinfónica de Bogotá para inaugurar con 50 mil personas la concha acústica de Cali, y se regresó, (me había impregnado de algo épico dentro de mí). Fanny es de esas personas capaces de cualquier sacrificio por Colombia y se nota en su agradecimiento absoluto a la gentes del país, donde, según ella misma, puede tener un amigo muy culto, un músico, un drogadicto, ir a las casas de putas y ponerse a charlar con ellas. Fanny sabe muy bien que los artistas son los únicos capaces de evadir la condición de clase. Por eso y por las reminiscencias de Buenos Aires, alguna vez montó un espectáculo de tango, con poema de Borges y temas de Troilo, Discépolo, Piazzolla. Alguna vez, de visita en un burdel de Medellín, volvió a ver el carolito porteño, la carterita, el traje abierto en la pierna, las Aguafuertes de Roberto Arlt, precisamente cuando empujaba la moneda en la rocola para que surgiera el tango. Fanny no ha perdido a la Argentina. Tiene la virtud de haberse ganado dos países, el de la salsa (soy mezcla de rumbera y zanahoria, creo en amar a un hombre, en la pareja y en el trabajo, que si es el que a uno le gusta, como que transita muy bien por este mundo) y el del tango, el de su acento infranqueable para el rolo, el de su imposición ante el espasmo (una vaina de esas no me vuelve a dar, porque yo no me dejo, se acabó eso, no existe, sólo la vida y el teatro), el país que la vio alguna vez esperando el desorden que por estos lados se le ordenó.

UNA MONA QUE LLEGA EN LANCHA

Fanny no oculta nada, aunque tampoco se muestra opulenta para hablar de sí misma. No le importan las historias de serruchos. Conoce un país real, como el del actor del TPB a quien encanó la Policía en Santa Marta por tener una chicharra de marihuana y ella se fue a la estación y convenció al comandante que se quedaba de rehén para que el actor pudiera hacer la obra esa tarde. Ha estado en Tadó, ha visto los paraguas rosados de las negras mientras se movían las sillas de Tonesco y allí mismo, alguna vez le prestaron el atrio de la iglesia para que presentara la función. Uno de esos temporales huracanados del Pacífico amenazaba con llevarse todo al cielo, pero Fanny convenció al cura —un tipo más bien joven y liberal— que le prestara el altar mismo de la capilla, para presentar Toma tu lanza Sintana, una obra más bien pagana. Los campesinos de la Costa Atlántica más de una vez han visto aparecer a una mona encaramada en una lancha y otras lanchas llevando por los ríos las escenografías, las viejas de los pueblos han salido para verla como la Loca de Chaillot. Se acuerda de alguna vez en Cucutilla donde los campesinos de una cooperativa le compraron una función y, como no cabía la gente el pueblo, exigió que se hiciera en la cancha de fútbol; recuerda los sancochos servidos en hojas, las tragantinas pantagruélicas con el populacho, la yuca, el maquillaje rodando por la cara bailando porros, los amores de quienes ya no se habla; recuerda también que de noche se habla de una manera distinta que de día.

LA VIDA PÚBLICA

Los que ahora vivimos en un país cada vez menos prejuiciado, que podemos gozar del mínimo de libertad y a veces llamar las cosas por su nombre y no ser una especie de apéndice colonial de la moral monacal, le debemos agradecer mucho a Fanny Mikey. Hace 25 años, en 1960, Fanny produjo el primer desnudo de que se tenga recuerdo (salvo por la India Catalina) en la historia nacional, Arturo Camacho Ramírez y Hernán Díaz publicaron un libro llamado "La vida pública" y las fotografías de Fanny desnuda causaron una virtual revolución en el mojigato país. Muchos cincuentones aún recuerdan a Fanny por aquellas hojas de papel (Eran desnudos castos y divinos. Estaba organizando los festivales de arte de Cali y viajé a México para conseguir algunas cosas. Tuve que presentarme a la embajada y la secretaria me anunció. El embajador de entonces salió de su oficina y dando voces ante el estupor de la dactilógrafa dijo: "Ay Dios, la vida pública en mi despacho"). De aquella época la desaparecida Marta Traba escribió: "A Fanny Mikey no la recordarán por Edipo Rey o la Loca de Chaillot, si no por haber hecho parte de la vida pública".

Fanny sabe que ya no es joven, pero al mismo tiempo entre sus vestidos ahora exóticos, iluminados, como si algo de los centenares de vestuarios y escenografías se le hubieran enredado, hay algo que cuida decididamente. (Soy coqueta porque soy linda por dentro, me cuido el cuerpo porque me encanta, porque mi profesión es estética. No tengo edad y me importan un carajo la arrugas de la cara (de tanto expresar debe ser) y debo ser como loca porque igual hablo con uno de ochenta que con otro de quince).

Quizá por eso Fanny solo añora una cosa: haber nacido mulata y caribena, salvaje y gozona (Tropical hermano mío... porque sin mar absolutamente nada, querido). Los que la conocen dicen que deja de hablar rápido cuando llega al mar.

¡ABURGUESADO MAMOLA!

Todos saben que se salió del TPB, que fundó el café concierto La Gata Caliente, que presentó allí Véanme, que poco a poco dejó de llevar el bulto económicamente, que se jartó definitivamente de los grupos de teatro aunque ellos la formaron y que un día se le metió en la cabeza fundar una sala de teatro donde llegaran los grupos, las compañías, los espectáculos, pero sin ser receptáculo obligado de ideología. Se inventó el Teatro Nacional, robuscó hasta que lo construyó, vendió sillas, pegó ladrillos, hizo enemil rumbas para conseguir financiación y finalmente con un elenco excepcional, estrenó El Rehén. (No me he equivocado al crear una casa de teatro, donde todos los actores ganan por la representación, por los ensayos, donde se agotan las localidades y lo que más hermoso me parece es poder demostrar lo que valemos nosotros los actores, en un país donde, fuera de la plástica, que es la niña bonita, los demás artistas se mueren de hambre, porque los empresarios no dudan en pagar millonadas por "El Puma", pero nada por una buena obra de teatro. Ahora los actores del Teatro Nacional en las diferentes obras comen bien, viven bien. Que el Teatro Nacional se ha aburguesado, ¡mamola! No tengo auxilios, tengo que romperme el alma, me busco mis propios espectáculos y la sala siempre está llena. De resto, no quiero llorar más en público.

Fanny afirma que en los últimos tres años se ha dado una fuerza increíble al panorama de los espectáculos de Bogotá y que la existencia del Teatro Nacional ha sido importante en ese terreno. Los teatros, los auditorios, siempre están llenos y Fanny ve en ellos a buena parte del público que ella creó en el Nacional con sus 42 espectáculos nacionales y 18 internacionales desde que existe. (Se ha creado en Colombia un respeto por el actor, porque además existe una clase dirigente más permeable, que camina con el país, y que gusta de la cultura. Me aburren los paternalismos baratos. El obrero no tiene plata para ir al cine. Aunque no por ello el obrero no entiende el teatro.

Yo fui la primera persona con el TPB en venderle funciones a la clase obrera).

FRASESITAS STALINISTAS

En Buenos Aires, Fanny Mikey fue educada por la izquierda, la misma que en un principio no apoyó a Perón y que cuando lo quiso hacer ya era tarde, y todo terminó en un cuerto despelote. En Colombia, durante muchos años Fanny trabajó con los comunistas. Poco a poco se fue alejando. Algunos hoy la tildan de actriz burguesa y otras frasecitas stalinistas. Fanny tiene su propio análisis, decantado entre tanta creación colectiva, funciones de barriada (cuando me dicen burguesita me muero de risa, porque la persona que vendía las obras de la izquierda al "capitalismo" era yo. Tuve desde luego mi época mamerta, pero estoy convencida de que con el teatro nunca vamos a hacer la revolución, aunque sé que el lenguaje teatral ha ayudado mucho al proceso. En la televisión es obvio que haya censura porque la maneja el gobierno, pero no la siento en el teatro. Durarlte 14 años estuve al lado de la izquierda en el TEC y en el TPB y ahora me molesta un poco que los grupos que hacen teatro político hagan mal teatro, porque el teatro político hay que hacerlo doblemente bien. No puedo permitirme tampoco lujos burgueses, como el de hacer un solo personaje una Sarah Bernhardt. Creo en la revolución de Virginia Woolf, la que hace que las parejas se conozcan y se entiendan. Eso sí, el actor en Colombia de todas maneras es un trabajador de la cultura. Aquí no surge una Marilyn Monroe, porque no somos juguetes de ningún Holywood.

SOY GENTE CHÉVERE

Alguna vez un actor ruso le dijo a Fanny Mikey que jamás podría ser gringa o paisa, o cosaca, que era simplemente alguien que con el mero hecho de estar en escena, hacía vibrar al espectador. Y ella lo ha practicado durante 35 años. Poco de maniqueísmo (mi personalidad es más fuerte que lo que yo pueda hacer del personaje), y quienes la hemos visto en una y otra obra, sabemos que siempre es Fanny Mikey, la niña porteña, el ratón Mickey de la pandilla, la que se hacía la rabona (capaba colegio) para irse a pasar el día en la estación del ferrocarril, sin saber porqué, sometida a un encantamiento absurdo por las bielas de las locomotoras, y los gritos de los cobradores.

Ahora siente que es una buena actriz, no una muy buena actriz, que tiene ángel y que demuestra que sabe y que ama lo que hace (apenas una buena actriz).

Cada cierto tiempo Fanny se va de la ciudad que ama, en la que vive feliz y que no cambia por ninguna: Bogotá. Aparece en Londres, en París, en Nueva York, se da un remojón de 15 o 20 obras que a la postre le sirve para saber que está haciendo las cosas bien, que no se equivoca. (Cuando pienso en algo, lo mastico un año y solo mis pensamientos son realizables con un equipo de trabajo. Sé que el arte es el azar y no me equivoco porque no soy ni tan intelectual ni tan culta. Por visceral intuyo lo que le gusta a la gente de Bogotá. Por eso en El dorado, de regreso, siempre pienso: qué rico volver a Bogotá).

Fanny lee a la Yourcenar, una autobiografía de Vittorio Gassman y define esa palabra que tanto le gusta, el encoñamiento, como vocación, cariño pasión. Por ahí se le van las palabras a los amores acabados, empieza a despotricar contra la moral cavernaria de ciertas personas, se pone enérgica cuando dice que no tiene los tabúes de mucha gente del país, que por tenerlos se niegan el acceso a buena parte de la vida real. Dice venir de una ciudad donde no existen los apellidos porque el 95 por ciento de sus habitantes son hijos de inmigrantes (la gente me gusta o no, no tengo esos problemas de

árboles no genealógicos sino ginecológicos. No soy gente bien. ¡Soy gente chévere!).

EL VAHO DE LAS LÁMPARAS

Fanny Mikey defiende antes que nada la amistad y se nota que tiene absolutamente afincado el sentido de la fraternidad, casi hasta el punto de la conspiración. De repente da la idea de una persona que se ha dado duro en la vida, que la ha camellado hasta el fondo. Se la puede notar tensa, dudosa o completamente relajada y autosuficiente. Es una actriz al fin y al cabo. Destila seguridad y muchas veces algunas de sus frases atropelladas, permiten suponer cierta interpretación por encima de sí misma, como si no pudiera dejar de entonar las palabras para transmitir las con más eficacia. Uno se pregunta: ¿estará quizá soltando una parrafada de algún personaje? ¿Es ella misma? Al final de la conversación se opta por pensar que sí, que es ella, que de tanto verla ahí al frente, fuera de escena, parece imposible extraerla del olor de la pintura de la escenografía, del vaho eléctrico de las lámparas, de los potes de afeites. Dice que no es astuta y que ese es su peor defecto. Se define como una actriz poco dúctil y se puede entusiasmar hasta las lágrimas cuando en alguna rumba ve seis u ocho amigos (de verdad amigos, hermano mío) de hace 25 años y uno de ellos se le acerca y le dice: "Sigue así de joven, porque de ese modo somos jóvenes nosotros". (Inventaré siempre rumbas desafortunadas, totales, porque quiero que los amigos siempre nos volvamos a encontrar. Cada día nos morimos en seguidita y ¿cuánto tiempo pasamos sin vernos?).

MARTA SENN: DEL SOLFEO AL SOL-LINDO

La historia de Marta Senn no empieza con su nacimiento. El verdadero origen de su vida se ubica en un pueblito de la Suiza alemana, algún día de 1918. Un muchacho de quince años, Nicolás Senn, ve que su padre le tiende 50 francos y escucha atentamente cuando le dice: «Tú eres el mayor de trece hermanos, la guerra aún no ha terminado, estamos en una situación muy difícil. Es mejor que tomes este poco de dinero y te vayas a buscar tu vida». En ese momento nació el espíritu aventurero que Nicolás Senn le pasó a su hija Marta que a ella le ha servido para llevar una vida que empezó bajo el rigor de una educación estricta y que poco a poco fue variando, buscando precisamente el cauce de la aventura.

Muchos años después de que su padre se lanzara al mundo y conociera en uno de sus viajes a la colombiana Dilia Rodríguez, Marta Senn nació en el mismo pueblito suizo de donde su padre salió a los 15 años. Los años de su primera infancia los pasó en Saint Gallen y de ese tiempo no queda nada en su memoria. Los primeros recuerdos son los de una niña de ojos verdes que de la mano de su madre visitaba día tras día las plazas de mercado del barrio 7 de Agosto y 12 de Octubre, o que asistía a las conversaciones de doña Dilia con las avezadas marchantas del barrio 20 de Julio. Así, entre barrios con nombres patrióticos, Marta fue aprendiendo ese difícil oficio de ser colombiana de clase media, habitante del barrio San Miguel, hija mayor de una familia de tres hermanos, con una mamá absolutamente dispuesta a la perfección y un padre que invariablemente se levantaba a las cinco de la mañana, revoloteaba entre un montón de discos y se daba un concierto de dos horas de música clásica como aperitivo estético para empezar el día, desayunando con Bach, Schumann o Couperin.

UN COMIENZO CON MANTELITO

Marta cree que su excelente oído y su disposición espontánea para la música provienen de esas audiciones de amanecer de don Nicolás Senn. Algunos años más tarde, en el colegio, las profesoras y sus mismas compañeras le harían notar la calidad evidente del tono de su voz y la facilidad que tenía para cantar. Marta crecía entre dos severidades: la suiza de su padre y la muy bogotana de su mamá, orgullosa de su niña de trencitas, bella desde que nació, la más aplicada del colegio, que además cantaba muy bonito. El colegio se llama «La Asunción», y lo dirigía Elvira Calle de Villegas, quien logró despertar en Marta el espíritu de competencia y particularmente el de competir con ella misma, que más tarde le serviría enormemente para su carrera artística. Pero no era todo rigor. En Marta había sobrevivido el romanticismo de su padre, la sensación de estar abierta a lo nuevo, de tomar riesgos. Hoy es consciente de lo que ella llama un enorme complejo de Electra, que le hace querer desaforadamente a su padre y admirarlo sin ambages.

El comienzo de la carrera musical de Marta tiene un nombre: «Mantelito blanco», la canción infantil («Mantelito blanco de la humilde mesa, donde compartimos el pan familiar...») que ella virtuosamente entonaba a los siete años para sus compañeras de curso o que repetía a voz en cuello para los vecinos del barrio San Miguel. Un día apareció en el colegio la cantante Marina Tafur y descubrió la bella voz de Marta. Llamaron a sus padres, les notificaron que tenían una artista en ciernes y Marta, muy contenta, siguió cantando villancicos y cancioncitas infantiles, sin darse cuenta que en ese momento estaba dando los primeros pasos técnicos e interpretativos que la convertirían años después («los años no quiero divulgarlos, hacen parte de mi propio misterio») en la mejor voz de Colombia. Los desayunos clásicos de don Nicolás se convertirían también en la memoria de Marta en su primer repertorio ingenuo, hecho de trozos de Scarlatti, Wagner o Mozart. La niña repetía las frases musicales, mientras jugaba en el parque o cuando el

inconsciente le trabajaba el acorde o la melodía. En la pubertad era una muchachita muy severa, dedicada al estudio, casi que obsesivamente, hasta el punto de llegar a grandes depresiones (de las que no se excluía doña Dilia) si por algún azar no sacaba el primer puesto de la clase. Era rigurosa con ella misma, pero eso no le causaba dolor. La herencia suiza —ciudadanos que han hecho del rigor una cultura— le hacía tomar la disciplina como un juego, una diversión. Tradicional por educación y por gusto, si no despreció la convulsiva música de los años sesenta, por lo menos la ignoró. Ante la explosión de guitarras eléctricas, pelos largos e ideas libertarias de la década, Marta seguía pensando en Beethoven.

ENTRE EL SOLFEO Y EL CÓDIGO

En las calles de Bogotá los grupos de rock (Siglo Cero, Caja de Pandora, La Banda del Marciano, Los Flippers) conducían a los jóvenes por el camino de la rumba. Marta seguía todos esos años en el colegio o en su casa dedicada a la lectura, al estudio, al trabajo intelectual. Terminó el bachillerato y como cualquier muchacha de su condición económico-social, decidió, de común acuerdo con su familia, estudiar derecho. Las condiciones monetarias de sus padres no permitían que Marta se dedicara solamente a la música como era su deseo. Algún día tendría que «defenderse en la vida» y es bien sabido que la abogacía en Colombia es sinónimo de rebusque. Pero Marta no podía dejar la música. Simultáneamente con su ingreso a la Universidad del Rosario, entró al Conservatorio de la Nacional para hacer su carrera de piano. Por la mañana asistía a las clases del Rosario rodeado de bien peinados y encorbatados estudiantes. Por las tardes sus vecinos en el Conservatorio se convertían, en peludos y desharrapados «compas» de la Nacional. Pero en ese momento la música no era más que un pasatiempo, mientras el derecho absorbía la seriedad y el trabajo de Marta que compaginaba la ciencia-técnica con la técnica-estética. Sin embargo, cuando asistía a las clases en los viejos y fríos claustros del Rosario, se daba cuenta que jamás ejercería la abogacía. Que el solfeo, la armonía, eran su vida y no los códigos y las sentencias.

A LAS TABLAS

Se casó. Aún hoy, después de separarse, Marta sigue considerando a José María del Castillo, el padre de sus dos hijos, Javier Nicolás y Lina María, como «el tipo más sensacional del mundo». Es de esas ex-esposas que sí atienden los telefonazos de su ex-marido, que ha logrado continuar bajo los designios de una amistad post-relación. Nunca el matrimonio la hizo sentir impedida como artista, aunque se apartó tres años de la música para vivir con su profesor de economía del Rosario. Eran años agradables y productivos pero desde luego faltaba algo, esa parte de Marta Senn dispuesta más a la estética que a la vida cotidiana de una señora. José María del Castillo le insistía en que siguiera haciendo música, la estimulaba para que «completara su personalidad», para que no redujera su vida abruptamente. Y reabrieron el Teatro Colón. Se había iniciado una nueva época y en Colcultura se acordaron de ella. Se hizo la temporada de ópera, vinieron solistas del exterior y Marta fue llamada para que cantara como mezzosoprano el «Himno de la alegría» de la *Novena sinfonía* de Beethoven. Se quedó pensando. «Cierto que yo canto». Y así cantó en el Colón y para ella aquello fue la aproximación a la música, ya no con el criterio de la aficionada sino dentro de los parámetros duros del profesionalismo. De ese momento en adelante, el nombre de Marta Senn estuvo permanentemente vinculado a la actividad musical de Bogotá. Marta sólo tenía un antecedente en el escenario. Una audición del «Magnificat» de Bach con la Orquesta Sinfónica y la Coral Bach dirigidas por Olav Roots.

A Marta Senn todo le suele ocurrir al mismo tiempo. En 1972, en una semana, tuvo un hijo, cantó por primera vez como profesional y se graduó de abogada. De ahí en adelante hasta 1980 siguió participando en cuanta ópera o recital se presentaba en Bogotá. La misma vida la fue empujando hacia el profesionalismo y hace algo más de tres años se presentó la coyuntura de su separación que resultó muy favorable para sus planes de depuración técnica y

aprendizaje con maestros extranjeros. Sin matrimonio las cosas eran más sencillas y así la decisión fue tomada.

OCHO AÑOS ENMALETADOS

Una mañana Marta sacó del armario tres maletas y les dijo a los niños: «Escojan los tres juguetes que más les gusten porque nos vamos». Rápidamente metió ocho años de vida entre las maletas: algunas fotografías, poca ropa, unas cartas, un puñado de partituras y desde la ventanilla del jet, como tantos otros artistas colombianos, se despidió de la Sabana de Bogotá y se fue para Nueva York con el propósito de ponerle la cara a la fama. No sabía inglés, había vendido la casa, el carro, las obras de arte, las joyas, para conseguir los dólares que le alcanzarían para vivir algo más de dos años sin tener que preocuparse por producir otra cosa distinta que melodías. Unos buenos gringos de las afueras de Nueva York la acogieron y practicaron con ella una especie de mecenazgo, en virtud del cual atendía a sus hijos, le conseguían profesores, hablaban por ella en inglés y la alojaban. Marta estaba reviviendo la historia la historia de su padre, el joven suizo de los 50 francos en el bolsillo. Se preguntaba entonces: «¿Qué cosa es la frustración? ¿Tal vez no es el fracaso tras intentar algo sino precisamente no intentarlo? ¿Cuál es el riesgo? Tengo dos chinos, estoy libre y si no consigo nada en Nueva York, pues me devuelvo y al derecho siempre se puede regresar».

Tenía una seguridad mínima de retorno y mientras tanto se dedicó a estudiar. Nada de recitales ni audiciones. Sólo estudio con el profesor Ellen Faull y naturalmente tuvo problemas con los vecinos que escuchaban aterrados los, para ellos, desgarradores gritos de Marta, sumados al son de la trompeta que toca su hijo Javier Nicolás. No faltaron las amenazas, las llamadas a la Policía para hacerla callar, pero Marta siguió practicando a las horas más intempestivas. Su único trabajo de 1980 a 1982 fue participar en Colombia en las temporadas de ópera y de repente, como siempre sin pensarlo, casi sin quererlo, la fama estaba ahí.

Todo sucedió muy rápido apenas en un año. En mayo de 1982 decidió participar en tres concursos de canto en Nueva York, Baltimore y París. La aplicada niña del Colegio de la Asunción los ganó todos. Otra vez en pocos

días lograba cambiar su propio mundo. Por haber ganado los tres concursos en tan corto tiempo, los críticos, los contratistas, empezaron a fijarse en ella. La Columbia Artist (la mayor empresa de artistas del género en los Estados Unidos) la tomó. Consiguió managers en Italia y Francia, dio recitales en París, viajó por toda Europa y finalmente regresó a Bogotá para la temporada de ópera. En Washington también estaban en plena temporada y la cantante que debería hacer el papel de «Carmen» en la obra de Bizet, se enfermó. Sonó el teléfono en su casa del barrio San Miguel y desde Washington le pedían que se presentara para una audición de prueba. Marta empacó y desde que la oyeron la contrataron. El éxito fue enorme. *New York Times*, críticas favorables por todas partes, elogios de toda índole, por su belleza, por su actuación, por su voz. Luego Belisario Betancur la nombraría como primer secretario de la Misión de Colombia ante las Naciones Unidas en Nueva York y embajadora cultural volante.

EL TRABAJO

El trabajo artístico depende del estudio y por eso Marta se quema las pestañas consultando y leyendo textos cada vez que tiene un personaje nuevo. La parte de la actuación no la estudia. Le sale espontáneamente y jamás ha tomado clases de actuación o de expresión corporal. Cuando tiene que aproximarse a un personaje, primero lee la obra, estudia las palabras del texto y hace un perfil psicológico del mismo y de los demás que intervienen en ella. Antes de conocer a los actores se hace en la cabeza la idea de la relación con los otros personajes, estudia la época, diseña para ella la actuación hasta que la tiene clara. Ahí empieza la gran diversión, volverse anciana, muchacho, prostituta, señorona, sirvienta, doncella. Para Marta cantar debe ser un hecho tan natural como respirar, con la referencia única del propio estilo. No cuida su voz, no come paneta porque sabe que la técnica debe incorporarse no sólo a la voz sino a la vida cotidiana. Para ella la técnica es el cómo que se integra al qué y al para qué. No lleva dietas, come todo lo que puede, porque la única garantía de una buena voz es una excelente nutrición. Además poco le importa el concepto contemporáneo de delgadez de la figura femenina como parámetro estético. Cree mucho más en la redondez y se le nota el clasicismo cuando elogia la belleza renacentista.

EN SOBRE DE MANILA

De ahora en adelante Marta seguirá dejándose impulsar por la vida como siempre lo ha hecho. No se siente completamente satisfecha con su trabajo hasta hoy. Está en el proceso de fijar la técnica, pero como ama mucho lo que hace, no hay grandes sacrificios de por medio, salvo el de tener que estar a veces separada de sus dos hijos largas temporadas. Gana lo indispensable para vivir y no le interesa hacerse rica. Más bien es una mujer que tiende a desvincularse de los objetos porque así se siente libre. Prefiere acumular los momentos de exaltación estética como aquella vez que cantó una versión sinfónica de «Carmen» con la orquesta de Filadelfia. No le incomodan las flores, los regalos, los elogios, el asedio del público. Sabe que, al fin y al cabo, el artista no puede dejar de ser sensible al afecto del público. Romántica declarada, sentimental, siempre que viaja lleva un sobre de manila repleto de telegramas, cartas, tarjetas, escritos que le han enviado desconocidos en la mayoría de los casos. Cuando se deprime saca uno tras otro los papeles de su sobre y siente que la soledad va mermando, que los afectos que la vida no permite tenerlos unidos, gracias a la imaginación se aglomeran en el sobre. Le gusta la soledad porque cuando la enfrenta sale de ella con piel nueva, segura de que está sacando a la gente de la dura realidad del siglo XX. Lucha por despertar la sensibilidad, por darle a la gente una dimensión diferente de la vida con su arte. Les tiene miedo a los periodistas, no fuma, no bebe y sigue siendo la niña dedicada a satisfacer la imagen de perfección que siempre quisieron el suizo aventurero y la señora bogotana. Vive con sus hijos en Nueva York, anda acelerada por el mundo y cuando regresa a Bogotá, como Teresita Gómez se fue para Alemania, ya no tiene con quién ir al Goce Pagano.

MARCOS RODA SE REVUELVE

La primera vez que trabajé con Marcos Roda, teníamos apenas ocho años y a ambos nos interesaba la geografía. Hicimos juntos mapas y textos sobre el departamento del Atlántico en el colegio. Pasamos... apenas.

Cada cual siguió el camino de los días y le fue fiel en estos 50 años de amistad (¿bodas de billar?) al origen intuitivo de tierras, a nuestra vocación de paisajes rurales y urbanos. Yo me dediqué a la dromomanía y Marcos a contarnos en acuarelas, oleos, grabados, dibujos y demás, también su manía, la de traducir esa alianza a veces sagrada pero siempre sensible entre la gente y sus territorios, sean estos los vientos cromáticos de Ráquira o el asfalto de Suba, altar de ciclistas y viejos camiones.

En estos “Tiempos Revueltos” Marcos ha llegado a una especie de epifanía en la cual la revelación de sí mismo y de su madurez se produce por el acumulado de sus obras de muchos tiempos, de muchos géneros y técnicas plásticas. De repente esa “arqueología del instante” que Roda ha recuperado a lo o largo de décadas, se convierte en una conciencia de identidad, es una suerte de fidelidad a sí mismo y a lo vivido, hoy envuelta en los vahos de la serenidad después del jolgorio.

“Tiempos Revueltos” que son un orden no necesariamente cronológico en el desorden de grabar o pintar o fotografiar lo cotidiano, lo necesario, el nutriente que se digiere pronto, energía para la energía. ¿Proceso? Más bien pro-seso, jugo de instinto que en Roda se ha ido convirtiendo en maestría, en deleite, en la desfachatez de un oficio tan avanzado que le permite re pintar a Velásquez, andar caminos de abstracciones picarescas o montarla de montajes en los cuales interviene la realidad fotográfica para darle la potencia del encuentro de caminos donde se cruzan el humor , la historia de la patria, boba o no, Bolívar de putas en Sasaima , el prócer enguayabado, el tiempo revuelto de los trasuntos nacionales hasta llegar a la cultura transmilenica.

Al lado, regresa el niño que mira museos, que absorbe obras, que decanta ese saber del artista maduro, hecho también de una mezcla colorida

de razones , emociones y sobre todo, una intuición de saber sin saber, de narrar formas, ideologías o momentos, sin que pierdan la profundidad de lo cierto, pero a lo Roda.

Hasta los paisajes se le mueven, se le truecan a Marcos Roda, acuarelista consumado. ¿Retrospectiva? Tal vez, pero sin espejo retrovisor, solo con nostalgia de alguna lúdica inicial y juvenil que de todos modos sigue ahí.

Playas de acá, inundaciones de la resistencia de la tierra en Fúquene, vírgenes arrechas, uno que otro vía crucis biarticulado, geografía del transporte (Roda quiso ser antes que nada camionero) vejeces europeas en su zaga de catalán con pola. Marcos Roda se cruza con su propio camino y no se devuelve. Apenas se revuelve.

ARTE CALLEJERO

Su nombre poco importa. Son ellos los más engomados y reconocidos autores del Street Art en los muros de Bogotá, una corriente plástica que ha puesto a la capital en la vanguardia mundial de este arte. Jóvenes urbanos, Guache y Toxicómano, han hecho de centenares de paredes y culatas de la ciudad el escenario de una exposición recurrente pero efímera de un arte impregnado de humor, de crítica.

Una expresión plástica que según ellos ha convertido a los policías en naturales “curadores” de la exposición permanente y a la vez efímera en el cemento y el ladrillo. Transformadores de ideas plasmadas en el “lienzo de la ciudad”, son los artistas con más público en la historia del arte colombiano. Arte gratis, sin propiedad, lúdico en su factura y resultado.

AMR: ¿Cómo son los orígenes de su trabajo?

Guache: Tuve dos influencias: mi papá que hacía pintura costumbrista y los dibujos animados... Me iba a las disqueras de la 19 a ver carátulas de discos y esa onda me influenció mucho. Después ingrese a la Nacional a estudiar diseño gráfico.

Toxicómano: Empezó todo con la música, callejeando por ahí en el barrio Santa Isabel con un parchecito, del cual han salido grupos de punk como Alerta. Hacía plantillas para tener el logo de las bandas. Nunca he sido bueno para el dibujo, me gusta recortar... El boom de la comunicación contracultural alimentó el asunto. Como estudié publicidad, siempre trato de dejar un mensaje de independencia.

AMR: ¿Se sienten influenciados por el Pop Art?

Guache: Sí, pero ha sido sin pensar en ello. Vi muchas cosas que eran apropiaciones del Pop Art como transformaciones, burlas y todas esas vainas y me dije ¡Huy, qué bacano! Siempre me llamó la atención el lado oscuro del diseño y también me empezó a interesar la política.

AMR: ¿Hacen un arte político, rebelde?

Guache: Siempre estamos dando una versión de los hechos. Cuando yo estaba en la universidad era muy afecto a los grupos radicales y a esa movida de reacción primaria frente al Estado. Pero era básicamente la reproducción de lo mismo. Entonces empecé a buscarle el quiebre a las estructuras y encontrarme más con los libertarios, movidas menos pretenciosas, sin querer salvar el mundo.

Toxicómano: Rebeldía y crítica constante. Tratamos de hacer de la comunicación algo muy sencillo; los discursos al final resultan ser para las élites intelectuales. Nos gusta la sencillez, una frase fácil de digerir. Al comienzo todo era crítica pero últimamente reitero el mensaje simple, con la idea de lograr un espacio en la mente de las personas.

Guache: Leía el marxismo en la Nacho... Luego me gusto más lo latinoamericano. De las estructuras gigantes siempre me quedé con lo más sencillo. Las ideologías pretenden tener una respuesta para todo.

AMR: De alguna manera ustedes tienen una actividad pedagógica. ¿El muro enseña?

Toxicómano: Sí... Es gratuito, la gente lo ve y lo lee, la gente está pendiente de lo que es gratis y que mejor espacio que la calle.

AMR: ¿cómo fue el encuentro con el muro?

Guache: Lo primero que pinté en la calle fue estencil, después en la Nacho hacia pintas, y luego con amigos empezamos a salir y hacer consignas. Era muy bacano tomarse un trago en la calle y ya estando entonados empezar a escribir frases como de libre asociación. Luego ya me empezó a gustar el grafiti de origen europeo y gringo. Ese es un asunto territorial, yo lo siento casi como neo existencialista, de ir a decir “¡yo estoy perdido en la urbe pero existo!”.

AMR: Como quien marca, como el perro...

Guache: Tal cual... A comienzos del 2004 me di cuenta que en Bogotá existía el grafiti y empecé a conocer a grafiteros que estaban pintando hacía rato. Salíamos por la autopista Norte haciendo lo que se llama “bombing” que es salir con una lata y donde uno vea un espacio deja su marca.

AMR: ¿Y cómo fue el proceso de Toxicómano con los muros?

Toxicómano: Lo mismo. Nos reuníamos sin plan, uno cargaba su lata y salíamos a tomarnos unos tragos, nos quedábamos sin plata y para devolvernos nos veníamos caminando, De vuelta lo único que había era la lata. Primero empezamos a pintar de noche el estencil y después uno se vuelve conchudo y empieza a pintar de día. Y asume como una sintonía con la ciudad en la que uno no siente que esté haciendo nada malo.

AMR: Lo que hacen está inmerso en lo figurativo pero a la vez lo abstracto...

Guache: Al principio quería hacer arte figurativo pero luego la misma técnica le muestra a uno la posibilidad de regar, chorrear, limpiar...

AMR: Ustedes de alguna manera recogen una escuela tan vieja como el hombre. Porque tanto en lo precolombino como lo mucho más viejo europeo, lo de ustedes parece arte rupestre...

Toxicómano: La pared ha sido el gran espacio porque no se queda quieta, todos la ven y se puede volver a utilizar.

AMR: Otra cosa fuerte es la generosidad del trabajo de la calle y esa confrontación con lo perdurable y lo efímero. ¿Ustedes no tienen ningún interés en quedar?

Toxicómano: Creo que no, estamos acostumbrados con el tiempo a ser borrados. Desaparecer es renovarse, a mí me gusta ese ejercicio... Como que ha crecido la conciencia pública de mirar el grafiti, se está empezando a ver el arte urbano, se está valorando.

AMR: ¿Ustedes son conscientes de que están haciendo una historia?

Toxicómano: Hay como una evolución, una especie de cronología que sí tiene una línea.

Guache: No es una cosa presente pero hay esa búsqueda no sé si llamarlo estilo. Todo va como girando, como contándose uno a sí mismo y la pared cuenta sus historias.

AMR: En el sentido de la contracultura ¿siguen siendo unos marginales?

Guache: No alcanzamos a ser contraculturales, alguna vez lo creímos pero aterrizamos. De todas formas el sistema lo absorbe a uno y la idea es que uno no renuncie a lo que ha pensado y ha creado, sino que mantenga una línea así sea delgada, de dignidad y siga haciendo sus vueltas. Seguimos

pintando ilegal. El arte popular no tiene ninguna pretensión y nosotros no reclamamos tener ninguna pretensión artística

Toxicómano: Un transeúnte va pasando por la calle y dice: “uff, ¡eso es arte! La dama de la casa pasa y dice “huy eso tan bonito, usted es un artista”. Listo, para mí es eso...

AMR: En su trabajo muy importante la inexistencia de la propiedad. Es más importante la autoría que la propiedad...

Toxicómano: En el sentido de una ética toda rara somos los que sorteamos dificultades con policías, con celadores, ¡con todos! Y vaya alguien y pinte encima de uno. Aunque el muro no es mío, es como pintarme encima...

Guache: En la naturaleza de la pintura no hay propiedad pero la movida de pintar en la calle tiene unos códigos implícitos y la gente que pinta en la calle no lo hace de manera como tan ingenua. Colonizar un muro tiene un valor, ¡yo frentié y me lo gané!

AMR: El anonimato: ustedes ocultan su identidad, tienen un seudónimo. ¿Y la vanidad?

Toxicómano: Prefiero conseguir un nombre bacano para hacerme conocer y no utilizar el nombre normal. No es el ego quien pinta; queremos que la gente se fije en la pintada.

Guache: Con el anonimato en la calle lo importante es la cantidad de personas que se acercan a ver una pintura. La cantidad de personas que reconocen quién lo pintó es mínima.

AMR: ¿Convertir la calle en una galería, que existan recorridos y observación?

Guache: Existe y eso lo hacen los gringos, hay grafitis para mochileros en Bogotá, en el centro, ya existe todo un turismo del grafiti, eso acaba con lo efímero y transforma...

Toxicómano: Yo lo comparo con los Simpson: FOX les paga pero ellos le echan la madre a FOX, y al final a FOX le conviene, son válvulas de escape, como el bufón de la corte.

AMR: ¿Qué tan fuerte es Bogotá en el contexto mundial del Street Art?

Toxicómano: Es tan fuerte el movimiento que en dos años Bogotá va a marcar aún más la tendencia. Cada vez llega más gente a pintar a la ciudad, europeos sobre todo, que le abren a uno la perspectiva.

Guache: Bogotá esta es rayadísima... Desde la mirada de transeúnte, no hay espacio, pero desde la mía, transformo ideas en el lienzo de la ciudad, y sí hay espacio.

AMR: ¿La relación con la policía ha cambiado, o sigue difícil?

Toxicómano: El policía muchas veces adopta el papel de curador de arte en la calle, porque si a él le gusta no pone problema, la aplicación de la ley depende del gusto del policía. Igual también hemos estado en la UPJ por pintar...

AMR: En cuanto al trabajo particular de cada uno, es muy diferente. En el caso suyo, Guache, se ve el amor por el mestizaje.

Guache: A mí me gusta la pintura latinoamericana y ahí si le meto todo esto, todo el discurso de reivindicación de lo popular en la estética. Desde Diego Rivera en adelante. Es un indigenismo mío.

Toxicómano: En mi caso hay una cosa urbana, pero no cosmopolita. Trato de manejar el humor, hacer. Trato de hacer sopas colombianas, sancocho. No solo un mestizaje de rasgos sino de estilo.

AMR: Quienes leen esta entrevista en El Tiempo se van a preguntar “¿y estos de qué viven?”

Guache: Vivo de hacer diseño para organizaciones sociales y doy clases en la universidad.

Toxicómano: Soy publicista, trabajo carátulas para las bandas, organizo eventos. Si uno es el jefe y el mensajero, el control es total.

AMR: El libro de ustedes, libro “CALLE ESOS OJOS” ¿es el propósito de una memoria?

Guache: Anda uno comprando ediciones de Street Art y son carísimas. Un día dijimos “hagamos el de nosotros a ver qué pasa” y nos ha ido bien.

Toxicómano: El fetichismo de tener el objeto, tocarlo. También queremos jalar a los demás. Hay más de 100 pintores en la calle...

BIBLIOTECA NACIONAL

Es probable que este territorio de geografía vertical, con sus mares y cordilleras, con sus siglos de historias, sus alegrías y tragedias, sea un país.

Pero a veces, en medio del desorden de leyes e instituciones no pocas veces pegadas con babas, en medio de la diversidad exultante y del individualismo extremo tan parecido al egoísmo, resulta difícil creer que en esta esquina de Suramérica viva una nación de bacanes.

Pero si hay algún lugar en Colombia en el cual se entiende y siente que sí somos una nación y un completo universo socio-cultural, es en la Biblioteca Nacional de la calle 24 en Bogotá.

Si la nación es un todo, en la Biblioteca está todo lo que hemos vivido, pensado, sufrido, amado, soñado, creado. Toda la memoria de lo dicho, de lo escrito, de lo contado, de lo cantado, expuesta en anaqueles o apilada en cartones. A la mano y a la vista de quien quiera refundirse en los laberintos físicos de sus salas, corredores y pisos o en los espacios mentales y emocionales del conocimiento que espera latente en libros, periódicos, revistas y grabaciones.

Pero este espléndido recipiente de “todo lo que somos”, está al borde de la saturación total. La Biblioteca Nacional, según su directora Ana Roda Fornaguera, en menos de un año estará completamente repleta, rebosante y hasta la fecha —aunque existen planes de contingencia en lo inmediato y proyectos de ampliación y de reestructuración en lo mediano— no se ha decidido qué hacer. No hay presupuesto para reforzar la estructura del bello edificio y así poder ubicar pesadas estanterías rodantes que albergarían por unos años más todo el material, o bien construir una bodega alterna con todas las especificaciones técnicas.

EL CUARTO DE SAN ALEJO

La Biblioteca recibe día a día todo lo que se publica y edita en Colombia en materia de impresos y de grabaciones. Desde el libro más vendido hasta el último folleto publicado en un apartado municipio. Es el llamado Depósito Legal.

Corredores, cuarticos, escondrijos y hasta baños, son hoy en día utilizados para almacenar los impresos y audiovisuales con el fin de incrementar la memoria cultural y garantizar su conservación. Todo se está llenando. Y, aunque debidamente preservados, los arrumes de textos invaden los espacios menos previstos. Al punto que la Biblioteca se parece en su interior a un cuarto de San Alejo, a una especie de vientre de un buque sobrecargado que puede naufragar.

En materia de Depósito Legal de revistas y periódicos, la biblioteca tiene aún “espacio” si se le puede llamar a eso hasta el último recoveco, para tan solo los próximos cinco meses. Después, literalmente, no cabrá un impreso más. Y en materia de libros, tan solo quedan disponibles seis anaqueles que se llenarán en los próximos doce meses.

El tiempo se agota y el edificio necesita ampliación o trabajos inminentes, además de bodegas con temperatura adecuada y medidas de seguridad contra eventos catastróficos, como terremotos o incendios.

En el mismo edificio está la reserva de copias de las ediciones, es decir el “backup” físico. De cada libro consultable por el público, hay una copia en reserva. ¡En el mismo lugar! Tanto como hacer un “backup” de computador de los “documentos” en los propios “documentos”. ¿Qué pasaría en caso de un terremoto en un edificio que no es sismo-resistente? ¿La nación y su memoria despanzurradas entre las calles 26 y 24?

QUE EL SEÑOR DE LOS SISMOS SE APIADE

Existen ya los planos para realizar los trabajos de recuperación pero no hay fondos. La financiación de las inaplazables obras de la Biblioteca Nacional está “haciendo cola” ante el Ministerio de Cultura, esperando el final de la restauración del Museo Nacional y el Teatro Colón. Qué el señor de los sismos y las catástrofes, se apiade de nuestra memoria y la preserve.

Al recorrer los pisos y las estancias de la Biblioteca, sobrevienen dos sentimientos. La admiración profunda por el legado de eso que llaman la patria, por los miles de días y noches de nuestros autores escribiendo realidades y ficciones, poetizando la existencia o contándonos de nosotros mismos, de nuestra flora, de nuestro imaginario colectivo.

Esa admiración que nace desde la vista de repisas y anaqueles, desde el olor a páginas, tintas y cartones. Y, de otro lado, el temor que produce saber que la Biblioteca está al filo de la navaja, no solo porque no le cabe ni un tinto, sino porque todo se puede perder en el mismo sitio... el mismo día.

El temor de no poder volver a tener entre las manos (como lo tuve, bien enguantado) el original manuscrito de La Vorágine de José Eustasio Rivera, el incunable de 1450, las biblioteca de Arciniegas entre tantas otras de grandes autores que reposan al vaivén de las épocas y las generaciones.

Aquel ejemplar de El Carnero, los dibujos del abanderado José María Espinosa, el ejemplar único de las Reminiscencias de Cordovez Moure (biblia de los cronistas), todo lo que nos estructura como pueblo, toda esa creación de muchos siglos contra la cual no han podido ni las guerras, ni el olvido, ni la naturaleza complicada de nuestro suelo y de nuestro modo de ser.

El mismo temor que les asalta a Ana Roda y a Camilo Páez, gran conocedor de las colecciones. Ese temor y esa admiración que se traducen en ganas de hacerle la venia a los libros, en reverenciar los tiempos idos que están acá de pie, como si los muertos siempre tuvieran un futuro entre las paredes de la BN.

Desfilan ante el visitante el sonido de las páginas al voltear, las joyas de papel únicas bien ordenadas y consultables, las reliquias de lo dicho, de lo hablado, hasta el viejo secador de manos del baño de mujeres, evoca literatura.

Se va de un ascensor a otro con el sonido de las viajes palancas de hace 82 años, cuando fue construida la BN. Suenan tantos trasteos físicos y del alma; desde las viejas casonas en La Candelaria de la Real Biblioteca Pública, suena la historia.

LA BIBLIOTECA VIVA

Más allá de las dificultades, la Biblioteca Nacional está bien viva. Con el Plan de Fortalecimiento Institucional se adelanta la reconversión. Por ello se ha emprendido, tanto un proceso de reflexión sobre su propia misión, como un estudio técnico de los requerimientos de infraestructura para albergar de manera segura las colecciones y prestar un servicio adecuado a los usuarios.

En 2009, mediante convenio con la Universidad Externado de Colombia, la Biblioteca Nacional desarrolló su Plan Estratégico para los próximos 10 años. También se llevó a cabo un estudio para la restauración integral del edificio y una propuesta para su ampliación. Pero aún no se han apropiado recursos para llevarlo a la práctica.

Se presentó al Ministerio un proyecto de reestructuración administrativa de la Biblioteca para fortalecer su gestión a nivel de dirección, planeación, sistemas y tecnología, biblioteca digital y divulgación cultural.

Se ha puesto en marcha la Biblioteca Nacional Digital consultable a través de la página web. Se inició ya el proceso de digitalización de sus fondos relativos a la Independencia.

A finales de 2009 el gobierno de Corea y su agencia de cooperación Koica aprobaron una donación de US 1.000.000 para desarrollar el proyecto conservación de los fondos patrimoniales de la Biblioteca Nacional.

En el cuarto piso varias modernas salas repletas de scanners y todo tipo de tecnología de punta albergan a un puñado de silenciosos trabajadores que poco a poco digitalizan la Nación. El viejo edificio Art Déco de principios del siglo XX, ve crecer las semillas del XXI.

Igualmente se desarrolla el Plan nacional de Patrimonio Bibliográfico y documental “Vamos a hacer memoria”.

La Biblioteca Nacional contribuye a la investigación, catalogación, preservación y uso del patrimonio bibliográfico y documental colombiano mediante su programa de becas y pasantías.

Allí, en los 120.000 metros cuadrados de metáforas y parábolas donde inclusive el fallecido ex-director Eddy Torres se asoma vestido de fantasma para darle más realce al tiempo transcurrido.

Y todo cada vez más apiñado y acumulado con cariño en cada piso. Como si el país ¿indolente? no quisiera ocuparse de un sí mismo que sabe a página. Hasta que el vaso se rebase y la memoria de una nación esté en peligro de extinción.

RICARDO CORAZÓN DE PAPEL

Antonio: No te voy a pedir que me cuentes tu infancia, tu niñez, pero sí que me cuentes la relación en esa infancia lejana o cercana, como sea, con la encuadernación, con los objetos y con los libros, o sea, ¿en qué momento tú sientes como el primer contacto?

Ricardo: Cuando mi madre murió yo tenía 9 años y a mí me llevaron a un sitio que era como una casa para jóvenes, se llamaba el Club Michin, era sostenido por dineros alemanes y si uno conseguía padrino se podía ir uno para Alemania, entonces a mi me llevaron y duré 6 meses y tuve mucho contacto con la biblioteca del Club Michin, que era muy chévere y me leí todo lo que fue Julio Verne, Dummas, a los 9 años, pues no tenía nada más que hacer y mi papá pues vivía pero no fue un referente importante en mi vida, pero sin embargo sí había algo que me llamaba la atención.

Antonio: ¿Pero en tu casa antes se había filtrado algo de lectura?

Ricardo: No, en mi casa nada. Nunca hubo libros.

Antonio: O sea, tú llegaste al Club Michin y ¿en 6 meses te empacaste qué?

Ricardo: Todo lo de Dummas, Montecristo, Salgari, aventuras fantásticas que eran las que me transportaban, yo creo que también era por la necesidad de uno buscar entretenimiento y no solamente eso sino de huir del problema tan inmenso que uno tenía de no tener mamá, todo el mundo tenía mamá y uno no.

Antonio: ¿Y luego qué paso?

Ricardo: Después me fui para un barrio que se llama Santa Lucía como ayudante de busetas, yo cobraba y estudiaba de noche mi bachillerato.

Antonio: ¿O sea que tu familia es de origen proletario?

Ricardo: Mi familia es de origen bien pero yo fui el rebelde, entonces me gustaba ser como libre, no tenía ninguna influencia ni religiosa, ni política, en la infancia y la adolescencia pero sin embargo yo leía mucho, todo lo de García Márquez que me encantaba.

Antonio: ¿Cuál es la relación que tienen Ricardo Corazón de papel y García Márquez?

Ricardo: Nosotros cuando estábamos en la macarena nunca tuvimos nombre, yo abrí el taller con el sueño de tenerlo así como lo tengo ahora, duramos 5 años allá, cuando íbamos a venir para acá, yo tenía una relación muy chévere con el maestro Guillermo Angulo, hablábamos, tomábamos café, yo iba a su casa, él me contaba muchas cosas, yo le ayudaba con algunas cosas de su periódico, él también hizo alguna nota sobre mí en el periódico del distrito, y en alguno de sus viajes concilió que nosotros nos pasamos para esta sede, entonces el maestro Angulo fue y se compro un libro y le dijo a García Márquez: Tú tienes que firmarle este libro a Ricardo que se va a cambiar de sitio, entonces fírmale este libro, y él me escribió entonces, para Ricardo Corazón de papel este libro que él me encuadernó como es evidente con todo el cariño del que lo escribió... de ahí nació el nombre pero estando aquí, en este taller.

Antonio: ¿Pero en los 9, 10, 12 y los veinte y pico que comenzaste verdaderamente con Fajardo qué paso?

Ricardo: Yo estuve vinculado con el transporte y esas cosas como hasta los 17 años. De los 17 años me inquietaron la literatura y esas vainas, conseguía libros y me los leía, yo leí lo de Fernando Soto Aparicio, Germán Castro, todo ese tipo de libros que cuentan historias, después empecé a leer biografías y no crea pero uno sufría leyendo.

Antonio: Pero de alguna manera uno siente que tú tienes una pasión por muchas cosas, pero una pasión por lo viejo, por la historia.

Ricardo: Entonces yo m vine para el centro, monté una tienda para venta de objetos antiguos, un puestico acá en el mercado de las pulgas, cuando quedaba a lo largo de toda la tercera, eso fue hace muchísimo tiempo, vendía diferentes objetos: candados viejos. Yo me levantaba de otros sitios cosas antiguas y venía y los vendía acá los domingos.

Antonio: ¿Y por qué la relación con las cosas viejas?

Ricardo: Yo no sé, siempre me ha apasionado, me parece que uno se puede devolver al tiempo, a las épocas a través de los objetos y por eso leo tantas biografías como la de la Revolución francesa.

Antonio: ¿Te interesa el tema de la Revolución francesa?

Ricardo: Me parece impresionante.

Antonio: Otra cosa que yo veo ahí es que en la formación tuya, me imagino, si me equivoco me lo dices... que se te convierte como en un hilo conductor de tu vida, que es lo lúdico, yo siento con lo poco que te conozco, que tú no has dejado de jugar.

Ricardo: Yo me la paso jugando todos los días, yo llego aquí al taller y ver las sensaciones de los materiales o descubrir un nuevo formato, así otra persona lo hubiese hecho, y colocando como algo más a cada uno de los objetos, como darle el valor agregado a cada una de las cosas. Cada cosa que yo hago aquí en el taller, la hago pensando en eso, en el juego, en el estar uno creando y viviendo esa pasión que uno tiene.

Antonio: Sí, porque fíjate, leer es un juego, comprar objetos y venderlos es esencialmente lúdico, bueno la vida es lúdica, pero es muy preciso en ti eso...

Ricardo: Sí, yo he comprado muchas cosas que tienen que ver con el libro que tiene que ver con el oficio, que están un tiempo aquí y después se van.

Antonio: ¿Nunca fuiste librero, ni libroviejero, ni nada?

Ricardo: No, siempre me ha gustado el mundo del libro pero nunca he sido librero, por eso soy un novato en eso, y no conozco el tema visión para los negocios.

Antonio: De acuerdo, entonces pasaste la adolescencia y tal, ¿y cómo fue el encuentro con Miguel Fajardo?

Ricardo: En el mercado de las pulgas, él venía permanentemente los domingos con otro amigo y trabajaban ahí, miraban y compraban cosas y yo tenía mi puesto de cosas viejas pero además siempre he tenido una visión por los negocios y tenía una caseta que vendía dulces. Ahí tenía un empleado.

Antonio: ¿Dónde estaba la caseta?

Ricardo: En toda la 20 con tercera. Es coincidencia el regreso aquí, me parece sorprendente que vuelva donde empecé...

Antonio: Pero la vida es así... por algo existe el eterno retorno.

Ricardo: Entonces vendí el puesto del piojo y vendí la caseta y me fui a caminar por allá hasta Ecuador, y ya cuando no tenía más plata me devolví y...

Antonio: ¿Cuánto te tomaste en el paseo?

Ricardo: Yo duré como 6 meses.

Antonio: ¿Pero qué, mochiliando?

Ricardo: Pues mochiliando y mi papá vivía en Pasto, entonces yo como que fui, pues mi papá no fue un referente importante, eso me parece chévere, uno no tener ningún rencor por nadie, ¿no?

Antonio: ¿Y lo ves?

Ricardo: Sí, he ido como a los cuatro últimos carnavales de Pasto, para que mi familia también lo conozca. Estuve viviendo 6 meses en el Putumayo porque mi papá tiene coincidentalmente un primo que tenía una tipografía y hacía el pregón del Putumayo, entonces yo aprendí allá a montar títulos, moldes de periódico,

Antonio: Como el dicho, se verlas al revés...

Ricardo: Risas... yo sé escribir al revés, ¡el tipo invertido, claro!

Antonio: ¿Pero tipografía de la antigua de plomo y todo?

Ricardo: Sí, claro... de hecho yo todavía la utilizo y yo escribo al revés y tenemos fuentes, como 250 fuentes y todavía las utilizo.

Antonio: ¿O sea que te tocó la dinámica del lingote?

Ricardo: ¡Todavía tengo la dinámica del lingote...! Hay como dos sitios en Bogotá pero no hay más.

Antonio: Al mismo tiempo de tu amor por el pasado, también eres de alguna manera un preservador de ese pasado. Me decías esta mañana que solamente tienes una máquina eléctrica, de resto es todo manual.

Ricardo: Eso es chévere porque de aquí, de este taller, vivimos 9 familias.

Antonio: ¿Cuántos empleados tienes?

Ricardo: 8 y mi esposa ya está trabajando aquí. Ella se ocupa de la contabilidad, de todas esas cosas que son como jartas pero que son importantes.

Antonio: Bueno estábamos en lo del amor por las cosas hechas a mano y, en ese sentido, lo hecho a mano es antiguo, en una época de esta vaina que se llama la híper-modernidad, donde todo se hace de una manera maquina, de una manera lineal. ¿Cuál es la importancia de la mano?

Ricardo: Pues la importancia de la mano es darle el sello que le damos nosotros, cada objeto. Yo le explico a la gente cuando lo compra que no solamente está técnicamente bien hecho sino tiene mucho cariño de las personas que están trabajando conmigo y de parte mía. Uno ve cuando estamos haciendo las cosas, una expresión tan bonita de cada uno de los que están haciendo. Ven un objeto bien hecho que van y se lo muestran al compañero y eso quiere decir que cada una de las personas está comprometida con este objeto que está construyendo.

Antonio: ¿Y cuál sientes tú que es la relación que se tiene en ese sentido entre la mano, la mente y la emoción de un artesano como tú?

Ricardo: Yo creo que en tocar sentir y transformar un simple material en un objeto bello, eso me parece que es un buen motivo, una magia y mas si lo estamos haciendo es preservar un oficio, yo no soy la persona que empezó este oficio, en Colombia hay muy buenos encuadernadores, pero lo que nosotros tenemos es la experimentación permanente de materiales y tenemos mucha destreza porque le perdimos el miedo a probar las cosas, como seguir explorando todos los días. Aquí hay algo muy bonito que me parece es las personas que trabajan conmigo muy difícilmente se van, se van de aquí ya cuando van a abrir local propio.

Antonio: O sea que esto es una escuela; o sea, recibiste el principio del maestro Fajardo y estás siguiendo con la línea de maestría.

Ricardo: Eso es absolutamente generoso con la enseñanza.

Antonio: Es que los maestros son generosos.

Ricardo: Y de hecho yo lo práctico aquí y el taller siempre tiene las puertas abiertas, aquí no hay puertas cerradas nunca por que el conocimiento no debe tener puertas, estas siempre deben estar abiertas para los que vienen.

Antonio: El conocimiento es libre y tiene que ser libre no puede ser de otra manera. Y no es de ideologías.

Ricardo: Y, si es que uno cierra una mano, pues obviamente no le sale la plata pero tampoco le entra, (risas) es mejor que uno tenga las manos abiertas.

Antonio: Ricardo me contabas como primer factor sensorial el tacto, ¿cómo se armonizan los otros sentidos? Es decir este taller huele: a goma, a papel, la parte visual, lo olfativo...

Ricardo: Yo inicialmente, cuando compro algún material, lo hago por dos cosas: por lo visual y por lo físico, entonces ahí va ya en el resto, se va amalgamando a medida que van pasando los días, a medida que se van truncando los materiales, que se van uniendo todos. A mí me gusta que las cosas tengan sensaciones, no solamente visuales sino físicas, que uno pueda tocar algo y se transporte.

Antonio: ¿Y el olfato también, sí?

Ricardo: El olfato claro, uno ya reconoce...

Antonio: Muchas veces con un objeto de estos, tiene la sensación de oler.

Ricardo: Por el olor de los cueros, por el olor del papel y el tacto es tan importante para el oficio que todos los encuadernadores del mundo, y todos los tipógrafos tienen esa cualidad, porque el tacto les ayuda a decir que gramaje es el papel y es importante.

Antonio: O sea que lo puedes hacer ciegamente.

Ricardo: Entonces eso es lo bonito y es donde están todos los sentidos ahí.

Antonio: Bueno, se nos perdió el hilo conductor pero me importa un carajo. Estábamos con Fajardo, ¿cómo te empezó a formar Fajardo?

Ricardo: Inicialmente con el maestro Fajardo fue un poco difícil porque se hacía mucho archivo de contabilidad de empresas y eso sí es un poquito jarto, eso no es tan chévere como sentir uno que está creando, pero el también tenía una línea que era muy bonita, era la tradicional, la línea bonita, la línea clásica.

Antonio: ¿Pero de hacer qué?

Ricardo: Hacíamos solo restauración y conservación de libros, y de las encuadernaciones que esa es una vaina muy bonita. Yo duré un tiempo como

que entre iba y no venia, estaba y no estaba pero siempre el maestro Fajardo tuvo mucha paciencia conmigo, pues una vez me fui a prestar servicio en la Fuerza Aérea, me fui de regalo, duré 20 meses y empecé un poco más a ver la, para mí, bondad y como la fuerza que tiene el oficio, entonces me puse ya como a investigar y mirar, porque yo no conocía nada, yo tenía 22 años, yo conocía las encuadernaciones que hacíamos. En el taller hacíamos unas encuadernaciones bellísimas, en ese tiempo habíamos empastado toda la biblioteca al ministro Fernando Londoño, pero eran todos los temas de derecho en francés, italiano, derecho romano, entonces empecé a mirar y empecé a investigar en las bibliotecas donde podía encontrar información hasta que nos vinimos para centro porque el taller se inició en el barrio Santa Rita, entonces nos vinimos al centro y en el centro pues obviamente se abrieron muchas más expectativas de las que yo tenía. Yo había habitado ya en el centro pero no tenía el conocimiento, iba a la biblioteca Luis Ángel Arango y empecé a buscar mucha información. El hombre se la pasaba en los pulgueros mirando libros y ahí empecé a hacer como libretas, pero las libretas eran solo en papel marmolizado, no había otra técnica para mí sino el papel marmolizado y, tiempo después, si ya empecé a experimentar con materiales como telas hindúes, con lona costeña, con todo ese tipo de cosas hasta que ya hubo una feria en la Gilberto Alzate Abendaño. Ahí participé y conocí a una persona que le llaman Santiago Corradain, hijo de don Alberto Corradain, historiador. Entonces yo en ese momento estaba vinculado con el archivo general de la nación y me dijo: mire, están necesitando un encuadernador, ¿por qué no va al archivo? Y efectivamente fui al archivo, apostillé y entré al archivo.

Antonio: ¿Dónde quedaba el archivo en esa época?

Ricardo: El de Salmona, ahí donde está. Y tuve la fortuna de estar trabajando un año en el Archivo General de la Nación. Hicimos la restauración del archivo histórico de Pereira, la encuadernación, que para eso fue que me contrataron.

Antonio: Y aprendiste mucho más ahí, claro...

Ricardo: Pues aprendí unos valores y unas cosas importantísimas, las técnicas y el respeto hacia el uso, no solamente por el objeto, por el libro que

toca, sino por el medio por el cual se trabaja. Tener las cosas limpias, cuidado al consumir alimentos.

Antonio: Y cómo es la relación ya en el otro campo, en el de la restauración con el libro. Es decir, supón que te encuentras un ejemplar que tú sabes que es una historia maravillosa de literatura, o de filosofía, o lo que sea, que está en mal estado, ¿cómo es la relación con ese libro?

Ricardo: Yo inicialmente le hago a ese libro lo que es la parte exterior, que es lo que a mí me compete; si es algo muy fantástico y muy raro, empiezo a mirar libros de la época de impresión del libro, de la época de publicación para serle fiel a la época. O sea que no agreda el libro con una encuadernación equivocada, sino que corresponda a su época.

Antonio: ¿Y qué tanto volumen de restauración tienen o es una cosa que has dejado más por las libretas y por los objetos en papel?

Ricardo: Nosotros siempre tenemos mucho trabajo, sobre todo de ediciones que nunca han sido empastadas, digamos ediciones que salieron en rústica como estos grandes de la flora colombiana de Mutis, la selección de Samper Ortega.

Antonio: ¿Pero no los originales?

Ricardo: La colección que sacó el instituto, ediciones antiguas que se han ido desgastando, digamos, muchas ediciones en la mayoría de países no hacen ese tipo de encuadernación, hay otras que sí son más técnicas, que son los bibliófilos que quieren que la encuadernación sea muy apegada a la realidad.

Antonio: Mira tú, ¿tienes una colección de viñetas?

Ricardo: Sí, tengo una grandísima, aunque todas son en plomo o sea del 100% el 80% son en plomo y el 20% son en bronce.

Antonio: ¿Y las utilizas para?

Ricardo: Para decorar el libro, las encuadernaciones de todas las épocas. Hay viñetas que marcan todas las épocas, no solamente las épocas sino las escuelas, como la española, francesa, holandesa, inglesa, alemana. Cada escuela tiene unas viñetas que las caracteriza, el tipo de letra también va de acuerdo con lo que es un libro lo que es la casa donde se hizo

Antonio: ¿Y haces exlibris?

Ricardo: No eso no, tengo un exlibris para mí pero pues no, que es el que está aquí afuera.

Antonio: Si yo te digo así de sopetón como si estuviéramos haciendo una libre asociación y te digo Gutenberg ¿qué sientes tú?

Ricardo: Pues es la expresión máxima de las palabras como digamos en masa, se pudo leer libros ya más ampliamente en toda las comisiones sociales.

Antonio: Y detrás de Gutenberg tienes una relación Ricardo, con la caligrafía con el papiro, con todo lo que fueron tres siglos antes de la imprenta.

Ricardo: Claro que sí porque el hecho de haber estado en el Archivo General de la Nación me permitió a ver conocido mucho tipo de esos libros, o sea...

Antonio: ¿Pero había libros en caligrafía, hechos a mano?

Ricardo: Claro que si, el estudio de la caligrafía se llama la paleografía que es investigar cada una de las cosas que se escribían y esas cosas se van aprendiendo en el mundo en el cual uno esté, yo tengo la fortuna de conocer los libros más hermosos que he podido ver pues caligrafiados, iluminados, es una vaina fantástica.

Antonio: Y más atrás que te dice el papiro, las primeras expresiones de lo escrito

Ricardo: Las primeras formas de comunicarse como móvilmente y lo digo porque antes se comunicaban sobre las paredes de las cuevas... poder transportar el conocimiento y en eso los chinos también tenían mucho.

Antonio: De estas pasiones qué te resulta más revolucionario e importante: ¿la revolución francesa o la invención de la imprenta?

Ricardo: Yo creo que la invención de la imprenta porque de ahí se empujó a hacer la revolución francesa, con los derechos del hombre

Antonio: ¡Claro! Fíjate que aquí todo empezó por una impresión, el señor Nariño le dio por poner los derechos del hombre en la bagatela...

Leía en uno de los textos, ¿cómo es esa cosa de la curaduría del pasado?

Ricardo: Para mí es preservar siempre los oficios y, cuando nosotros empastamos y volvemos a la vida un libro es prácticamente curaduría en

todos los libros que nos llegan, todos los días nos están llegando libros, textos, manuscritos...

Antonio: ¿Hay trabajos cocidos?

Ricardo: Todo es cocido y pegado acá a mano, cocido al caballete, hay cocido al cuadernillo, cocido diente de perro que es una costura que se hace cruzada, cuadernillo por cuadernillo y en el lomo se ven como colmillos de perro.

Antonio: ¿Los cuadernillos suelen ser los tradicionales de 8 X 16?

Ricardo: No los cuadernillos ahora en el mundo moderno se han ido como fresquiando, mejor dicho porque ya los pueden hacer de dos, o, pueden hacer un solo cuadernillo, como los medios digitales permiten imprimir lo que uno quiera, eso ha facilitado que los muchachos no tengan la dimensión del libro ni de las cuartillas.

Antonio: ¿Entonces saliste del Archivo Nacional y que hiciste?

Ricardo: Volví a donde Miguel Fajardo pero yo ya tenía mi cuento de las libretas entonces yo tenía en la Macarena un almacén que se llama Luna, ellos llevan 20 años vendiendo mis libretas entonces yo iba y les vendía mis libretas y empecé a conseguir puesticos, uno por uno y en algún momento, yo soy amigo de Eduardo Cabarcas que fue director de Caro y Cuervo, él me presentó a la señora Mercedes Suárez. Ella era la esposa de Yago Piko de Cabañas que era Embajador en ese momento de España, entonces a ellos les empasté y conocí un personaje que ha sido muy importante para la historia del taller que se llama Gonzalo Quintero Saravia. Él era el agregado cultural de la Embajada de España en ese momento me dijo: quiero que me empaste unos libros, pero cuando me dijo eso yo pensé que eran 20 o 30... pero termine empastándole 5000 libros, eso fue en 5 años, cada semana yo iba y le llevaba 30 libros y con ese dinero fue que pude ahorrar para comprar la maquinaria y poner el taller en la Macarena pero lo puse precariamente porque me faltaban recursos, tenía 2 empleados.

Antonio: Otra pregunta al margen: ¿Sí eres un pirata de Molesquín?

Ricardo: (Risas) ¿No sabes qué es lo que pasa? Los que hacen Molesquín ahora son los piratas porque Molesquín dejó de funcionar y empezó nuevamente en el 98... con un capital mucho más grande.

Antonio: Pero eso es una multinacional muy grande .

Ricardo: Exacto, ellos lo que hicieron fue retomar una historia de muchos personajes y hacerle pensar a la gente que ellos son los que vienen de forma original, pero si uno rebusca en la historia...

Antonio: Es decir, Molesquín no se invento las molesquinas; ¿eso existía desde antes? Uno ve en episodios históricos la misma libreta de cuero, con su cinta y etc...

Ricardo: Esto fue un señor francés que las hacía, que no era Molesquín, mejor dicho, de allí nació Molesquín, eso lo hacían en Suiza y en Francia. En el 98 volvieron a retomar la historia... Yo estoy haciendo libretas desde el 90, no soy pirata. Ni siquiera mis cosas se parecen a lo que ellos hacen, tienen un sello totalmente diferente. Antonio: Yo pienso que existe otra cosa que te diferencia que es justamente tu virtud y es que a Molesquín si se le nota que es industrial.

Ricardo: Son hechos en China .

Antonio: Entonces ya pusiste el taller...

Ricardo: Puse el taller gracias a don Gonzalo Quintero Savaria que escribió 2 libros sobre historia colombiana, de Paulo Morillo y don Blass, y ahora es el Embajador de España en Afganistán

Antonio: ¡Qué lindo sitio! ¿Esta casa es tuya?

Ricardo: Esta casa la tenemos en arriendo.

Antonio: Pero tiene una historia la verraca, la de Paul Ver,

Ricardo: Eso es lo que me parece fantástico llegar a donde este tipo de espacios... Aquí hubo una escuela pequeña, después hubo un restaurante, después el se la arrendó a unos jóvenes para un bar muy singular porque no había una sola mesa, una bar alternativo y solo vendían agua, eso me contó el y me dijo que se mamó, que eso no era lo que quería para su casa. Nosotros llegamos con Edgar de la marquería y alquilamos la casa pero esto se fue creciendo tanto y Edgar también está creciendo tanto que el dijo no yo tengo que irme.

Antonio: ¿Y Paul Ver qué tipo de fotógrafo era, hasta donde tú sabes?

Ricardo: Yo empecé a investigar de quién era la casa y era de un fotógrafo importantísimo de la arquitectura bogotana en su desarrollo de los

años 30 o 40 y, también era fotógrafo científico, también fue fotógrafo comercial. Lo más triste de todo que a mí me parece es que su archivo permanece en esta casa, en un sitio húmedo, lo que pasa es que el señor es un poquito celoso con esas cosas

Antonio: Bueno, está el taller con todo el trabajo artesanal, está la tienda, ¿tú vendes hacia fuera de tu taller?

Ricardo: En este momento nos estamos expandiendo un poco, yo vengo vendiendo hace como 15 años, vendía en el Museo de Arte Moderno, vendía en todas las librerías Taschen, en la Biblioteca Luis Ángel Arango, pero algunas personas se van y yo me quedo, entonces me toca recoger algunas cosas, pero sí, aquí en Bogotá tengo como 10 puntos donde venden mis libretas, y estuve en Medellín y abrí como 4 puntos donde venden mis libretas.

Antonio: ¿Pero son puntos tuyos?

Ricardo: No, son librerías, galerías de arte, en este momento estamos vendiendo en Manizales, Armenia, Pereira, Medellín, Cartagena, Villa de Leyva, Bogotá

Antonio: Veo que viene mucho extranjero por acá, ¿está referenciado en guías de Bogotá?

Ricardo: No está referenciado, pero en el voz a voz sí. Hay extranjeros que hacen circuitos guiados y se paran aquí en frente del taller, se toman fotos por la fachada, pues esta es una cosa muy bonita porque yo me la soñé desde antes...

Antonio: ¡Tú repites mucho cuando das entrevistas eso! Yo me lo soñé .

Ricardo: Es que yo vivo soñando las cosas (risas)

Antonio: Y para que se cumplan ¿que hace uno?

Ricardo: ¡Seguir soñando! Yo hice un mosaico en cerámica y nunca lo había podido tener porque siempre es costoso, entonces una vez le dije a un amigo, mire, yo quiero esto, y le tomo una fotografía al taller e hicimos el mosaico, 9 años después que yo me lo soñé, y duré 1 año fabricando y lo pusimos el 24 d diciembre y créame que lloré por la emoción de verlo, y ahora le coloqué lo otro que lo diseñé yo, pues sí, toda la casa dice que es un

taller de encuadernación de Ricardo Corazón de Papel, entonces lo puse este año.

Antonio: ¿Entonces realmente eres el propietario, de que se podría llamar, de una micro empresa?

Ricardo: Esto es una microempresa.

Antonio: ¿Te da para vivir bien? Es decir el esfuerzo de tu pasión, de tu juego que viene desde la infancia te hace vivir bien.

Ricardo: Muy bien.

Antonio: ¿Y cómo te sientes? ¿El niño del club Michin cómo se siente siendo patrón?

Ricardo: Pues es muy chévere, aunque yo siempre he tenido empleados hace más de 20 años.

Antonio: Bueno pero igual ¿cómo es esa relación? Tú no eres un capitalista, tú no eres una persona que viva para hacer plata sino para vivir bien y divertirse en la vida

Ricardo: Pues aquí lo que se hace es repartir las ganancias con las personas que trabajan conmigo, o sea, de acuerdo a su conocimiento y la destreza que vayan desarrollando se van ganando su sueldo más y más, aquí hay personas que entran ganando 25.000 pesos y ya ahora hay una persona que se gana 40.000 pesos más trabajos que en la semana pueden ser diarios 60.000 pesos.

Antonio: ¿Si les pregunto dirán que están contentos contigo?

Ricardo: Pues yo pienso que sí, porque es que no hay rotación de empleados, es un buen síntoma ¿no? La otra cosa y el secreto que hay aquí es que nadie que sepa entra aquí a trabajar, llegan vírgenes y acá se hace todo el desarrollo creativo de la enseñanza. He tenido muchas frustraciones, precisamente por eso gasto mucho tiempo enseñando.

Antonio: ¿Pero sabes qué es chévere? Cada vez que llego, la gente está cantando, conversan entre sí.

Ricardo: Sí, acá la pasan bueno y yo trato de no involucrarme mucho lo que es la música porque los ambientes también marcan como una armonía en las cosas.

Antonio: Si por ti fuera, ¿qué pondrías?

Ricardo: Yo cambiaría un poco, no escucharía tanto vallenato. Yo escucho mucha música étnica y mucho tango, me parece muy chévere, claro que lo escucho cuando estoy solo, donde Marielita que era mi segundo hogar.

Antonio: Uno siente contigo, no sé si te parezca extraño el termino, que eres un intelectual que trabaja con las manos, lo cual es rarísimo, porque bueno un escultor es un artista, pero de alguna manera eres un intelectual, estas tan metido en esta vaina.

Ricardo: ¿Sabes qué es lo que pasa? En Colombia y estos tiempos modernos no se usa mucho esta profesión, pero en Europa los encuadernadores que pertenecían a las cortes eran parte de los artistas de cada una de las cortes para Europa.

Antonio: Esas grandes cortes.

Ricardo: Pues claro, tiene que ver ese yugo en la corte de la Haya Van goh en el reino de Holanda él era encuadernador de la corte, era un oficio muy buen pago, y era igual el que creaba la música, lo que pasa es que ahora es más difícil que lo entienda, lo que yo trato de hacer es dignificar un oficio para mí, eso es lo que siempre trato de hacer, las bondades del oficio y la dignificación que le da uno. Si yo no hubiese conocido este oficio yo no sé donde estaría, ni con qué tipo de personas me hubiera relacionado

Antonio: Pienso que además de tener una vida con un valor estético, todo lo que haces tiene un valor ético que casi es ideológico, pero siento que tú eres un filántropo de alguna manera pues tienes tu negocio y tal, pero crees como en los maestros constructores en la confraternidad.

Ricardo: Pero yo si lo creo firmemente (risas).

Antonio: Yo diría que tu ideología es esa la fraternidad.

Ricardo: Yo tenía un vicio que se me da por épocas de diferentes temas, me compraba todos los libros que hubieran en francés y los empastaba. Han venido clientes franceses; a cada uno le regalo su libro que me compré en la calle, eso me parece chévere porque es un recuerdo del país; y compré unos alemanes y acá vino también una vez un alemán y se lo regale y quedo muy contento, y de hecho a mí me dicen: Ese libro me encanta, si no está firmado yo se lo regalo no importa. Me parece más bien chévere que la gente pueda tener un objeto que uno transformó.

Antonio: La generosidad te da un placer fuerte.

Ricardo: Muchísimo, y además creo que es el mejor sistema que he podido adquirir para que se conozca el taller, es decir uno tiene en la mano, es más fácil que la gente pregunte ¿Dónde lo compró? Entonces el voz a voz se ha hecho importante, es chévere que se paute, que se publique, además yo tengo mucha habilidad para eso, yo creo que si hubiese estudiado publicidad, yo soy un verraco.

Antonio: ¿Qué estudiaste?

Ricardo: Yo, apenas soy bachiller, pero sí he leído muchísimo, en este momento estoy leyendo una historia sobre el Chapo Guzmán, sobre el narcotraficante mexicano, una vaina que uno dice pero este man.

Antonio: O sea que al mismo tiempo de tu afición por el pasado también te interesas por las coyunturas nacionales e internacionales...

Ricardo: Si, me parece chévere y también entender un poco los manejos de violencia que se presentan en diferentes países, o sea, algo como el Mexicano o Pablo Escobar, son cosas que como a que a uno lo hacen preguntarse por qué tantas cosas pasan por el poder y el dinero, entonces chévere leer eso y otro que se llama: El Monje que vendió su ferrari, es de un escritor norteamericano que escribió la historia de un tipo que tuvo mucho dinero en Estados Unidos y que le dio un ataque al corazón, esta gordo y mal y el tipo decidió irse a buscar su vida espiritual y se fue por todas partes del mundo y vendió todas sus propiedades, como 40 millones de dólares, y vendió su ferrari y llego hecho un monje ¡pero divino!

Antonio: ¿De alguna forma le gustan las cosas esotéricas o de ese tipo?

Ricardo: No, pero siempre si he tratado de entender un poco. Estuve un tiempo acompañando a un amigo donde los Krishna, me parece interesante mirar todos esos fenómenos, y también alguna vez vinieron los monjes tibetanos....

Antonio: ¿Pero no tienes una escuela? ¿O tienes una práctica esotérica?

Ricardo: No, como te dije antes, me críe sin ninguna influencia en la libertad, pero sí tengo como mi pensamiento un poco más liberal, de niño los liberales me llamaban la atención.

Antonio: ¿Eres de izquierda?

Ricardo: No, voté las últimas veces por la gente de izquierda.

Antonio: ¿Cómo sientes tu de manera muy general eso que llaman el alma del papel?

Ricardo: El alma del papel para mí lo es todo, llega el papel en pliegos por aquí y uno lo va transformando en pequeños pliegos. Eso es como el alma que se va transformando y se va como diseminando por toda la ciudad.

Antonio: Pero ahí nos tocaría ir a los dos orígenes fundamentales y es el papel no reciclado y el sí reciclado, ¿funciona eso?

Ricardo: Nosotros no trabajamos con papeles reciclados, trabajamos con papeles ecológicos que son un poquito diferentes porque el ecológico se toma de una fuente sana que no es una fuente de explotación ni nada de esas cosas, sino de, por ejemplo, el bagazo de la caña o de otros elementos orgánicos.

Antonio: ¿Muchas agendas personalizadas? A la gente le encanta ver su nombre como la que me regalaste el otro día...

Ricardo: ¡Si! Claro, a la gente le gusta venir a mirar y a mí me gusta hacerlo de frente a ellos, y que me digan qué letra quieren y claro, queda un producto, un objeto más personal. La gente pues es sensacional. Hace poco estuvimos dando un taller en Madrid Cundinamarca... para un colegio de la gobernación, un colegio público, y eran 34 muchachos y fue una magia verlos porque todos ellos, entre niñas y jóvenes, ¡todos apasionados con el oficio! Sabes, ¡cada uno termino su libreta y cada uno me la hizo firmar! Y a mí me pareció muy chévere porque yo no creía que fuera yo quien debía firmarla porque ellos lo hicieron, pero sin embargo ellos con la pasión y con la alegría, unos de ellos me dieron el teléfono, ¡qué chévere!

Antonio: ¿Cuál es la historia de una biblia sueca de 1620?

Ricardo: Yo se la empaste a un señor español que tiene una colección de filatería... No me acuerdo cómo se llama pero es una persona importante... El me trajo para restaurarle algunas costuras que eran muy leves, ¡pero tener esa biblia en mis manos fue...! Y de repente detallar todas esas costuras fue una vaina emocionante, escrita en noruego y es una cosa fantástica porque era un cuero, unas vainas de época, y quedo muy bien y además....

Antonio: ¿Es costoso hacer eso?

Ricardo: Es costosa la restauración del papel. Como nosotros ya tenemos la parte final es un poquito más económico,

Antonio: Has viajado en función a tu trabajo, necesariamente en el viejo mundo.

Ricardo: No, ese si es como mi sueño, no he ido a Europa... ¡pero algún día tengo que ir! ¡Porque en mi mente ya las tengo! Conozco Madrid, conozco Barcelona, de hecho parte de la fachada es un homenaje a Gaudí...

Antonio: ¿Cómo funciona con los colegas? ¿Hay muchos talleres de encuadernación en Bogotá?

Ricardo: Hay muchos pero como este taller deben haber unos 20 artesanales en todo Bogotá.

Antonio: Pero no tienen como el concepto productivo de fusiones como las haces tú, ahora que está de moda el término, son más bien talleres de encuadernación normal...

Ricardo: Pero ya han ido como avanzando...

Antonio: ¿Si? ¿Les interesan los temas estéticos, bonitas que no sean solamente funcionales? Nada más funcional que la estética de alguna manera...

Ricardo: Pues lo que pasa es que yo soy el primero en esto y como ser el primero es un referente, entonces si uno saca algo hay personas que lo quieren hacer mejor y ¡hay cosas muy buenas! Y eso tengo que reconocerlo, que la competencia se ha ampliado mucho y que eso no creo que me afecte mucho porque Bogotá es una ciudad muy grande y hay campo para todo el mundo... de hecho, personas que han trabajado conmigo ya tienen taller y con el mismo concepto; simplemente a ellos no les ha llegado el momento de tomar el camino que les corresponde... porque cada uno tenemos un camino, cada uno tenemos un estilo, entonces lo que uno hace cuando uno abre un negocio es tomar un poco de aquello y de lo otro hasta que adquiere su identidad.

Antonio: Yo he visto los grabados inmensos que tienes atrás de encuadernación .

Ricardo: eso es una investigación que hizo Hernando Cavarca que fue colaborador del taller. Son de la enciclopedia de las artes graficas. Ese debe

ser más o menos de 1600, como franceses u holandeses... de ese tipo de encuadernación.

Antonio: Tú sigues todos los modelos europeos de encuadernación.

Ricardo : Trato de seguirlos, los conozco y trato de seguirlos cuando me lo piden. Lo que quieran alemanes, franceses, inglesa, hay diferentes tipos de pegar la tapa. Todos los conozco y los puedo hacer, es muy difícil hacerlos aquí en Colombia porque no todos tienen el conocimiento para hacerse exactamente qué es lo quieren... ni hay los materiales, porque los cueros que se producen aquí no sirven, deben ser especiales, toca traerlos de Europa, no solamente los cueros sino los insumos: carretillas, ruedas, las viñetas, los florones, todo ese tipo de cosas.

Antonio: ¿Cómo va a ser lo de la celebración?

Ricardo: Nosotros vamos a cumplir 10 años, ¡el 10 de Julio! Y el 12 de Julio tenemos una exposición, una retrospectiva de lo que es el taller de encuadernación en sus 10 años. La vamos a hacer acá en esta casa, vamos a mostrar diferentes soportes de encuadernación, diferentes estilos en 3 o 4 tamaños, no más con el mismo papel a lo largo de estos años...

Antonio: Como logras tú tasar el precio de tus objetos, o sea, es un precio cómodo, es decir, tú no tumbas a nadie ni exageras el precio, sin embargo, funciona...

Ricardo: Pues yo tengo como la medida inglesa, como en el fútbol, que en algunas cosas compro un material costoso, y en otras compro material que tiene rango de precios como normal, entonces hago un objeto bonito, lo cubro por la parte de abajo, pero lo de abajo me subsidia lo de arriba, siempre estamos rotando los materiales y siempre tenemos cosas bonitas porque pues hay como el subsidio, digamos que hay materiales que valen 20.000 pesos y me permiten hacer cosas bonitas.

Antonio: ¿Pero eso redundaría en que comprar materiales más caros finalmente redundaría en que la gente compra más barato, o qué?

Ricardo: No tanto. Porque el que el que no tiene dinero puede comprar el objeto más fino...al mismo precio.

Antonio: ¡Ah! Simplemente tú democratizas ya en la construcción y no en la venta.

Ricardo: Sí, como quien dice el que peca y reza empata, (risas)... uno más o menos está usando esa filosofía porque hay tanta variedad en cosas, en formatos, tamaños, por ejemplo, esa tela que ven cuesta 70.000 pesos el metro, pero la otra que ven vale menos pero la puedo trabajar, le puedo dar otra connotación, entonces ahí es cuando el trabajo mío se equipara con los materiales

Ricardo: Nosotros nos aliamos con jóvenes diseñadores, con agencias grandes de diseño y publicidad que estén haciendo estudios de diseño y publicidad, hace poco hubo un evento en trementina, encuentro de diseñadores y nosotros hacemos como un canje, ellos hacen el diseño nosotros hacemos la parte de encuadernación, tenemos unas libretas con grafitis de Bogotá.

Antonio: ¡Hay una cosas que fíjate! A diferencia de lo tuyo es que no es efímero, en cambio el grafiti sí y esa es su virtud también.

Ricardo: ¡Claro! Hoy lo colocan y puede que mañana no esté.

Antonio: ¿Me decías que tu hijo sigue con el oficio?

Ricardo: Apenas tiene 11 años pero el ya está haciendo un proyecto para participar en la feria de jóvenes con las libretas. Él mismo las está cocinando, pues obviamente con asesoría, y ya quiere irse para ferias.

Antonio: ¿Tú sabes que de alguna manera entre lo viejo, lo histórico, Bogotá, en los primeros albores de la colonia fundamentalmente, es reconocida por ser ciudad de artesanos en orfebrería, marquetería, con madera tu eres bogotano?

Ricardo: Sí, pero mire que de alguna manera el oficio de la encuadernación es muy apetecido por los intelectuales. De hecho, yo trabajé como con tres embajadores de España con representación en Colombia y ellos en su pasado tenían algo que tenía que ver con la encuadernación.

Antonio: Y tus amigos intelectuales de acá. Veo que estas muy bien rodeado.

Ricardo: Pues ellos son parte del taller, yo en algún momento fui parte del consejo editorial de la revista de Harold, Arquitrave... y del maestro Juan Gustavo, siempre ha sido muy allegado al taller, siempre. Otra persona que

fue alumno mío fue Gustavo Bell , cuando fue Vicepresidente me trajo un libro...

Antonio: Oye Ricardo, ¿y hay alguna historia notable que recuerdes de esta casa?

Ricardo: Pues aquí todos los días pasan cosas buenas y notables risas... porque cada año yo celebro algo acá, ¡no busco una excusa porque estamos vivos! Hace un tiempo vino una mujer que estaba grabando en Cartagena El amor en los tiempos del cólera y ella duro en Bogotá grabando como 8 días; esos días buscó el taller y no lo había podido encontrar y el día que se iba a ir lo encontró.

Antonio: Oye pero en el debate ese contemporáneo de la hipermodernidad entre lo físico, lo textual, el libro, la desaparición del cuaderno necesariamente, porque si la gente no tiene libro pues va a escribir en el computador... ¿te apabulla la hiper modernidad?

Ricardo: ¡No, a mí no me asusta! Inclusive los mismos soportes tecnológicos vienen y le hacen un estuche que parecen libros y además el hecho de tener algo para escribir sin tener que prenderlo tiene su encanto. Coge su esfero y escribe lo que uno quiera, esa competencia yo creo que la tenemos ganada nosotros. A las nuevas generaciones les encantan los libros, de hecho, yo creo que un 60% de mis clientes son jóvenes y que ellos permanentemente están aquí y que parte del diseño del taller lo construyen los jóvenes, entonces eso me deja tranquilo.

Antonio: ¿Tú no crees en la desaparición del libro?

Ricardo: No, para nada, los libros son un objeto de decoración... estas libretas que yo hago van a ser , van a marcar la historia del país de alguna forma.

Antonio: ¿Tú piensas de alguna forma cuando trabajas con tu gente, lo que pasa con una libreta cuando ya está llena?

Ricardo: ¡Yo las he visto! Eso me causa muchas sensaciones y el próximo proyecto que quiero hacer es una exposición de libretas intervenidas por sus dueños.

Antonio: ¿Y esa libreta en qué se convierte en ti? Eso ya no es tuyo sino que tomo el camino de quien lo compró...

Ricardo: ¡No crea! Yo siento que hay un pedacito de mí en cada una de ellas. A veces voy a restaurantes en varios sitios y veo mis libretas y yo me siento feliz porque de alguna manera hay algo de uno.

Antonio: De alguna manera, Ricardo Corazón de Papel, vender libretas de apuntes es forzar a que de alguna manera la gente apunte, escriba, estimularlas...

Ricardo: ¡Que no se le atrofie a uno el cerebro!!

UN ADIÓS DE CARNAVAL

Durante tres años, de 1995 a 1997, fui el guionista y director periodístico de Quac, el noticero, parodia semanal de un noticiero que tuvo una de las mayores audiencias entre los programas de opinión en toda la historia de la televisión colombiana. Jaime Garzón era el protagonista. Semana tras semana, vivimos hombro a hombro esta experiencia profesional y personal. ¡Nunca nos divertimos tanto! Pero, simultáneamente, logramos criticar las estructuras presentes y pasadas del poder en el país, hasta el punto de influenciar muy seriamente la opinión y, de contera, el poder.

Quince días después del asesinato de Garzón tuve que irme de Colombia, donde me habían amenazado reiteradamente. Hoy en Francia, he sentido la necesidad de contar la historia de mi amigo y compañero, una historia que no es sólo la suya o la de nuestras criaturas sino, al mismo tiempo, una mirada sobre los acontecimientos que han marcado los últimos años de la historia colombiana.

Quando el 13 de agosto cinco tiros en la cabeza acabaron con su vida, Jaime Garzón tenía 38 años. Su corta vida estuvo marcada desde los ocho años por un impulso tanático y autodestructivo originado por la temprana muerte de su padre. Desde muy joven, Garzón les expresaba recurrentemente a sus amigos que deseaba morir, como su padre, a los 38 años. Desde entonces la vida de Jaime transcurrió, en lo privado y en lo público, paralelamente a la violencia colombiana. ¿Ese Tánatos nacional, que ha signado al país desde siempre, también regía el destino de Garzón?

Jaime criticó el poder, símbolo del padre autoritario que nunca tuvo. Y lo criticó no sólo para ejercer el derecho a la irreverencia sino, precisamente, para parecerse a él. Al padre, al poder, al éxito. Ese álter ego del padre ausente lo acogió, le dio triunfos y una identidad. Pero el poder, en una simbiosis tragicómica, finalmente se devolvió contra él. Buscando al padre ausente, Jaime encontró el poder, pero en él encontró también la muerte. Tal

vez el bufón creyó formar parte de una corte que siempre lo vio ajeno e inconveniente. Tal vez el bufón se equivocó...

Jaime Garzón nació en 1961 en un tradicional sector de clase media-baja de Bogotá y vivió sus primeros años en La Perseverancia, barrio de obreros y empleados. Su padre y su madre, de tradición liberal, como tantos otros colombianos impulsados por la violencia de los años cincuenta, habían migrado hacia la capital. Curiosamente, su madre le enseñó a leer y a escribir a los tres años, lo cual le permitió a Jaime —amén de su sobresaliente inteligencia— pasar por encima de los estudios y los deberes con una displicencia propia de los talentosos. Desde cuando asistía a la escuela pública ya era conocido por ser un niño circunspecto, a veces silencioso, pero capaz de sobreponerse a su timidez para sorprender a todos con anécdotas, chistes e imitaciones que poco a poco lo hicieron conocido en su pequeño mundo. Sin embargo, tanto en la casa como en la escuela fue asumido como una «oveja negra» por su independencia, a tal punto que sus profesores de la escuela primaria, de espaldas a los alumnos, y al escuchar cualquier desorden en el aula, simplemente decían: «Garzón, ¡se sale!»

A pesar de su natural rebeldía pero signado por una educación católica, Jaime ingresó después a un seminario donde aprendió rigores y disciplinas. No fue larga su etapa mística, interrumpida por un rector que lo expulsó del seminario al ver en él precisamente lo que era: una oveja descarriada. Entonces Jaime trasegó por diversos colegios de la ciudad, hasta toparse con un grado de bachiller non sancto. Eran tiempos de cambio y de latinoamericanismo de izquierda, pero también las últimas volutas de la mariguana del hippismo estaban en el aire. Jaime militó en el pelo largo, el rock and roll, la paz y el amor. Pero simultáneamente encontró a los personajes que entonces pululaban en los bares y en las universidades públicas, con el Libro rojo de Mao y el Manifiesto comunista debajo del brazo.

Fue así como decidió ingresar a la Universidad Nacional de Bogotá con el propósito de ser abogado. Sus intenciones políticas personales le decían que los abogados se convertían en presidentes de Colombia, pese a que los jóvenes de entonces apreciaban más todo tipo de actos y teorías

antiestablecimiento que las leyes mismas. Garzón pretendió ser un abogado dedicado a la causa de los pobres, pretensión que, junto con su educación cristiana y su fallida vocación sacerdotal, lo condujo a ser militante del Ejército de Liberación Nacional, la guerrilla guevarista impregnada por el marxismo cristiano y la Teología de la Liberación, dirigida por curas rebeldes y embudo generacional por el cual se fue a las montañas buena parte de la izquierda colombiana de la época.

Después de pasar tres meses en las montañas de Antioquia, tiempo en el que su labor guerrillera se redujo a cuidar varios millones de pesos enterrados en una loma, Jaime empezó a desencantarse de la dura vida del monte. Alguna vez recordaba que al desenterrar el dinero, este se había podrido. Aquello fue una señal y Jaime pidió el retiro. Los años siguientes los dedicó a pequeños trabajos relacionados con su inacabada carrera de abogado. Fue un poco de todo: asesor, «tinterillo» y, en especial, un gigantesco faro de diversión para sus amigos. Cada vez imitaba mejor a los personajes de la política colombiana, pero entonces no sabía que, de tanto hacerlo, se volvería uno de ellos.

Ya en el año de 1986, tras su huida y rompimiento con la izquierda, de la cual en el fondo nunca salió, Garzón decidió iniciar su irresistible ascenso, al modo de un Arturo Ui a la colombiana. Tras unos contactos no muy serios con Andrés Pastrana, entonces alcalde de Bogotá, Jaime fue nombrado alcalde menor de la zona de Usme en Bogotá, lugar rural y agreste de mínima población, a no ser por los centenares de guerrilleros que por allí transitaban. Con esa pequeña cuota de poder, las artes imitatorias de Garzón fueron un poco más conocidas, y de boca en boca entre la izquierda y uno que otro periodista se supo que, por allá en las montañas del sur de Bogotá, un bicho raro imitaba de manera delirante a todo el mundo. Un periodista del Noticiero de las 7 me propuso —entonces y casualmente (¿hay casualidades?) yo era director de ese informativo— hacer una nota con ese agreste alcalde. Acepté el reportaje y fue así como Garzón, en 1987, apareció por primera vez con sus imitaciones en la televisión. La entrevista difundida fue bien comentada e hizo que Garzón saliera de la esotérica parroquia de sus amigos a la contaminada luz pública.

Tras esa efímera aparición ante las cámaras, Garzón empezó a desarrollar una serie de relaciones con los altos círculos del poder en Colombia. Inicialmente, debido a sus diferencias con Andrés Pastrana y sus relaciones con los guerrilleros de las Farc en la zona de Sumapaz, Garzón fue retirado del cargo de alcalde menor (pocas semanas antes de su muerte y tras un largo juicio administrativo que entabló, Garzón logró ser restituido en 1999, once años después, al cargo de alcalde. El mismo día renunció y la muerte lo sorprendió esperando un suculento cheque de indemnización).

En el año de 1990, Garzón entabló una cercana amistad con el recién elegido presidente de Colombia, el neoliberal César Gaviria. Participó en la preparación de la Asamblea Nacional Constituyente en 1991, que produciría una nueva Carta Magna, y luego, ya como empleado directo de la Presidencia de la República asumió —nominalmente— la traducción de la nueva Constitución a las lenguas indígenas. Pero, en realidad, Garzón comenzó a ser el bufón de la corte de Gaviria y ejerció al mismo tiempo, y no oficialmente, las funciones de asesor de comunicaciones del presidente. Ello le permitió, esta vez sí, codearse con los que tienen el poder, siempre actuando como un ácido crítico y ejerciendo su derecho de poner todo en duda, hasta al propio Gaviria, quien, convencido de la necesidad del bufón, le dio largas para que se burlara ampliamente de su gobierno.

En ese ejercicio de la ironía cotidiana en el palacio presidencial, en los cocteles y demás actos de alto coturno social, Garzón vio la posibilidad de «rentabilizar» sus dotes histriónicas. Una productora de televisión le propuso montar un programa. Así salió al aire su primer gran éxito: Zoociedad.

PRIMER ACTO: ZOOCIEDAD. EL BUFÓN LLEGA A LA CORTE

Durante los años de Zoociedad, sustanciales transformaciones ocurrieron en el país. La nueva Carta política, producto de un pacto de paz con la guerrilla del M-19, parecía enrutar a Colombia hacia una nueva sociedad, más justa y participativa. Garzón trabajaba con el gobierno en el desarrollo de esta Constitución y en Zoociedad defendía ese proyecto mientras criticaba los grandes vicios de la política colombiana: clientelismo y corrupción. Sin embargo, sus sátiras se concretaban más en torno a la vida de la sociedad y no sobre la política misma. Jaime perfilaba el programa como una burla a las costumbres contemporáneas y seguía trabajando con el presidente Gaviria. El bufón del palacio había trascendido las instancias del poder y empezaba a ser el bufón de un país que asistía a un recrudecimiento del conflicto armado, con la llamada «guerra integral» de César Gaviria, otra época más de la violencia titulada con palabras rimbombantes, como tantas otras del pasado y otras que habrían de venir. Paralelamente, el narcoterrorismo del cartel de Medellín plagaba de carros bombas y decenas de muertos las calles de las grandes ciudades. Pablo Escobar era entonces el gran capo, el criminal más perseguido del mundo.

La leyenda de Escobar crecía, y a la par, Garzón registraba ácidamente en Zoociedad todos estos dramáticos acontecimientos. Por medio de la crítica a los narcos, al poder, a los militares y a los políticos, tal vez comenzaba a cocinar el caldo de cultivo que lo llevaría a ponerse en la mira de aquellos que en Colombia amenazan y matan. En 1992, Pablo Escobar cayó abaleado en el tejado de una casa de Medellín y el país tomó un nuevo aire. No hubo más bombas. Zoociedad reflejó con alegría ese corto estado hipnótico, pues poco después Colombia volvió por el sendero de la exacerbación de la violencia ligada al narcotráfico del cartel de Cali y a las ya concretas relaciones de la mafia con la guerrilla de las Farc.

En ese contexto, Garzón creció en audiencia hasta convertir a Zoociedad en una cita obligada de millones de televidentes. Su personaje, el presentador

Émerson de Francisco, sorprendió con un género innovador de magazín y show de variedades. Garzón, con su caricatura del prototipo del periodista de televisión apabullado por su propia imagen, se burlaba de la prepotencia de los medios. Se trataba de un costumbrismo sencillo, y más que caracterizar y crear determinados personajes, imitaba a grandes rasgos y de manera intuitiva a los diferentes actores de la vida política nacional. Con ello logró fascinar al público gracias a la independencia y la irreverencia con que se enfrentaba a los diversos acontecimientos nacionales, pues por primera vez en Colombia el humor —que hasta ahora se había usado sólo en comedias fáciles y chistes prefabricados— servía para criticar de frente la escena política. Garzón tomaba conciencia de su propia importancia.

Tras el final de Zoociedad, que salió del aire cuando empezó a desgastarse, Garzón pasó algo más de un año alejado de la pantalla chica. Durante ese tiempo el país asistió a la transición del gobierno de Gaviria hacia el de Samper, y Jaime se incrustó cada vez con más fuerza en los círculos de poder. Se había convertido en un punto de referencia, no sólo para el humor, sino muchas veces como cabeza pensante de ciertos sectores de la burguesía. Ahí surgió el Garzón actor, más allá de las parodias y las imitaciones. Un espectáculo escénico llamado Mamá Colombia permaneció durante largos meses en el teatro Nacional. Jaime hacía una apretada síntesis de Zoociedad pero creaba personajes más elaborados, pues los tiempos del teatro, más laxos que la efímera televisión, le permitieron comprometerse con su labor actoral y crecer desde adentro hacia un público más calificado.

SEGUNDO ACTO: QUAC, EL NOTICERO. EL BUFÓN DESENMASCARA A LA CORTE

«Buenas noches: bienvenidos a la mayor desinformación de Colombia y el mundo». Con esta «autocrítica» frase, todos los domingos a las siete de la noche Garzón y su compañero, Diego León Hoyos, que encarnaba a la presentadora María Leona Santodomingo, iniciaban la parodia de aquel informativo de televisión.

Meses atrás, Garzón y yo, ambos desempleados pues Jaime no tenía un programa permanente y yo había dejado la dirección del noticiero AM/PM, propiedad del desmovilizado M-19, coincidimos en la necesidad de crear un espacio. Utilizando un género de total influencia y recordación como los noticieros, se pondría en irónica tela de juicio el poder en Colombia a lo largo de la historia y la estrecha relación con los medios; en el país todo expresidente, todo partido, todo grupo económico poseía y posee, en canales estatales o privados, un noticiero. Cada medio se convierte así en una estrategia de campaña electoral y en un recurso económico para financiarla, en un perverso círculo vicioso poder-medios.

Decidimos entonces proponer este «formato» de humor en un período coincidentalmente teatral de la realidad colombiana. Eran los tiempos escénicos del proceso 8.000 —versión latinoamericana del mani pulite italiano— que juzgó, por sus relaciones y por haber recibido dinero del narcotráfico, a la corrupta clase política colombiana, desde los «caciques» regionales hasta al propio presidente Samper. Proceso que a su turno fue el chivo expiatorio de viejas tradiciones corruptas que esta vez, a causa de la presión norteamericana, debían producir la caída de muchas cabezas. Decenas de políticos fueron a la cárcel, Samper fue exonerado y terminó normalmente su período, y el único fruto del 8.000 fue para los gringos, quienes gracias a él consolidaron su intervención política en Colombia, que hoy ha llegado desde la dirección de la diplomacia y las políticas estatales, hasta el campo de batalla.

El proyecto con Garzón como presentador-actor y yo como cabeza periodística y guionista lo compró RTI, programadora que emitió el primer capítulo de Quac en febrero de 1995.

Durante dos años y medio decenas de personajes «reales» o emblemáticos desfilaron por Quac, al punto que para los televidentes colombianos sus interpretaciones eran no sólo más familiares, sino más certeras y cercanas a la realidad misma. Ningún sector del país se salvó de la sátira, pues desde un principio se consideró que su éxito dependería del equilibrio proveniente de darles palo, democráticamente, a todos los protagonistas.

Aún hoy en Colombia no se ha olvidado al presidente Samper encarnado por Garzón ni sus alocuciones y peripecias por los corredores del palacio; o al eterno Andrés Pastrana, en su doble juego de ser amigo de los gringos hablando desde Miami o empecinado en las regresiones hipnóticas para encontrar su destino. Y también al expresidente Alfonso López moviendo la opinión nacional dentro de un barril de whisky o como protagonista de una ópera bufa.

Garzón, en ese entonces, invitaba a su casa todos los jueves a aquellos a quienes había imitado y ridiculizado. Todos iban, tomaban unas copas y la realidad, como el propio Quac que era igual de delirante, nutría a sus personajes y le brindaba a Jaime, al ser humano tocado por el arribismo, su integración con el poder. No en vano una de sus amistades más sonadas fue con el embajador de Estados Unidos, Myles Frechette, a quien siempre pusimos en escena vestido de vampiro o de virrey colonial.

En ese ir y venir entre la crítica al poder y el poder mismo, Garzón también tocó a otros protagonistas de un país cuya clase política estaba tan desacreditada, que permitió el surgimiento de políticos «nuevos» en sí mismos delirantes. Tal es el caso de Antanas Mockus, quien sin campaña electoral alguna llegó a la alcaldía de Bogotá tras hacer el gran acto simbólico de bajarse los pantalones y mostrarles el culo a 2.000 estudiantes, cuando era rector de la Universidad Nacional. O la excanciller Noemí Sanín, que para Quac sólo tenía un «lindo cuerpo diplomático» y quien, igualmente como candidata presidencial, se reclamaba producto de la nueva política, con una

evidente carga tradicional que señalábamos hasta el delirio. El país, de alguna manera, pensaba lo mismo que Quac, o Quac interpretaba al país, y por ello la identidad del programa con su público creció como espuma. La tragedia nacional no estaba ausente. Álvaro Gómez, líder de la derecha colombiana, era objeto de todo tipo de mofas en Quac. Jaime lo imitaba permanentemente hasta el día en que Gómez fue asesinado de doce balazos. Los signos de la muerte merodeaban por Colombia y, claro, Garzón era una expresión muy colombiana.

Quac crecía en medio de las vueltas interminables del proceso 8.000, que destapaba las ollas podridas de la corrupción, esas mismas que olían mal desde siglos atrás, con toda su carga histórica en un país acostumbrado al dolo, las traiciones y demás figuras propias de las corruptelas en el poder. Por eso en Quac esos políticos de hoy se mezclaban con grandes héroes o referentes históricos también caracterizados por Garzón, como el Libertador Simón Bolívar y el general Santander, o grandes líderes asesinados (¿la muerte es el motor de la historia en Colombia?) como Jorge Eliécer Gaitán, cuyo homicidio generó «la violencia liberal-conservadora» desde los años cincuenta, o la muerte de Luis Carlos Galán, aparentemente víctima del narcotráfico. Reencontrar la historia era una manera de poner en evidencia las raíces de unas maquinarias a veces mortales, que desde siempre han mantenido al país en el subdesarrollo y las desigualdades, con el apoyo de Estados Unidos. Por eso la frase reiterada en Quac «Y el gringo ahí», se volvió un giro habitual en las conversaciones de los colombianos.

No todo eran imitaciones y puestas en escena de los personajes reales. Quac creó también personajes propios, estereotipos que coincidían con grandes bloques de la diversidad nacional. De ese corte eran el paramilitar y el guerrillero, reflejo de la guerra en los campos; el militar violador de los derechos humanos; Carlos Mario Sarmiento, el super empresario indolente, o Pastor Rebaño, un amanerado, indolente y aristocrático obispo.

La suma de personajes reales y emblemáticos muchas veces le hacía preguntar al grueso público: «Pero, ¿con quién está Quac?». Y en una especie de efecto didáctico del programa sobre el público que observaba

paralelamente la realidad, las propias gentes, por puro sentido común e identidad, se respondían: «Como nosotros, Quac está contra todos».

Así como muchos personajes se construyeron para ser repudiados, otros funcionaban a la inversa. El público se identificaba con ellos, con su modo de ver el país. John Lenin era un estudiante de izquierda, militante, marxista en decadencia, metido aún en la guerra fría. Godofredo Cínico Caspa era un abogaducho de extrema derecha, ventajoso e inmoral, que apoyaba todo lo sórdido. Dioselina Tibaná, la cocinera del palacio presidencial, chismosa y ladina, expresaba claramente el alma del campesino emigrado a la ciudad, escéptico y noble. Inti de la Hoz era una muchacha contemporánea, posmoderna y parte de la generación X, frívola e ignorante. Y Néstor Elí, el portero del edificio Colombia, donde vivía toda la fauna social del país ligada al poder, era un trabajador raso profundamente crítico, de desconcertante habilidad de palabra, seductor y lúdico.

Algunos de esos personajes contaban, hacia adentro, la vida de Garzón. John Lenin era el Jaime de la universidad pública, el guerrillero; Godofredo, el Garzón abogado, también proclive al neoliberalismo y al ascenso social; Dioselina era el Jaime pueblerino de sus orígenes familiares; Inti, el Garzón light y amante del poder, y Néstor Elí era simplemente Jaime Garzón.

Y para redondear el universo de Quac, no faltaban en el noticero los reporteros. William Garra, William Farra y William Narra, periodistas que cubrían política, sociedad y deportes. Y con ellos el necrofílico Frankenstein Fonseca, encargado de la crónica roja.

Esos personajes permitieron que Jaime el ser humano y Garzón el humorista fueran queridos y respetados, pero también odiados. Cualquiera podía ser su amigo, cualquiera podía ser su enemigo. Su vida personal y su vida pública cada vez se mezclaban más. Andrés Pastrana dejó de hablarle, los militares también le retiraron el saludo y los narcotraficantes lo amenazaron. Desde los tiempos de Quac, Jaime había empezado a ser mucho más que el inquieto humorista. Su peso específico en asuntos «serios» del país era notable y ya empezaba a interesarse directamente como ciudadano en el tema de la guerra y la paz, en los derechos humanos, en el secuestro...

Jaime estaba forjando su propia muerte. Conscientemente, por su trabajo, sus declaraciones, su manera de relacionarse, su vida intensa en medio de la fiesta y sus actos cada vez más políticos. E inconscientemente (¿o no?), por su viejo impulso tanático. Aun así, nunca se suicidó. Lo mataron...

TERCER ACTO: HERIBERTO. LA CORTE MATA AL BUFÓN

En junio de 1997, los autores y actores de Quac decidimos voluntariamente acabar el programa. «Siempre es bueno salirse en lo mejor de la fiesta». Tres meses después nos volvimos a encontrar. En el programa Lechuza, construimos un nuevo personaje: Heriberto de la Calle, un típico embolador bogotano, de la más extrema raíz popular, habitante de las avenidas pero también lustrabotas del poder. Inicialmente, en cámara subjetiva que correspondía a un personaje siempre oculto y silencioso, Heriberto limpiaba los zapatos y en largas parrafadas ponía en su sitio y hasta insultaba, en medio de una catarata de argot bogotano, al personaje de turno.

Meses después, Lechuza se acabó y Heriberto fue acogido dos veces a la semana en el Noticiero CM&. Una variable definitiva había hecho del embolador un entrevistador. Frente a varias cámaras, Heriberto entrevistaba brutalmente, en medio de intensas y alborotadas sesiones de burlas e ironías, a los personajes de carne y hueso del protagonismo colombiano. Heriberto — y con él Garzón— se había salido de la ficción. El embolador pasó posteriormente a los noticieros del Canal Caracol y se convirtió en un personaje tan fuerte como el Néstor Elí de Quac en términos de aceptación del público. El guiño que Jaime le hacía a la realidad parecía conducirlo por otros caminos, más allá del periodismo y la actuación. Sus encuentros con los poderes se multiplicaron en medio de una guerra sucia cuya escalada hoy resulta evidente. Mientras tanto, dentro de la confrontación, nacieron los diálogos de paz de 1999. Poco antes, Jaime, interesado por el tema de los derechos humanos y apoyado en sus viejas relaciones con las Farc, en sus tiempos de alcalde del Sumapaz, empezó a mediar en diversos secuestros. Muchas personas obtuvieron la libertad gracias a su trabajo. La imagen de Heriberto se confundió entonces con la de Garzón con la guerrilla recibiendo secuestrados, Garzón en eventos de paz, Garzón con la sociedad civil, Garzón en La Habana, Garzón con los exguerrilleros salvadoreños, Garzón negociador y conciliador en medio de las balas, Garzón repudiado y señalado

como inconveniente por la extrema derecha. ¿Quiénes? Esos «autores ideológicos» del magnicidio en Colombia, que no son ni el autor material, el gatillero, ni el actor intelectual que da la orden de matar, sino esos círculos múltiples donde se juzga y se condena y se da una opinión asesina, para que los otros dos autores hagan el horrendo trabajo. Alguien o alguno de los sectores que Jaime tocó y señaló con su irreverencia o su crítica mordaz no le perdonó nada. Ni la vida.

Haber matado al bufón hizo reaccionar momentáneamente a todo un país, que reconocía en el humor el paliativo de las crudezas diarias. Humor que ha sido no pocas veces el ejemplo de una refundida identidad cultural. La muerte de Garzón les hizo ver a los colombianos que por primera vez el conflicto armado había tocado algo sagrado y tabú: la risa. Por eso, un día después de su muerte, la plaza de Bolívar estaba llena.

Entre la marea humana sobresalían doscientos lustrabotas de las calles de Bogotá, que con su presencia recreaban en la realidad trágica a un Heriberto cómico en la ficción, pero a la vez cierto. Tanto que para permanecer, ahora yacía en un féretro.

El funeral tuvo lugar al día siguiente en un cementerio al norte de la ciudad, a veintidós kilómetros de la plaza de Bolívar. Las principales avenidas se convirtieron en ríos humanos que le impedían al coche fúnebre avanzar. Era tal la marea humana que en un momento dado un puente peatonal se vino a tierra, causando la muerte de tres personas. Tras seis horas de innumerables desvíos, el cortejo por fin llegó a su destino. En la intimidad de su familia y sus amigos más cercanos, Garzón fue enterrado al son de su salsa preferida: «Quiero morirme de manera singular, con un adiós de carnaval». Tema que había cantado algunos días antes en un programa de televisión, tras haber contado su vida. Pura premonición mortuoria.

MILLONARIOS: UNA CITA FALLIDA CON LA APOTEOSIS

Estoy seguro de que lo vi. No puede ser que la miopía y el frío produzcan calenturas. Cuando Acisclo Córdoba se desplazaba como una estrella negra por la punta derecha, sus piernas marcaban el ritmo de esa canción de Celia Cruz que dice: «Quimbara quimbara cumba quimbambá». Ese tipo tiene que ser buen bailarín de salsa (bueno, en Quibdó lo hacen muy bien), porque no hay otra explicación posible para su manera de jugar al fútbol, con sabor, ritmo, bembé, tumbao y clave.

ACISCLO, EL EMPERADOR

Bastaba estar en el estado El Campín aquella noche del miércoles para saber que el cien veces famoso «Ballet Azul» había cambiado su coreografía. Ya no se trataba del vals, del pasillo de otras épocas, o bien de la cumbia. Jorge Luis Pinto, el director técnico, modernizó al equipo, le hizo ver la importancia del rock and roll, del merengue, hasta de pronto les pasó a los jugadores películas de Michael Jackson. ¿Quizá Bogotá se caribiza? Millonarios salió parco la noche de su partido con el Deportes Tolima. Vivalda mascaba chicle y escupía vocablos lunfardos que Van Tuyne (Che, José, miralo, está suelto) apenas le contestaba con una mirada ansiosa mientras metía los pies buscando el cuero para ponerlo allá, bien adelante en las piernas de Calerito, ese muchacho que conoce de las virtudes de la pasta de mango que hacían las Goenaga en Santa Marta. Pero el letargo y el embotellamiento que les imponía el Tolima cambió de repente. Allí estaba Ascisclo, ese muchacho con nombre de emperador de reinos inexistentes, el movimiento perfecto de su pierna hacia el balón, su cara levantada, el arquero Torres en el suelo y el primer gol metido entre las pitas, la garganta aguardientosa de los bogotanos y el sonido de la Billos por los altoparlantes, «Millonarios será campeón».

EL OBJETO PÁNICO DE LA VICTORIA

Nunca había estado al lado de una cancha de fútbol en un partido profesional. Quizá por ello me limitaba a la opción cómoda y escéptica del televisor, la cervecita, el buen humor de los amigos. Hasta no ir allí, uno no sabe por qué los jugadores se gritan entre sí. Es que la cancha es un campo de alta acústica donde reverbera todo el fragor de la tribuna. Y en el caso del partido Millonarios-Tolima en el octogonal, el público no dejó de bramar un instante. Por eso desde arriba o desde el televisor, el mayor espectáculo del mundo parece agrio, casi violento. Pero no. El público no es el jugador número 12. El público es el gran amplificador, la honda eléctrica que se reparten veinticinco pintas (incluidos árbitros) y que les hace tener dentro de sí en un momento dado, cada uno, 2.400 voces, emociones y pasiones. Muchas veces la gritería que se reúne en la cancha llega a enervar. ¿Qué será del jugador de fútbol que además de concentrarse en lo físico y pensar en fracciones de segundo una jugada, debe tener encima la colosal imagen de una multitud que le refriega el objeto pánico de la victoria?

EN OLOR DE CAMPEONATO

De repente, poco antes del gol de Córdoba, la tribuna bramó más fuerte, como si hubieran prendido al unísono siete mil tractomulas. El Bucaramanga le acaba de empujar un gol al América. La pantalla electrónica de El Campín se encontraba en ese momento dando consejos morales, anunciando obras de caridad y programas de gobierno. Inmediatamente señaló el gol y Vivalda al sentir el bramido, con una intuición propia de la veteranía, volteó su cara de gamín porteño con todo y gorrita, se sonrió, regresó su mirada a la cancha donde Eladio Vásquez trataba de franquear la defensa azul, convertida no en el manido bosque de piernas, sino en un pantano, una ciénaga donde naufragan los valerosos pijaos ante el rubio conquistador (seguramente flamenco) don José Daniel Van Tuyne.

Si el obelisco de Buenos Aires fuera de carne y hueso, necesariamente se llamaría José Daniel. Porque el líbero de Millonarios cabe perfectamente en la categoría de lo monumental. Tiene la fortaleza de la estatua, la agilidad de la fuente y la maleabilidad del bronce. Es un duro.

El primer tiempo continuó con nuevos avances de Millos y la general aculillada del Tolima. Cuando el árbitro Jesús Díaz, un barranquillero con pinta de Paseo Bolívar, iba a dar el pitazo para terminar la primera parte, los muchachos de Millonarios parecían retirarse a los camerinos en olor de campeonato. Pero de repente la tribuna dejó la algarabía y la pantalla anunció el gol del empate del América. Claro, tenía que ser del Pipa de Ávila, un samario que juega con «La Mechita» y se está ganando su puesto en la Selección Colombia. Al irse hacia el túnel, Calerito miró a un fotógrafo amigo, señaló la pantalla e hizo un gesto diciendo: «Qué vaina, yo le meto goles al América, pero a la suerte ni uno».

Para esta final del campeonato colombiano, Millonarios tiró el balón por la ventana. Indudablemente millones de pesos fueron invertidos en propaganda. Hasta el punto de que el público bogotano, acostumbrado a la mala cara, las busetas y los pepos, dejó su condición de elemento gris, se

vistió de azul (había más de un godo por ahí) y se fue al Nemesio acarnavalado, al sitio mismo de los acontecimientos, al mezanine de la gloria deportiva, para preludiar una relación entre todo un día de represiones burocráticas y una noche de guaro, manzanilla, mano, seguro que coronamos, el equipo de sonido en el hombro, el cojincito de espuma en la mano, la ruana escondiendo una bolsa repleta de pollo amarillento y papas secas, la gorrita, los dos paquetes de «pechis» y en algunos casos la mano de la sardina, la mano regordeta de ella, la china del barrio.

El hincha de Millonarios (muy por el contrario de lo que creen sociólogos de escritorio) no es propiamente la pequeña ni la gran burguesía. Se ha creído que solo Santa Fe es popular, pero habría que ver ese lumperío todo empingorotado que bajaba por la 57, para darse cuenta de que el combo de Millos no vive propiamente de la Avenida Chile hacia en norte, sino que más bien sienta sus reales en las esquinas de Kennedy, en las tiendas del Olaya, en los billares de los Barrios Unidos, los rumbeaderos del centro, los buses de la línea Trinidad Galán o las canchas de tejo de Bosa.

Lo cierto de todo es que la afición de Millos renació (al escribir esta nota no se había decidido el octogonal), que estará firme al lado del equipo en la Libertadores y que aunque el América se lleve una nueva estrella a las salsotecas de Juanchito, la nueva coreografía del ballet está hecha de pilas, convicción de triunfo y garra.

LA PIEDRA DE VIVALDA

Para el segundo tiempo, después de las danzas rituales de las sardinas de la barra de Millos, de la tomadita de tinto, de la ida a hacer pipí, del chicharrón aguado y unas paletas tontas, mucho menos frías que la noche, los dos oncenos volvieron a la verde cancha de El Campín. ¿Usted ha tocado alguna vez la grama del Nemesio? Es la mezcla perfecta de un colchón con las ganas de dormir.

Como para no dejar dudas, Millonarios salió con todo y, a los pocos minutos de iniciado el segundo tiempo, Calerito (otro aporte más al fútbol colombiano del barrio de Pescadito de Samaria) se hizo al balón después de un rebote y ahí quedó de nuevo Torres, chupando grama. Pero, ¡ay! No todo ha de ser alegría. Vino el segundo gol del América en Bucaramanga y la tribuna se desinfló lo mismo que lo hiciera poco antes el globo de un noticiero de televisión cuyos tripulantes «cueriaron» al volcarse la canastilla. Poco después, el *Beto* Vivalda tendría problemas en su arco. No propiamente por los ataques del Tolima, sino por la culpa de un recogebolas. El muchacho era hincha del América y, aunque Vivalda le había insinuado que no le devolviera tan rápido el balón (quería quemar tiempo), el mancito se la entregaba de una. A Vivalda se le saltó la piedra: «¡La puta que te parió, te voy a correr a palo!». Un coronel de la Policía tuvo que intervenir para retirar al recogebolas antes de que el Beto le clavara el guante. El árbitro currambero se la pilló y claro, le sacó el cartoncito amarillo, que por cierto brilló toda la noche.

Para no dejar dudas otra vez, Acisclo aprovechó una falta de la defensa del Tolima y cuando estaba en el área solo frente a Torres, este lo pateó. Penalty que cobró Espíndola y una nueva gritería en la 57. El partido en Bogotá terminó simultáneamente con el de Bucaramanga. Todo había quedado igual. Los mismos 0,25 puntos de diferencia entre el Ballet y los Diablos. Había que esperar la última fecha, la tenaz. Los del Tolima se fueron (siempre se dice que a las duchas) con la cara estropajuda. Los de Millonarios

alegres, pero sin la apoteosis en la que creyeron. El público salió fresco, borracho, gritón. No faltaron los atracos, la rellena, el cuchuco, la pola, el bofe, la mazorca y de todo el asunto solo quedó un tierno olor a cerveza revuelto en los charcos, en los ojos de los hinchas.

LA RUMBA BOGOTANA

SE ME OLVIDÓ QUE TE OLVIDÉ

Era alguna hora de la tarde de algún día de 1976. La buseta transitaba por la carrera trece de Bogotá de norte a sur. Sonaba en el radio de la “Olaya-Quiroga” alguna emisora. La salsa ya hacía un rato que era salsa.

Para entonces, conocía y disfrutaba con pasión los discos que desde tiempo antes producía la Fania All Stars y la salsa era en mí la consecuencia de diversas herencias antillanas y afro caribeñas acumuladas desde la niñez.

Esa música era en mí como ella misma, una mezcla de diversos sabores del mismo origen. La salsa había nacido algunos años antes de esa manera sincrética que tienen las grandes fusiones de parirse a sí mismas. Y en mí, paralelamente y por pura casualidad, un proceso similar de espontánea formación musical se había dado en la misma dirección. Después, reflexionando, supe que la salsa estaba hecha para mí y yo para ella, que crecimos juntos y hermanados, que no solamente se convertiría en la música latinoamericana de mi generación, sino que esta hermana de sangre y de leche, me llevaría de la mano a lo largo de tantos años por todos los laberintos y vericuetos espléndidos de la rumba, de la política, del amor, del gozo.

Salsa, mezcla caliente, brava, que se mete en la boca y se instala en las venas, en los sudores, en el maquillaje que salta de la cara y se expande en el universo colorido de la rumba.

Pero el momento en el cual supe que algo definitivo venía de ocurrir, de ser fundado en mí y en la floreciente nueva identidad latinoamericana que tenía carne desde siempre pero que le faltaba una salsa que la bañara de Nueva York a la Patagonia, se dio en esa buseta que fue el escenario sonoro de una revelación. No sé si fue porque en esos tiempos era reportero de crónica roja en El Espectador y la asociación con mi trabajo fue inmediata o

por la espléndida mezcla de voz, música y letra, pero sentí que al fin, después del Che Guevara, nos estaba pasando algo serio.

Lo que sonaba en la buseta era la voz de Héctor Lavoe interpretando “Periódico de Ayer”. Debía bajarme del trasto amarillo y rojo en la calle 45 para echar pata hasta la Nacho, donde estudiaba antropología, pero seguí de largo por la carrera trece. Héctor terminó el “Periódico” cuando ya estábamos a la altura de la calle 30. Me bajé y como si esa canción estuviera predestinada para mi memoria, me fui tarareándola por Teusaquillo y La Soledad y ¡oh maravilla!, casi toda la letra ya se me había pegado en el encéfalo, cubierto entonces por una melena paleo-india y sin champú.

El periódico de ayer, la propia salsa del periodista, desde ese instante se había convertido para mí en la melodía sustancial de un rito iniciático y ya estaba seguro que lo demás, de ahí en adelante, se me daría por añadidura. Que desde entonces y hasta hoy, me bailarían todas las salsas, incluida la Bechamel en la París latino envinada de mis años 2000, a dónde me exporté durante diez años con un paquetado de discos que me garantizaran poder seguir guaracheando.

Pocos días después de la premonición de la buseta, conseguí el disco “De ti depende” y aprendí que el Periódico venía acompañado de cosas tan notables y clásicas como “Vamos a Reír un Poco”, “Mentira”, o “Hacha y Machete”. Y al rato supe que la Fania All Stars y todo lo que vino con ella — los grandes artistas, grupos y orquestas— harían de mi vida un meneo cíclico de enamorado de las congas, un eterno retorno a la clave, antes y después de que la salsa se convirtiera en el estandarte de lo que somos.

Salsa, sabor de pasta de mango, besuqueo y ron, imprescindible guapachá, camarón despierto, sin sueño, sin tregua. Salsa continental y tal.

Desenvuelvo el carrete de años anteriores. Soy hijo de un imposible teórico. Mi madre era barranquillera y mi padre de Tunja. Mis hermanos son habaneros. Lolita, mi vieja, por la sangre y las caderas me transmitió el ritmo de nuestra condición caribeña. Lo extraño del asunto fue que Próspero, mi padre, tal vez por seguirle la energía y la corriente a la morena que me parió, habiéndose criado entre los caminos de Inés de Hinojosa en la Tunja

paramuna, resultó ser un buen bailarín y un enamorado de la música cubana, desde siempre.

Desde que tengo memoria, en mi casa se oían y se bailaban en familia los discos de Bola de Nieve, Armando Oréfiche, Ernesto Lecuona, Pérez Prado, Benny Moré, los Matamoros, Celia Cruz, La Sonora Matancera, Daniel Santos, Olga Guillot, sin que faltara Agustín Lara. Fui educado musicalmente entre Brahms y Pacho Galán, entre Bach y Lucho Bermúdez y formado por cuanto bolero pudo existir en el universo romántico de mi madre. Todo eso revuelto con no poco jazz, otro de los pilares de la salsa. En medio de la Bogotá aún con chalina de los años sesenta, y guiado por los pies y el tumbao de mis viejos, aprendí a bailar sin enseñanza distinta al ejercicio cotidiano de la movera y el pasito despistador.

Por eso, el haber desembocado despuntando los años setenta directamente a eso que después se llamaría genéricamente salsa, era en mi apenas una consecuencia “armónica” del acumulado de sones de mi infancia.

Llegué a los primeros lugares de salsa y boleros que conocí en la adolescencia —antes del advenimiento del templo mayor, del tarro de la 24— gracias a un temerario sentido de la aventura urbana. La pre rumba salsera que comenzó en 1972 —o por ahí— desde luego era considerada por los conventuales como lugar de mariguaneros, borrachines, putas y malandros. Algunos lo eran, pero buscando la ciudad, mi ciudad, Sodoma de los Andes, ahora tan grandota y sabida, encontré el Caño de la 53 en Chapinero, la Montaña del Oso, donde la salsa según sus delirantes propietarios se “vestía de frac” y no pude dejar de asistir a las noches de bataclán y transpiración en el centro, por los lados de El Escondite, La Palladium y ese hueco entrañable que era La Jirafa Roja.

Salsa, seguridad de haber vivido, confianza en uno mismo. Salsa, placenta de un continente desbordándose hacia el mar, Salsa, sinvergüencería, chácala malanga, jálame la manga.

No olvido las noches donde Sigifredo, en esa olla de la carrera 13 A, en el Tunjo de Oro. Sigifredo, el dueño, esa especie de chamán-gamín mechudo, hinchado del Tolima, salsero pijao, tan hinchado que se murió aplastado entre las tribunas colapsadas del estadio de Ibagué.

Uno llegaba a los rumbeaderos no sin antes haberse sollado las horas de radio, pedagógicas y cimeras del “Show del viejo Mike”, el programa estandarte de la sabrosura que hacía el gran Miguel Granados Arjona, gordo sabio y bacán costeño sembrado como una matarratón currrambara en pleno altiplano.

Desde entonces, esa pre-salsa que oíamos, estaba signada por nosotros mismos que empezábamos a ser una congregación volátil y desparramada de rumberos, y su signo era la rebelión gozosa, la revolución de los timbales. La salsa se nos iba convirtiendo en ideología, en precepto, en doctrina. Y espontáneamente, era nuestra política, de izquierdaailable y bolivariana. Camilo Manrique falleció por palos que daba el mayoral...

Salsa en el cielo raso, en los espejos, por el piso, clave música de la francachela, señora del vacilón, progenitora de la bacanería, salsa nuestra de cada día, reino místico de este mundo. Salsa muerta o viva, siempre insepulta, salsa pa' todos, pueblo latino de cualquier lugar.

Los nombres de nuestros íconos empezaban a tomar fuerza en la conciencia. Ray Barreto en esos rumbeaderos primigenios, nos hablaba con sus congas del Red Parrot en su Nueva York. Queríamos irnos para allá. Ricardo Ray y Bobby Cruz eran la marginalidad misma a imitar. Bobby Valentín y Pacheco, maestros de nuestra escuela bogotana, cuando aun las peladas de la Nacho bailaban con ruana y gorro. Nos gemeleábamos con los hermanos Lebrón, al maestro Willy Colón le permitíamos hasta que nos cantara con su horrible voz de sirena chillona de barco varado, habíamos hecho de Ismael Rivera el comandante de nuestras guerrillas, nos dábamos tiempos mansos para escuchar a Tito Rodríguez mientras pensábamos amorosamente en ella, la lumpen. Alguien era también Ismael Miranda. Todos éramos Celia, Eddie y Charlie Palmieri, Mongo Santamaría, Andy Montañez, Papo Lucca...

Sabíamos que acá, en estos páramos, en este “pueblito de muisquitas” hacíamos parte de “Nuestra Cosa Latina”.

Salsa, necesidad colectiva de asomarse a la ventana de lo propio. ¡Quítate de la vía, perico!“. Yeré, candela suprema, contra el chucuchucu y el sonido paisa, de payaso, nada, hay que seguir guaracheando, en la

pomada, rumba total, salsa libre, pegado a ella, enamorado, salsa semicorchea de espantos y carnavales, mujer falaz impostora de caricias, salsa, lírica celda del amor, salsa con mochila arhuaca, salsa pandebono caleño, red que te atrapa y te empuja por los linderos del caos, zapato brillado en las casas de la conciencia. Cheche colé, muerto de la risa.

Ya estudiábamos en la gloriosa Nacho y claro, por esos lados zumbaban tritones de Buenaventura y serpentinas del Caribe, como Toninho, el más grande bailarín de metederos jamás conocido, el bacán del abrigo de bluyín. Salsa y ciencias humanas y tropel. De día dando piedra por la 45 y en la noche a bailar en los huecos de la dialéctica del psicotrópico.

Y nuestra salsa adoptada, bogotanizada, no solo era aquella que venía de los linderos del paraíso que queda en esa línea irregular que va de Nueva York a La Habana, San Juan y Curramba, sino la que nacía en Cartagena, la de Saoco, o Manyoma, la de Estrada el gran Fruko paisa renovador de todo, destartador de los Hispanos y demás basuras, de cuyas entrañas naciera el minotauro mismo, el más grande, el que nos llenó la vida de lágrimas de alegría. El propio, el Joe...

Pero andando de lado a lado por las aceras de Tabogo, nos faltaba un lugar sacramental, una academia que nos permitiera no solo juntarnos para siempre, sino desarrollar los sublimes artes de la fiesta. Y apareció.

Salsa América, salsa polaridad de memoria imposible, atrapada en ella la juventud que queríamos para siempre, salsa piedra filosofal de la ricura, mar de leva. Salsa, génesis de la vida, salsa sin medias, chapeto o no, salsa que te acaricia hasta el pasado y te lo encarama de nuevo en cada tumbao. Salsa nuestro tormento, nuestro fuego en el 23. Salsa, no me digan que es muy tarde ya...

Sí, el Goce Pagano de la calle 24 con carrera 13 A. No recuerdo cómo llegué allí, pero debió ser el mismo día de su fundación. Dos años después se repetía el efecto hipnótico del “Periódico de ayer” en la buseta. Otra vez me volvería a encoñar. Pero esta vez era un nombre cargado de músicas, el que nos atraía como imán mismo de nuestra juventud de hierro. Goce pagano. No podía haber un titular mejor para lo que practicábamos en la cotidianidad. Ni idea como Gustavo Bustamante y César Pagano encontraron ese par de

palabras para ponerle nombre al más exquisito hueco lleno de nosotros, a ese aséptico muladar de la conciencia, nuestro Goce de centenares de noches de trote, de cascadas de ron, besos, frotadas, seducciones y dientes... ¡Qué delicia haberlo vivido y vivirlo aún!

Tantas noches y amaneceres de diversidad, antes que esa palabra fuera de uso cotidiano y se convirtiera en insignia de lo políticamente correcto en materia de sangres y mezclas. Ese Goce, ese mundo nocturno no tenía más de 80 metros cuadrados. Nunca vi tanta gente feliz en un espacio tan reducido. Llegábamos a meternos cada noche de viernes o sábado hasta 300 rumberas y rumberos y al ritmo de los acetatos, los disk jockeys no daban tregua alguna. Entre ellos el Marqués Cabeto, poeta de las sombras iluminadas por las sonrisas de los bailadores, pa' l bailaror.

En el Goce a veces caía agua del techo, de tanto sudor evaporado y vuelto a caer en forma de llovizna refrescante. Todo el coctel de nuestra juventud se servía en los vasos del mestizaje, de los sincretismos de nuestros hermanos venidos de Santa Marta o Medallo, que se unían a nosotros los rolos y a más gentes de la Nacho, “mecánicos” y otras especies sediciosas. Estábamos ebrios de nosotros mismos. Tan borrachos como cuando una noche tumbamos la puerta para entrar un piano de cola en el cual la negra más talentosa, Teresa Gómez, nos dio un recital de Chopin y Lecuona. Tan exaltados como cuando un tipo inmenso con el pelo engominado y fijado a su cráneo de samario, bailó toda la noche con unas peladas y tiempo después supimos que era Jaime Bateman, el comandante del M-19 que había ido al Goce para volverlo otro ingrediente de su “sanchocho nacional” con el cual quiso hacer la revolución de la bacanería.

Salsa, peleando socio, contra esa terrible condición contemporánea que se reduce a regresar tristemente a casa. Salsa, material perfecto para seducir al mundo y todo lo que él contiene.

Y uno bailando con Kelly, la novia, otra boyaca caribizada, queriéndola en cada vuelta, en cada caderazo. Y si no era baile, eran conversaciones en clave de sol en la acera, con los panas. Todos purificados por el baile y las volteretas. O irse al lado, con Roberto Rubiano, donde el maestro Gustavo Londoño, a hablar mierda jinchos y trabados, sobre lo humano, porque desde

entonces lo divino sólo era para nosotros saber que volveríamos, al rato y siempre, al Goce de nuestros amores, al socavón de baldosines donde aprendimos que la vida estaba pintada en el alboroto de nuestras pasiones salsísticas y expuesta al azar, que era entonces eso que llaman futuro y que hoy es nostalgia pura y dura por un paraíso ni tan perdido.

Y uno ahí en medio de la pista irregular del Goce, quieto, semiasfixiado, en su baldosa detenido pero haciendo parte del ritmo, estalactitas móviles, músculos de bronce, menéate doble fea. Salsa, condimentada por los huracanes del trópico, salsa Bronx y Rebolo quillero, Salsa Goce de talcos en los escotes de las peladas mayúsculas, acto sacramental de latinos sin dios ni amo.

Allá en nuestro antro del alma, donde nos iniciamos también en el culto a Rubén Blades y todo lo que hizo y hace, como ístmico tiburón que se traga toda la latinoamericanidad. A dónde llegábamos para sacarnos de la cabeza la música de la Nueva Trova cubana y desmamertizar los tiempos, aunque claro, los compañeros-camaradas no faltaban a “las seis es la cita” con alguien que como Joe Cuba compartía abolengos con la isla de Fidel.

¿Cómo no iba a pegar la salsa, en una ciudad como Bogotá, cruce de caminos, chichería atávica? En los setenta salsísticos, a Bogotá llegaron negros y blancos aventureros a celebrar los ritos de la libertad. Con la salsa que se fue haciendo entre congas africanas, pianos blancos y voces y pitos de indios de América. La salsa y Bogotá, se encontraron extrañamente en el camino del Caribe para nunca más abandonarse. Salsa música de libres y para libres que se escucha, baila y goza en este sitio libertario, convertido en melódica ciudad. Salsa ahora y siempre, clave y ritmo de la historia de la Bogotá contemporánea.

Salsa, razón social de la existencia colectiva. Música de citas de todos los precios, todos los gustos, todas las ondas, todas las clases, las razas, las etnias y una sola bacanería. Salsa, madre monte por las avenidas y las barriadas. Baile en las calles de día, baile en las calles de noche, barranquillero que baila arrebatado.

En los años setenta, gracias a la salsa, en Bogotá pudimos cantarle al buen humor, a la fertilidad, a la opulencia, Miles de espléndidos hombres y

mujeres de todas los colores y razas nos emancipábamos cada noche, cada fin de semana, para espantar el tedio, huir de la cordura y de ese modo construir, paso a paso, una rumba y una cultura de seres libres. Nos hundimos en el conglomerado de los rumberos, calentamos hasta reventar la atmósfera tenaz del jolgorio, apuntalamos en cada paso el baile y el desenfreno.

Con los primeros años de salsa en Bogotá, nos bebimos las maravillas del asombro, nos asomamos a los sueños con la mirada pícara del duende que vive en cada uno de nosotros. Levantamos a patadas las barreras de la imaginación, nadamos por el borde de la sábana, declaramos turbado el orden público, asaltamos los viejos conventos de la razón para seguir tirando paso hasta el amanecer en este lado del mundo, en este trópico irreductible. ¡Salsa na má!

Pasaron los años y los ejes —los propios y los objetivos de la rumba— se fueron moviendo por la ciudad. Los lugares de los fundadores se fueron cerrando como lupanares en crisis y otros sitios abrieron sus puertas. El Goce persistía, subsiste.

Mientras tanto, el interés por el Latin Jazz nos había multiplicado el amor antillano. Y ya para entonces era tanta la música producida por el boom de la salsa a finales de los setentas e inicios de los ochenta, que la oferta en los bares y salseaderos bogotanos se multiplicaba como el combo adepto a esta manía de echarse a bailar.

Desde Cuba nos amacizaban grupos como Irakere, Van Van, Sierra Maestra y tantos otros. Ya se daban especializaciones en los bares: aquí y allá salsa brava, en otros latin, más allá puro son cubano, y en no pocos empezaban a tocar grupos y orquestas de salsa que luego serían reconocidos, como Guayacán o Niche. Orquestas que fueron precursoras de la salsa compuesta y tocada hoy en Bogotá, como la de la 33, nacida de gentes de conservatorios en el tradicional barrio de Teusaquillo. Cada fin de semana en diversos sectores de la ciudad, tocan estos grupos. A veces se puede escoger hasta entre diez lugares, en vivo, a lo bien. Estadígrafos aseguran que en Bogotá hay hoy más de 20 orquestas de salsa. Cómo ha corrido el agua bajo los puentes...

Salsa, noche obsesiva, golpeteo perfecto de la sangre en el coco, años de rumba, rey del bugalú, esencia del guaguancó, salsa rumba total, que no terminaría si no fuera porque aún no se ha inventado la fórmula para acabar con el cuento culo de días y noches.

La noche salsera bogotana se multiplicaba y se fortalecían sitios tan importantes hasta hoy en día como Son Salomé, esa especie de submarino que aun llena todas las noches el viejo Chepe. César Pagano, Papa bolchevique de la salsa tabogueña, se había ido para el norte a montar el Goce Pagano Dos, el de la 74 con Caracas, memorable discoteca donde tantos acontecimientos etílico-alcaloides de la noche vimos y sobrevivimos. Noches enteras de goce desesperado, con cada impulso del piano separando la parte del todo musical. ¡Saludos, viejos amores!

Hasta los norteños, provenientes del rock, fundaban lugares de salsa como Keops y a Bogotá cada año llegaban prácticamente todos las orquestas, grupos y estrellas de la salsa que, en bares o bien en salones, masificaban lo que en un principio tan solo era nuestro. Y era bueno, y nos gustaba que ya la salsa no fuera una música para iniciados, caribeños o izquierdistas, sino una cada vez más importante generalidad de dos generaciones. Las salsotecas ya albergaban oficinistas, empleados bancarios, uno que otro pre-traqueto. Salsa y ciudad crecían, para bien y para mal.

La penetración de la salsa, para ese entonces en Bogotá, era tan fuerte, que hasta los más contumaces rolos y rolas guabineras, se defendían bastante bien en las pistas de baile. Estaban aprendiendo de Cali y de Quilla y ha sido tal el desarrollo de los ritmos afro-antillanos, que hoy es difícil en una salsoteca ver parejas que no bailan bien. Si bien es cierto, jamás se llegará a los niveles de preciosismo y sabor de una Troja o una Cien en Barranquilla. Pero ahí vamos...

Sí, se multiplicaban los sitios en el centro. Una choza del sector de la Pola albergó inicialmente un intento novedoso de la rumba: Quiebra Canto. Rumba salsera casi esotéricamente de profes y estudiantes de la Nacho, la mayoría militantes de organizaciones de izquierda y lugar predilecto de los anarcos de movimientos salso-bakuninistas como “La Joda es ya”, “Anarcomandos” o la “Brigada Llamada”. En una noche de excesos, parece

que creyendo que se trataba de un tropel por la 26, unas pintas le metieron candela al viejo rancho y al rato Quiebra Canto, bajo la artística dirección de los Manosalva, se trasladó a la calle 18 con Cuarta, donde hoy sigue siendo un ícono del género. Ya entonces el mono Alberto Litfack hacía rato que había fundado Café Libro en el barrio Palermo, que hoy tiene un gemelo siamés, café Bohemia. Luego abrió el café Libro de la 93, lugar donde la salsa se “miamizó” y con ello no necesariamente estoy siendo peyorativo. Cada cual con su pinta, con su coreografía.

Por esos tiempos también comenzó en la ciudad a desarrollarse una manera de bailar como de centro comercial, esa vaina grotesca y televisiva de danzar todos iguales, a toda mierda, con vuelticas y pasos de ballet chimbo. Y hay quienes creen que eso es bailar salsa. Y nos miran con menosprecio a quienes aún insistimos en la cadencia lenta seguida del arrebató momentáneo o del vals en síncope.

En los ochenta le hice una entrevista a Alfredo de la Fe y, en una noche de excesos en Cali, nos hicimos amigos. La vertiente charanga tomaba dimensiones post modernas con este violinista innovador que venía de las grandes escuelas clásicas y salsísticas. Alfredito fue importante en cuanto toque, tumba y pasada tuvieron lugar en Bogotá, hasta que se mamó del trote. Lo vi en el último concierto de Celia en París. ¡Gran señor de la noche salsera en Bogotá!

Y en ese cambio de ejes, fue lugar importante la carrera Quinta en el barrio de La Macarena. Allí, entre otros lugares, el hipperío revenido de los años sesenta, fundó primero Casa Colombia a donde llegaron influencias bienvenidas como los Gaiteros de San Jacinto y a la rumba bogotana se le sumó el folclor caribeño. Lugo, Andrés y Vieira se dieron la pela de abrir La Teja Corrida, que supo hacer una síntesis de folclor y salsa que aún le tenemos ganas. ¡Qué rumba! En ese lugar aprendió a bailar hasta Oscar Collazos.

A la Teja se le unió una sucursal en la calle 27 de Quiebra Canto. Ya los mágicos y lavaperros andaban por ahí y a pesar de la exquisita música y la buena rumba, el lugar terminó cerrado. Colombia derivaba hacia la violencia del narco y la salsa no le era ajena. Y para completar, estaba una sucursal de

nuestro entrañable hoyo del Barrio Las Angustias, el Goce de la Quinta, del cual fui efímero ponedor de discos y barman.

La salsa pasó de ser una música de colinos de izquierda y ebrios de todo tipo, de secta de seguidores de maestros en clave, a convertirse en Bogotá en parte de la oferta cultural. Llegó Salsa al parque. Luego el enemigo fundamental: el reggaetón.

Y surgieron lugares impresionantes en el sur de la ciudad como Cuadra Picha y la Primero de Mayo. La salsa ya no es en la ciudad un gueto. Se volvió identidad, bandera de todos. Enhorabuena. Los años setenta y ochenta vieron nacer una corriente, un movimiento músico-cultural y también político, que giraba en torno al baile afro antillano. Siempre supimos que se iba a convertir en material democrático. En cultura popular.

En los bailaderos de salsa de entonces, se dio una creación colectiva de la alegría y se estableció el derecho de cada uno a todos los privilegios. El único sacrilegio era no gozar.

Ayudados por las exquisitas e hipnóticas frases del licor, reencontramos nuestra condición de vagabundos, única forma de evadir los excesos de la realidad y de darle rienda suelta a la guaracha, el guaguancó o el montuno. Y hoy ya son varias las generaciones de salseros bogotanos dedicadas a una sana lujuria, medio siglo de salsa en esta ciudad también insular y antillana.

Termino y busco el título de este texto. No me cuesta tanto trabajo. Es ese, el que reúne la memoria de estos tiempos de salsa, inolvidables, que no terminan. “Se me olvidó que te olvidé”, con tantas versiones. Pero me quedo con la del Grupo Experimental de Salsa de Nueva York

Y todos los momentos y los soneros, el combo y toda la rumba que se me olvidan —por culpa de ella—, o todo lo que no cupo en estas letras, queda inscrito e intacto en el inconsciente colectivo: en un beso, la vida...

ENTRE SEMANA

Si a algo le tienen miedo los rumberos es al lugar común, al acto reflejo, a los hábitos (los buenos) las reiteraciones y todo lo que se parezca a algo. El rumbero permanece en la busca incesante de acontecimientos irrepetibles, de experiencias únicas, dado su carácter de desarraigado, de dromomaníaco, a quien solo le interesa el movimiento permanente, lo diverso, lo distinto.

Por eso, un auténtico rumbero, le huye a la fiesta del fin de semana reiterada y repetida así se cambie de bar, de amigos o de discoteca, fiesta que no es más que una suma de celebraciones sociales en nada distintas a la aburrida cotidianidad, igual al trabajo o al estudio. Al fin y al cabo, rituales y liturgias del weekend de los místicos de la diversión, de los iluminados que repiten tontamente la misma alegría. Y nada más hartos que repetir. Tanto plan previsto, tanto bar engalanado, tanto lugar de moda, tanta gente igual, tanto Andrés, al rumbero y a la rumbera le ponen nervioso.

El rumbero, por el contrario, es exotérico, asume la diversión como la antítesis de lo previsto, se desparrama por todas las posibilidades de lo espontáneo. El rumbero integral no rumbea el fin de semana y hasta le cuesta trabajo pensar en la posibilidad de hacerlo el jueves en el Goce Pagano de la calle 24, ese día extrañamente a horcajadas entre la realidad y la miseria de los días de descanso, en esos en los cuales el rumbero... trabaja.

Porque el rumbero no va a los sitios sólo a divertirse, aunque, desde luego, goza. Se va de rumba un lunes para evadir el anquilosamiento del domingo y además de beber, bailar y hasta amar, lo hace para desbaratar el mito de la diversión prefabricada. Se emborracha el martes, día de la guerra, para evitar estar en ella, y el miércoles se aparece por In Vitro, de pasada nada más y termina la noche rodando entre los escenarios de La Frontera en La Macarena, Son Salomé o en la farmacia Escobar Rosas, en la tórrida esquina de la carrera cuarta con calle quince.

El rumbero, la rumbera, que en principio no van de bares a levantar, se dejan llevar por otros caminos de la seducción. Entre semana es imposible ejercer el facilismo de las frases o los gestos de cajón para seducir. Con el ánimo vigilante, se debe construir cada noche una estrategia distinta; sólo las tácticas espontáneas de la libre asociación y la imaginación producen frutos, porque unos y otros, todos son estoicos rumberos de entre semana que no compran la diversión a plazos semanales ni por sistema de club.

Entre semana en medio de la rumba uno se declara en franca rebeldía contra los actores del fin de semana, esos ilusos que pretenden con la fiesta curarse y curar un país incurable, sabiendo que el único modo de cambiarle el curso a las adversidades es precisamente festejar los miércoles, esa noche infestada de sensaciones imprevistas en el Muelle Mackenzie de la 60 con Séptima o en Café Libro de la 93 o en la capilla salsera de Quiebra Canto, calle 18.

Lugares estos y otros, donde el rumbero entre-semánico sabe que lo único serio que nos pasó no fue el Ché Guevara sino la Fania all Stars, donde se confunden Edith Cruz con Celia Piaf, donde, como en la canción, hasta las piedras bailan, donde uno puede escuchar en paz al Grupo Nietzsche, saber que en Colombia la única autopista que existe es la de la rumba, que “te quiero más que ayer pero menos que mañana”, que los bogotanos nos estamos volviendo el mayor conglomerado de gitanos, que uno se ha bailado todas las salsas, hasta la Bechamel.

Rumbear entre semana en Bogotá puede producir eventos tan importantes como entender que lo único a corto plazo es el guayabo; que no hay una ciudad como la nuestra que a veces vaya tan mal pero de la cual uno venga tan bien; que el próximo bolero puede ser un acontecimiento que nos ponga en marcha hacia la evolución o por el contrario, que la serenata de los fines de semana es un baboso amor de lagaña.

Solo las noches entre semana aparece la picaresca urbana, los enfermos de la erudición, los contestatarios, la mujercita marginal, el bacán. Salgan de lunes a jueves, y si amanecen y al mirar al Oriente no ven los cerros, sabrán lo que es otra dimensión. No se asusten, Monserrate ya volverá.

BOGOTÁ Y LA DROGA

MUERTE POR BASUCO (I)

Zucoparanoia del zucocorazón en la zucorrumba de los zucolocos

Cromos 3400, 15 de marzo de 1983

Miles de colombianos del campo y la ciudad han sido víctimas de los procesadores de droga que decidieron estimular la venta del basuco, o de base de coca. La cocaína ha perdido importancia: resulta más económico fabricar el basuco, el cual puede causar ceguera, demencia, psicosis, cáncer y enfisema pulmonar.

Hace cinco o seis años apareció en Colombia cuando aún la cocaína era la reina de los bares y de buena parte de la economía nacional.

Hoy, el basuco es el rey. Desde que los productores de cocaína se dieron cuenta de las ventajas de producirlo (paso exactamente anterior en el proceso de la cocaína), decidieron dejar de producirla y poner todo su empeño en inundar el mercado de C_6H_5CO , el temible basuco, que día a día conduce a miles de colombianos a las clínicas de reposo, a las cárceles o al cementerio.

Su comercialización es tan fácil como la de la cocaína, su consumo muchísimo mayor y el proceso evita ciertas partes costosas de la producción.

Por eso, las personas que manejan los hilos de la droga lo han impulsado hasta el punto de que el basuco se ha enquistado, no sólo en forma de cristal en los pulmones de los adictos, sino en la sociedad colombiana, en todas las clases sociales, en el campo y la ciudad.

Más tóxico que la cocaína, causante de varios casos de ceguera, psicosis, demencia, envenenamiento por plomo, enfisema pulmonar y cáncer, el basuco convive con las autoridades que lo conocen, saben dónde se vende y sin embargo no lo controlan.

Hoy en Bogotá es tan fácil conseguir basuco como almojábanas. En las partes más marginales de la Bogotá céntrica abunda en los bares, en las esquinas. En los sitios de clase media alta y aun de la burguesía, se vende los fines de semana a granel. Los ejecutivos lo adoran, los adolescentes también. Se consigue en las discotecas de la Pepe Sierra, en las de la 15 donde los vendedores hacen «la línea». No falta en el sector de las Torres del Parque, en la carrera 15 con calle 74, en el barrio Kennedy, en la séptima con 24 o con 46, en las más discretas casas de Chapinero que funcionan como «ollas».

En este informe nos limitamos a señalar las trazas económicas, médicas, psicológicas y culturales del basuco.

ECONOMÍA DEL BASUCO

El basuco es, sin ninguna duda, la droga más cara que se encuentra en el mercado del país. Aunque su precio por gramo es relativamente más bajo que el de la cocaína o el de la heroína, debido a la cantidad de consumo por parte del adicto, se convierte en la más cara. El basuco al por menor se vende de dos maneras: por gramos o por papeletas. El gramo cuesta de manos del «jíbaro» entre 800 y 900 pesos (la cocaína 1.300) y la papeleta 500 pesos. Una papeleta alcanza tan sólo para tres cigarrillos y es bien sabido que un «zuquero» en una noche puede consumir con tranquilidad hasta cien cigarrillos. Al por mayor se cotiza entre 500 y 600 pesos por gramo, pero el precio decrece entre más grande sea el cargamento comprado.

La economía del basuco se desata desde las zonas apartadas de Urabá, Caquetá, Putumayo, Vichada y Llanos orientales. Allí están los cultivos de coca y en muchos casos los laboratorios. Por lo general a las ciudades (Medellín, Cali o Bogotá) el basuco llega ya preparado y en menores cantidades aparece la pasta de coca para procesar. La principal red de transporte la constituyen las flotas, los taxis interdepartamentales y los camiones de alto tonelaje. El basuco aparece empacado en bolsas, papeletas o en algunos casos en tubos de anestesia para dentistería. Hoy por hoy, la antes floreciente vía del Caquetá no es ni la mejor ni la de mayor capacidad de distribución. Los problemas de orden público, la presencia de los alzados en armas y del Ejército, han hecho mella en los procesadores y distribuidores. Debido a ello, la vía del Llano (que incluye territorios selváticos) es la más importante. En los terminales de transporte interdepartamental de carga y de pasajeros, se hace la primera distribución. En Bogotá, las zonas más críticas son Los Mártires, el parque España, Corabastos, el sector de Paloquemao y todas las demás terminales céntricas.

Buena parte del basuco llega a Bogotá en camiones. Los conductores han caído en cuenta de las ventajas del *boom* del alcaloide y aprovechan sus viajes a las zonas de producción para traer escondidas diez onzas, dos libras,

pequeñas cantidades que les reportan un dinero extra. Desde luego los mayores beneficiados de la economía del basuco son los cultivadores de coca, que en la mayoría de los casos producen también el alcaloide. El transportador gana mucho menos, al distribuidor callejero (parte importante del lumpen proletariado) apenas le alcanza para sostener el vicio, pues casi siempre es un adicto. En cambio, el gran distribuidor, el que vende en las llamadas «ollas serias», puede volverse millonario. Las ventas en dichos sitios, por lo general ubicados al norte de la ciudad, son enormes. Noche a noche decenas de autos elegantes se detienen frente a sus puertas y los ejecutivos o personas con buenos ingresos compran en abundancia el basuco para sus rumbas. La economía del basuco llega inclusive a beneficiar a ciertas autoridades que conviven con los distribuidores y reciben el «impuesto» por permitir la distribución. Inclusive en ciertas partes del país hay largos y viejos padrinazgos políticos que se confunden con la mafia y protegen judicialmente al gran distribuidor.

Como economía marginal, la del basuco no obedece a la ley ni a la moral. Los cultivadores y procesadores son secundarios, en su mayor parte colonos llevados por los terratenientes a zonas inhóspitas. Se les entregan tierras y provisiones para que desmonten una zona perdida, selva adentro. Una vez la cosecha está lista, aparecen los químicos o «cocineros» que procesan el alcaloide en plena selva o en pequeños puertos fluviales. El químico bien puede ser socio o asalariado y en la mayoría de los casos es adicto. Viene intoxicado por el proceso mismo y su promedio de vida es muy bajo. Además cabe la posibilidad de que, por una mala mezcla, todo el laboratorio explote con él en medio. En algunas zonas se acostumbra importar la pasta de coca del Brasil y de Bolivia y procesarla en las selvas colombianas. Para la temporada siguiente los propietarios contratan otros colonos y otros químicos y vuelve a empezar la producción. El negocio se puede dañar si aparece la guerrilla. Sin embargo, los que pueden caer son los químicos, los asalariados y los colonos. Los «capos» están salvaguardados por su posición política y económica. Son los capitalistas de esta nueva plusvalía emergente que afecta a distribuidores, profesionales de la química,

vendedores, colonos, cultivadores y a los ejércitos de mercenarios al servicio de la nueva burguesía marginal.

Existe otro eslabón económico: el Club de los Adictos. En ciertas «ollas», a los basuqueros se les da el servicio de «local». Así, pueden fumar con tranquilidad. Ciertos «clubes», bastante conocidos en el norte de la ciudad, se convierten poco a poco en fumaderos consuetudinarios, con expendio de licores.

EL CORTE

Al llegar el basuco a Bogotá, su precio de venta es de 400 pesos por papeleta. Ese basuco, por lo general con alto contenido de alcaloide, es rendido, «macheteado» o «cortado» con laxantes, talcos, harina y todo lo que se le parezca a la vista. De esa manera el vendedor, al expenderlo a 500 pesos, gana 100 y además, al rendir el basuco, puede llegar a ganar el 100 por ciento de su inversión. El hombre que «papeletea» en la calle, tan sólo recicla su dinero para poder comprar más al distribuidor interdepartamental. Este en realidad no gana nada pues el dinero que le entra al venderlo lo utiliza en su propio consumo. Se forma un círculo vicioso que implica comprar, vender, fumar, pagarle a la ley un «impuesto», volver a comprar, etc.

Hay ciertos «jíbaros» o vendedores que llevan basuco a domicilio. Hacen parte de los expendedores serios, que no fuman la base. Ellos ganan, pero buena parte del dinero lo pagan a los padrinos que los protegen de la policía, o lo utilizan muchas veces para comprar determinados funcionarios para continuar su labor. Una «olla» seria, bien organizada y establecida, produce mucho movimiento: carros, motocicletas, sardinos «empepados». Es evidente que la autoridad se da cuenta de ello. Hace caso omiso por comodidad o por negocio. Las «ollas» del norte de la ciudad, Los Héroes, carrera 15, avenida Pepe Sierra con carrera 19, producen un gigantesco movimiento los viernes y sábados por la noche. Decenas de ejecutivos y adolescentes las frecuentan cada momento, pues el basuco se acaba con facilidad. Calcular los ingresos y las ventas de estas personas, sería imposible.

En las «ollas» finas y aun en las «perratas» muchas veces se le fía al adicto. El objetivo es bien claro: «colgarlo» de la droga de tal manera que se convierta a su vez en distribuidor para otras personas con lo que pueda pagar su vicio. El «jíbaro» le entrega cierta cantidad que con seguridad el adicto, considerado ya como amigo de la «olla», se fumará en su mayor parte. Al exigirle las cuentas, no podrá pagar: «Hermanito, entonces para pagarme

(media siempre la fuerza de un revólver o de una amenaza de muerte) tendrá que trabajar un poco». De ahí es muy difícil salir a lugares distintos de la cárcel, el hospital o el cementerio, como en la canción de Daniel Santos. Estos ciudadanos, jóvenes en su mayoría, son muchas veces el desconocido que aparece en un potrero con una bala en la cabeza y los bolsillos vacíos.

LUMPENIZACIÓN

Los «ejecutivos» o gente con dinero no tienen problemas para mantener su vicio. Pueden pagarse rumbas de doscientos mil pesos y de dos o tres días. Pero el adicto adolescente pierde el poco estatus que tenía. Necesariamente tiende a lumpenizarse. Llega con algún dinerillo, lo invierte, se fuma la mitad, vende otro poco. Al día siguiente aparece con su grabadora y la licuadora de la casa. Más tarde con el reloj, las camisetas, los bluyines, cada vez más temeroso del sicario que siempre pone orden en la «olla»: «¡No me vayan a armar agite aquí y me van pagando la mercancía!».

Un bazuquero urgido es capaz de matar, de robar a sus padres y, como ocurre en muchos sitios, como en el norte y el sector de las Torres del Parque, venderse a los homosexuales. Si las tendencias son muy marcadas, acaba de noche en la carrera séptima, en el centro o en el sector de Los Héroes convertido en travesti, siempre con la violenta paranoia del basuquero.

LA CULTURA DEL BASUCO

El basuquero se levanta tarde. Reinicia hacia el mediodía el ciclo cotidiano que lo lleva una vez más a la sensación del «colgado». Quizá llama a su amigo de basuquera y le pregunta:

—¡Qué man! ¿Se va a embalar?.

El otro le contestará:

—No, hermano, tengo medio culo en la caneca.

—¿Sabe qué, viejito? Tengo una chaqueta. ¿Será que me la cambian por un zuco?

—Pues si quiere lo acompaño adonde el «jíbaro».

No caminan ni lento ni rápido, y aunque físicamente pueden ser iguales a cualquier otra persona, se les nota la pinta. Y si uno se acerca, se da cuenta de que tienen los huesos de la cara marcados, las ojeras intensas y la piel de repente transparente o de un tono como el de las lagartijas.

Llega la noche, aparece el basuco, hay un sitio donde fumarlo. Los basuqueros ya son cuatro. Si hay una botella de brandy, nadie la repudia y empieza la fumata. Los basuqueros prefieren las circunstancias de absoluta seguridad. Que nadie los vaya a importunar, que las ventanas se puedan abrir, que haya un baño muy cerca y que ninguno de los comensales de este extraño banquete gaseoso distorsione la aparente pasividad de los fumones. Con los primeros chupetazos al cigarrillo repleto de zuco aparecen la paranoia y el silencio. Basta mirarse, decir una que otra frase siempre en torno al zuco, e ir acumulando en el cenicero decenas de filtros de cigarrillo. Alguien se levanta y dice: «Desconecten el teléfono». Se vuelven un poco eremitas los basuqueros, en un ascetismo donde siempre median el temor, la ansiedad y por supuesto la culpa. Cuando ya se han fumado dos o tres cigarrillos hacen los preparativos para la larga basuquera; toman antidiarreicos y pastillas contra la náusea. Si hay alguien invitado a la rumba silenciosa y opaca, los demás se sienten un poco sometidos a su decisión. Se le dice no hasta a la música. Sólo quedan los sillones, el cigarrillo y el montoncito de basuco que

va decreciendo. A cierta hora sobreviene la necesidad de estabilizarse. Se destapa la botella de brandy y nadie se preocupa cuando el otro se levanta y vomita sonoramente. Se respeta la autodestrucción, un pacto a destajo con la muerte.

Sin embargo los bazuqueros organizan de repente su cubículo. Abren las ventanas, limpian el cenicero, acomodan las sillas y hacen una pausa de media hora. Es la paranoia misma la que les impulsa a esta asepsia convulsiva. Pasado el recreo, se amontonan las colillas y de nuevo el aire saturado de ese olor a baquelita quemada produce la náusea.

Si alguien está muy embalado se toma un largo trago, se acuesta un poco y recupera la ansiedad para seguir fumando. En toda reunión de basuqueros están dispuestas las pepas tranquilizantes. Ya amanece. No se ha comido, no se ha dormido, pero todo el mundo está en aparente reposo. Los basuqueros «muerden sábana», dan vueltas en la cama, los ojos están tan irritados que dan ganas de ponerlos sobre una mesa, la cabeza duele, parece casi un pedazo de basuco y el olor ha penetrado hasta la raíz del pelo. Por fin aparece el sueño. Han pasado quizá veinticuatro horas y al despertar la taquicardia se revuelve con la culpa de la basuquera misma, por el dinero gastado. En ese momento el zuquero se encamina a otra noche de olor a caucho quemado. Sale y vende un par de zapatos, consigue el zuco, llama al amigo, ya no se puede convivir sino con zuqueros. Es tal el guayabo que una ira o un grito de sorpresa le pueden causar un paro cardíaco. Al atardecer la escena está otra vez dispuesta para la autodestrucción.

COMBINACIONES

Aunque la manera más común de utilizar el basuco es fumarlo revuelto con cigarrillo rubio, los zuqueros se traban de varias maneras. Existe el «maduro con queso», mezcla de marihuana y basuco o de basuco y cocaína. Se consume fumado y con marihuana y al parecer estabiliza por la sensación de tranquilidad que produce la bareta. En Cali y la costa atlántica es muy común fumar el basuco directamente: se pone en una cucharita, se calienta con una vela, se dispone una botella sin fondo y cuando el basuco se enciende se coloca la botella para que el humo ascienda hacia el pico donde la boca lo succiona y lo manda directo a los pulmones. Los hay tan apresurados que simplemente lo queman en un pedazo de metal y lo aspiran. Los zuqueros conocen la calidad de lo que fuman y saben qué basuco los «enzorra». El pecoso (lo llaman así pues al quemarse el cigarrillo el papel aparece con pecas marrones) tiene poco alcaloide; el «negro» deja el papel del cigarrillo ennegrecido por el aceite intenso del alcaloide. Este tiene gran concentrado del alcaloide. El basuco más apetecido es el de color blanco, similar a las sales de ajo. El de color marrón tiene alto contenido de gasolina y se consume con gran rapidez. Es en extremo tóxico. Los zuqueros saben que si al quemarlo en la cucharita quedan residuos, son los rastros del corte: «Ese zuco era puro cafuche».

¿POR QUÉ TODO EL MUNDO FUMA?

El basuco es una droga en cierto sentido para gente torpe, de bajo nivel cultural (así sean gerentes), sin estímulos sensibles, estéticos o creativos. Para fumar basuco no se necesita ser rebelde ni imaginativo. Produce tan sólo el vicio del vicio. No despierta la sensibilidad como la marihuana, ni la euforia como el alcohol. No permite percibir la realidad de otra manera. Sólo produce ansiedad y en ciertos casos una fútil sensación de poder. Pero un poder ni siquiera ligado a la fuerza sino a la debilidad.

Quizá por estas características el basuco se ha expandido por todas las clases sociales. El basuco es tan del lumpen proletariado como del alto funcionario o del gran burgués curioso por la droga. Se fuma (como se utiliza la cocaína) en las discotecas destartaladas del centro de Bogotá, en los clubes privados, en los cocteles de la gran sociedad y en las fiestas de la *gaycracia*. Toda esta gente le rinde culto a la «crema mágica», a la ansiedad. El que tiene dinero fuma el basuco sin problemas distintos al de una posible adicción. El que tiene menos puede volverse vendedor, jíbaro, y caer en las redes de la distribución. El que no tiene muere en la calle, se vuelve atracador o va a dar a la cárcel.

Toda esta gente adquiere una cultura, una forma de ser y hasta un lenguaje particular. Saben que los viernes es el «día del zuco», van a las ollas de aparente alcurnia o a los huecos hediondos del sector de la Plaza España o de Los Mártires. Lo consiguen por los lados de las Torres del Parque, en la carrera 15 con calle 74, por la Pepe Sierra, en el Kennedy o por la séptima con 24. Cuando están embalados se dicen «zucolocos», hablan de la zucostumbre, van al zucocine, se meten al zusuki, zuconsumen, hacen zucorumbas, les palpita el zucorazón, ponen zuconejo, los persigue la zucoparanoia o la zucopolicía, andan con zucombo, se zucorren, a veces zucomen, van a donde el jíbaro para la zucomprahasta que zucosicosean, los zucoencanan y a veces se zucomueren.

MUERTE POR BASUCO (II)

Primer síntoma, el Miuc: Me Importa Un Carajo

Bogotá está invadida: lo venden en las esquinas, en los bares, en las discotecas, por la calle. El basuco puede causar autismo, ceguera, psicosis, demencia y, definitivamente, mata la libertad.

Por lo general las ollas (el zuconombre de los expendios) prefieren tratar con veteranos, gente que no molesta, que va a lo suyo, que está desde tiempo atrás grotescamente dispuesta para la decadencia. Si alguien frente a una olla norteña conocida por su seriedad se zucoenloca, no le vuelven a vender. Es un peligro para el negocio, da boleta.

Aunque para el profano el olor es en definitiva desagradable, los zuqueros distinguen la calidad del producto por la acidez de este. Entre más fuerte, más hediondo, más tos produzca, es mejor su calidad. Algunos soldados, sobre todo los agentes de la Policía Militar, son declarados adictos al basuco. Los basuqueros, a diferencia de los cristianos, saben que todos los caminos conducen a Cartagena del Chairá, ese pequeño puerto caqueteño sobre el río Orteguzza por donde entra buena parte del basuco nacional. Pero dentro del comercio del basuco hay otros personajes clave además de los distribuidores: no hay taxista nocturno de la capital que no sepa dónde se vende el basuco. Muchas veces los adictos que han pedido una olla, sólo toman un taxi con la seguridad de que el conductor los llevará al zuco. Los zuqueros tienen empaques especiales para llevar el material. En sus billeteras agregan un pedazo de plástico destinado a proteger el basuco que con facilidad es destruido por la humedad. Los vendedores papeletean en discotecas, por la calle, en las narices de la policía. Las prostitutas lo venden, los empleados de los bares, los maricas en las esquinas. Muchas veces paseando por alguna avenida concurrida de la Bogotá nocturna, surge el olor

a bazuco hasta el punto que uno cree que se está quemando la sucia parte de la ciudad que se cuece desde el anochecer de un viernes.

ZUCOSIQUIATRÍA

Al cerebro del basuquero no le ha pasado nada. Inclusive ni sus neuronas se le han muerto. Apenas están un poco intoxicadas. Cuando está trabado sufre de un alertamiento total del sistema nervioso central, una alucinosis en parte producida por la gasolina que tiene el zuco. Cuando se lo fuma le pasa lo que a un bombillo de 110 voltios cuando recibe una descarga de 150. Al cabo de cierto tiempo el basuquero se ha convertido en su propio personaje, en su deseo inconsciente que «emerge» hacia su interior. Por eso se queda callado, no exterioriza, se le «pega la aguja».

Como psicodisléptico el basuco actúa sobre los centros del placer y del dolor. Actúa con la misma facilidad en la mente del adicto como en la del ratón de laboratorio a quien le ponen a pisar una palanquita que le produce placer. En el caso del zuquero, el adicto cada vez que se mete un nuevo zuco espicha la palanquita del dolor para dejar de sentir dolor, pero la adicción consiste en que al dejar de espicharla, sigue sintiendo dolor. Si sigue en el asunto, su médico le dirá que puede llegar a estados de psicosis tóxica o a una demencia precoz.

Al adicto ya se le ha creado un estado psicológico, pierde la combatividad para la vida diaria, y se siente inclinado a la agresión y la maledicencia. Es (como lo explica el psiquiatra Ignacio Vergara) como si estuviera nadando y en la mitad de un río tomara basuco. De inmediato dejaría de ver la meta, no querría atravesar hasta la otra orilla, y tan sólo se dejaría llevar como un coco viejo por la corriente. Se le rebota el inconsciente colectivo, se crea una ideología marginal, si es que el marginalismo le pone la mano al fuego por la ideología. Y como la asociabilidad que produce el zuco no puede ser total, pues sobrevendría el infierno, se crea un zucocombo, su grupo de iniciados. Su adicción es psicológica y empieza a sentir la inutilidad de cada trozo de tiempo. Entonces por fin ha llegado a estar bajo los estímulos del síntoma del Miuc (Me Importa Un Carajo).

Los basuqueros la llaman «ansiedad del bolero», esa que lo obliga a pedirle más a la vida, y la vida es sólo uno y otro basuco a lo largo de una noche. El basuco insensibiliza como la morfina (un informe médico norteamericano asegura que es un perfecto sucedáneo en síntomas y rasgos de adicción de la heroína y los opiáceos en general).

Es quizá por eso que Ignacio Vergara considera que los tratamientos psiquiátricos tradicionales no sirven para nada. Hay que sensibilizar a la gente y el único rasgo de sensibilidad que puede dar un adicto es la conciencia de su propio estado. «No acepto pacientes que no vengan por sí mismos. No puedo ayudar a los que traen a la fuerza», dice el psiquiatra. Es tan psicológica la adicción que en las clínicas se experimenta con sustancias inocuas que le son dadas al zuquero como si fuera basuco. El paciente asume de inmediato por vía de su imaginación el efecto psicológico del basuco sin haberlo fumado.

En cuanto a la duración, la intensidad del efecto y los efectos secundarios, dependen de cada persona. Hay un margen de subjetividad en toda droga que impide elaborar teorías despersonalizantes. Cada adicto tiene su propio universo alucinado, maneja la droga dentro de sus márgenes más individuales.

Si se quiere buscar el origen de las adicciones, no se puede dejar de hablar de la cultura misma en que se adoba el adicto. El cristianismo (con su carga moral, en muchos casos castradora del impulso sexual y de la espontaneidad en el comportamiento) produce traumas que sólo la droga resuelve. Pero los resuelve de manera ilusoria. El adicto se sensibiliza por la droga, pero el vacío existe aún en su mente. Vacío social, educativo, cultural, estético. La droga sólo le puede dar una voluptuosidad que no es la de la naturaleza de su estado normal. «Si el sentir que castra la sociedad es despertado de forma artificial, el regreso terapéutico no debe ser al mismo punto inicial de insensibilidad que causó la adicción, sino a una nueva etapa de conciencia», explica Vergara. «El basuco es como el ají: entre más se come, más se pierden los demás sabores y más se quiere volver a sentirlos comiendo aún más ají», agrega. Él es partidario, para el caso del zuquero y de los adictos en general, de la terapia de permisividad social, de la sensibilidad

por la vida diaria, sea la que sea, y cuenta una historia para ilustrar el tema: un ejecutivo era adicto al basuco. Tenía mucho dinero, prestigio, esposa, hijos. Un día dejó todo y hoy tiene una casa sobre la costa atlántica, pesca, cose redes y vive la naturaleza con una amiga. Dejó el basuco pero no regresó a su vida insensibilizada. Trascendió a una etapa que en su caso era la adecuada para vivir medianamente feliz.

QUÍMICA Y EFECTOS NOCIVOS

Existen tres métodos para preparar el basuco y en los tres casos se utilizan elementos inadecuados que intoxican. Se prepara con gasolina que contiene plomo. Se le agrega cloroformo repleto de impurezas, a veces contiene benceno, prohibido hace seis años por ser un comprobado agente cancerígeno. El basuco arde a 98 grados pero al entrar al organismo las partículas descienden a la temperatura humana de 37 grados. En ese momento se produce un fenómeno de «sublimación» y el basuco se cristaliza de por vida en los bronquios y pulmones. Otros procedimientos utilizan alcohol metílico para extraer la esencia de la coca. Es bien sabido que ese tipo de alcohol suele producir ceguera. Además, los «cocineros» utilizan sustancias que en términos químicos «no son grado reactivo», esto es, que son pésimos solventes que dejan sedimento en el organismo.

El basuco (fórmula química C_6H_5CO) es un alcaloide, pertenece a la familia de las erithroxyláceas y fue aislado de la coca brasileña por el químico Galden en 1844. Hace parte del grupo de los tropanos y sus hermanas son la escopolamina (burundanga), la cocaína, la atropina y la omatropina. Su verdadero nombre puede ser, según el procedimiento para sintetizarlo «Erithroxylon-coca-Lamarck», o bien, Metil-benzoil-econina.

ASÚSTENSE

El basuco puede causar autismo, ceguera, psicosis, demencia. Ojo basuqueros: el principio es fresco pero al cabo de los meses descolgarse (si se quiere) es más doloroso que todo lo demás. Al crear un mundo interior en apariencia más rico que el exterior, ya no se puede regresar con facilidad a la realidad. El basuquero llega a la droga por culpa, con culpa vive en ella y al dejarla rescata de nuevo la culpa. Al fumar encuentra la palanquita que le da el placer por el desplacer (por eso el basuquero, por lo general es una persona torpe en el sentido no mecánico de la inteligencia). Cada vez pierde más la capacidad de relación, y por ello crea con sus posibles relaciones más dependencia. El basuco mata la libertad. La marihuana y los alucinógenos en general en cierto sentido la permiten y muchas veces la exaltan. La marihuana es completamente distinta al basuco. Con ella se puede convivir, trabajar, crear. Con el basuco no. Existe la posibilidad de salir del círculo del basuco, pero muchas veces la salida es tan fuerte que la única solución de la mente es optar por la demencia. Al basuquero no se le debe reprimir ni condicionar. La única posibilidad de sobrepasar la adicción está en sí mismo. Quien ha entrado en el mundo del zuco y quiere salir, lo logra. El que no quiere, cómo diablos va a salir. En Colombia desde los años sesenta hay toda una tradición familiar de llevar al adicto con la Policía a las clínicas psiquiátricas. Ignacio Vergara en este sentido dice: «Si alguien quiere ver perdida a una persona con la droga, basta la más mínima violencia, el menor gesto de represión, para que actúen mecanismos que harán en el adicto cada vez más fuerte el sentimiento de autodestrucción».

Si usted ha probado el basuco, le han dado náuseas y diarreas, se le sube o baja la tensión, suda en exceso, le dan taquicardias, ansiedades, paranoias, ve en todas partes a la policía, ¡pilas! ¡Se está volviendo adicto!

VOCABULARIO MÍNIMO DEL BASUCO

BARETA: Marihuana.

BASUCO: Alcaloide extraído de la coca.

CAFUCHE: Producto de mala calidad.

COCINERO: Químico que prepara el basuco.

COMBO: Grupo, amistades.

CORTAR: Machetear, rendir el basuco con laxantes.

COLGARSE: Volverse adicto.

DESCOLGARSE: Evidentemente, dejar la adicción.

CHULO: Jovencito que se vende en sentido sexual a los homosexuales.

DAR BOLETA: Exhibirse de manera peligrosa. Posibilidad de ser encarcelado.

DOWN: Depresivo.

EMBALARSE: Fumar mucho basuco.

EMPEPADO: Se dice del que ha ingerido *mandrax*, *jumbo*, *qualude* (depresivos).

ENZORRARSE: Los zuqueros describen esta sensación como «tener el rabo entre las piernas».

GAY: Homosexual.

HACER LA LÍNEA: Vender basuco en una discoteca.

JÍBARO: Vendedor de drogas.

LOCAL: Sitio para fumar basuco.

MACHETEAR: Mezclar el basuco con otros elementos.

MAN: Hombre.

MORDER SÁBANA: No poder dormir por efectos del basuco.

OLLA: Sitio donde se vende droga.

PAPELETA: Papel que contiene medio gramo de basuco.

PAPELETEAR: Vender papeletas de basuco en discotecas o en la calle.

PATRASEAR: Convertir la cocaína en basuco.

PEGÁRSELE LA AGUJA: Quedar enfermo y adicto.

PERICA: Cocaína.

PERRATA: De baja condición.

PILAS: En este caso, ¡cuidado!

RUMBA: Fiesta, reunión.

TENER MEDIO CULO EN LA CANECA: Estar ansioso de drogas y sin dinero.

TRABARSE: Fumar basuco o marihuana.

ZUCO: Basuco.

ZUQUERO: Consumidor de basuco.

RACISMO

Hace no menos de veinte años presencié una escena de violencia en el Parque de la Independencia, en pleno centro de Bogotá. Diez o quince skinheads, cabezas rapadas criollos neonazis, atacaron a tres indígenas otavaleños del Ecuador. Brillaban los cuchillos y las botas lustradas en la noche capitalina. Aquella vez la cosa no pasó de unas cuantas patadas a los indígenas, que finalmente lograron huir. Eran un "doble objetivo": miembros de minorías étnicas y extranjeros.

Inmediatamente recordé escenas aun más viejas en los años setenta, cuando los anarquistas de la capital atacaban a los ultra derechistas de TFP, Tradición Familia y Propiedad, y los de TFP atacaban a los Juco, miembros de la Juventud Comunista. Hasta bombas de dinamita fueron activadas en aquella época, antes de la conformación de lo que hoy se ha dado en llamar "tribus urbanas" en las grandes ciudades del planeta, provenientes de la descomposición del proletariado en las metrópolis del Norte, lo que en tiempos de ideologías cerradas los marxistas llamaban el "lumpen proletariado".

La semana anterior en una calle de la rica zona norte de Bogotá, un joven sociólogo y músico "metalero" fue asesinado a puñaladas por un jovencito de 17 años que hace parte de un grupo se "cabezas rapadas", los Sharp, que se definen, como su sigla lo indica, como Skinheads Against Racist Prejudice, es decir, punkeros rapados contra los prejuicios racistas, un grupo de marginales urbanos expandido por el mundo entero, como lo demuestran las innumerables páginas en Internet de sus filiales a lo largo y ancho del globo.

La historia bien podría ser banal si no hubiera terminado en un crimen. Una muchacha insultada, un joven que la defiende y una riña con cuchillos. Javier Alonso, el "Chigüiro" (en Colombia un chigüiro es un precioso roedor de los llanos del oriente), como se hace llamar el asesino, fue capturado rápidamente por la policía, pero el día del crimen, a las 11:45 p.m., tenía 17

años. Quince minutos después sería mayor de edad, de tal modo que será juzgado según el código del menor y tendrá una pena mínima por el atroz crimen que cometió.

Lo curioso del asunto es que este grupo de Sharps generalmente ataca a otros cabeza rapada, como los neonazis, precisamente por racistas, pero esta vez esa violencia urbana latente derivó hacia la muerte de un joven de 24 años, Julián Javier Prieto, que no era necesariamente un "enemigo" callejero. Prieto, ese sábado de su muerte, celebraba sus éxitos musicales con su grupo Hardcore Pitbull (clara referencia a los muy agresivos perros del mismo nombre) en el muy visitado bar Gótica.

Seguramente el Chigüiro no lo quería matar, pero esa violencia soterrada de la ciudad le guió la mano armada. Tiene suerte, en medio de todo: pagará un máximo de ocho años de prisión por ser menor en el momento del crimen y se salvó de una pena de hasta 40 años de cárcel. Fueron sus propios compañeros de "tribu", que quieren sanear la hoy comprometida reputación de los Sharp, quienes lo denunciaron ante la policía por ser un "muchacho violento".

Nadie sabe cuantos centenares de cabezas rapadas andan por las calles de Bogotá. Se conoce que hay cuatro grupos, los Sharp de una izquierda moderada, los RUK, Radicales Unidos del barrio Kennedy, los Rash, (Rojo anarco, cabeza, rapada) y la Tercer Fuerza, violentísimos neonazis. Todos tienen equivalentes en el mundo.

Los Sharp de Bogotá parecen estar arrepentidos de lo ocurrido, pero aun así no niegan que participan regularmente en actos de violencia. Encontramos en una calle del norte de la ciudad a "Ramón" un joven Sharp de 19 años. Cuerpo tatuado, infaltable cabeza rapada, jeans pegados al cuerpo, chaqueta de tela negra, botas altas acordonadas y en su cara una mezcla de pequeños gestos de violencia facial y la natural frescura de su edad que lo hacen ver como una caricatura entre la ferocidad y la más tonta ingenuidad. Apenas con un pobre barniz de incomprensibles mixturas ideológicas, "Ramón" atina a confirmar que él es también anti-racista y que los hechos del trágico sábado no deben ser incluidos en lo que él llama sus "principios" sino que fueron producto de tragos y de confrontaciones coyunturales.

— A ese man lo mataron porque se rebotó feo. Se metió con el combo y el combo respondió.

—¿O sea que usted justifica ese acto de extrema violencia?

—No, qué va. Eso fue una súper cagada. Si lo hubiera chuzado suave, un puntazo, pues frescura. Pero el Chigüiro se desequilibró.

—¿Una puñalada que no mata es una puñalada correcta?

—Tampoco man. ¿Cómo le digo? Toca defenderse. Pero hay que saber usar la fuerza. Nosotros nos entrenamos y tal para pelear con los nazis y los fachos.

—¿Usted anda armado?

—Ahora no. Los tombos (la policía) andan mosca y nos tienen recontra boleteados (observados). Yo a veces cargo tubos y manoplas, y cuando nos toca ir a levantar a los nazis pues sí, llevamos chuzos.

—Usted debe saber que Colombia vive un proceso de violencia política y cotidiana tremendo. ¿No le parece una imbecilidad colaborar en ese huracán de muertes?

—Nosotros somos producto de eso. No nos inventamos esa vaina. Cuando yo salí a la calle la violencia ya estaba ahí. El problema es la sociedad colombiana podrida, sin oportunidades. ¿Si pilla el desempleo, el rebusque (la economía informal?

Así de simple. La violencia general ya estaba ahí y "Ramón" tan solo se pegó a una dinámica sin preguntarse nada sobre lo ético. De la ignorancia directamente a la violencia, de la sin salida a la salida sangrienta. "A mí lo único que me interesa es darles en la jeta a los nazis. Con decirle que por lo menos una vez por semana nos cascamos (golpeamos). A mí eso me gusta, la adrenalina, hasta las heridas me gustan. A las peladas (las muchachas) que también entrompan (pelean) les gusta el más áspero, el más bravo".

—Y además de pelear en las calles, ¿usted qué hace?

—Yo estudio, man. Estoy terminando el bachillerato y quiero entrar a la U a estudiar sociología como el man ese, el metalero que quebraron. Pobre man, de veras, cagada esa vuelta (ese asunto o negocio). Nosotros no atacamos a esas pintas (personas), como le digo eso fue un accidente. Nosotros sí somos justicieros. Les cascamos a los nazis porque se la pasan

maltratando a los indios, a los indigentes, a los negros, a las putas y los travestis.

A la violencia general en la ciudad de Bogotá se ha sumado de tiempo atrás este fenómeno de las "tribus". Según estadísticas de la propia alcaldía de la capital, hay días en los cuales se comenten hasta cuatro homicidios de jóvenes que no son mediatizados, que quedan en el anonimato y generalmente en la impunidad. Ocurre especialmente en las barriadas marginales como Cazucá o Ciudad Bolívar, que albergan a cientos de miles de desplazados por el conflicto armado en los campos, territorio de bandas, de milicianos de la guerrilla, de paramilitares. Son crímenes que no cuentan para la prensa, que esta vez se ha ocupado de Julián porque se trata de un acontecimiento insólito que involucra a jóvenes de la clase media y no a sectores netamente populares.

Datos: La Personería de Bogotá calcula en 200 los jóvenes muertos cada año en esas zonas de la capital. El Banco Mundial informa que Colombia tiene una altísima tasa de homicidio juvenil de 213 por cada 100.000 habitantes. Desde luego, la mayor cantidad de muertos por la guerra entre ejército guerrilla y paramilitares son jóvenes, como en todas las guerras.

Los Sharp de Bogotá se han disculpado y han colaborado con las autoridades para aclarar el crimen de Julián. Pero aún así, en las noches bogotanas de hardcore, metal o punk, centenares de muchachos están al acecho unos de otros, para agredirse por tener una marca distinta dentro del cretino imaginario de sus costumbres violentas. Son parte de ese submundo desencantado que divaga entre un cruel romanticismo y el "deporte extremo" de agredirse. Son parte de la decadencia occidental que ha generado la existencia de estas "tribus urbanas", algunas tan frenéticas y locas como el puñado de jóvenes israelitas que fueron capturados también en días pasados por neonazis.

GODOFREDO CÍNICO CASPA Y BOGOTÁ

¡A VOTAR POR NUESTRO SEÑOR DE LOS BOLARDOS!

A mí que no me vengan con encuestas chimbas, seguramente manejadas por la subversión, mediciones caguaneras como bien lo dicen ese par de buenos mozos talentos que son José Obdulio y mi sacristán Yamhure (convertido hoy en monje de clausura en un monasterio español).

Sí, encuesticas de medio pelo todas, que se salen del marco tradicional del apoyo a los candidatos del sistema y de la decencia y se atreven a presentar resultados favorables a la gleba, a los lobos, los mañés y a la izquierda.

Después de haber hecho encuestas correctas y conducidas para que fueran favorables a Quique Peñalosa, ahora, llenos de miedo por los ladridos de los columnistas marxistas y del periodismo anarquista, publican en una en la cual sigue ganando el gamín de ojos de cocodrilo ese del Petro, terrorista bolivariano, panclasta de la democracia.

¿Cómo se les ocurre inclusive poner de segunda en esa vaina a la tal Gina Parody, una marimonda carnavalesca que hasta feminista debe ser?

¡Carajo! Sean firmes. Hay que atajar al costeño ese que con su programa social y humano para Bogotá, va a acabar con lo poco que queda de decencia y va finalmente lograr igualar la guacherna a nosotros la gente del Norte. ¿Todo el mundo almorzando en el Balzac? ¡No seamos tan pendejos!

Nos quedan pocos días para derrotar al gozque ese manteco, al Petro que pretende dizque la gratuidad del agua, en lugar de privatizarla como dictan los cánones del negocio global en que estamos metidos todos los empresarios. Y digo todos porque mi legítima Matilde y yo tenemos unas inversiones en cementerios privados y en funerarias, que además de asegurarnos de manera literal el futuro, nos permiten ir a mercar a Pomona a

punta del usufructo de bóvedas y ataúdes, con el valor agregado del negocio, que es quedarse con las prendas de muertos y muertas que empelotamos antes de incinerarlos. Pero esa es otra historia...

No me canso de decirlo: solo una persona que escucha, simpática, tolerante, de buen humor, nada pedante, que anda en cicla cuando hay fotógrafos, debe ser alcalde. Me refiero a Enrique Peñalosa, con un programa de capitalismo lindamente salvaje, como las babillas o los churucos. ¿No es dizque estamos en los tiempos de proteger lo silvestre?

Y me lo critican. ¿Qué son 26.000 losas de Transmilenio destrozadas en la Troncal Caracas por un exceso de arena en la mezcla durante su gobierno, frente a la plata que se chorriaron los Moreno? Un gobierno como una prostituta, sin lunares, es sospechoso.

Además, se trata de gobernar y de eso solo sabe la gente de bien, la inteligencia superior. O sea, la derecha, con 200 años de resultados positivos que ahora el enemigo nos los tilda de falsos. No en vano detrás de Peñalosa, con los pies en el barro (no vayan a creer que en el fangal de la corrupción que dejó su gobierno, como de mala manera lo quiere hacer ver el comunismo internacional) y con el megáfono en las manos, aparece la litúrgica pintura, la evanescente figura de Álvaro Uribe Vélez (de pie todos) pilar ético, columna moral sobre la cual se apoya nuestro gigante Señor de los Bolardos.

Con Peñalosa de nuevo en la Alcaldía de Bogotá, Álvaro Uribe recuperará un buen pedazo del poder que perdiéramos cuando la bigornia de la Corte Constitucional nos dañó al Opus Dei el caminado hacia el tercer periodo de su excelencia, el adelantado paisa. Será Uribe quien decida y Peñalosa quien ejecute... claro está, en el sentido administrativo del término.

Con Uribe de nuevo mandando esta vez en Bogotá chuzaremos, yidisieramos, urielharemos, tendremos nuestro programa de Agro Ingreso al Parque, nombraremos a los Nule directamente directores del IDU, le haremos su Operación Jaque con insignias de la ONU a las ollas de basuqueros, entre otras grandes obras. Sin olvidar encomendarnos este domingo a Nuestra Señora del Buen Concejo, para que nos organice en las urnas a nuestra inveterada clientela.

Y ahora miremos las descabelladas propuestas de Petro.

Dizque “Seguridad Humana” diseñada con y para el pueblo. ¡Cómo se le ocurre tamaña bestialidad! La seguridad es para la gente que tiene plata. A la indiana ¿qué le van a robar que no sean las plumas? La Fuerza Pública debe proteger a la nación y la nación somos los blancos de las capas altas. Lo demás es músculo, fuerza de trabajo.

Dizque “Participación ciudadana”. ¿Cómo así eso de consultarle a la gente sobre las decisiones de gobierno? Si la gente lo elige a uno es para que uno haga lo que se le dé la gana, una vez entregado el voto. Tanta democracia hace daño, perturba las probadas tradicionales estructuras sobre las cuales se sostiene nuestra sociedad. Nada de consulticas. Con Peñalosa sí somos capaces de hacer las vainas sin consultarle a nadie, o bueno a casi nadie, perdone respetado Presidente Uribe.

En Movilidad dizque pasajes más baratos y dizque Metro para el pueblo. ¡No señor! Todo va unido, gran pendejo. Que suban adecuadamente las tarifas para que los empresarios y dueños de lo que hay y del futuro metro, sean los que ganen, como debe ser. Y que el pueblo decida sobre el transporte: ¿quieren que los zorreros digan por dónde debe ir Transmilenio?

En materia de hábitat esta bestia pretende impedir los desalojos y fortalecer la vivienda en el centro. O sea que a quienes vivimos de la renta ¿nos van a dejar ser invadidos por la gleba? Van a quebrar el sistema financiero acabando con las deudas upaquisadas? ¡Terroristas, bolcheviques! El centro es un nido inviable de ñeros e intelectuales, de artistas y profesores, gente toda poco recomendable. Que el clasudo y elegante Jean Claude Bessudo sea nombrado en la secretaria de Hábitat por Enrique.

Dizque abaratar la comida y seguirle dando de tragar gratiniano a la pobra y a los escolares. Carajo, al pueblo hay que dejarlo en sus justas dimensiones alimenticias, no va y sea que le dé por pensar y le dé por votar a su favor. Los comedores populares para sectores pobres y estudiantes son pura demagogia y populismo. Lo único que se logra es que se envalentone el proletariado y luego le dé por pedir educación, vivienda, cultura y demás. La malnutrición popular y la comida cara, son la divina y superior fuente de la

estructura social que nos ha permitido vivir en orden. Romper esto es generar el caos insurreccional.

Dizque democratizar el saber. ¿O sea que todos filósofos? Y entonces ¿quién muele físicamente?

Dizque bajarles a los pobres las tarifas de los servicios públicos. Entonces ¿además de pagarle salarios desproporcionados al trabajador (estoy por un mínimo de 150.000 pesos Angelino mañoso), la gente decente tiene que subvencionarles los servicios? ¿Agua gratis? ¡Nada gratis! ¡Empezamos con el agua y terminamos con el sexo!

Dizque aumentar la calidad, la gratuidad y el cubrimiento de la educación popular. Eso, ya lo dije, es cuchillo para nuestro propio pescuezo. ¿Internet para todos? ¡Si es justamente ahí donde se organizan para protestar y joder! Pura sedición.

Dizque una salud que no sea mercancía. Si la salud, como lo sabemos, es uno de los grandes negocios contemporáneos. Que la gente se enferme y no la traten y se muera, son apenas daños colaterales.

A votar piadosamente mijitos por Peñalosa-Uribe, garantía de clase, de raza y de credo.

“ME TUVE QUE EXILIAR”

Con agobio y presión en la sagrada víscera e insoportable dolor de patria, debo informarles —queridos lectores— que estoy probando el amargo caviar del exilio.

Yo si cumplo lo dicho y le soy fiel hasta las últimas consecuencias a mi palabra. Tal vez ustedes no lo sepan, pero de manera quizás premonitoria le anuncié a mi amplio círculo de amigos que me iría de Bogotá si ganaba Petro y de Colombia si perdía Uribe. Las dos cosas, atroz destino, ocurrieron. Se lo dije a mis amigas damas grises de la Cruz Roja, a las legiones marianas, a las directivas conservadoras, a Monseñor Rubiano... que no podría soportar la derrota. Ni mucho menos la gradual —pero por desgracia cierta— pérdida de poder de Nuestro Amo Uribe (de pie todos).

En consecuencia les informo que desde ahora escribiré alejado de mi prostituido barrio Santa Fe, porque desde hace un par de días me encuentro en el Estado Vaticano, muy cerca de la plaza de San Pedro, compartiendo una celda, en el sentido monacal del término, con mi adorado Ernesto Yamhure quien también rompió corral, se fue del Platanal, ha tomado los hábitos y ha asumido en su carrera hacia la beatitud el alias de Fray Ganado de las Fincas.

Desde esta estrecha y húmeda... madriguera iba a decir, pero no, más bien desde este zaguán, invoco a los dioses de Colombia y a los buenos oficios de nuestros beatificados (no digo Santos porque me da piquiña) Laureano, Lucio Pavor Núñez, Gurropín, Mariano y demás para que aboguen ante el altísimo y que este nos devuelva la patria perdida, el jardín solariego, el Edén invadido, el paraíso tropical que nos han arrebatado a la gente de bien impostores leninistas de las tierras calientes como Petro o Fajardo o bien oligarcas trotsquistas de los páramos como el tal Vargas Lleras y el Juan Manuel.

Bogotá ha sido entregada por cuenta del populacho irredento a quien en mala hora se le dio el derecho al voto, al terrorismo. No lo había dicho, pero fuentes bien informadas que tengo en instituciones pulquérrimas y prístinas como el DAS (acabarlo sería acabar con la Inteligencia Superior) y el Concejo de Bogotá (faro que ilumina) me han contado la verdad de lo de Petro.

¡Ténganse de atrás! El alcalde electo por la gaminería con cédula, va a estatizar todos los centros comerciales y supermercados. El comercio que será ahora distrital, subvencionado por el secuestro, bajará los precios de muchas vainas atentando contra Fenalco y tocará ir de compras a los mimos lugares donde guisas y mantecas se abastecen de su consuetudinario chunchullo. Nos van a obligar a ir a las plazas de mercado y equiparán al distinguido Pomona con el Paloquemao ese, galería de ñeros y de polistas.

Petro va a dizque democratizar la salud, esto es, que la clínica Santa Fe y la Country se nos van a llenar de olor a cilantro, caldo de papa, changua y sobaquina. O sea, el tal Sancocho Nacional que promoviera hace años el jefe de Petro, el otro costeño ese peligrosísimo y libertino y promiscuo, el Bateman que siquiera se le cayó el avión ¡No carajo! ¿Qué es lo que quieren? ¿Que al lado de la gente limpia, clasuda y sin tanta melanina, en las mismas habitaciones nazca la gleba mestiza, los zambos, la lobarria, los choferes y las sirvientas?

Petro va a —óiganlo bien— a mandar construir vivienda dizque social (antisocial será porque nos va a llenar de hampones) en Santa Ana, Rosales, Provenza... ¡Carajo si hasta serán capaces de invadir las lindas propiedades versallescadas de mi amigo Jean Claude Bessudo en los cerros nororientales! Se nos va a ir todo el presupuesto y hasta el capital en contratar a la mitad de la indiada como celadores para que nos proteja de la otra mitad.

Y me he enterado —como si fuera poco— que Petro va a expropiar los clubes Jockey, Los Lagartos, Country, Gun, El Nogal y ¿cómo se llama ese lobísimo que queda por el lado de los cerros? Sí ese, el Metropolitan, para convertirlos en sedes alternas de la Universidad Distrital, para que se reproduzcan los salvajes papistas, fabricantes de bombas papa, como los

llama con toda razón Andrés Hoyos, ese dechado de simpatía, ese portento de las ideas, digámoslo claramente, ¡ese héroe civilizador!

A Petro hay que inventarle alguna vaina, pero va a estar difícil desde que JJ Rendón no nos acompaña, debido a la dolorosa derrota de Peñalosa y de la U en medio país. Pueden ser líos de faldas, hacerle algún montaje con travestis, falsificar alguna vaina para comprometerlo. No va a ser fácil y soy el primero en reconocerlo. El muy ladino de manera mañosa votó en el Senado para elegir a Su Santidad Alejandro Ordóñez, de tal modo que el gran católico y hermano del Opus Dei junto con el beato Andrés Uriel, va a tener que inventarle una vaina de mucho peso para destituirlo. Petro es un hueso duro de roer pero para eso tenemos hartos perros. Como Arias... ¡sí, señor Samper!

Con Enrique Bogotá hubiera no solo progresado, sino se hubiera privatizado de manera integral, con visión de futuro, marcando la dirección en la cual el mundo entero muy pronto irá. ¿Indignados? ¡Las pelotas!

Lo único bueno de la llegada de Petro, es que se tendrá que ir la Clara López, bicho comunista, que es ni más ni menos una ideóloga de la lucha y del odio de clases. Porque está bien y es legítimo que nosotros odiemos al sucio proletariado, pero el pueblo ¿qué derecho tiene a odiarnos?

Como ven mi exilio es más que justificado. Soy un refugiado político más, como lo es Fray Yamhure. Pero desde nuestra modesta celda, desde nuestro silencio mental, estaremos dando la batalla para el regreso de la cruz y la espada, del rosario y la motosierra. ¿Cómo me podría quedar yo en una ciudad donde van a pasar tantas cosas graves, que atentan contra el derecho humano de ser gente decente?

Y en el tema nacional las vainas también están color de hormiga, no solo debido a las diminutas pérdidas de poder el uribismo en regiones aisladas como Antioquia donde operan y gobiernan en la campiña verde los bandoleros sino, por desgracia, debido a las atrocidades cometidas por el gobierno del aguacate Santos, el comandante Angelino y el reyecito Vargas Lleras. ¡Bien Presidente Uribe (todos hincados) por lanzarse a la oposición total contra el régimen pecaminoso liberal-socialista!

Aténganse cachiporros porque los atacaremos por todos los flancos. ¡Viva el Milagroso de Buga! ¡Viva Juan Carlos Martínez Sinisterra, que sacó la cara por todos nosotros! ¡Porque en el Valle ¡más vale pájaro en mano, que ciento volando!

Le hago un llamado a la fuerza pública para que me judicialice a las decenas de miles de personas que en el municipio de Bello se atrevieron a votar en blanco contra nuestros honestos líderes (si, es la Fiscalía la que debe hacerlo, pero con esa señora ahí...), Eso es un delito electoral producto de la inmunda Carta esa del 91, la de Petro y de la otra bigornia del Rafael Pardo, cómplice del M-19, ahora para provocarnos nombrado ministro de trabajo, si señores de trabajo, por el tahúr Santos, por ese quinta esencia de la traición...

En medio del doloroso exilio todo este olor a incienso, todas estas campanas, me emocionan hasta el tuétano. Y me conduce a la plenitud saber lo cerca que estoy del Papa y de Dios. Aquí el único que me hace falta es Sabas.

¡NO A LA TOMA DE BOGOTÁ!

No hay que darle más vueltas a la cruda, infeliz y decadente realidad: la guerrilla se tomó a nuestra querida Bogotá. Lo que no pudieron hacer por las malas, lo hicieron suavemente, en voz baja, cogiéndonos de pendejos. La toma del poder por parte de la guerrilla, no es un peligro. Es un hecho.

Yo siempre dije, por allá en los años 90, que esa paz que el tontainas del César Gaviria firmó con los hampones del M-19 iba a terminar muy mal. En esa época yo era partidario de que, ya que los teníamos a todos esos terroristas concentrados y hablando de paz en el pueblito de Santo Domingo en el Cauca, había que aprovechar y cañonearlos y bombardearlos hasta que no quedara uno solo vivo. Pero se tenía que meter de liberal, o sea de cómplice, el hoy ministro, el tabarrón del Rafael Pardo a insistir en hacer la paz con esos filibusteros ¡y miren en las que estamos! En manos de terroristas sin ideología —porque ni marxistas son sino más bien bakuninistas— como el Petro ese y el aun más peligroso del Navarro a quien solo le deseo que la caiga gorgojo en la pata.

Más fácil oponerse y pelear con los del Polo que al fin y al cabo les cabe en la cabeza el maravilloso concepto de dictadura —aunque sea desafortunadamente la del proletariado— que tratar de joder a esa especie de muñeco inteligente y sagaz que es el Petro del demonio.

No me crean tan pendejo, carajo... Si la toma de un solo edificio como fue la del Palacio de Justicia, fue una bofetada para el país decente y católico, ¡qué tal ahora que no solo se tomaron el Palacio Liévano en el costado occidental de la Plaza de Bolívar, sino toda la ciudad!

En perspectiva histórica me pregunto: si alguna vez los tuvimos a todos presos en La Picota, ¿cómo fue posible que el establecimiento y nuestro egregio sistema pena y militar, no hubiera tomado la decisión de eliminarlos masivamente con Racumín o alguna otra vaina sin efectos colaterales?

Sí, estuvo muy bien y detuvo el proceso de la toma del poder por parte de los corsarios el haber, digamos... ajusticiado al bonitejo terrorista, al autodenominado Comandante Papito, Carlos Pizarro, un pecador en todo el sentido del término. ¡Gracias nunca olvidado y querido DAS!

Como también estuvo muy bien haber fusilado en esa casa del barrio Quinta Paredes al otro hampón, al autor intelectual de la inmunda Constituyente del 91, el criminal palestino Álvaro Fayad. O haberle mandado cinco batallones para matar a Iván Marino Ospina en Cali. Pero nos hemos quedado corticos en la eliminación del peligro y vean en las que andamos. ¿Cómo fue posible que habiendo creado nuestros éticos ejércitos de Auto Defensa, no se hubiera podido, digamos... darle curso a la voluntad divina y al deber patrio del magnicidio, una vez más?

Si uno deja vivas o sueltas a las alimañas, terminan reproduciéndose y votando de manera colectiva por ellos mismos. Pendejos que somos. ¿Y ahora qué vamos a hacer no solo con Petrovich (suena a bolchevique) en el poder capitalino, sino con los 700.000 guerrilleros que lo eligieron?

Por fortuna Nuestro Amo que ejerce la justicia pre pagada y el castigo divino preventivo para proteger a su feligresía devota y generosa con sus enviados terrestres, los Rubiano y demás prelados, sacó hace rato de circulación al más peligroso de esos truhanes, que de haber vivido estaríamos hace rato en la inmundicia del socialismo bolivariano. Me refiero, claro está, al criminal samario del Jaime Bateman, fundador de esa secta de insurrectos y de drogadictos que el país ha soportado bajo el siempre detestable nombre de M-19.

Con el cuentico del “sancocho nacional” y que “la revolución es una rumba” el proto-hampón costeño sembró esa semilla de bastardía que hoy por desgracia germina en la carrera octava con calle diez. Gracias a mi Dios un ventarrón tumbó la avioneta del bucanero mayor. Si hubiéramos permitido que ese o el Pizarro hicieran de las suyas, habrían llegado hasta el Palacio de Nariño y ahí si nos habría tocado emigrar a Costa de Marfil.

Pero ojo, que es eso lo que quieren. Ahí van a poner a bailar al Navarro para meternos el gol en el 2014. Y todo, además, en nombre del peor de los peores, del zambo ese del Simón Bolívar, terrorista histórico, chavista, que en

mala y equivocada hora el glorioso Partido Conservador asumiera como guía, siendo el batracio venezolano el peor de los cachiporros, el más peligroso de los comunistas y precursor del M-19 y en consecuencia maestro del gamín Petro.

Empieza pues el gobierno del guerrillero en Bogotá, y apunten mis palabras. Ahora comienzan a hablar de bajar las tarifas del agua para los pobres (a ver si se bañan al fin) y van a terminar aumentando los impuestos al capital, haciendo la terrorista reforma urbana, botando plata en más colegios para terminar de —peligrosamente— educar a la gleba. Ya van a ver. El Petro ese va a continuar los planes de alimentación popular. ¡¡¡Carajo!!!
¡¡¡Por Dios!!!

Van a desarrollar el cerebro de los proletarios ¡y eso va a ser gravísimo! Seguro que con salud y comida y educación, termina ocurriendo lo peor: que se mejoren los genes de la indiada y les dé por ser blancos. Si dejamos que Petro siga con esos planes, muy pronto vamos a ver como las masas inferiores van a querer de todo. Van a ser más fuertes y nos van a dar en la jeta, física y políticamente.

¿Las FARC y el ELN? Pendejas amenazas militares. El M-19 siempre fue y es una grave amenaza política para la tradición, la familia y la propiedad.

En vista de todo esto, solemnemente propongo desde ya la creación de un frente general y nacional contra Petro, una santa alianza coyuntural de la noble derecha en todos sus matices (desde José Galat hasta Miguel Maza Márquez, pasando por su eminencia Obdulio) para detener el terrorismo distrital, la subversión capitalina, la insurrección en el Concejo.

Esto que nos acaba de pasar es peor que el 9 de Abril. En aquella jornada por lo menos logramos dar bala señores. Lo del buenazo y amigote mío del Lucho Garzón fue una pendejada al lado de lo nocivo que puede ser este Petro. Lo de Samuel fue —sin problemas— una vaina igualita a las nuestras.

La solución para este acumulado de desgracias que implica el hecho de tener al Petro en el poder, tiene nombre: ¡un golpe!

No sé de qué, pero un golpe. ¿De Estado? ¿De Urbe? Desde esta sagrada tribuna hago un llamado a las Fuerzas Militares, a la Policía y a los partidos tradicionales, para que recapaciten y se pronuncien, así sea por fuera de los conductos de la democracia, contra la dictadura petrista. ¡Fuera Petro y sus secuaces de la Alcaldía!

Maestro de maestros Álvaro Uribe Vélez: encabece usted este pronunciamiento de la dirigencia y del pueblo mismo contra los impostores de la izquierda que se han tomado el poder en la capital. Con Fernando Londoño, Andrés Felipe Arias y demás prohombres, lo llevaremos en andas a la silla de alcalde, desde la cual —además de derrocar el comunismo— podrá usted avanzar en su admirable campaña de oposición a la mañosa dupla Santos-Vargas.

Y ojo que lo peor es que este lince peligroso del Petro, es capaz de ayudar al desarrollo social y de no robar. El mal ejemplo de lo que haga puede cundir. Y se nos puede dañar el caminado tan primorosamente construido en 211 años de historia de una casta que domina por legado divino y un pueblo que se somete... por voluntad popular. ¡Jejeje!

¡PATA Y PUÑO CONTRA PETRO!

La vaina es clara. A Gustavo Petro por más que haga las cosas bien, no hay que dejarlo gobernar. Tenemos que detener como sea la posibilidad de que ese gobierno de zarrapastrosos, sindicalistas y maestros de escuela, obtenga cualquier logro. TOCONPE, todos contra Petro, es nuestra sagrada consigna.

A nosotros, la gente bendita de la derecha y de la extrema derecha, nos importa un pepino que a la ciudad le vaya bien o mal. Esta urbe está plagada en un 99% de pueblo, de indios y negros que son los que llevan del bulto. Y eso no tiene ninguna importancia estadística, porque nosotros tenemos la sartén del negocio por el mango y esa gente... pues que se quede en la olla.

En diversas reuniones que hemos sostenido con prestantes políticos de la U, la W, la prensa en general y sectores muy democráticos como Fedegan y demás lindas agremiaciones de gente decente, tomamos la decisión de sabotear, pisotear y agredir todo lo que venga de Petro y de la administración distrital.

Yo, Godofredo Cínico Caspa, abogado titulado y tutor de José Obdulio Gaviria, como cabeza de esta conspiración, de esta cruzada templaria de oposición contra el anarquismo, he comenzado desde ya la concertación de diversos sectores que se unirán a esta campaña ejemplarizante. En nombre del catolicismo y a la benéfica sombra de Monseñor Alejandro Ordoñez, quien todo lo procura, declaro abierta la campaña de “contra Petro todo vale” que implica el sabotaje de todo lo que decida y emprenda, bueno o malo, justo o no. El futuro de la patria y de la urbe está en juego. Este tipo es capaz de cerrarnos los clubes, las fincas y hasta las iglesias católicas.

Saludo como parte de nuestra campaña admirable la nueva carta de navegación de Colombia, el maravilloso y prácticamente bíblico texto de Monseñor Ordoñez llamado el Nuevo Ciudadano Colombiano, (donde, cual manifiesto y liberadora proclama) el adelantado de la cristiandad defiende los

valores de Occidente y la Fe, contra el aborto, el arrejuntamiento, la infidelidad y demás porquerías propias de aborígenes animistas y adoradores del sol.

¡Que viva el Antiguo testamento! ¡Vivan Mariano, Laureano, Benito, Adolfo y Somoza! Pensemos en Pinochet y Videla, héroes de Latinoamérica, para que desde el más allá nos protejan y blinden en esta batalla contra el llamado progresismo. El progreso es enemigo de la sociedad. El progreso es subversivo, ateo, comunista, peligrosamente igualitarista. Solo la tradición es sana, el deje así, el se le hace pero se le demora, el en que voy yo ahí: todas esas lindas premisas de este —gracias Dios— viejo y sabio país, que no dejará que la propia Capital sucumba en las fauces del Averno, en los infernales círculos del petrismo.

Hago un llamado a la ciudadanía en general, a todos los partidos políticos (que vaina, incluido el Polo) y sobre todo a las autoridades civiles y militares para que minuto a minuto y día a día de lo que le queda de mandato al Barrabás criollo, se le ataque, se le mofe, se le juzgue, se le persiga. ¡Que el prejuicio sea nuestra divisa!

Especialmente invoco a la Fuerza Pública para que poco a poco mine ese gobierno y que como resultado del conjunto de la oposición, finalmente le dé un golpe de Alcaldía al Petro y lo saque a empellones del palacio Liévano, ojalá directo Caracas a la Picota.

Y extendiendo esta divina convocatoria a todo el empresariado, a las fuerzas vivas y muertas. Con los trabajadores no se puede contar, porque están contaminados. Que toda empresa consciente del peligro, saque sus oficinas de la Bogotá petrista, que la ANDI cierre todas sus fábricas, que Fenalco le eche candado a todos los almacenes, que Corabastos detenga su comercio, que Petro y los suyos se queden solos y hambreados en una Bogotá comunista.

¡¡¡Que dizque Por una Bogotá Humana!!! Ahí está la almendra de la descreencia y del ateísmo sedicioso. No: ¡Por una Bogotá Divina! Y si no... pues bala señores.

Con el apoyo de amplios sectores de la prensa conservadora y de la Unidad nacional, vamos logrando socavar desde los primeros meses la

alcaldía de ese guerrillerito malaclasado elegido por la gleba y la gaminería. Que a Petro le vaya bien mal, nos conviene. Por eso sistemáticamente todos sus planes, proyectos, programas y realizaciones las mostraremos como derrotas y defectos, como errores y sin salidas. Así sean cosas buenas. Toca.

Para ello tenemos el manejo de la opinión ¡y qué! Con la linda Gina, Peñalosa, con la ayuda del concejo, labraremos la tumba política del terrorista ese que llegó a donde llegó porque hemos sido pendejos y nos dejamos embaucar del otro sedicioso ese del Navarro, con su inmundicia constitución del 91.

Celebro desde ya la entrada a esta cruzada liberadora y mariana de personajes de la talla de un Yamid Amat (no importa que sea moro), quien desde su noticiero CM& se ha atrincherado contra Petro, para mostrar y demostrar, así sea con manipulaciones y supuestos, las inconveniencias del maldito mandato del M-19.

Cuando todo iba sobre ruedas con Samuel, cuando hubiéramos podido elegir a un Santo Varón, a un diácono adelantado como Enrique Peñalosa, unos miles de bebezubús ñeros, votaron por el impostor, por el bandido.

Y vean el resultado: ahora si nos toca aguantarnos a un tipejo verdaderamente de izquierda. No como Lucho Garzón que es de centro y pa' dentro, o Samuel que sí supo entender por donde va el agua al molino de la historia de la supremacía de clases en este país. Honor al negocio anapista. O sea por el billete y el beneficio de la gente que sabe capitalizar la experiencia y la picardía... que no me vengan con vainas, con la cual se ha...jejeje... digamos, constituido este país.

De tal modo que pata y puño contra Petro, que todo lo que diga o haga, bueno o malo, sea desbaratado, criticado, arrasado. Porque sí, porque si le va bien a Bogotá le va bien a ese subversivo ¡y eso no lo vamos a permitir!

Los peligros de Petro son muchos. Por ejemplo, gravísimo que pretenda abrir nuevos cupos escolares. Eso es educar a los futuros guerrilleros. Quiere acabar con ese primor costumbrista, con esa cultura folclórica tan linda de las busetas. Y hacer metros y tranvías. Ni más faltaba. Que el populacho se quede en sus barriadas y tugurios y deje de infestar con su música y perfumes

baratos el centro y el norte de la ciudad. Solo le falta proponer un Transmilenio de zorreros, en su populismo inacabable.

Y lo vamos logrando. La concertación de casi toda la prensa, la radio y la televisión en la lucha contra Petro, avanza. Saludo a los noticieros, periódicos y columnistas que día a día y sin desmayo, critican, dinamitan y señalan los errores y las falsas virtudes del usurpador. Es la prensa la vanguardia de esta empresa privada contra lo público. Volvamos a lo de siempre en nuestras campañas eficaces e históricamente probadas contra la izquierda: mentir, acomodar, desinformar, ser subjetivos, parciales. Que la ciudadanía se vea bombardeada de noticias negativas y anti petristas hasta que el tirano caiga. Que todo lo que haga, se vuelva invisible. ¡Viva el unanimismo!

Ni un segundo de respiro, ni una sola de sus palabras sin que se le venga encima toda la opinión que nosotros tan sesudamente manejamos. Que Dios bendiga esta batalla. Que Petro sea devuelto a Zipaquirá de donde nunca debió salir y que, convertido en estatua de NaCl, adorne la catedral de sal. A ver si se convierte a la fe, para gloria del Eterno y victoria de la Procuraduría.

NO A LAS CAMAD. A LOS ADICTOS HAY QUE FUMIGARLOS

Acudo nuevamente al maestro Charles Darwin y a su “selección natural” para apoyar mi crítica-diatriba contra la última bestialidad cometida por el alcalde de Bogotá, el encachuchado Gustavo Petro, quien se ha sacado de la gorra la creación de los tales Camad, Centros de Atención Médica para Adictos, que no son nada distinto a una olla móvil distrital, a un fumadero de “susto”.

Y recurro a las tesis de la selección natural, porque ellas indican que los individuos frágiles, menos hábiles y sin duda inferiores, deben desaparecer para que la gente decente, fuerte, bien nutrida y de inteligencia y físico superior, perdure y crezca como estandarte de la especie y la raza.

Todos esos mariguaneros, embalados y empericados que invaden nuestras calles con sus vergüenzas e immoralidades, no son otra cosa que el detritus de la sociedad, la caca en la base de la pirámide, las clases inferiores. La organización social debe coadyuvar a la desaparición física y natural de tales lastres. No estoy pidiendo que los eliminen (como debería ser, si este fuera un país serio y sin pendejadas sensibleras y manguianchas) sino que los dejen morir en su hábitat, en la calle que han escogido para robarnos y para ejercer su decadencia, que no puede ser la nuestra.

¿Qué de malo tiene que seres postergados y que escogieron ese camino, se les dé la libertad de adquirir pulmonías y demás infecciones, o bien que se contagien de enfermedades sexuales? Y mucho menos grave es que como resultado de sus pecaminosas andanzas les pase lo que les pasa; es decir, que se apaguen en la calle. Lo que sí se debería tener es un sistema apropiado para recoger esos restos, esos despojos y meterlos de una vez por todas debajo del tapete.

Dicho esto, la naturaleza en su sabiduría los ha escogido para ser desechables y en consecuencia desaparecer pronto. ¿Quién es Petro, un

truhán, un ex bandido de esa banda de colinos que era el M-19, para cortar los ciclos naturales, para oponerse a los designios divinos del paso al infierno sin escalas de dichos ñeros? Una vez más viola las leyes del Altísimo. ¡Que el procurador reloaded lo investigue y lo eche a baculazos del cargo que nos asaltó!

¿Cómo se les ocurre decir que esa gentuza está enferma? Las enfermedades son cosas importantes, que le dan a la gente de alcurnia. El pueblo no se enferma: decae naturalmente. La drogadicción, por Dios, no es una enfermedad sino un vicio. Ellos no son víctimas. Las víctimas somos mostros quienes debemos no solo soportar el verlos vivir, sino su mal olor.

Qué les van a dar droga: ¿más? ¿De su propia medicina? ¿El Estado narco facilitador del vicio? Ni más faltaba. Esos además de inmoral, es como gastar Pólvora en samuros. Y si se trata de pólvora, ¡pues bala señores!

La única solución a todo en este país es la represión, el bolillazo, el maltrato. ¡A ver si aprenden! Que la policía les dé en la jeta cada vez que los sorprenda soplando. Ese sí es un tratamiento eficaz, y no los pañitos de agua tibia revuelta con narcóticos.

Además, lo de los Camad es por demás lesivo del negocio tan interesante de la salud. Es puro asistencialismo y populismo, como todo lo del Petro, que debe ser pariente del burro mocho, el Noel.

Se está atentado contra el derecho a la inversión y a los beneficios de las EPS, de las Ars y hasta del Sisbén. Todos esos “tratamientos” regalados, por lo menos deberían estar sujetos a las limpias normas de la ley 100. Toda esa plata se le debería dar a los privados que podrían tener hasta el control de las ollas y ganar porcentajes de esa atractiva inversión, donde finalmente se vende droga.

Las ollas mismas, que le garantizan el sustento a tantos ciudadanos en la loable marginalidad del rebusque, se van a ver afectadas también. ¡Más desempleo! Y seguro tienen razón quienes dicen que detrás de esa vaina están laboratorios que le van a vender al Petro placebos para embaucar heroinómanos. Por donde se les coja, los Camad son inconvenientes, inviables comercial y moralmente inaceptables.

Los adictos son pecadores y como tales deben purgar aun en vida sus excesos. Propongo que en lugar de Camades, en los sitios de acumulación de ñeros y de ventas de drogas, se instalen muchos confesionarios, donde amables curas y padres de la iglesia logren, si es necesario a la brava, las confesiones de estos cernícalos, que es la única forma de sacarlos, aunque sea por raticos de la culpa y del pecado. Que construyan una catedral en el Bronx. Ya Pablo Escobar lo hizo...

Los Camad deberían ser Centros arzobispales y misioneros para la penitencia. Dizque solo el pueblo salva al pueblo. Ni siquiera a Dios, que es más o menos justo —depende de cómo uno lo interprete— le interesan esos descarriados.

La platica que nos han costado esas busetas llenas de oenegeros y caguaneros, debería usarse en darle un subsidio a Fenalco, atropellados sus miembros por la peatonalización de la Séptima, que es de ellos, carajo, y de nadie más.

A mí eso de la “vía pública” siempre me ha parecido un avance del comunismo. Todo lo público y popular es en últimas terrorista. Máxime cuando la calle, que es la extensión de lo privado, ha sido invadida justamente por esa gleba narcómana.

Lo que hay que hacer con los adictos es lo siguiente: dedicar a la Fuerza Pública (otra estupidez por que de algún modo es y debería ser privada) a que instale retenes en toda la ciudad, los agarre y recoja volquetadas de desechables (lindo nombre acuñado a mucho tiempo precisamente por la Policía).

Y que una vez congregados por ejemplo en El Campín, se les dé una buena y terapéutica lavada a manguera . Una vez hecha esta benigna limpieza social (porque a la otra tampoco hay que descartarla, con lo eficiente y positiva que ha sido) hay que organizar a los 30 o 40.000 viciosos en brigadas de trabajo forzado, para que colaboren voluntariamente con el saneamiento, recogiendo desperdicios.

Nos evitaríamos, de paso, que el Petro, como lo ha previsto, nos vuelva a estatizar a las empresas de basura y nos quite el negocio. Además se van a auto recoger, como basura que son.

Y si por ejemplo, desempeñando esta ciudadana labor caen en crisis de abstinencia y se ponen mal, pues que les den chirrinchi o chicha que eso los quita las ganas de basuco y las de joder. Sanar guayabos es más fácil que tratar adictos.

Queda, por supuesto, la sensata posibilidad de fumigarlos. Experiencias defoliantes el país ha tenido muchas y muy buenas.

Petro es un alcahueta. Seguro hasta les da cédula para que voten por él. Bien sabemos, como dijo el santo Ecce Homo Alejandro Ordóñez, que se la fumó verde. Esa indiada es incurable.

Razón tiene también el concejal Juan Carlos Flórez cuando dice que “no es razonable ni justo que teniendo Bogotá grandes necesidades y carencias despilfarremos los impuestos en comprarle drogas a los adictos”. Si el problema es la gente de la calle, pues que les echen asfalto y concreto, a lo Peñalosa. Flórez está llamado a grandes posiciones dentro del sagrado mundo de la derecha sin culpas ni complejos.

Doña Matilde de Caspa , mi legítima consorte, quien supo educar bien en la senda católica a nuestras hijas Laureana y Obdulia, me ha dicho: “mijito Godis, escriba que para no tener hijos adictos lo mejor es el fueite con ortiga, el cinturón de castidad y el agua con granizo”. Amén.

P. S. Monseñor Ordóñez: retractarse es equivalente de apostasía. No juegue con el fuego del infierno.

PETRO: ¡A LABASURA!

No hubiera querido referirme esta semana otra vez al mequetrefe ese que anda de gorra por la capital del país dizque gobernando, a pesar de todo lo que le hemos inventado para desacreditarlo.

Sí, ya saben, el pelafustán del Petro, a quien ahora le ha salido de su mente truculenta e históricamente subversiva, la peligrosa idea de estatizar varias cosas lindamente privatizadas desde cuando el neoliberalismo (idea cimera, doctrina celestial que permite que ganemos todo sin dar nada) fue entronizado por un ser de cristal como es César Gaviria.

Le ha dado por la pendejadita de privatizar la recolección de basuras, una labor empresarial que ha sido reconocida como pingüe negocio de cuatro beneméritas empresas en Bogotá y que le ha permitido a más de un propietario tener yate en las Bahamas y preferencias en la Dian.

Si en lugar de atajarlo como sea, lo dejamos seguir con sus ideas sublevadoras de la apaciguada grey, va a querer estatizar otras empresas maravillosas que le sirven a Bogotá con el desinterés propio de quien sólo pretende productividad y dividendos como menudencias para echar en la sopa de la riqueza.

Va a querer que Codensa vuelva manos del vulgo a través del impuro ejercicio de la propiedad estatal, o va a comprar la parte de la ETB que logramos ganarnos en sana puja financiera.

Es capaz hasta de tratar de estatizar la Policía Metropolitana que en proporción importante no solo actúa en defensa de lo privado y contra el público, sino que es ejemplo de cómo una institución bien manejada puede convertirse en agencia de rebusque y de avance social, al permitir que no pocos de sus miembros actúen de manera “FreeLancer” cobrando contribuciones de la gente en lindas alcabalas con atención personalizada. Ese ejercicio de rebusque privado de muchos de nuestros policiales, especialmente en la pulquérrima policía de tránsito, es lo que permite la

manutención de miles de familias y la movilidad social de mis queridos tombos.

Al holgazán del Petro se le ha olvidado que la palabra Capital viene justamente del capital, del ejercicio del libre mercado. Lo que queremos, en consecuencia, la gente decente y alba de Santa Fe es el capitalismo, y no versiones trasnochadas del intervencionismo de Estado.

¡Cuál Bogotá Humana! Eso incluye a demasiada gente, mejor dicho a todo el mundo. La inclusión, la equidad y el reparto, son teorías y tendencias claramente terroristas que van en desmedro de la organización piramidal de la sociedad. Necesitamos una Bogotá Animal, donde la gente del pueblo trabaje como bestia, sin derecho a relinchos ni remilgos. O bien, una Bogotá Vegetal, donde la gleba trabaje de planta sin chistar, tercerizada, en el rebusque o explotada, como debe ser, en el orden ético del arriba y del abajo, en la maravilla conceptual de los traídos y los llevados.

Quiere el aventurero del Petro echar al traste la magna obra de un conservador de raza mandaca como Andrés Pastrana, que cuando fue alcalde inteligentemente dejó que la EDIS acabara de decaer para privatizar lo de las basuras.

¿Querrá el comandante Gustavito estatizar Transmilenio y devolvernos a los tiempos cuando funcionaba bien la Empresa Distrital de Transportes Urbanos, con sus chatos y trolleys “limpios” pero que no le daba un peso a la gente que por tradición debe ganar?

Y viene el Petro a decirnos que va a hacer que sean los recicladores (esos desechables mugrientos, basuqueros que dañan el paisaje urbano) empresarios y dueños del negocio del muladar ambulante. Que serán los ñeros quienes tendrán empresas de recolección. ¡No me hagan reír que tengo un labio partido de la U! ¿Se imaginan ustedes a los embalados del Bronx manejando camiones trituradores? ¡Se los terminan fumando!

Que quiere Petro hacer un verdadero reciclaje de basuras en Bogotá; eso es atentar directamente contra la libre empresa. El reciclaje y demás cretinadas ambientalistas de viejos verdes, es peligrosísimo. Implica que la industria, por ejemplo, venda menos y más barato. Que se recuperen cosas que dan plata contaminando y engrosando los botaderos.

Los ambientalistas son terroristas que se esconden detrás de los árboles, en los páramos que quieren proteger, en los bosques que no sirven sino para ocultar guerrilleros. Que la minería extensiva y desafortunada acabe con todas esas zonas donde florece la subversión. Que saquen el oro y el coltán para que nuestros benefactores del Norte puedan darnos una platica por debajo de la mesa. Dizque se va a acabar el agua. ¡Pamplinas! Mientras Ardila Lulle la envase, siempre habrá. ¿O es que quieren tomar gratis como lagartos, cual Poncho Rentería en coctel?

Si Petro quiere reciclar, pues que se recicle él mismo. Que se mande a empacar en tres canecas: las gafas y la gorra en la de plástico, su plan socialista en la de papeles y sus neuronas en la de residuos orgánicos.

Va a tocar como van las cosas, aumentar y consolidar la campaña de medios contra Petro. Toca hacerle más daño, inventarle que tiene la culpa de todo, culpable de que el bus de Transmilenio se rompió en dos, que la ley 100 y la mala atención en salud es culpa de él. Esa es la manera más limpia de derrotarlo.

Invoco desde esta tribuna para que prohombres y magnates de la prensa sigan en el lindo complot contra Petro. Que El Espectador, Caracol Televisión (donde controla la vaina un muchacho espléndido, Luis Carlos Vélez que sí sabe cómo la opinión propia se puede vender en empaque de noticia), Yamid el Magnífico y demás colegas objetivos y neutrales, no cejen en su empeño de desprestigiar al impostor. Petro es culpable hasta que se demuestre lo contrario, culpable de las lluvias, de las cositas que dejó esparcidas y untadas de popó nuestro siempre adorado Samuel Moreno.

No dejemos que las tesis aventureras de la izquierda cojan camino. Esa vaina del M-19 que quería “un país de propietarios” es una forma disfrazada de hacer la revolución. ¿Cómo así que todos propietarios? ¿Hasta los ñeros y cartoneros propietarios? Y entonces ¿quién gana, quién especula, quién pone a mover el capital? Si todos fuéramos propietarios, se instauraría la inconveniente igualdad. La redistribución de la riqueza es atraso. No nos dejemos coger ventaja porque nos quitan las ventajas.

Además, si las cosas le salen bien al Petro y le suena la paz al otro truhán del Santos, hasta nos toca mamarnos en un futuro cercano un gobierno

similar ¡pero a nivel nacional! Se imaginan que en nombre de la inmunda soberanía se estaticen la Drummond o Cerromatoso. ¡El acabose!

Razón tiene Su Santidad el Procurador en advertir que darle la recolección de basuras a la Empresa de Acueducto es acabar con la competencia y la libre empresa. Es decir, ¡acabar con Dios!

No elijan más ex guerrilleros porque son desperdicios, despojos, bazofia, desechos, restos, sobras, cochambre...

Petro y la Constitución del 91 ¡a la basura!

¡CENSURA PARA LA ENCUESTA FAVORABLE A PETRO!

¡Cómo se les ocurre a los irresponsables del tal Centro Nacional de Consultoría publicar una encuesta de opinión en la cual sale favorecido el Gustavo Petro de marras, pelafustán, ese alcalde gamberro alzado no solo en armas sino alzado en general, contumaz, provocador e izquierdista de la línea del cholo Bolívar!

Están poniendo en peligro, gañanes, todo lo que gota a gota y paso a paso hemos logrado en materia de ensuciarle la imagen al costeo ese, para hacer ver todo lo suyo como negativo. Nos van a desbaratar la campaña que con tanta gente decente hemos emprendido y que nos ha costado billete en firmas y demás, una campaña admirable, el apoyo de no poca parte de la prensa consciente que ha creado en el imaginario colectivo la noble idea de que Petro es improvisador, mediocre, peligroso, resentido, igualado, inmaduro.

Ahora que lo tenemos prácticamente al borde la canoa, no solo en materia de opinión sino enfrentado a nuestras fuerzas revocadoras y destituyentes, ahora que está casi lista la decisión de sacarlo a capirotazos de la alcaldía, por usurpador y envalentonado, vienen estos bárbaros encuestadores a de construir nuestra campaña hecha a punta de mala leche, necesarias mentiras y debida manipulación.

Si la encuesta arrojó esos datos de los cuales me permito dudar y refutar, pues han debido amañarla, cambiarla, torcerla. O simplemente no publicarla. A ese señor Lemoine dueño de ese antro que es el CNC, le deberían quitar la licencia hasta de conducir. ¿Cómo carajos se le ocurre permitir tamaña barrabasada? ¿Con qué derecho publica y le publican esos datos subversivos y sediciosos? ¡Que me censuren esa encuesta ya!

Estamos —la gente-gente— acostumbrados a que las encuestas de otras loables instituciones de sondeos, produzcan información debida, controlada,

pensada. En buena parte es así como hemos logrado construir esa opinión pública que es afecta a los procesos inmortales de la extrema derecha sin complejos, que representamos. Gracias a esos “surveys” y al irrestricto e incondicional apoyo de los medios de comunicación que son nuestro actor desarmado en este conflicto contra los comunistas, que amplifican o demeritan las encuestas según nuestras conveniencias, habíamos tenido a Petro en el repudio. Nuestra obra se va ir al traste. ¡Ni una más de esas encuestas que lo favorecen!

Que nuestro gran iniciado, el procurador Alejandro 007, le ponga coto a la vaina, y si no tiene argumentos legales, que se invente algo. Voy más lejos aun: necesitamos una reforma constitucional (ojalá una Constituyente 100% uribista) que extienda el poder de veto, censura, persecución y inquisición de la procuraduría hacia todo los ámbitos, incluido el sector privado. Que Monseñor pueda destituir, por ejemplo, a Lemoine, que pueda investigar y procesar a todo ente privado que ose levantar su guerrillera voz contra lo históricamente instituido.

Reitero un principio fundamental de la democracia, que acogemos y exultamos solemnemente fieles a la tradición. La oposición de izquierda hay que tenerla por ahí en salmuera, vegetando, con uno que otro carguito público y uno que otro senador. ¡Pero jamás puede ser poder ni mucho menos gobernar! Eso es para la gente blanca y de postín. La izquierda no debe llegar nunca a mandar y si por alguna razón eso ocurre, que la experiencia adquirida nos permita una vez más utilizar recursos propios de nuestra inquebrantable ética, tales como la autodefensa, la para-economía, los “inversionistas” y demás lindas figuras de la contraguerrilla.

Petro nos cogió ventaja agarrándonos divididos en Bogotá, y se nos encaramó en la azotea del edificio Palacio Liévano. No lo hemos debido dejar llegar, pero con toda esa lora de los derechos humanos y demás imposturas, nos atemorizaron. No nos dimos en el momento adecuado la pela y miren las consecuencias. Está haciendo inconvenientes reformas de equidad y justicia social, cambiando las reglas eternas de nuestro poder omnímodo. Ahora va a ser más difícil darlo de baja de la alcaldía, cuando antes hubiera sido cuestión

resuelta con un par de ayudas silbantes. El truhán ha tomado vuelo y lo de esa encuesta le da viento en sus alas de pajarraco camuflado.

Yo estoy seguro que todos los petristas y la gente beneficiada por sus obras paternalistas sin el necesario esquema neoliberal que permite el libre mercado y el enriquecimiento de los ricos, no descienden del Homo Sapiens, sino que son una rama encaletada de los inferiores neandertales o cromañones, que lograron sobrevivir en estas lomas, escondidos de la espada divina de España. Indiada enchichada y perversa, como la que estaba el otro día en la Plaza de Bolívar vociferando al lado del negro Asprilla (deberían regresarlo a las calas de los barcos provenientes de África) y del Navarro Wolf, pastuso puñalero traidor a su raza aria.

Además, lo que menos necesitamos es que Bogotá sea humana. La preferimos bestial, vegetal o cualquier vaina, menos darle la categoría de seres civilizados, humanos y cristianos a tamaña caterva de impostores, desechables, reciclables y demás escoria progresista, como el Guillermo Alfonso ese, que ha resultado más duro que la piedra de moler con la cual hemos estado pulverizando al petrismo con ayuda, quien lo creyera, del propio Yamid Amat, quien hoy (vaya uno a saber por qué) resulta publicando la cochina encuesta que le da respiro a Petro.

Pero eso sí, no vayan a creer que porque dizque Petro tiene más de la mitad de la gente que lo apoya, vamos a cejar en nuestro empeño de sacarlo a tortazos del cargo que se ha robado. Allí Miguel Gómez Martínez dispuesto a llevar la revocatoria hasta el final, en nombre de Laureano y Uribe, en nombre de Cristo Rey Obdulio, la Virgen Martha Lucía Ramírez y los arcángeles que militan en la pureza infinita de nuestras ideas preclásicas. Y si no lo expulsamos de su paraíso perdido, pues ahí están las fuerza godas para destituirlo por cualquier causa, cierta o calenturienta.

La encuesta es asquerosamente favorable al engendro ese: El 58% de los bogotanos aprobó la calidad de la recolección de basuras en la ciudad con el nuevo esquema, y el 68% dio buenas calificaciones al sistema de aseo en su barrio. ¡Mentirosos! ¡Bellacos! ¡Méтанlos presos por calumnia!

El 52% aprueba la gestión de Petro. ¡Que los recluten! ¡Que los extraditen si es del caso!

Nos están dejando —a mansalva— sin argumentos al Procurador a Miguel y a mí y a esa franja alba que representamos.

El 63% de los consultados aprueba la gestión en educación. ¡Peligrosísimo! Van a querer más colegios y vainas de esas donde se forman en el conocimiento de la subversión.

¡Y lo peor! El 55% de los bogotanos considera que al finalizar Petro su mandato Bogotá será una ciudad mejor para vivir, y el 53% cree que al fin de su mandato constitucional la ciudad será más humana. Justamente por eso es que no hay dejarlo acabar, hay que sacarlo antes de que termine su obra infernal.

Y faltan datos: el 60%, afirma que la administración de Gustavo Petro es honesta y transparente. ¿Y quién ha dicho que eso es bueno? Pésimo para el neoliberalismo y sus facetas marginales.

El 50 por ciento aprueba la gestión que en materia de movilidad y el 48% tiene una percepción positiva de los logros en seguridad. ¡Compren carros para joderlo más! ¡Atraquen, con tal de pararlo!

**CONCEJAL DURÁN SILVA:
¡ERES EL FALO QUE NOS ILUMINA!**

Con pundonor y alto sentido patrio asumo gratis la defensa pre-pago del egregio concejal de Bogotá Jorge Durán Silva, una mansa paloma, un cordero de Dios, quien fuera vituperado en la fritanguería de la opinión en la cual se han convertido medios y redes sociales, y vilipendiado por una caterva de ambidextros y pecadoras vaginalistas de baja catadura, que se revuelcan en la recocha del sexo excremental y en el basural lesbiano.

Antes que todo debo decir que mal hace el prohombre en rectificar lo que dijo en un momento de altísimo talento: “las mujeres que gustan de otras mujeres, son unas mujerzuelas”. Debe su excelencia, reafirmarse y ampliar sus declaraciones, para que al país le quede claro, como decía Gerlein el filósofo de las calzonarias, que el sexo inane y per angosta vía, o en el caso de las pecadoras lesbianas, el reprobable sexo de tijeras abiertas, son atentados terroristas, surgidos de la cochambre moral en la que se solazan los impuros, por lo general mestizos o, cuando menos, cuarterones.

¡No más exhibición de las bacanales luteranas, no más aquelarres de brujas sicóticas que exhiben sin vergüenza su desenfada y sucia sexualidad! Si ya el sexo entre hombre y mujer, como debe ser, tiene sus vainitas raras cuando no se practica para reproducirse en el Ubérrimo, ¿qué tal la pichadera sin escrúpulos ni límites?

Y se vienen todos los transgresores contra el buen Durán Silva, tan solo porque puso en su cubículo a una vieja despeinada y peligrosa como la tal concejal Angélica Lozano, de la cuerda turbia del Petro que le ha dado por proteger a lesos condenados al fuego eterno y por joder el negocio tradicional en el Concejo. ¡Farisea y mefítica!

Esa de Angélica no tiene nada. Más bien es demoníaca. Y de Lozano menos. Más bien de Loenfermo. ¡Hechicera, adivina, encantadora, maga,

nigromántica, comunista! Que demande a Jorge es más que un honor, una condecoración...

Jorge querido: no pidas perdón que solamente has ofendido al demonio. Te lo digo yo, que como tu bien sabes, soy tu hermano de leche, amantado como tú por el generoso seno de Laureano. Hijos de la misma noble glándula mamaria, de la cual hemos libado las mieles del clientelismo, donde hemos sorbido los elíxires de la contratación. Sal ya de ese partido liberal, que no te honra. Y entra con mansedumbre de corazón al conservatismo, a tu casa natural, donde no encontrarás monstricos como el Simón Gaviria, hijo del pecado. No insistas en decir que aquello fue un chiste. Tú y yo sabemos lo serio que es vivir en la dulce oscuridad monacal, frente al brillo fatuo de la mancha homosexual.

Preserva, oh prediluviano orador, tu verbo. Regodéanos sempiternamente con tu verbo grácil y desenfadado. Señala las flaquezas, muestra los yerros de una sociedad prostituida, apunta con tu dardo erecto la vileza de los impíos. Eres el Príapo de nuestros tiempos, la adarga siempre enhiesta de la masculinidad, eres el falo que nos ilumina. Sigue así, macho, mil veces macho, cabrío y embestidor de arpías.

No dejes de enviarnos a diario el dulce rocío, el maná de tu palabra, como cuando, enhorabuena, hablaste de “merienda de negros” en el concejo capitalino, poniendo en evidencia los excesos de melanina en esta democracia achocolatada y entregada a los anarquistas, a los ácratas destructores provenientes del Polo, de Progresistas y de tus propios traidores liberales. ¡Mujerzuelas y hombrezuelos!

Tu tan solo utilizas expresiones aprobadas por la Real Academia de la Lengua. Que sean insultos, eso solo depende de la extrema susceptibilidad de los viciosos que se sienten paranoicamente aludidos.

Los gays han sido creados por la divinidad para que veamos lo que no se debe ser y es un deber ofenderlos consuetudinariamente, como tú lo has hecho.

Amigo del alma, cuida tu feudo y si la fiscalía te va a atacar por pendejadas propias del ejercicio de tu cargo, declárate perseguido, enfermo, o cualquiera de esas vainas con las cuales salimos del impasse.

Tú el único carrusel que conoces es el arco ese en París, tan masónico como los de la fiscalía. La única injerencia indebida que has tenido en el Acueducto de Bogotá, ha sido tomarte esa agua sucia que te echa Petro y sobretodo el ex secretario Asprilla, mulatico bien reducido al silencio por nuestro Procuragodo.

Mijito, te recomiendo una vaina, acá entre amigos: dile a tu hija María Angélica Durán Valbuena que tiene un contrato por prestación de servicios para apoyar al Despacho del Viceministro para la Participación del Interior e Igualdad de Derechos en temas de minorías, que se deje de pendejadas y se sume más bien a las mayorías, las que en un solo coro claman por la criminalización de los pecados de la carne.

Sí, buen pastor capitalino. Razón llevas cuando tu también te niegas al sexo recreativo e infértil cuya única semilla es la de la maldad. ¡Sidosos! Orates miembros del tabernáculo pagano del condón.

Y ni si te ocurra, ahora que estás en pleno uso de tus facultades mentales y reproductivas a tus 65 combativos años, abandonar tu trinchera regeneradora y refundadora del Concejo de Bogotá. Mereces más emolumentos, más sueldo, más capacidad de decisión sobre los negocios de Bogotá.

Eres la atalaya desde donde se cuece la batalla contra Sodoma de los Andes, ciudad invadida por la horda gay. Prueba de ello es el tal Primer Café de Canal Capital, donde sin vergüenza se exhiben los perversos y se hace la apología del desliz, del vicio y de la imperfección.

No te lo digo yo, que resulto más bien light en los principios al lado de un portento. Quien te pide que no calles, que no te retires, es el monarca moral de las cargaderas, el propio Roberto Gerlein.

Tú bien sabes que a nosotros nos gustan las mujeres-mujeres. Como la magistrada de la Corte Suprema, antítesis de una mujerzuela, que es capaz de irse de simpático cross over en un barco por el Caribe. Ella y tantas otras, muñecas de la república, saben lo que es tener las cositas bien puestas.

Recuerdo querido Jorge, tu momento culminante en la escena pública. Cuando tuviste el coraje en pleno Concejo, de enfrentar a Forero Fetecua (un tipo chévere, un urbanizador de la onda Sin Francis Drake, precursor de

Nules y Morenos) cuando trató de darte en la jeta. Tú no vacilaste en sacar tu revólver 38 largo, larguísimo como el de todo varón de Indias, y decirle “si da un paso más lo mato”. ¡Qué frase! ¡Qué inteligencia! ¡Qué razón, qué ética, que ejemplo!

No creo que en los apocados cuerpos colegiados en toda su historia alguien te haya podido emular en talento y gracia. Tal vez solamente Laureano Gómez, que también andaba alzado y en armas por los salones de nuestra democracia.

Por eso te pido, en honor a tu coraje, a tus ideas profundas, que te unas a mi sentencia máxima. Grita conmigo, hermano de leche, como advocación suprema y esencia de nuestra ideología contra los mequetrefes ¡bala señores!

¡ENRIQUE PEÑALOSA FOR PRESIDENT!

Dejémonos de pendejadas, nosotros los exponentes de la ultra híperextrema derecha, buscando como aguja en pajar a candidatos para enfrentar al truhán del Juan Manuel y desgantándonos en esa hurgadera. Como diría el estupendo presbiterio Alberto Linero: ¡Enrique Peñalosa es el man!

El tránsito sin trancones de Enrique hacia el Centro Democrático y el uribismo cerrero, es la eucaristía misma de un deseo nacional mezclada con una necesidad personal. Sin poner en duda los quilates intelectuales y morales de Carlos Holmes, Oscar Iván Zuluaga y el propio San Francisco Santos, Enrique ya tiene recorrido el camino de victorias y derrotas, no está verde sino maduro (guácala, me acordé del veneco) para reconquistar el poder que nos permita de una vez por todas y sin camino de regreso, refundar la Patria. Bienvenido mijito, ahora que has dicho que sí quieres ser Presidente.

Aunque debo decir que a mí, como a la mayoría de nosotros, ni lo de Centro ni lo de Democrático me gusta. Pero claro, entiendo, que la política se basa en la dulce faena del engaño, y por eso nos toca encaletarnos en eufemismos para no atortolar a la gente incauta que vota por nosotros. Deberíamos llamarnos Pura Derecha Autoritaria, pero por lo pronto mejor medramos desde los fofos miasmas del “centro”. Una vez de nuevo en el poder ¡ya verán!

Desde el punto de vista ideológico Enrique encarna todas nuestras doctrinas, revitaliza nuestras liturgias. Tiene el necesario encanto, además, de no parecer godo, de venir de otros avatares ideológicos innombrables, en lo cual se parece a nuestro líder espiritual, a nuestro faro moral, al Señor del Ubérrimo. Peñalosa es el único que puede suceder finalmente al Gran Colombiano.

¿Le han visto las extremidades inferiores? Enormes y musculosas, garantía de mano dura. ¿Que le faltan unas falanges? ¡No importa! En esa materia, basta con nosotros que somos La Falange de estos lados. ¿Y las inferiores? Tan grandes que en él meter la pata no es embarrarla sino abarcar con su dimensión histórica y sus pasos de siete leguas todas las losas de la troncal de Transmilenio, así estas estén desbaratadas, no porque Enrique las haya construido con un concreto chimbo, sino porque Petro ha enviado a una horda de ñeros a hacerles huecos.

Peñalosa, en materia de programas conservadores e ideas rancias, va más allá de un Plinio, de un Ordóñez, de un Obdulio y hasta de un Fernando Londoño. Papacito: gire en verde a la extrema derecha. Sálgase de una vez de ese pseudo partido y entre de lleno en nuestras almas que por ti suspiran. Y si se trata de ambientalismo, acá somos mucho más de ambiente de lo que se cree. Queremos que Enrique herede, asuma y lidere el extremismo iluminado y consustancial a nuestras tesis, los tres huevitos con sus yemas radiantes y solares, sus claras intenciones y la dura cáscara de nuestros sueños para salir del calentao en que Santos convirtió la sagrada herencia del Supremo.

¿Quién duda de la estatura de Enrique? Desde las cumbres donde tiene instalada su genial cabeza, irradia como faro de la gomelería, con clase social bien definidita, e intenciones hegemónicas en todo sentido (como debe ser).

A su impecable hoja de vida que se inicia como campanero en el Colegio Refous, la primera de sus necesarias lagartadas, agregamos hoy el récord mundial en conferencias (17.434) en las cuales y en los mejores foros académicos y técnicos, ha hablado de todo. Todo lo sabe, y si no lo sabe, lo intuye.

Enrique en sí mismo es una premonición, un instinto. Él es la intuición por antonomasia. A lo cual hay que agregarle, que como técnico en todas las materias, al lado suyo Pékerman es un tegua.

Enrique es un científico, tanto que logró en su Alcaldía de Bogotá convertir los bolardos en lo más “concreto” de su pensamiento.

Y para quienes quieren meterle miedo al país diciendo que se trata de una persona que no reconoce a las minorías, que no le gusta lo vernáculo y que es extranjerizante, basta ver lo que hizo en las avenidas bogotanas.

Mandó a talar todos los árboles que no fueran criollos, originarios de este muladar, con la estupenda teoría de darle vida y futuro solo a las especies nativas, como por ejemplo la espléndida bromelia conocida vulgarmente como El árbol del Cliente, cuyo nombre científico hoy afortunadamente reencauchado es “valencias cossios”.

Fue así como a punta de motosierra (música en mis oídos) cortó centenares, miles de árboles de origen europeo o asiático y hasta africano. No más urapanes, ni eucaliptus centenarios, ni abetos, ni robles. ¡Solo Cossios!

¡Ah la tala! Así se construyó este país, a punta de tierra arrasada en esta larga y deliciosa Blietzkrieg que ha sido nuestra historia política, nuestra dulce hegemonía.

Y lo mejor de todo: Enrique no solo parece gringo, sino que lo es, teniendo —como tiene— su corazón del lado del dólar, del intervencionismo, de las mieles de la explotación del subsuelo mundial, del neoliberalismo, y es consciente de la necesidad de convertir a Colombia en una sola maquila tercerizada, con trabajadores a buen precio para suplir la necesidad mundial de yines y polleras.

Enrique tiene el vuelo del águila imperial, la sagacidad de un Bush hijo, la estatura de un Reagan y su voz se parece a la de Frank Sinatra.

Cuando las encuestas dejaban un tanto atrás a San Francisco Santos con respecto a su malhadado primo traidor, y nuestros Oscar Ivanes parecían a la vera del camino, aparece Enrique Peñalosa en irresistible ascenso para derrotar al sátrapa, al Gengis Kan de Anapoima. Ahí estamos cerca y coronaremos con Nuestro Amo Álvaro en campaña para el Senado jalándole los bigotes al batracio Serpa.

Con Enrique Presidente 2014-2022, durante ocho años tendremos la garantía de la amnesia. Por eso en sus más recientes declaraciones para Radio Santodomingo, nos dejó esta profunda frase: “sólo dos o tres días después en la ducha me acuerdo de lo que realmente debía decir”. Así es la vaina chatico: eso de la memoria es solo para oenegistas y mamertos que no quieren superar el trauma y olvidar a toda la gente que tuvimos que darles de baja.

La coyuntura no puede ser mejor para el enjambre inmerso en la Refundación de la Patria. Mis hermanos godos se están fugando de la Unidad Nacional del Roy el Juan Manuel e ingresarán en nuestras legiones marianas y laureanas.

La desviación programática es evidente. El rumbo está torcido. Esto está en manos de maricas. Pero con Enrique recuperaremos no solo el timón de cola, sino los cambios y los frenos de la bicicleta, vehículo fundamental de su maquinaria. Y una vez en la Casa de Nariño, siempre estará Álvaro Uribe como recurso supremo, al frente del manubrio.

Porque Quique no nos traicionará. El no es de esos. Su fidelidad a la gente-gente es y será eterna.

¡Rígido como un bolardo, enorme como su propio destino, talador insigne, solo él nos sacará del fangal farco-liberal!

PD: ¡Todos con Sabas, futuro Vice de Enrique!

QUAC EL NOTICERO Y BOGOTÁ

TITULARES

¡Y el gringo ahí!

Hallado diploma de bachiller de Julio César Turbay Ayala

Pavarotti puso a cantar hasta al cartel de Cali

Llegó Plinio, el perfecto idiota norteamericano

Bogotá de aniversario y Mockus no cumple ni años

Samper y Mockus en riña: y no llegó la policía

Toma indígena al episcopado: al rebaño ya no lo pastorean

Llega Gaviria: refuerzan seguridad en catedrales y cárceles de alto vuelo

Antanas mostró el culo para ser alcalde y lo saca para ser presidente

NÉSTOR HELÍ

Néstor Helí Forero es egresado de primaria de la Concentración Escolar República de Colombia. Durante su infancia realizó oficios varios, como gamín, ayudante de albañilería, sacristán y mensajero del seminario menor. Prestó servicio militar en el batallón Rook de Ibagué, lo cual le permitió posteriormente entrar como asistente de seguridad en la empresa Guachimanes Ltda. Habita en el barrio Lucero Alto de Bogotá, de donde suele bajar a tomar el bus ayudado de unos esquíes. Durante el gobierno de César Gaviria y gracias a su inconsciente colectivo, tradujo la Constitución del 91 a varias lenguas indígenas. Presta servicio de portería y vigilancia en el Edificio Colombia. Casado con Yurani Salas, tiene tres hijos: Lilibeth, Jáider Amaury y Karen Hasbleidi.

¿QUIÉN ADMINISTRA EL EDIFICIO COLOMBIA?

Buenas noches, Edificio Colombia, le habla Néstor Helí. Señora Jacquin, ¿cómo les fue? Bien, sí señora, pues sí... ¿Y entonces ya vamos a salir ahora sí de la pobreza? Ah, el salto social, sí. Sí señora, ha habido algunas irregularidades, para qué le digo que no, sí señora. Vea, no es que yo esté aquí de sapo pero sabe qué, vea por ejemplo la caldera está que arde, señora, esa vaina está que se revienta. El niño Fernandito fue por allá al límite con el otro bloque y dio permiso para que los celadores de allá se pasen acá y eso ahora no se sabe quién manda. Eso abuso va y abuso viene. El niño Horacio se puso de bocón por allá con el viejito Misael, huy sí, qué irrespeto. Doña Paz no vino. Y antes de que se me olvide, muchas gracias por la bobadita; perdone la ignorancia, pero ¿eso cómo funciona? ¿Esquís? Sí, ah, bacano para la bajada del barrio. Bueno, ahora subo y me explica; bueno, señora, con mucho gusto. Ahora sí salvé fue lo del transporte. Buenas, cómo le va, a la orden. Sí, cómo no; oiga hermano una preguntita: ¿ustedes televisan eso? ¿A quién? Sí, doña Regina 11 ya vino, pero debió salir aquí cerquita a pie, porque ahí está la escoba. Dijo que la habían tratado bien y que ahora sí se va a lanzar en el 98 pa' candidata y a la fija va a ganar la presidencia, eso dijo. Sí, yo creo en ella, pa' qué le niego, yo sí creo en mamá Regina. Lo que pasa es que esos otros manes sí roban muy de frente, hermano. Ah, bueno, yo le digo, una entrevista, con mucho gusto, hasta luego... Ahora sí. Mamá Regina presidente, Noemí vicepresidente. ¿Eso será lo que Gabo llama el realismo mágico?

EL JARDÍN INFANTIL DEL EDIFICIO COLOMBIA

Buenas noches, Edificio Colombia, habla Néstor Helí. ¿El niño Andrés? No, él hace rato que no juega aquí en el conjunto. Como le gusta más estar por fuera. Por allá en el bloque norte él sí se siente en casa. Sí, todo lo que le enseñó el doctor Misael... Se va con esos amiguitos chiquiticos y morenos que tiene... Si ahora anda dizque vendiendo otra vez a Colombia... esto, promoviendo la inversión extranjera. A él no le gusta lo de acá. Él quiere ver esto lleno de monos y él mandando. Bueno, hasta luego. ¿Aló? Mi general Rosso José, y ahora lo del atentado, ¿no? Con tal de que no le pase lo del general Maza, que por donde iba encontraba dinamita... ¿No será la misma? ¡Huy, me colgó! Los manes del noticiero... Y esto tan vacío. ¿El doctor Rodrigo Pardo? Ese man lo sacaron para una cura de reposo. Sí, mucho camello, eso quedó todo desalineado. ¿El doctor Serpa? No, él se está alistando porque se va a comer lengua en salsa en Italia. ¿Será que ese man no sólo va a sacar la maleta, sino la cartera?

APARTAMENTOS VACÍOS EN EL EDIFICIO COLOMBIA

Aló. ¿Señorita Noemí? El doctor Belisario está en el mezzanine y allá no llega el ascensor. Está incomunicado. A propósito, señorita Noemí, por ahí... la vi. Huy, tan linda, pero pura imagen. Cuidado con María Hembra. Váyase a Londres y estudie más porque francamente... Ciao... Niño Andrés... El doctor Misael está en Kuala Lumpur trayendo unos casetes nuevos. Mucha renuncia. ¿no? ¿Y por qué no renuncia usted a lo de la candidatura? Haga como el doctor Misael, póngase bravo y viaje hartito. Váyase con Noemí a Londres y de pronto le da lo de la vicepresidencia. Ciao... ¿El doctor don Myles Frechette? Sí, ya llegó; se siente, ¿no? Está como conspirado del pecho. Si ya está gobernando con la DEA dentro. Huy, el último que faltaba era don Myles... tanta vacación. ¡Ahora ya todo volvió a la anormalidad!

VIDA COTIDIANA EN EL EDIFICIO COLOMBIA

¿Aló? Hola, don Gabo. Sí, tranquilo, no, quédese en la hamaca que ese mandado sí se lo hago yo... Sí, sí, yo le digo al doctor Gordito; diga no más: porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tendrán una nueva oportunidad sobre la tierra... Es correcto... Sí, don Gabo; no, aquí todo extra... Eso llegaron esos manes, los «honorables», y se volvió a llenar esta vaina... Y todas las señoras, las que van aquí al lado al parque de la 93, eso andan llenas de rulos y entran y salen unos manes raros que las peinan y las maquillan. Como están saliendo todas en la televisión... Bueno, don Gabo... y saludos a Pambelé... Aló, ¡hola doctor de la Calle! Qué milagro... Tan calladito que anda. No, pues venga y yo le cuento todo: el doctor Gordito está de moda. ¿Y usted qué? ¿Divorciándose? Cómo así, ¿disgustó con la señora Rosalbita? Ah, ¿tratando de divorciarse del doctor Gordito? Doctor de la Calle, y ¿cómo van a hacer con la separación de bienes? ¿A usted no le dieron nada? ¿O sea que lo tendremos por acá pidiendo pronto? La política de la Calle. No, unas señoras y unas sardinas por ahí caceroleando y unos manes del barrio que salieron qué día a defender al doctor gordito... Bueno, doctor Humberto... Déjese ver. Ciao. ¡Huy! Zuas, bajó la María Izquierdo como pepa de guama hasta el último sótano y salió por la puerta falsa. ¿Necesitan a don Myles? No, él esta llenando allá el dúplex con harta arena y cactus y una que otra palmera. Sí, sí, señorita periodista, es que está preparando la descertificación para todo el edificio. No, no hay más información.

CONGESTIÓN TELEFÓNICA Y FANTASMAS EN EL EDIFICIO COLOMBIA

¿Aló? Doctor Luis Guillermo Nieto, cómo le va; qué, ¿mucho defensa? Que no vaya a ser como la de la selección Colombia, ¿no? No, era molestando, doctor. ¿Anda de levante? Ah, perdón, sí doctor, la reserva del sumario... sí, sí, con los manes esos los honorables, sí, que se levante. Levántate y anda, le dijo Chucho a Andrés Lázaro el muerto político, jijiji... No, tranquilo, es que como ya empezó la cuaresma... Oiga doctor, pero ¿qué fue lo que hizo el doctor Gordito que todo el mundo se la quiere montar? ¿Nunca se supo y no se sabe? O sea que, ya entiendo, todo bien todo bien. Bueno, doctor Nieto, y que le vaya bien en la defensa. Ponga bien al líbero, no va y sea que por un pase de Medina, Botero se la emboque... Huy, ese doctor, tan alvarista y en esas... Aló, doctor Heyne, ajá ¿y tú qué? ¿Que te quedas de alto comisionado para el arreglo? No, tranquilo, es molestando. Oiga y esos manes de la comisión qué, ¿es que no saben qué hacer? ¿Para qué les pagan?... No, como contrataron a 16 tinterillos para que les den luces en lo del debido proceso. ¿No será que ustedes todos andan más bien en la onda esa de la «debida obediencia»? Oiga, y cuidado con los fantasmas, ¿no?... Sí, los que sacaron corriendo a la sardina Ingrid Betancourt. ¿Usted no tiene susto? Ah, sólo a las filtraciones. O sea que mejor dicho no hablemos más. ¡Y punto final! Bueno, doctor Heyne, yo veré, ¿no? Zuas, bajó el fiscal con María Izquierdo. Como la Corte ya no la va a poder juzgar sino él, ¡para darle sus ventajitas!

PROPINAS EN EL EDIFICIO COLOMBIA

Hola, doctor Horacio. ¿Aló? Es que no se oye bien. ¿Dónde está? En las montañas del Cauca. Qué, ¿mucha amapola por allá, doctor? Oiga, sí supo la vaina ¿no? Que nos descertificaron los gringos... Sí, doctor, ¿muy interesante el proceso? Este man... Aló, ¿de dónde, de Medellín? Debe ser el tal Valencia Cossio con lo del puestico para mi hermano Leopoldo... Mejor dicho, la justicia cojea pero llega. ¿Será que ese man es capaz de conseguirle un puestico menos camelludo al doctor Gordito? Aló, ah es usted, doctor Carlos Medellín... Ah, la ayuda de los gringos eran puras chichiguas... ¿Entonces la propinita que me daba don Myles por lavarle el carro ya no la puedo recibir? Bueno, doctor Medellín, no recibo nada. ¿Y qué les digo a los de la gaseosa negra? ¿Que hagan cola porque aquí nada de coca? Ah, bueno. ¿Y a los de la roja? ¿Que sigan? Listo. Bueno, doctor Medellín. Hasta luego. ¡Huy, qué man tan refajado! Zuas, huy bajaron a Santacruz. El doctor Perry no está, mejor dicho sí está pero no da declaraciones. Es que está enfermo, le ha seguido subiendo la inflación, gota a gota, como esa vaina que les da a los ricos en el dedo gordo...

PROBLEMAS EN EL PENTHOUSE DEL EDIFICIO COLOMBIA

Aló, ¿doctor Gordito? ¿Y cómo le fue en lo de la ampliación de la indagatoria? Ah, lo de la verdad verdadera... O sea lo mismo que una mentira piadosa. ¿O sea que a usted lo engañaron el niño Fernandito y don Santiago? Mejor dicho, ¿todo fue un engaño, todos ganaron y a usted le tocó fue perder con lo de la Presidencia? Pobre doctor Gordito. O sea que a usted lo tumbaron de entrada y ahora de salida lo quieren tumbar... Y tan ilusionado que está con eso el niño Andrés. Bueno, doctor Gordito, y ahora que está de moda la ampliación, por qué no manda a ampliar el ascensor para poder movilizar a Tumbo, el elefante. Bueno, doctor Gordito. Zuas, bajan todos los medios de comunicación. ¡Le echaron tierra a los vínculos de Perafán con Raimundo y todo el mundo! El doctor Orlando Vásquez no se encuentra, salió para el Cantón a visitar al mariscal Fernandito para que le enseñe cómo se burla del régimen carcelario para escribir desde la celda.

ESTRATIFICACIÓN EN EL EDIFICIO COLOMBIA

¿Aló? Hola, mi doctor Perry, de quién son huesos... Ah, ¿ya no? O sea que renunció y se desenhuesó... ¿Y entonces ahora en uso de buen retiro qué es lo que va a hacer? Ah, a dedicarse a economizarle problemas al gobierno, o sea, mejor dicho le va a hacer el gasto a Samper. ¿Cómo dice? Sí, doctor Guillermo, entonces a todo el que pregunte yo le digo que usted salió a lo del lobby, para bajarle la inflación a la crisis y lograr una salida sin que se devalúe la imagen del presidente. O sea, mejor dicho doctor Lobby, esto Perry, usted no salió del todo porque se IVA el 16% y se quedaba el 84, ¿o qué? Ah, de negociador... para controlar la subida de las acciones contra el presidente. Bueno, doctor Perry, quedamos en deuda, ¿no? Huy, ese man dejó ese ministerio como la Caja Agraria: ¡primero Ocampo! ¿Aló? Huy, bendición don Pedro Rubiano. ¿Cómo está el altísimo? No, no me refiero al enemigo del doctor Valdivieso. De mucho Papa, ¿no? Sí, cierto don Pedro, el país está enfermo, así padece... Sí, mucho parásito. ¿Será que le damos un purgatorio? Sí, su referencia, vivimos un infierno pero sin condena. Oiga, ¿y no se encontró por allá en Roma con el Diávolo? Esto, ¿con Lébolo? Es que como todos los elefantes conducen a Roma. Entonces la salvación es que asuma Alfonso López. ¡No, don Pedro, el diablo no! ¡López Trujillo! ¿Es lo mismo? Bueno, don Pedro, ciao y arrivederci... No, señorita de la televisión, al doctor de la Calle sólo se le consigue por fax. Él sigue allá en Madrid en lo suyo, nada de nada. O si no pregúntele a Shakira. Huy, será que ese doctor de la Calle se va a quedar con el palacio de la Carrera.

RUMBA EN EL EDIFICIO COLOMBIA

Zuas, baja el niño Fernandito con todas las pruebas que tenía contra los tres ministros... Aló, hola doctor Valdivieso... milagro de no oírlo. No, por acá no se ha visto la prueba reina, lo único que reina es la algarabía allá arriba en el penthouse del doctor Gordito... eso pusieron salsa y vallenato ventiado todas estas noches. Sí, entraron los de los banquetes con caldo de ministro y le repartieron a todos de a dos y tres tazas. Como no querían... ¿Que qué? Que no canten victoria todavía. Sí, yo le comunico. Que el ayatollah Salamanca les tiene preparada una buena fiestica probatoria... Cómo no, yo le paso el mensaje a don Nieto Roedor, que en juego largo hay desquite... ¿Conmina qué? Ah, sí señor, la conminación... ¿Y eso qué es? Ah... la salida digna de la Fiscalía. Bueno, doctor fiscal, ciao. Huy, ese man está como un toche...

EQUIVOCACIÓN EN EL EDIFICIO COLOMBIA

¿Aló? No señor, Colonia no, este es el edificio Colombia. Ah, con razón, si es usted el virrey don Myles Frechette... Oiga don Vampiro, y se afiló los colmillos, ¿no? No, señor embajador, eso de las nuevas leyes y los movimientos de tropas es información confidencial y soberana de este edificio. ¡Qué pena, pero cada cual con sus cositas! No, doctor, el metido es usted, yo sólo cumplo con mi deber y de sapo pocón pocón. ¿Sabe qué? Llame al niño Andrés que a él sí le encanta soltar la lengua con ustedes. ¡Gus bai! Huy, ¡zuas! El doctor Serpa. No, si desde que está de primero en las encuestas ya ni sube al penthouse a hablar con el doctor Gordito... ¡Yo no entiendo cómo el doctor Serpa anda encuesta arriba si el Partido Liberal va encuesta abajo!

COMPLICACIONES ESTRUCTURALES EN EL EDIFICIO COLOMBIA

Aló, doctor Gordito, ¿cómo le va? ¿Muy apretado? Es por esa ropa de fatiga. Vino el chepito gringo a cobrarle los plazos que le dio. ¿Qué le digo? Ah, bueno, doctor Gordito, que usted paga por ver el 7 de agosto del 98. No, aquí estamos cogiendo goteras y abriendo canales como usted ordenó. Sí, todavía hay por ahí una que otra filtración... Sí, cada vez que Valdivieso habla con Frechette brinca y se daña el entepiso... Un momento... Aló, mi doctor Valdivieso, qué casualidad... que le mandan a decir que deje el aleteo que se está filtrando todo. ¿Cómo dice? Que usted no filtra nada, que está es en campaña moral... Oiga, doctor Valdi, y de mucha cumbre de fiscales, ¿no? Trajo refuerzos conspis de la Eurocopa. Un momentito... Doctor Gordito, tengo en la otra línea al fiscal: ¿qué le manda a decir? ¿Que no juzgue a punta de titulares? Ah, será para eso que trajo refuerzos a la banca. Sí señor, yo le digo... Doctor, que no confunda la banca con el banquillo. Ah, usted no ha tocado a la banca y los financistas que también recibieron la plata del narco... ¿Cómo dice? Ah, que a esos también les va a llegar su plazo... Qué pena con los doctores pero están dando golpes bajos. ¿Pues quién va a ser? ¡Los gringos! Huy, estos doctores... son como el agua y el aceite. En la misma olla y cada cual por su lado. Zuas, baja en neutro el doctor de la Calle. ¿Será que va detrás de Andrés? ¿El niño Andrés? No, precisamente estaba pensando en él. Por aquí anduvo tirando piedras y escondiendo la mano.

CUMPLEAÑOS EN EL EDIFICIO COLOMBIA

Buenas noches, Edificio Colonia, le habla Néstor Helí. Doctor Gordito, japi berdei, estas son las mañanitas que cantaba el rey David... Turbay. ¿De quién son dos añitos de gobierno? ¿Y la torta alcanzó para todos? Ah, el déficit fiscal... ¿Y quién se quedó sin tajada? Bogotá. Y los empleados oficiales con el 13% de las migajas. Como pesados esos 731 días, ¿no? Ah, crisis que no tumba engorda. Mejor dicho, usted en ese combate se volvió un peso pesado. Ni Tyson lo noquea. Puede que aquí no haya nadie de su categoría que lo tire a la lona, pero los manes del bloque norte sí, los monos son mangas, dan golpes bajos y tienen comprados a los árbitros. No va y sea que en pleno segundo aire le metan un recto de derecha... ¿Saliéndose de las cuerdas? Y pilas porque en su misma cuerda el Gaviria quiere volver al César Palace. Oiga, no se preocupe tanto por *El Tiempo* y fíjese más bien en la gente que está llevada. Saludos a María Hembra, a ver si con esas piernas nos arregla el caminado. Ese doctor Gordito, dos años de soledad, ¡y el gringo ahí! ¿El doctor Gaviria para declarar con el fiscal por lo de la liberación del hermano? No... él está en Washington con la fiscal Reno, que es su conducto regular. Esos manes liberales... Samper dizque el salto social, y Gaviria con el hermano y Bochica dio el salto del Tequendama.

POESÍA EN EL EDIFICIO COLOMBIA

Buenas noches, Edificio Colombia, habla Néstor Helí. Hola, mi doctor Belisario Betancur, ¿dónde se encuentra su humanidad? ¿En la plaza de Bolívar? Ahhh... mirando el nuevo palacio de justicia. Huy, mi doctor, ¡no lo mire mucho que eso costó harta plata! Oiga y como que le van a exhumar los muertos del palacio. ¿Que ese proceso ya está enterrado? Huy, quién sabe. No, doctor Belisario, esa no es una frase de cajón... ¿Que «sí se pueden» pagar los 50.000 millones de indemnización por muertos y desaparecidos? ¡Pero será con el impuesto de guerra! Oiga, doctor Belisario, ciao y saludos al poeta Cavafis... Zuas, ahí bajan en tropel todos los que permitieron la salida digna de Gaviria y el regreso clandestino de los secuestradores al mando de Bochica.

AGITE EN EL BLOQUE NORTE DEL EDIFICIO COLOMBIA

Hola, mi doctor Serpa... yo lo hacía en la selva emproblemado con los micos... ¿Cómo dice? ¿Que el problema no son los micos sino los monos? Ah, los del bloque norte; Gelbard y Clinton. Lo tienen del Interior, ¿no? No, del ministerio ese que tiene de Plante hasta el 98. Un momentito, manténgase en la línea correcta que está entrando una llamada de atención... Hola don Myles, hablando del emperador de Roma. No, con el doctor Horacio, ¿algún mensaje? Doctor Serpa, dice don Myles que le eche glifosato a los del Caquetá antes de que den otra cosecha... Don Myles, que el ministro le manda a decir que no los fumiga porque cada uno es un voto. Pero que se compromete a sustituir la coca y la amapola por contubernios y contumelias, que se dan silvestres... Don Serpa que no, que esas flores las van a sancionar... Don Myles, que mejor les dé visa a todos los cocaleros, que ellos le arreglan los jardines a don Clinton en la Casa que también es Blanca como el perico... ¿Como dice, don Myles? ¿Le digo eso?... Doctor Serpa, con todo respeto: don Myles manda a decir que no sea mentiroso, que allá no hay mafiosos, sólo honestos expendedores... Don Myles, que de ser así, mejor se los mande al Caquetá para que ellos compren directamente la coca... Que gou tu jel, doctor Horacio... Que mamola, don Myles... Estos manes... no entienden que mientras haya negocio no van a entenderse... Baja la investigación del fiscal por la muerte de Galán. A la orden. Sopas, no hay nadie... Pero si timbraron. ¿Será el doctor Galán que vino a jalarle las patas a toda la clientela de este edificio?

LISTA DE PROPIETARIOS DEL EDIFICIO COLOMBIA

Buenas noches, Edificio Colombia, habla Néstor Helí... ¿Aló? Hola, doctora Claudia Blue. ¿La lista de propietarios? No, esa no la encuentra ni el bloque de búsqueda. Y usted como que sacó Barbieri para cortarles los bienes a los narcos, ¿no? Y eso será porque las viejas ricas no quieren nuevas ricas en los clubes? Ah sí, entiendo, es para la vaina de la moral y los principios. Y si lo recuperan, ¿todo ese billetón para dónde va? Ah, para las hermanitas de los pobres. ¿Y las hermanitas de los ricos? Ah claro, esas lo tienen debidamente invertido en Miami. ¿Y eso de la extinción de dominio quiere decir que don Myles ya no manda más? Ah, ya entiendo, el gringo sigue ahí con el dominio extendido. Bueno, doctora Blue, y caricias a todos. Esta doctora tan opulenta, ¿por que se metería en eso? Hum, averígüelo Vargas... Lleras. ¿Aló? Doctor Carlos Lleras de la Fuente. ¿El doctor de la Calle? No, salió con botas de campaña. ¿El doctor Juan Manuel Santos? Salió con cantimplora de campaña. ¿La señorita Noemí? Salió con traje de campaña. El doctor Valdivieso está despachando en la tienda... de campaña. ¿El doctor Gordito? Salió a pagar lo que hizo... en la campaña. ¿Y como para qué los necesita? Ah, para que lo apoyen para no reformar la Constitución. O sea que usted también... en campaña.

GRIETAS EN EL EDIFICIO COLOMBIA

Buenas noches, precipicio Colombia, habla Néstor Helí. Doctor Horacio Serpa, ¿en qué le podemos servir sus modestos clientes? ¿El doctor Alberto Santofimio? No, hace rato se fue a modelar. ¿Como para qué sería? Ah, le tiene la buena nueva de que se va a lograr la excarcelación de los congresistas que recibieron plata del narco. ¿Y usted le consiguió eso a cambio de que? Ah, de los votos de ayer, de hoy y de mañana. Mejor dicho, vuelven a recibir platica caliente, se la guardan y frescos, porque como la impunidad es legal, no van a la cárcel. ¿Eso es lo que llaman planificación hacia el futuro? No doctor, zoquete no. Es que uno se pilla cómo hacen las vainas ustedes. ¿Se justifica? Ah, exigen que para subirle la pena a los narcos se las rebajen a ellos. ¡Lindo el contubernio, doctor Serpa! ¿Cómo dice? Ah, por lo de los gringos, pero ¿luego no dijo usted que mamola? ¡Huy, se puso barranca! Este doctor Serpa dijo que no había que satanizar a los congresistas. ¿Será porque el diablo es él? ¿El general Faruk Yanine Díaz? Vino y se fue de saco y corbata. Como los paramilitares andan también de civil. Las acusaciones por las masacres al general lo tienen... retirado. ¡¿Será que está tan hundido que ya ni necesita abogado, sino otra vez autodefensa?!

SEGURIDAD EN EL EDIFICIO COLOMBIA

Buenas noches, Edificio Colombia, habla Néstor Helí. Doctor Carlos Arturo Marulanda, y ahora que lo echaron de la embajada en Bélgica, ¿dónde la va a montar de Rambo? ¿Con quién? ¿Tirofijo? Ah, don Miguel Ángel Bermúdez. ¡Con permiso yo me siento! ¿Marulanda el de la Uribe? Don Manuel, me hubiera dicho desde un principio. ¿Qué se le ofrece al rebelde anciano en armas pasado de moda? ¿El doctor Álvaro? No está. ¡Como Ley va y ley viene y ustedes siguen por fuera de la ley! Déjele la razón. ¿Que entrega a los soldados si le entregan el poder? ¡Jojojy! ¡Qué beligerancia internacional! ¿Cómo dice? ¿Ramírez Ocampo? Está en Centroamérica estudiando para ser El Salvador. ¿Que le manda un mensaje de paz al edificio? Hasta luego. Huy, ese cucho lleno de frentes, pero ni una que piense en la paz. ¿El ministro de Defensa, doctor Esguerrilla? Salió a traer los «nuevos» helicópteros rusos para vigilarles el cielo a los gringos. Buenas noches. Cómo ha cambiado el mundo. Por allá se acabó la guerra fría, pero por acá sigue la guerrilla caliente...

COSTURERO EN EL EDIFICIO COLOMBIA

¿Aló? Doctora Ingri Betancourt, ¿cómo va el mosquete? ¿Apuntado a la India Martha Catalina? Preciso la tengo por la otra línea. Yo le digo. Doña Martha Catalina, la niña Ingri le manda a decir que si con el cambio de los telenoticieros lo que quiere es narcotizar a la audiencia. Doña Ingri, dice doña Martha que usted es una gomela pantallera. Doña Martha, doña Ingri en uso de la palabra responde que eche pa' la cocina a adobarle la lengua a D'Artagnan. Doña Ingri, que le haga su Barbi Quiu a Enriquito Santos, que así le dan la sección del corazón en QAP. Doña Martha, ¡que se consiga un programa en el canal de la Mancha! Doña Ingri, que a usted no le adjudican ni el cuarto de hora que está viviendo. Huy, ¡zambra pa' ti! ¡Estas son representantes de la jurisdicción de Corabastos! ¿El doctor Jorge Visbal, presidente de Fedegan? Salió con Víctor Carranza a tomar un curso de autodefensa... personal.

TRANCÓN EN EL CHUT DE BASURAS DEL EDIFICIO COLOMBIA

¡Hola, mi doctor Medellín! ¿Está haciendo lobby? Acosando a Caperucita Roja, ¿no? ¿Cómo dice? Ah, el tradicional lagarteo... ¡para quitarle la plata blanca a aquellos! Oiga doctor, a ver si entendí lo de la extinción de dominio: vuelven esa vaina ley y mandan a Rosso a recoger la platica ilícita. Y como ese billete salió del bolsillo de los consumidores del bloque norte, se los devuelven. Y como los gringos ya se metieron el perico, no devuelven nada y quedan contentos. Se acaba el negocio, ellos recuperan sus verdes, que es lo que les interesa, y don Myles no la monta más. ¿Cómo dice? Ah, la platica se queda acá. ¡El doctor hizo extinción de llamada! Sale echado de Bélgica Carlos Arturo Marulanda y baja derecho por el chut. ¿El fiscal? Él no para acá. Entre el plan de campaña y las opiniones varias, sobre todo, se extraditó de la Fiscalía... ¿Será que como opina tanto le dan un noticiero?

GODOFREDO CÍNICO CASPA

El doctor Godofredo Cínico Caspa nació el 7 de agosto de 1939 en el puente de Boyacá. Aunque su padre Plinio Cínico Mendoza en un principio pensó bautizarlo con el nombre de Laureano Mariano del Perpetuo Auxilio Parlamentario, optó por el nombre de Godofredo, homenaje más directo al ensangrentado trapo azul. Sus primeros pinitos políticos los hizo en la vereda de Chulavita, luego fue pájaro en el Valle del Cauca, estudió tres semanas de derecho en la Universidad Externado de Colombia y ha sido, entre otras muchas cosas, juez promiscuo, contralor de Turmequé, empleado del Congreso, «valet de chambre» de Julio César Turbay, coautor del Estatuto de Seguridad, asistente de Carlos Holguín, asesor de Fidel Castaño y profesor de derechos humanos de Álvaro Uribe Vélez. Entre 1995 y 1997 fue columnista permanente de Quac, el Noticero. Actualmente asesora a alias Macaco, comandante de las AUC, y dicta clases de ortografía en la Escuela Superior de Guerra. Ah... y es el mentor ideológico del exministro Fernando Londoño Hoyos.

COMPLICIDAD, MOTOR DE LA HISTORIA

Somos 68.000 profesionales del derecho, garantes de la legalidad, herederos directos de Santander. ¡Y vienen tecnócratas de medio pelo a poner en duda nuestra pulcritud! ¿Acaso no son ellos los que roban y nosotros los que los sacamos del problema? Quiero decir que he asumido personalmente la defensa de mi dilecto colega, el señor procurador Orlando Vásquez, hombre probo, que jamás, óigase bien, nunca ha tocado un solo lingote del tesoro nacional. Uno tiene derecho a alojarse donde quiera y a que lo inviten. Faltaría más. La amistad es un don sagrado sobre el que se construye la complicidad, motor de la historia. ¡Atrás, bellacos doble moralistas! Aquí estamos los hombres de leyes para preservar las prebendas que nos ha dado la historia. Propongo a Ramiro Lucio a la Presidencia de la República, un hombre limpio, que no necesita lavado. Somos el país, el progreso, el futuro.

PADRE DE LA PATRIA

Quousque tandem Catilina abutere patientia nostra? ¡Hasta cuándo abusarán de la ley, carajo! Asumo con sentido patrio la defensa del sagrado derecho a prestarle servicios a la nación. Veo con los mejores ojos la propuesta del honorable senador Carlos Espinosa Facho Lince, dirigida a recuperar para la democracia el derecho a elegir y ser elegido. ¡Cómo así que los congresistas, que son los que saben de la cosa pública, no pueden ser nombrados para otros cargos! ¿Porque los pelafustanes gaviro-samperistas quieren puestos? ¡No, señor! ¡Rateros! Regresemos a las vías jurisdiccionales con los auxilios y las figuras sublimes de la inmunidad y la sagrada investidura parlamentaria. Con qué autoridad moral se habla de inhabilidades, si precisamente el doctor Carlos es un hombre hábil para sortear, como lince, las más espinosas situaciones... Incompatible, sí, que unos aparecidos en 1991, unos dictadores que no se han untado de pueblo, vengan a tratar de desplazar a los padres naturales de la república. ¡Ni de vainas! ¡Viva el doctor Carlos Espinosa, vivan Santander, Núñez y la carta del 86!

IMAGEN EN EL EXTERIOR

¡No, carajo! Si no viajan los parlamentarios, que son la fuente de la decencia y la honorabilidad, ¿cómo diablos vamos a tener una buena imagen en el exterior? Que no me vengan a decir los neomoralistas que esa es plata mal invertida, gastos injustificables. Los padres de la patria tienen derecho a empaparse del devenir global. ¿Cómo diablos va a dirigir Juan Guillermo Ángel el Congreso si no hubiera ido a Australia a ver los canguros? ¿Cómo podría controlar Jaime Arias las empresas licoreras de no haber ido a Ginebra? ¿Cómo haría Aurelio Iragorri para entender la ley de ginecología si no hubiera ido a París? ¿Cómo habría hecho Carlos Martínez Simahan para la legislación ganadera si no hubiera ido a Madrid a ver los toros? ¿Cómo podría Luis Fernando Londoño controlar la calidad de las salchichas si no hubiera visitado Frankfurt? ¿Cómo diablos podría andar a buen paso la próxima legislatura de Tito Rueda si no hubiera ido a bailar tango a Buenos Aires? Señores moralistas, ¿quieren más razones? ¡Caray, que les piquen caña!

Les habla Godofredo Cínico Caspa, último bastión de la dignidad y el decoro en este país. Hoy quiero referirme al derecho al voto, que se ha convertido en un auténtico libertinaje. Antes de la Constitución de 1886 sólo podían votar los mayores de 35 años, varones casados, sin deudas e inteligentes. Como quien dice, los hombres de bien. Hoy vota todo el mundo y por eso se elige a la topa tolondra. Yo propongo que volvamos a beber en las fuentes de la democracia, en los ríos de la tradición. ¿Cómo es esa vaina que hasta las mujeres pueden votar? Que vuelvan a la cocina y dejen quietas las urnas. No creo que un hombre antes de los 55 años tenga nada claro en su mente. Derecho al voto sólo para la tercera edad. Mal podrían votar homosexuales, drogadictos, sidosos y toda esa gentuza dañada. Voto con carné de salud y prueba de doping. No al voto para los comunistas y opositores. Que sufrague sólo la tradición, que la gente de bien elija a la gente de bien. Extirpemos de las elecciones todo rastro de impureza; ni

indios, ni negros, ni mulatos, ni zambos. ¡Sólo blancos a las urnas, carajo. Seremos pocos pero con sindéresis e inteligencia, Álvaro y yo elegiremos al próximo presidente.

LA CULTURA OFICIAL

Quiero referirme hoy al tema del tal Ministerio de la Cultura. ¡Qué es esa vagabundería, carajo! El país lo que necesita es que la gente trabaje, los peones, la servidumbre, que se queden donde están. ¿Para qué necesitamos albañiles poetas, sirvientes cantantes, policías escritores o campesinos bailarines? ¡No señor! Cada cual con sus cositas. ¿O es que le van a dar cultura a la gleba para que se nos vuelva inteligente? Entonces quién trabaja, ¿ah? ¿La gente de bien? ¡Ni más faltaba! ¡La gente culta es culta por raza, por sangre, por tradición! Eso es una pésima política. Liberalidades pendejas e improcedentes. Me opongo a esa figura. Además, esa vaina ni da votos, ni puestos, ni nada. ¡La cultura para Puyana, Botero y punto!

FLUJO DE CAPITALES

Siguen quitándole el trabajo a la gente decente, ¡carajo! Ahora Samper se va lanza en ristre contra la clase obrera, contra los gestores y tramitadores. Yo, que estuve largos años de mi mocedad sacando pases frente a Paloquemao, sé del esfuerzo de estos honestos trabajadores. ¡Cómo se les ocurre, carajo, acabar con los trámites, si eso garantizaba el flujo de capitales, la redistribución del ingreso, hasta el equilibrio de la balanza de pagos! ¿Ahora de qué van a vivir cientos de miles de tramitadores y de empleados oficiales que recibían su platica por debajo de la manga, como único emolumento a su consagración al trabajo? ¡Acabar los trámites es acabar la dicha! ¡De ellos se nutrían la economía nacional y la canasta familiar carajo! ¿Qué crimen pueden ser la mordida o el tráfico de influencias? ¿Qué de malo tenía cobrar una platica por hacer vueltas, qué de malo tenía enredar las vueltas para cobrar más platica?

FORJADORES DE PATRIA

¡Cómo se les ocurre, cabezas de chorlito, levantar la reserva del sumario! ¡El pueblo no puede saber la verdad! ¡Carajo, la gleba, al conocer las cuentas que tenemos los empresarios y los forjadores de patria, se puede levantar! ¡Recuerden el 9 de abril, cuando la chusma roja casi acaba con Mariano! Los problemas se tienen que arreglar de acuerdo con la tradición, a puerta cerrada, en convenciones propias de la civilización cristiana. ¡Cómo van a ventilar todo lo del 8.000 por la televisión! ¡Si en ese proceso hay más de un prestante apellido! Dejen quieto al Congreso, que la vaina se puede resolver entre amigos. ¡Cómo van a permitir que el pueblo participe, que ensucie con sus manos manchadas los limpios manteles de la democracia! Si nos hemos reservado durante 180 años el poder, ¡cómo no nos vamos a reservar el sumario!

EDUCACIÓN POPULAR

¡Esto sí ya es el colmo! Ahora viene el gobierno a embrutecernos con un plan de educación. Si así no más pasa lo que pasa, cómo será educando al populacho. ¿Qué quieren, que además de todo piense? Si lo educan, el vulgo va a querer vivienda, salud y, lo que es peor, participar en política. ¿Quieren acabar con los partidos tradicionales? ¿Qué educación se necesita para llevar del bulto o pegar ladrillos! Qué quieren, carajo: ¿ñeros con Ph.D. en saneamiento ambiental? ¿Gamines con máster en servicios generales, para ensuciar las ventanas de los BMW? ¿Atracadores con posgrado en el London School of Economics? ¡Carajo! Toda esa platica hay que invertirla en la vieja escuela educativa de los auxilios, en la compra del votico, garantía de preservación de la democracia. Además, la letra siempre ha entrado con sangre. ¡Bala, señores!

LIBERTAD DE PRENSA

Aplaudo con ahínco la decisión del honorable Congreso de proponer un proyecto de ley para que se acabe la vagabundería esa de la libertad de prensa, embeleco liberaloide, herencia maldita de la ausencia de autoridad. Celebro que el doctor Juan Guillermo Ángel disponga una ley taxativa contra los desmanes del llamado cuarto poder... para qué, como diría el maestro de Chaparral. Si no se autorregula toca cerrar la prensa, como en el glorioso período azul del poeta bendito Laureano Gómez, padre insigne de las ideas que yo profeso al lado de Plinio y del egregio doctor Enrique Gómez Hurtado.

CIUDADANOS EN FORMACIÓN

Los detractores del genial pensador y hombre de ejecutorias, Antanas Mockus, piden su renuncia. ¡Cómo se les ocurre, caray! Sin planeador, todo se iría a pique. Mockus nos ha entregado el Aquaparque, colectivo abrevadero de sedientos ciudadanos en formación. En materia de servicios, ha mejorado hasta el doméstico, ha aligerado el transporte con mimos y cebras, en las cuales mansamente se moviliza la población agradecida. Ha sobretasado la gasolina para acabar con la contaminación ambiental. Ha propugnado el desarme para que la gente se ataque civilizadamente a mordidas y no a bala. Y lo critican porque le pavimentaron la calle frente a su edípica residencia. ¡Faltaría más! Fue el amor a la escultura ciudadana lo que lo impulsó. Si no lo hace, mal podría, al salir de su mandato, quedar en el asfalto, como debe ser. No molesten más al poeta de la cicla y el trasero. Envidiosos aquellos que no pueden mostrar ni sus obras ni nalga que valga la pena.

CONVIVIR CON ÁLVARO URIBE VÉLEZ

Qué orgullo patrio sentí al ver la revista esta *Semana*, que trae en la tapa al civilista gobernador de Antioquia, doctor Álvaro Uribe Vélez. Un hombre de mano firme y pulso armado. Líder que impulsa, con su aplomado cooperativismo, pacíficas autodefensas que él, iluminado por los soles de Faruk, llamó Convivir. Acierta *Semana*, en cabeza del diligente vástago de César Gaviria, Mauricio Vargas, al proyectar sobre el escenario nacional a la nueva neoliberal lumbrera. Álvaro vislumbra todo un país convertido en zona de orden público, como una sola Convivir donde la gente de bien pueda disfrutar en paz de la renta. Y será él quien traiga por fin a los redentores soldados norteamericanos para que humanicen el conflicto y hagan de Uribe Vélez el dictador que necesitamos.

El país, a través de *Semana*, órgano de la cristiandad con plata, reconoce la importancia de Enriquito Santos Calderón, cuyas sagradas escrituras son, para la gente decente, dominical contraescape de la rutina de hacer plata. El favorito de la alta opinión expresa con enjundia ideológica nuestras ideas progresistas. Enrique dice las cosas como son, o como deben ser, en armónica coincidencia con los intereses de la clase a cuyo redil enhorabuena regresó. Su opinión es la más objetiva, porque dice lo que piensa y gana con lo que piensa. ¡Por algo el exguerrillero del Chicó se reinsertó en el Jockey Club! Su único lunar ha sido atacar a un hombre intachable, como el Presidente Samper. Ya es hora de que el comunista Hernando Santos, que puso *El Tiempo* al servicio del tirano Fidel Castro, abdique de la dirección. Que Enriquito coja el editorial por los cachos y que Hernando escriba de toros. ¡Enriquito, quedamos QAP!

LA LEGÍTIMA DEFENSA

Otra vez intelectuales que nada saben del poder ponen en duda la legitimidad de las Convivir. Si no ejercemos legítima defensa, ¿quién nos defiende? ¿Serpa? Vuelve la revista subversiva *Alternativa*, dañina en el pasado, a sapear que las Convivir tienen fusiles, cohetes y ametralladoras. ¿Qué quieren? ¿Una autodefensa con cortaúñas? ¡Eso sólo sirve para interrogatorios! ¡Bien por el superintendente de Seguridad, que arma a la población civil para que se vuelva militar y haya bajas, sangre y enfrentamientos! ¡Como debe ser en una guerra seria! Feliz recojo la propuesta del immaculado contralor David Turbay —futuro vicepresidente— de elevar al rango de mindefensa al general del acto y la palabra: doctor Uribe Vélez, ¡salve la patria! Doctor Uribe: no más blandenguería. ¡Bala, señores!

JOHN LENIN

John Lenin Vieira Mosquera nació en el barrio Policarpa Salavarrieta de Bogotá en 1960. Hijo de Mamerto Vieira y Elena Mosquera, estudió en la Concentración Escolar Carlos Marx y en el Colegio Nacional Camilo Torres. Desde su tierna adolescencia fue militante de la Juventud Comunista. Fue estudiante de antropología de la Universidad nacional de 1977 a 1997, pero no alcanzó a terminar la carrera. Militó en el M-19 pero se retiró por contradicciones éticas con Carlos Alonso Lucio. Se fue para el monte en 1980 pero regresó desencantado, pues le tocó cuidar varios meses una guaca del ELN llena de billetes que se pudrieron. De regreso a la «Nacho» continuó su trabajo de masas como reconocido activista del PCMLLCAEHIS, Partido Comunista Marxista Leninista Línea Correcta Albanesa Enver Hoxsa Idea Suché. Hoy se encuentra reinsertado y es director de la ONG NEPNMJM, Ni En Pie Ni Muerto Jamás Mamerto, que exporta mochilas arhuacas para financiar la erradicación manual de la Coca-Cola.

LLEVANDO LA CONTRARIA

¡Contra la hamburguesa, clase media! ¡Contra las toallas Frechette, nosotras! ¡No más Disneylandia, sólo Tranquilandia! ¡No queremos guardianes de la bahía ni moros en la costa! ¡Contra el desodorante, el olor de la guayaba! ¡Contra el sueño americano, traba colombiana! ¡Ni un chicle más, liberación y haba! ¡No más computadores, ábaco al imperialismo! ¡Contra los tenis de marca, pata y puño limpio! ¡Fuera los bluyines... de las amigas!

AGITACIÓN DE MASAS

La clase burocrática y los trabajadores al servicio del estado de sitio lograron que el gobierno, seducido por el paro, se alzara la bata en un 17%. ¡Las masas se agitaron en una auténtica licuadora social, porque el que no para no mama! Continuemos en la lucha por la nacionalización de la iniciativa privada. ¡Abajo la inflación de la Bolsa de Bogotá! ¡Que nacionalicen a Sabas Pretelt! ¡Fuera gringos del psicotrópico!

PRIMERO DE MAYO COMBATIVO

Compañeros: otro puente de la Primero de Mayo que se cae de su propio devaluado peso, construido con materialismo de mala calidad para serruchar las bases obreras. Y una vez más la aristocracia y su punta de lanza, doña Tera, se toman abusivamente la vocería del proletariado. ¿Con qué derecho la reina Vásquez, esquirola de sintrasilicona, dice representar al pueblo? Rechazamos el oportunismo maquillado de don Popó Primero, rey de burlas. ¡Fuera Miss Colombia de las curvas de inflación! ¡Por un país feo pero digno, fuera la reina de la baraja electoral! ¡Arriba el collar de Marbelle! ¡Abajo la tanga de Lady Noriega! ¡Fuera bobas de la patria bella! ¡Bisturí, cuántos crímenes se cometen en tu nombre! ¡Fuera la generación x del abecedario! Fuera la infiltración del germen revisionista en el marxismo leninismo pensamiento Carlos Vives. Gracias, compañeros.

EL QUEMANDO CENTRAL

El verdadero nombre del oficial del ejército que durante dos años y medio fue portavoz de las fuerzas amadas para el Noticero Quac es el del general (r) Freddy Violencia Tovar. Hoy, en uso de regular retiro, ha fundado la ONG ambientalista Protección a Bernas y Macacos y otras especies amenazadas y en vías de extinción de dominio, y la Empresa Prosocial La Ceja - Motosierras, exportadora de troncos. Hace ya un Ralito que el alto oficial se ha dedicado a la verificación de la desmovilización de las Autodefensas Unidas. Aspira, una vez terminado el segundo período de Álvaro Uribe Vélez, a ser nombrado embajador en Iraq para ocuparse de los mercenarios colombianos que se extremo orientan. Cree en la unidad nacional y no cree sino en las divisiones del ejército nacional.

SUEÑO BOLIVARIANO

Con respecto a la visita a Bogotá del coronel Chávez de Venezuela, el alto mando se permite informar de que: a dicho sujeto no se le reconoce grado de consanguinidad. Simón Bolívar es de uso privativo de nuestras fuerzas armadas.

POLÍGONO ACADÉMICO

El quemando central informa a la opinión pública ¡de que!: aplaude la valerosa actitud del coronel Rodríguez, de la policía, quien hizo presencia en la facultad de tiro al blanco de la Universidad Pedagógica, repeliendo la aleve emboscada de bandoleros armados con libros de alta potencia y esferos automáticos. Población civil, retirarsen, ¡arr! ¿Es correcto, general Botero Zea?

RECUERDOS DEL PALACIO DE JUSTICIA

Somos herencia de la tradición castrense que privilegia a los protegidos.
¡Para defender la democracia, maestro!

MONSEÑOR PASTOR REBAÑO

Su eminencia, monseñor Pastor Rebaño López, ha escalado en los últimos años —después de sus homilías en el Noticero Quac— todos los peldaños del calvario, hasta ponerse a tiro de as, o sea a pocos pasos de los coros celestiales y en vísperas y maitines de ser consagrado por el divino poder. El purpurado, tras la propagación de su parábola del elefante, se dedicó a los avatares del derecho canónico y hoy es el presidente del Tribunal Eclesiástico del Neo Santo Oficio, desde donde ha repartido excomuniones a todo lo que huelga a progreso de las costumbres. Dentro del mismo espíritu de cuerpo de la justicia penal militar, ha dejado en libertad a cuanto cura violador o acosador se ha encontrado, ha condenado a los infiernos a las niñas violadas que abortan, tratado de malhechores al cuerpo médico y fundado la ONG Torquemada, encargada de la doctrina de la fe en el Vaticano. Aspira al trono de san Pedro bajo la denominación de origen controlado «SS. John Jairo Primero».

SAGRADA EUCARISTÍA

Registramos con cristiana resignación cómo se ha tratado de convertir el santo madero en de tal palo, tal astilla; cómo se ha confundido la santa cruz con José Santacruz; cómo ha pretendido transformar la sagrada eucaristía en el Goce Pagano.

CALVARIO

Amadísima toronja, digo, grey: quisiera hoy recordaros la última cena de la campaña liberal. Estando Samper con sus discípulos, les dijo: uno de vosotros me va a entregar a la Fiscalía. El discípulo Judas Patiño, de Fómeque, Cundinamarca, le dijo: «¿Seré yo, maestro?», y Samper le contestó: «¡Seré yo, pendejo!». Mirando a Botero, le dijo: «Tú me negarás». A lo cual el discípulo amado respondió: «¡Yo nunca!». Y no sólo cantó el gallo, sino también Botero.

CONFESIÓN

Arrojemos, hermanos, a los mercaderes del Congreso, y lavemos nuestras culpas, así como medio país también ha lavado. Entonces podremos lavarnos las manos como lo hizo Poncio Andrés. Podéis ir en bus.

CARLOS MARIO SARMIENTO GANITZKY

El exempresario Carlos Mario Sarmiento Ganitzky vendió todo y se fue del país. Se dice en los círculos del poder y en los clubes sociales que el otrora hombre de mundo, cuyo nombre aparecía bien arriba en las listas de la revista Forbes, se fue a los Estados Unidos en donde, gracias a un acuerdo con la Oficina de Impuestos, goza de nueva identidad. El exempresario se acogió a un proyecto gringo de regreso de capitales a las propias fuentes del capitalismo. Todas sus empresas colombianas y su «grupo», del cual él era el único miembro, fueron tasajeadas o subastadas y sus trabajadores debidamente licenciados o simplemente vendidos al mejor postor. De sus empresas financieras no quedaron ni los bancos... de datos; en su compañía de aviación, el jet se fue de mula y cayó en una tenaz quebrada, de tal modo que tuvo que vendérsela a una escuela de samba brasileña: su imperio cervecero se avinagró y de ello sólo quedó la marca «Club Sudáfrica, perfecta», y su cadena radial asumió la estrategia de caracol y se fue de «Prisa» a donde los socialistas españoles. Lo único que dejó en Colombia fue un hueco fiscal.

PAÍS LIBRE

No nos importan los guerrilleros en el monte. Es un riesgo calculado.
Nos indignan los retenes en la vía a Anapoima.

UN CONSEJO GREMIAL

 Mi único consejo gremial es que se inventen alguna solución para poder volver al club y que no nos jodan más.

EL MEJOR RENDIMIENTO

La autoquiebra rinde como el autopréstamo.

LOS LOBOS DE LA GUERRA

Mi bisabuelo se enriqueció financiando guerras civiles, que entonces era lícito y no una lobería paramilitar como hoy.

SÍNTESIS ECONÓMICA

La finca raíz la veo bien, con la ley de extinción de dominio vamos a recuperar a muy buen precio lo que vendimos caro. El certificado de cambio lo veo más bien descertificado. En síntesis económica, lo mejor es invertir en armas en el extranjero, excelente para los que tenemos bonos de guerra.

POR SUS PROPIOS MEDIOS

¡He dicho que no me politicen la ficción! Es lo malo de tener uno sus propios medios... económicos. ¡Qué grupo tan jarto!

DEFINICIÓN

Mi signo es pesos, uso corbatas ministeriales y me viste Óscar... de la renta.

ERNESTO SAMPER PIZANO

Una vez acabado su gobierno gracias a Quac, el Noticero, el hoy expresidente Ernesto Samper Pizano se fue a España, donde durante varios años fue consultor de la plaza de toros de Las Ventas de Madrid. Con muy mala fortuna trató de montar una versión libre de la fiesta brava, en la cual los matadores y rejoneadores le hacían la faena a un encierro de elefantes. Como casi todo en él, en esta pequeña y mediana empresa también fracasó, sobre todo cuando en una corrida puso en el cartel a los diestros Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela, olvidándose de que él mismo los había encanado. No hubo tarde de elefantes y quedó más endeudado que antes, lo cual lo obligó a regresar al país. Mientras tanto fue elegido su archirival, Andrés Pastrana, quien parceló el país entre el Farc West y Paracolandia, lo cual le permitió a Samper declarar: «Yo se los dije con lo de los narcocasetes, ese es un vendepatria». Ido Andrés, quien siempre estuvo en esa ajena condición, Samper en un acto de su muy conocida lealtad le dijo «¡Mamola!» a su gran amigo Serpa, volteó la arepa y se declaró parauribista. Hoy, operado y sin gafas, pues ya no quiere hacerse el de las ídem, es profesor de cívica en su carnal Gimnasio Moderno. Dicen que los alumnos que serán futuros samperes tampoco le creen.

EL TIEMPO DE LA GENTE

Colombianos: hoy les voy a hablar para contarles que les tengo buenas noticias. Empecemos con la economía: en la vereda El Salitre, del municipio de Cota, se recogió esta semana una cosecha de 85 bultos de maíz. Como ustedes ven, se aclara el futuro del campo. En el barrio Popular Uno de Medellín fundamos una cooperativa de tejedoras, creando tres empleos. Baja la tasa de desempleo rotundamente. En el orden público, les quiero contar que en Barbacoas, Nariño, fue detenido un estafeta de la guerrilla. Se le incautó una navaja. Con ello, hemos desarticulado el bloque sur de las Farc. Como ven, el gobierno sigue su marcha... nupcial con el país. No voy a renunciar a mis espaldas. Buenas noches.

EL MARRANO, CON LA MANO

Me gusta el cerdo agridulce, como Valencia Cossio. Le voy a decir a D'Artagnan que me lo vaya preparando con lentejas.

¿ALGUIEN REPORTÓ UN FUEGO?

Como entre bomberos no nos pisamos la manguera, que el Congreso avive el fuego de la extradición y deje las ruinas de la soberanía. Con mi maquinaria de bomberos, me volvería un hacha en gobernabilidad y con esta extinción estaría más tranquilo en mis dominios. Y le dejaría lista la escalera de incendios a Horacio, al que se le hace agua la boca pensando en su hidrante oratoria como presidente. Mientras... ¡aquí estoy y aquí me quemo!
¡Ay! Noches...

ROCK AL PARQUE

Del rock me gusta todo, menos el bajo de Los enanitos verdes de la Fiscalía. ¡Caifanes! Me aburre el ritmo House Blanca que impuso Vilma Frechette e Vampiros. Es muy sancionetudo. Hommes, que se las da de tecno pero es un metalero. ¡Ese le vende las 1.280 almas al diablo Gaviria!

ESTRATIGRAFÍA

Colombianos: les dejo retroactivamente los aguinaldos porque me voy a retirar... espiritualmente, ¿o qué creyeron? A los del estrato uno, les regalo una red de solidaridad para que tranquilen la caída del salto social. A los del dos, les dejo un millón de nuevos empleos en la policía para que impidan que los del uno se metan a la guerrilla. A la clase media baja del tres, un aumento salarial del cuánto lo siento. A los del cuatro, un cinturón para que se aprieten su clase media pantalón. A los nuevos ricos del estrato cinco, les doy educación privada y servicio público, que son las dos caras de la moneda. A los de la estratosfera seis, los conispis, de año nuevo, me les quedo hasta el 98. Ah, y al niño Dior, Fernandito Botero, dos mulitas para que no se sienta solito en su pesebrera. Noches buenas.

DEL MÁS LOCO ACUERDO

Yo les propongo un «acuerdo nacional de principios», para ver si al final nos ponemos de acuerdo en principios. Ustedes propongan y yo acuerdo cuántos puestos le doy a cada uno... Bueno, creo que esto ha sido muy provechoso. Todos estamos de acuerdo en el acuerdo, y ustedes están de acuerdo en que tenemos que darles espacio a las nuevas generaciones, porque es el tiempo de la gente..., que es como los mismos puestos pero sin los mismos. ¿De acuerdo?

EXPRESIDENTE

En el futuro, pues me tocará volver a ser el mismo Bojote de siempre...

ANDRÉS PATRANA ARANGO

Poco después de terminar en 1998 Quac, el Noticero, y a pesar de todo, Andrés Pastrana Arango fue elegido presidente de la república que escasamente logró sobrevivir a su mandato. Y, claro, sobrevivió por ser un país Caguán ta todo. Al finalizar su período dejó al país más pobre, más violento, más llevado que nunca y poco antes de irse, como todos a reconocer sus orígenes coloniales en la Madre patria, Andrés sentenció: «Aquí no pasó nada y ya se acabó todo». Pero lo peor fue su herencia. Gracias a Andrés el país vio elegir como su sucesor a Uribe Vélez, el gran vengador, que hizo de su patología y de sus odios personales guerra nacional y condujo al país a la total imposibilidad de reconciliarse. Andrés renegó de Uribe pero le aceptó embajada, y en su consabida saga de traiciones se peleó hasta con su álter ego, el pequeño Moreno. Hoy trata de que le den a él también un canal privado de televisión para volver a presentar las noticias que lo hicieron noticia. Y como todo mal estudiante, pues quiere repetir. ¡Ay!

039 SE LA LLEVÓ

Me llamo Andrés Lázaro Pío de la Santísima Trinidad Pastrana Arango,
lista 039 por Bogotá.

NADIE ES PROFETA EN SU TIERRA

Yo, Andrés Lázaro Pío Pastrana, en pleno uso de mis facultades de comunicación, ante el reciente subdesarrollo de los acontecimientos y aconsejado por mi padre, declaro: a partir de la fecha, renuncio... a mi nacionalidad colombiana. Debido a la gran aceptación que mis lúcidas ideas políticas tienen entre el pueblo de los Estados Unidos, acepto la ciudadanía norteamericana. Desde ya me lanzo a buscar la presidencia de un país que sí me entiende.

ANDREW OF THE NORTH

Al fin llegaron las instrucciones de mis jefes... Vamos a ver qué dice este narcocasete.

ÁLVARO URIBE VÉLEZ

En sus tiempos, Quac, el noticero ejerció el soberano derecho a la premonición, a la videncia y la anticipación. Nada más palpable que el caso del entonces gobernador de Antioquia. Lo habíamos anunciado. ¡Sería presidente! A partir de 1998 —y tras haber seguido sin ningún resultado una triple terapia de medicamentos psiquiátricos para ponerlo en la realidad, electrochoques contra los accesos de cólera y los brotes psicóticos, y gotas mágicas para mitigar su condición de «intenso»— Álvaro se fue preparando para asumir el poder total, que en su caso es una versión del totalitarismo en el poder. Tras dos victorias electorales, dos planes de guerra fallidos, 723 accesos de cólera, 135.499 consejos, 857 casos de corrupción en sus huestes, 1.275 venias hacia Washington, un solo plan de lavado y engrase del proyecto paramilitar y la creación de 57 partidos uribistas caníbales, se ha dedicado ahora a construir una nueva reforma constitucional para instaurar la monarquía en Colombia que él iniciará (aunque ha dicho que descarta de plano sus aspiraciones a la corona). Entre rabietas y vuelos sobre Planeación Nacional, gasta su tiempo en preparar a sus delfines, Tomás y Jerónimo, para que lleven adelante la seguridad democrática hasta el año 2056, para seguir acabando el conflicto social y armado en Colombia. Ah, y a pesar de todo, continuar siendo el mismo loco que nos gobierna.

AUV Y AUC

Estoy pasando revista a quienes paramilitan en mis filas. Pero yo me autodefiendo por mis propios medios.

SEGURIDAD DEMOCRÁTICA

Yo no convivo con la subversión. ¡No paro! ¡Disparo! Afino mi puntería para hacerles pistola a los débiles. Tengo puesta la mira en la presidencia, y si no mejoro mi tino político, voy a quedar Apartadó del poder de fuego. Reclamo mi derecho humanitario a la guerra de baja intensidad. No soy un tigre de papel: soy un gatillo de fierro. Adoro a Pumpúm. ¡Detesto los paros! ¡Me gustan los paras!

JUSTICIA Y PAZ

Aunque a los intelectuales de la autodefensa les parece bien azotar y decapitar, condenamos toda acción violenta cuando la vemos ilegítima. Y lo legítimo sólo es Convivir sin el azote subversivo, decapitando el marxismo y negociando con los de las autodefensas, los nuevos alzados en ideología.

EL DEVOTO DE LA BOTA

Para llegar al poder, haré una campaña que incentive la economía con alzas en el costo de vida y bajas en el enemigo. Cuando la democracia no funciona, más valen buenas botas que malos votos. Mi doctrina es tripartidista: un neoliberalismo moderado por las ideas, nacional y socialista. Yo nací para militar... en esas filas.

TODA UNA ELECCIÓN

¡Qué rico! En las urnas, los voy a masacrar.

PREMONICIÓN 1996

 Mi maquinaria cooperativa armada, económica y política, apenas empieza a Convivir con el país.

CÉSAR GAVIRIA TRUJILLO

Después de un largo período como secretario general de la Organización de Estados Americanos, tiempo en el cual se alejó de la vida política del país y cumplió su sueño de ser gringo aunque fuera por un rato, César Gaviria Trujillo volvió a Colombia, tras amasar una inmensa fortuna como marchand d'art y gran coleccionista, gracias al sueldito de expresidente y a la pensión de la OEA. De inmediato, con su usual trabajo de zapa, penetró al Partido Liberal y se quedó con el poder de la decaída colectividad. Inventor del neocontrabando, más conocido como la «apertura», se arrepintió de sus pecados (no de todos) y en patético acto de contrición dijo que el neo liberalismo es una mierda y que el país necesita la socialdemocracia. Cual marioneta dio una voltereta de 180 grados y, como siempre, cayó parado. Esa fue su paradójica manera de llegar a la oposición al gobierno de su exsocio Uribe Vélez. Nadie le cree pero eso a él no le importa, pues su verdadero interés es el arte. Por estos días que corren se encuentra ultimando los detalles para la inauguración en Dosquebradas de su galería La Catedral. Prepara la sucesión de su vástago, «Simón el Bobito».

VER PARA CREER

Cuando yo estaba en palacio, no se hablaba del cartel de Cali ni de nada de eso. Eso era invisible, y así debió seguir. Grave error.

BIENVENIDOS AL FUTURO

No podemos olvidar la lucha contra los pobres, perdón... contra la pobreza.

LA APERTURA

Eso fue lo único que hice: estimulé el flujo de capitales en los sanandresitos.

ALFONSO LÓPEZ MICHELSEN

Desde que el diablo es eterno, también lo es Alfonso López Michelsen. Cuando Quac, ya hacía eternidades que el expresidente oficiaba como demonio de la política y de la vida nacional. Desde entonces, pasados once años, el «Pollo» López no ha hecho cosa distinta que pecar y ser el recipiente de todos los placeres y perversidades ideológicas y mundanas. Pasó orondo por los círculos infernales de los gobiernos de Samper y Andresito y aún hoy cruza en la barca de Caronte el Averno de la trágica opereta uribista. De tanto poner a pensar al país a su modo, pues el país ya no piensa. Y ahí sigue cocteliando y clienteliando por aquello del mandato... claro. Entre otros muchos libros, López guarda inédito su mayor ensayo político: «El incesto en la cópula bipartidista».

SED DE PODER

Me encanta el jugo de Lulú. . . Bernal.

EL INDIO AMAZÓNICO

Este trago amargo que está pasando el doctor Samper, mi exdiscípulo, sólo se cura con la mejor medicina: un whisky de doce años.

PARA CERRAR LA BRECHA

Antes de hablar, quisiera decir unas palabras. Agradezco esta distinción liberal a un caminante embriagado de poder. Tras mi absurda mocedad en el MRL, tras la oscuridad del Mandato Claro, encorvado a la derecha y con la serenidad del añejamiento, puedo decir como Johnnie Walker que nací en 1915 y sigo tan campante.

MEDICINA PREPAGADA

Cuando la revolución en marcha, me picó el bicho del socialismo y me curé con el bipartidismo.

EL TIEMPO DE LA GENTE

Como siempre, regresamos al pasado; así aseguramos el futuro liberal.

AMIGO LÓPEZ

Llegué temprano al coctel, porque al que madruga no le toca oír recitar a Belisario.

ANTANAS MOCKUS CIVICAS

«¿Y qué hago yo con la tempestad de mis egos?». Con esta frase a horcajadas entre la filosofía Maturana y la poesía críptica, el profesor Antanas pasó a la historia, logro que fuera su mayor deseo. Tras sacarle el culo a su alcaldía, como ha sido su usanza, volvió como el ave fénix, hizo tránsito de la antipolítica a la no política (o sea, al extremocentrismo) y terminó su carrera política en el 2006 de la manera menos cívica, es decir, con un triste puñado de votos. ¿Qué pasó? ¿Por qué las masas no entendieron el clarísimo lenguaje del profesor? Votar por Mockus era tan desabrido como el sexo sin orgasmo. Como quien dice, aquí no pasó nada y ya se acabó todo. Hoy el profesor y los antanistas a los que les encanta mandar, andan tratando de comprarse un partido político, pero todos están muy caros para el exiguo presupuesto del vate lituano.

¡QUÉ CULTURA, CIUDADANO!

Quedó claro en la paleta de la policromía que el sistema que se pretende establecer, y el que proponemos, se enmarca teóricamente en un concepto progresista, posmoderno y positivista. Marcuse dice que el hombre es unidimensional. Y para Habermas el hombre es un medio. Es esta distancia la que queremos cerrar con esta propuesta ciudadana.

DESPACIO... PÚBLICO

Según Kant, en su crítica del espacio público, la fenomenología del ser urbano conduce a la simbología. La semblanza amarilla, el no ser, que delimita el vacío del rojo y el todo del verde. Mejor dicho, el ser enfrentado al deber ser.

DAME LA MANO

La construcción de la ofensa va de la mano con la destrucción del agravio. Esa es la clave de la cultura ciudadana.

EL MIMO CEBRA

La cultura es la simbiosis entre la acción del hombre sobre la historia y el desarrollo de la ontología en la comprensión del todo real.

MOCKUS EN POESÍA AL PARQUE

«En el andén el público sin espacio
esquiva las cebras, raponeros a rayas.
El coqueto mimo de nalgas pintadas
forma cultura ciudadana.
Todo al parque: ¡agua al parque,
troncal al parque, basura al parque!
Si ejecuto el presupuesto,
la vía arteria se desangra a la carrera.
Todos ponen y yo pito, luego existo.
Ebrio de circo y zanahoria
soy un antihueco en la política...
¡Y qué! Tampoco estoy tapado».

MOCKUS ATRACADO

Navego por las calles de Bogotá. Nada me pasa y de nada me entero. Comulgo sin estar casado con el coqueto atracador, flor de la cultura ciudadana. Me gustan las experiencias lúdicas. ¿No sabes que todos ponen? Toma lo único que tengo, este huevo. El dinero lo dejé en los bancos. Él sabe, como yo, que es más fácil conseguir la plata que gastársela.

MOCKUS DE CULO EN TRANCÓN

En los escenarios urbanos de difícil lectura, en la fila de ciudadanos en formación, gozo del cacofónico concierto de pito al parque, expresión de la concertación. No me importa quedar como la parte del cuerpo que me hizo llegar a la alcaldía: el culo.

MOCKUS CANTAUTOR

«Todo pasa y nada queda,
pero lo mío es hablar,
pasar hablando carreta,
carreta en Bogotá.

Hace algún tiempo aquí en Bogotá,
donde hoy las cebras se visten de mimos,
se oyó la voz de un alcalde gritar
ciudadano ya no hay tombos,
sólo atracos al andar...

golpe a golpe,
se abren huecos.

Murió el Distrito y su malla vial
la plata está en un banco vecino
esta ciudad da ganas de llorar
ciudadano no hay cultura
sólo trancón al andar...

golpe a golpe,
ya no hay metro».

SÚPER MOCKUS

¿Qué falta cometí en mi errático devenir?

CHUPANDO PITO

Quiero cambiar la corrupta succión por una policía en formación, que ordene la caótica contemporaneidad de nuestro tránsito al siglo XXI.

CLASE DE MATEMÁTICAS

Optimicemos los recursos para no dispersar los esfuerzos en una institucionalidad fragmentada.

NI DE RUMBAS

Jóvenes por el camino de la perra, esta es una tomata de conciencia, pa'l centro y pa' Chapinero. Eviten el trago amargo, puede abrirles un hueco en el estómago, imposible de tapar, aunque hayan pavimentado. Por la Caracas, tomen a palo seco, hasta caer como troncales. Recuerden que es vergonzoso y de muy mala educación rascarse en público, las atenciones solo se devuelven en privado. Nunca transiten prendidos, les puede pasar lo de la energía de Bogotá, que se funde permanentemente. Además, si se enlagunan no boguen más, porque de pronto se hunden. Y si están entonados, pues entonces interpreten el himno de Bogotá. Si les da guayabo, sencillamente, la fórmula es tomar un coctel de garrote con zanahoria. Y recuerden: de rumba hasta laguna no más.

ESCATOLOGÍA LITUANA

En mi pesadilla recurrente soy Napoleón, y me derrotan en el water...
loo.

EN EL JARDÍN DE FREUD

No puedo reprimir el impulso de coquetearle a mi superyó cívico. Me acuesto mojado y amanezco seco.

EL CHIBCHA CLÁSICO

Tales de Pileta vio el origen del alma en el agua. Yo me inclino por Platón y su discípulo Totuma...

PLAN DE ALCANTARILLADO

Andrés echa agua sucia y se las da de higiénico... en el papel, claro.

EL PATIO TRASERO

Como presidente le mostraré el pompis al bipartidismo, para que sepan cuál es la línea que nos separa.

TAN CHÉVERE

Digamos que vivimos en una cultura política coqueta.

FI

En mi campaña todavía no se me ocurre nada.

LA MADUREZ DE LAS IDEAS

En El Goce Pagano conocí unas viejas salsas pero se me pasaron. Por eso me casé encima de un elefante, porque debajo habría sido un compromiso aplastante.

MÍNIMA MÁXIMA

Lo mío es desvestirme.

PLINIO APULEYO MENDOZA

Es el perfecto idiota pronorteamericano, título que comparte con hermanos de causa como Augusto Pinochet y Alberto Montaner: Se trata, faltaría más, de un gusano, pero de seda. Desde la embajada en Portugal, cantando fados y comiendo sardinas, se está lagarteando nuevos cargos para ornar su larga carrera pública. Quiere, entre otras cosas, ser comandante de las fuerzas gringas en Iraq y Pakistán, Papa, sucesor de Bush, director de la cárcel de Guantánamo, cocinero en la de Abu Ghraib, nutricionista en Haití. Pero parece que lo van a nombrar capellán del Plan Patriota en Colombia.

EL GUAYABO DEL DOLOR

Me dio guayabo no hacer parte del mal olor del país. Traje un poco de pendejadas escritas em... bajada. Apuntes de un idiota útil.

¡SU EXCELENCIA!

Lo mejor es vivir a costillas de la diplomacia, como yo, y ganarse unos pesitos extras hablando pestes del Estado que nos nutre, como yo.

ENTUERTOS DEL CIEGO

En país de idiotas, el Plinio es rey.

CON TODA LIBERTAD

Cuando dejé de ser imbécil dejé de ser liberal. Mi arma es la puñalada tramera y mi divisa: ¡Traiciona y vencerás!

PLINIO LEE SU TEXTO EN LA FERIA DEL LIBRO

« ...de Publio, sólo traslucía su apariencia batracia. Su piel guardaba el tono rosicler de las auroras tunjanas. En el parvulario, al zagal lo apodaban Cubio, recordándole su inefable rostro de tubérculo. Nunca se supo cómo conoció ni cómo se enamoró de Corín Tellado. La vida los separó cuando las saetas dejaron de hacer blanco, y Publio, perdida la autoestima, cayó en idiota letargo». Pueden aplaudir. Los que compran esta basura son los idiotas más útiles.

LOS REPORTEROS DE QUAC

INTI DE LA HOZ

La gran reportera y permanente enviada especial de Quac, sigue en la televisión. Se hace llamar Jorge Alfredo Vargas.

LA OPERETA COLOMBIANA

Hola. Hoy les traigo notas supermusicales. Resulta que, o sea, después de haberse autodenominado como el vampiro de Colombia, el embajador gringo Myles Frechette ha sido contratado para protagonizar la opereta *El murciélago*, de Johann Strauss —nada que ver con la señora Jacquin—, que se estrena en el Camarín del Carmen. Se trata de una puesta en escena nada convencional, dirigida por Fernando Botero y con amplios coros de los maravillosos tenores Darío Arizmendi y Juan Gossaín. Se destaca en el papel del cómplice de *El murciélago* la nueva voz de bajo de Andrés Pastrana. El malo de la opereta será el barítono Carlos Lleras de la Fuente, con barbita y todo, y se trajo desde el Royal Albert Hall de Londres a la soprano Noemí Sanín. Todos ellos cantan y cantan, mientras que el murciélago les clava los colmillos. En verdad se trata de una obra DEA... taque. Inti de la Hoz y el Martillo, *Quac*.

LA CHICA COMIDA PLÁSTICA

Hoy casi no puedo hablar porque tengo la boca hecha un aljibe. Resulta que llegó a Colombia la más famosa hamburguesa del mundo, la McPato, una empresa filial de *Quac*. Desde hoy no más viajes a Miami, no más planes lobos. Lo nice, lo súper mega *cool*, lo propio, lo del piuts, ya llegó. Todos vamos a engordar como chanchitos gringos. Montañas de plástico. ¡Huauuu! En la inauguración estuvieron todos los gorditos encabezados por Benjumea y Samper. Ahora sí lo demás... nada que ver. Ya somos grandes, ya hacemos parte de la civilización, al fin somos biodegradables, rompimos El Corral. Lo demás qué chanda, qué ceba. Me piso porque estoy que me como. Inti de la Hoz, ¡Quac!

LA LLANTA RETÓRICA

¡Huy, superbombas de inflar! ¡Qué recontranoticia! El nuevo rector de los Andes será el full papito del Rudy Hommes. Con esa boca de chicle, con esa inteligencia antediluviana... ¡Qué hipersoda! Ahora sí, apertura en la U, modernización de la academia, y todo bien impuesto. Como dicen los franceses: *Com il fo!* Y además les va a salir bien económico: ¡no cobra, paga por ver! Las sexy girls de ciencias políticas están preparando la rumba de bienvenida con todo y aeróbicos. ¡Los Andes a la oposición! ¡Rudy, capullo, queremos un hijo tuyo! Un macroeconómico al poder. Rudy: apriéтанos el cinturón. Inti de la Hoz, espectaculares *Quac*.

EXTINCIÓN DE DOMINIO

Divino el hipershow jurásico que se presenta en Corferias. Ha llamado mucho la atención el *Tyrannosaurus rex* *Álvaro Gómez*, depredador de dos patas y el mayor carnívoro que ha habitado el planeta. Con largos y fuertes brazos alcanzaba a sus enemigos hasta en el exilio. Desciende de él el *Enriquesaurus decentis*. Está el *Velocirrapto Alfonso López*, otro depredador de dos patas que acabó con el país, con garras retráctiles en los dedos del pie para agarrar el poder y afilados dientes para no tragar entero. Su descendiente es el *Felipesaurus semanas*. También está el *Stegosaurus Julio César Turbay*, herbívoro de cuatro patas, de cabeza pequeña, que acabó con la oposición. De él descende el *Juniorsaurus clientelis*. Y por último, el *Dilophosaurus Misael Pastrana*, carnívoro de dos patas, con dos crestas óseas frágiles en la cabeza, que depredó al pueblo en general. Aún vive su descendiente, el *Andresaurus casetiense*. Vayan a ver los dinosaurios antes de que se vuelvan a extinguir. Inti de la Hoz, ¡espectaculares Quac!

NOTAS DE SOCIEDAD

¡Huy, requetefull y tal! Estuve en el primer mitin de mi vida. Qué soda. La política es megaexiting. Con tombos y todo, como en las raquetas en la zona rosa. Qué susto, casi me hago popis. Estaban todas las chicas de ciencias políticas de los Andes, que las mandó Rudy; las de la Ponti, que las mandó Juan Diego Jaramillo, y las de la Sergio, que las mandó Enrique el decente. Siquiera no vinieron los ñeros de la Nacional, que huelen a buseta de tres pesos. También brillaron por su ausencia los alternativos y los mochileros. Que se queden haciendo collaritos y fumando *grass*. Les pedimos la renuncia al presidente y a todos los corruptosaurios. ¡Huy, cómo somos de inteligentes! Chicas y chicos todos muy Benetton, muy Armani y muy Guess, estábamos supernice en la nueva onda que llaman la sociedad civil, que está megaplay. O sea, ¡gomelos unidos marchando jamás serán vencidos!

COMPLETAMENTE CORRIDA

Estuve en toros ayer y son como la realidad: ¡una fiesta brava! Mientras los militares se pasan la bota, los fiscales les clavan indagatorias a quienes tienen banderillas políticas. Se habla de muletazo cuando la justicia cojea y no llega, de doblar cuando se amplía la indagatoria y de embestida cuando arremete Valdivieso. Los tendidos son los detenidos del 8.000. Indulto es lo que le van a dar a Samper. El puntillazo es lo que Gaviria espera para brindar con manzanilla. De la Calle es lo que llaman un mozo de espadas, que quiere entrar por la puerta grande para ser el primero de la tarde. Y el presidente saca el capote rojo de su partido para evitar la estocada. Inti de la Hoz, ¡espectaculares *Quac!*

SALSA CRIOLLA

Aunque tengo mis reservas, por el alto contenido líchigo y mañé de esa música para mochileros y quiebracanteros llamada salsa, registro la llegada de la Fania, porque la Fanny llegó hace como 35 años. Les tengo los temas y a quiénes se los dedicarán en la rumbita decadente del Campín: *Quítate tú pa' ponerme yo*, dedicada a Humberto de la Calle; *Mi gente*, a Ernesto Samper; *Plantación adentro*, a Tirofijo; *El periódico de ayer*, a Hernando Santos; *La cartera*, para Guillermo Perry; *Vigilándote*, a Alfonso Valdivieso; *Sonido Bestial*, para Horacio Serpa; *Sofrito*, para Fernando Botero; *Pa' bravo, yo*, para Misael Pastrana, y *Juan Pachanga*, para Heyne Mogollón. Inti de la Hoz, espectaculares ¡guácatelas!

PARA SEPARAR SIAMESES

Se estrena en la ti vi una onda super lanzada: *Géminis*. Los protagonistas, Humberto de la Calle y Ernesto Samper, conforman una pareja unida por el indisoluble vínculo del matrimonio. Pero uno de ellos, Humberto, esconde un secreto. Anda con los dos partidos y tiene una relación muy conservadora con un apuesto joven llamado Andrés. La pareja descubre que el obstáculo para el amor es esa gran distancia que habita entre los dos. Ernesto se pilla que existe otra relación de por medio, que Humberto ha tenido una apertura. Humberto tiene que afrontar tortuosamente la realidad de ser bipartidista. Aquello genera una crisis total, porque Humberto quiere seguir en lo suyo y Ernesto no le perdona su infidelidad. ¿Se quedará Humberto con el palacio donde tantos días de alegría vivió la pareja? *Géminis*, una serie sobre un amor típico de los tiempos de crisis. ¡No se la pierdan! Inti de la Hoz, ¡espectaculares Quac!

COCA AL PARQUE

¡Huy, qué remegaonda! No más parejitas chupando piña en los parques. ¿Cuál 8.000? El próximo fin de semana, ¡puro rock al parque! ¡Superexciting! ¡Maxipepera! Pillen los grupos: La Derecha, con su creación *La manguala* y los gallos del cantante César Gaviria: pura *country music* pereirana. A Ciertos Pelados, la banda de Santi Medina, con su tema *Elefante falaz*. La Pestilencia de la Procuraduría, con su ópera *Aquimindia me tiene preso*. Un grupo techno, Compañía Ilimitada, con Billy Lobby Perry y Joe Tony Ocampo. De México, Valdivieso trae La Lupita, para ver si pilla la prueba reina. No estará Andy Pastrana and his Narcocasetes, que se quedó sin voz ni voto. Inti de la Hoz, ¡espectaculares Quac!

EL MES DE JULITO

Ya no está en onda el megaintelectual postmodern Julito Sánchez, nuestro Jesuschrist Superstar FM. Se puso de bocón con el *boss* y se quedó en *off*. ¡Sobrado! Creyó que podía tratar a Julio Mario como a Samper, a las patadas, y terminó pateando su lonchera. ¡Caracoles! La pataleta le salió de lo más carada, pues además sacó del cubilete a la coneja española Samamanta Tetorres, que le bajó el *rating* y los humos. Mejor dicho, confundió el destape con la situación la pintan calva. July está buscando *job* por diferente canal. Nunca más se vuelve a encadenar porque para eso tiene su agencia de modelos, con las que hace programas, y un promisorio Panorama. ¿Y ahora qué hago con las calcomanías que de Viva le puse al BM de papi? ¿Quién vendrá después de Cristo? ¿Su tío Myles Frechette? Inti de la Hoz, espectaculares ¡Jeeees!

FRANKENSTEIN FONSECA

Nuestro inolvidable cronista rojo, el querido Frank, es hoy por hoy el jefe de prensa del parapsicólogo, del mentalista Armando Martí. También es empleado de la Fiscalía de Iguarán.

LEVANTAMIENTO DEL CADÁVER FALLECIDO

Muy comatoso yace aquí, en una camilla, tirado detrás de unas ambulancias en avanzado estado de chararrez congénita, el cuerpo del occiso que responde al nombre de Pacto Social. Las autoridades competentes, convencidas de que el cadáver fallecido se hallaba muerto, lo trajeron a estas dependencias donde volvió a mostrar lánguidos signos vitales. Sin embargo, se prevé su deceso para las próximas horas. A otro Perry con ese hueso. Para su noticero Quac, informó Frankenstein Fonseca. Siga allá Yamic...

CONDENA PREPAGADA

A raíz del fracaso del sometimiento a la justicia, la Fiscalía General de la Nación anunció hoy una nueva y revolucionaria medida para acabar con la impunidad. Se trata de la condena prepagada, en virtud de la cual los futuros delincuentes, antes de cometer sus respectivos delitos, pueden pagar una pena de cárcel equivalente a la que tendrían al cometer el ilícito. La medida aligerará los procesos y hace parte de la campaña nacional de prevención del crimen. El fugitivo delincuente Fabio Puyo dijo, desde algún lugar del mundo, querer someterse a este procedimiento. Pagará cinco años de cárcel, pues piensa robarse la hidroeléctrica de Betania. La Fiscalía considera que esto ayuda a la modernización del Estado. La justicia prepagada promete tener un gran futuro. Paraquat, informó Frankenstein Fonseca.

PAJAROS DE ALUMINIO

Me encuentro en el Hotel Casa Medina, desde donde en contados minutos Santiago Medina, a quien le dieron la casa por cárcel, saldrá clandestinamente hacia el exilio. El reo presente volará a Washington en un avión de la aerolínea DEA, donde fundará un anticuario con Guillermo Pallomari, otro pájaro de alto vuelo. Supimos además que la Fiscalía le dará a Juan José Bellini el estadio Pascual Guerrero por cárcel. Frankenstein Fonseca, *Quac*, la justicia.

CAÍDA DEL EXTRATERRESTRE

El N.N. era conocido en la luna como Mockus Cívicas Antanas. El extraño ser, procedente de la nebulosa de Andrómeda, tenía un corazón en forma de zanahoria, un extraño órgano en forma de pito, y en lugar de orejas portaba unas tarjetas con dedos arriba y abajo. Los médicos legistas lograron establecer que el ser venido de las estrellas tenía severamente gastados los glúteos, aparentemente de tanto mostrarlos. No medía ni un Metro, y aparentemente su nave cayó por falta de sobretasa de gasolina.

EL ANFITEATRO DE LOS ACONTECIMIENTOS

Me encuentro aquí en Medicina Legal, o sea en tetrahidrocannabinol, donde se están practicando las pruebas del monstruoso engendro 8.000. A raíz de la huida del confeso productor de televisión Justo Pastor Perafuá, importantes ejecutivos y empresarios han traído a esta morgue sus respectivos celulares, bíperes y muestras de plasma, para el proceso de descontaminación. Fuentes de este anfiteatro indican que se ha comprobado que a dichos sujetos lo que Perafuá les dio fue más bien una pruebita, pero que por aquello de la dosis mínima no se constituye en plena prueba. Mejor dicho, que frescos. De esta manera, a falta de pruebas, la Fiscalía probará que sí se sabía pero que no hay pruebas. Frankenstein Fonseca, *Quac*, la Patasola.

DISECCIÓN PAQUIDÉRMICA

Estoy en Medicina Legal, donde se le practica la necropsia al cuerpo del elefante del delito. Se pretende establecer si efectivamente el elefante entró, y si lo hizo decúbito dorsal, o sea de espaldas. El legista José Gregorio Hernández procedió a la disección del paquidermo, encontrando imposible determinar si el occiso entró completo, a medias o en cajas. Se presume que el domador Fernando Botero se llevó el lomo y las chatas y le dejó la cola al asistente Medina. Se dice también que lo que entró del animal fueron los colmillos, porque a elefante regalado no se le mira el incisivo. Figura en la historia clínica que el mamífero fue engendrado por un obispo, lo cual le resta valor probatorio. Por su parte Samper, director del circo, considera que, adentro o afuera, del elefante sólo ha quedado la metida de pata. Frankenstein Fonseca, *Quac*, la Llorona.

EL AGENTE BOBADILLA

Botado de la Secretaría de Tránsito, está desempleado, pero gracias a su larga experiencia en las esquinas, el «moto» Bobadilla sigue trabajando en un semáforo: vende bolsas para la basura.

COMPARENDOS

Vayamos por partes... En el día de hoy hemos cazado a Ernesto Samper por hacer un giro prohibido a la derecha con la licencia a punto de vencerse. A Fernando Botero, por pasarse en rojo en los gastos de la campaña. A Santiago Medina, por transitar por zonas prohibidas. A Miguel y Gilberto Rodríguez, por andar con muchos pases. A Humberto, por hacer uso indebido de la Calle. A Alfonso Valdivieso, por no guardar el espacio mínimo entre autos... de detención. A Noemí Sanín, por adelantar en curvas. A Juan Manuel Santos, por exceso de velocidad. A Horacio Serpa, por no asegurar la carga.

EL QUE NO PITA

Por más chupas que seamos, no nos van a dejar mamando...

EL CLAN DE LOS DÓBERMAN

Si nos vuelven tombos, además de morder vamos a ladrar. Yo haré el de verde... rebuscar lo de la gaseosa.

CRISIS PORTUARIA

Como ahora no atracan los barcos sino los tombos...

CON LICENCIA

A una mula no se le quita el pase...

PERSONAJES DE LA HISTORIA

ENTREVISTAS EN QUAC A SUS ESTATUAS

GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA

¡Joder! ¡Pues nada! Que cuando yo la fundé a la Santa Fe, la construí con techos de paja, y ahora andan con la historia de la solución a la inseguridad, la malla vial, la ampliación de los servicios. Pero si todo sigue igual. Paja y más paja. Le quiero decir que me agobia la soledad. Mire usted: el único personaje que vive cerca es el tal Santander, ahí a la vuelta. Pero yo no trato con subversivos. Por mí que le parta un rayo.

FRANCISCO DE PAULA SANTANDER

Los gringos nunca existieron.

No soporto más el humo del basuco y el olor a pipí. He pedido traslado, pero en todos los sitios que me gustan está Bolívar, quien con toda impunidad tiene en Bogotá como 17 plazas y cinco casas de lenocinio. Ya lo dije, ¡es un dictador!

Los gringos, otro invento de Bolívar... Nunca existieron. Son la fantasía de un decadente.

Yo me inventé las leyes y aquí las violaron. No se acuerda que en el incinerado Palacio de Justicia decía: «Las armas os dieron la Independencia, las leyes os darán la libertad». Eso era mío y lo quemó Belisario. Ni uno aquí de estatua lo respetan. Mire no más cómo me tienen.

SIMÓN BOLÍVAR

No me hacen caso.

Mal puede Santander quejarse de falta de espacio cuando me hizo saltar por una diminuta ventana en aquella nefanda noche septembrina. Ese tipo es un paramilitar.

Ya lo dije muy claro: si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro. No me hacen caso.

Vuelvo a mis palabras y las dije hace 170 años: los Estados Unidos parecen destinados por la Divina Providencia a plagar de miseria los países de Latinoamérica.

FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

La coca, esa especie de la familia de las eritroxiláceas, es parte de nuestra historia. Si no fuera por ella, que quita el hambre, ¿cómo le habríamos dado de comer a este país? Por defenderla me pusieron aquí, en la plaza de las Nieves.

Antes por acá pasaba la historia. Hoy, escasamente, los loquitos esos, los hare krishna.

¿El departamento de Caldas robado? Vayan y miren el de Bolívar, el de Nariño, los de Santander, el de Córdoba, el de Sucre...

SAINETE DEL 20 DE JULIO DE 1996

NARRADOR: La colonia vivía en la normalidad: masacres, torturas, magnicidios, hambre y corrupción. Se esperaba la llegada del visitador regio don Humberto Delacallicencio, medio criollo, medio chapetón. Los criollos querían darle un banquete, otro más de esos propios del clientelismo. Era necesario un florero. Entonces don César Gaviria de Morales, conocido pendenciero local, fue hasta donde el chapetón Andrés Llorente.

GAVIRIA: Ciertamente necesitamos ese florero para homenajear a mi vicepresidente regio. ¡Muestre pa'acá!

ANDRÉS: Me cago en Humberto Delacallicencio y en todos los colombianos. ¡Que renuncie!

GAVIRIA: ¡Chapetón hijo de papi!

NARRADOR: Criollo y chapetón se fueron a las manos. El florero se rompió y, con él, el poder colonial. El pueblo enardecido se sumó a las voces y se alzó contra el régimen.

PUEBLO: ¡Abajo el mal gobierno del virrey Odiar y Frechette! ¡Viva el rey Bill Séptimo!

NARRADOR: Llegó entonces Horacio Acevedo y Serpa, el tribuno de la manguala.

SERPA: ¡Si dejáis escapar estos momentos de descertificación y sanción, ved la extradición y las cadenas perpetuas que os esperan en Miami!

NARRADOR: El oidor Valdivieso de Alba, empequeñecido por los acontecimientos, cavilaba...

VALDIVIESO: Si los pingos criollos me reforman la Real Audiencia, el virrey Frechette se cae y yo con él. Mejor le digo a Salamanca que suelte los perros.

NARRADOR: El pueblo pidió cabildo abierto...

PUEBLO: ¡Sesiones extraordinarias, sesiones extraordinarias!

NARRADOR: Y la voz del pueblo, como siempre, no fue oída.

GAVIRIA: Ante la crisis, convoco a la legitimidad. Que tome las riendas el vicepresidente regio Delacallicencio.

SERPA: ¡Mamola! ¡Que el cabildo elija un criollo de verdad, un hombre que, como yo, sí es chicha y es limonada!

DE LA CALLE: No vine a ver los toros desde la barrera, sino a coger el poder por los cachos... que me quieren poner.

VALDIVIESO: ¡Y yo qué! ¿Me van a dejar en el burladero, toches? Esperemos hasta dentro de dos años, pues Samperiño ahí está y ahí se queda. Para entonces ya habré crecido.

FRECHETTE: ¡Jajajaja! Hagan lo que quieran, indignos vasallos. De todas maneras volveré con los reales *marines* para quitarles la visa. ¡Me morillo de la risa, jajajaja!

NARRADOR: Ante las afrentosas amenazas del virrey Odiar y Frechette, el pueblo se tomó el cabildo abierto, detuvo al tirano y le dio la embajada por cárcel... Tras todos estos acontecimientos, desde su propia casa, donde se encontraba incomunicado por la crisis, el Precluser, Ernesto Samperiño, proclamó la República.

SAMPER: Criollos. Declaro nuestra independenciam de Estados Unidos. Estos territorios de ultramar, conocidos como la Colonia de la Nueva Embarrada, desde hoy y para siempre se llamarán «la Patria Boba».

EUFORISMOS BOGOTANOS

Los muertos del palacio de Justicia fueron enterrados en Armero.

Mientras los europeos son occidentales nosotros somos accidentales.

Este país no necesita desarrollarse sino venirse.

El páramo ejerce su grandeza con altura.

Colombia necesita un proceso alquímico que transforme el plomo en oro.

El dueño de un bar: “No tomen más que me acaban el decorado!”.

La burguesía bogotana tiene una filosofía propia: el anapoinismo.

Bogota, fortín de diletantes y enfermos de la erudición y la retórica.

A Bogotá desde hace mucho tiempo, conquistadores, virreyes y alcaldes no la han podido seducir. Temerosa de si misma y de su historia, la ciudad prefiere no enamorarse.

Soy bogotano. Nací en medio de esta ciudad grotescamente dispuesta para la nostalgia.

Bush es paisa.

Nada mejor que la larga procesión de los amigos.

Sabrosa palabra, arepan o panarepa. Aguapanela.

Se envejeció mi juventud.

Gracias a la vid... que me ha dado tanto.

He bailado todas las salsas, hasta la Bechamel.

El chévere es uno.

Solo la prepotencia de los lecheros sabaneros pretende poner en marcha la estupidez geográfica de hacer coincidir los Alpes y los Andes.

Lo de uno es ser mestizo.

Dejé la lucha contra el Estado y ahora lucho contra la familia.

La memoria es un rigor insoportable de la inteligencia.

Uno no se acuerda pero afortunadamente olvida.

Tuve una infancia feliz y no me acuerdo de nada.

Me llamaban vendaval sin rumbo.

Nada es un error.

Hay que darle a la vida, como a las fachadas, el acabado que uno quiere.

En cada vocablo que utilizo encuentro el mestizaje que me hace cautivo y cautivado.

La conciencia se me refundió entre tanta epopeya onírica.

Me sigue atrayendo la holgazanería patética de los siglos anteriores.

No estoy enamorado, no percibo cosa distinta a mi propio espacio donde resuenan los truenos.

No hay nada que arrastrar, ni siquiera la nostalgia.

Escribir es saber que alguna resonancia indispensable no ha sido aún escuchada.

Mi querido olvido: hablemos de mestizajes.

Un día estaba tan borracho que confundí un dispensador de condones con un teléfono público. Y lo peor fue que llamé y me respondieron de una línea caliente.

Todas dicen que desde que se separaron de su anterior pareja no han tirado con nadie.

Detesto tu puntualidad. Siempre te vienes a la misma hora.

Coñocimiento: mezcla de sabiduría y dependencia sexual.

Cuando supe que venías puse una ruana en la cama.

Lo único que fija los recuerdos a la memoria es el amor.

Viví tres años con ella para que no dijeran que fue un polvo y nada más.

Aplaudo la dignidad inmensa del solitario.

Mi verdadero hogar son mis zapatos.

Hice de mi vida todo lo contrario.

Una doble esencia de certeza y duda. Un péndulo quieto.

Nada, palabra inmóvil, verbo quieto, lugar inadecuado.

Nada demasiado evidente puede ser definitivo.

Algunos trepando también se arrodillan.

El fin del mundo ya pasó y no nos dimos cuenta...

A veces los mismos que iban por las calles estaban en las fiestas.

Y al pasar de los años, lo que más nos había arrugado era la risa de los inmortales.

La Conspiración de los inmortales es lograr trascender en ese punto preciso entre la expansión y la contracción.

Volver al paraíso es ir hacia adelante. Avanzar o regresar es lo mismo. El sentido es doble y cada vía es su contravía, su contrario, su opuesto.

Mira el tiempo respirando.

Las arrugas son las cicatrices de la risa.

¡Despierta jaguar, despierta!

Estaba de vacaciones en el plano 27 de la evolución.

Me da miedo la opera bufa de la muerte. Le temo a los ritos poderosos que determinan quién vive y quién se muere.

Cada uña del jaguar es una lanza.

Hay que creerles a los sobrevivientes y no a los historiadores

¡Juicio Final ya! ¡Armagedón ya!.

Tan bueno que estaba el fin del siglo...

Aquí no pasó nada y ya se acabó todo.

En la agonía uno debe dar la última lora.

Intuición: saber sin saber.

No hay una fuerza superior al instinto de unir.

El instante detenido es el inicio de otro movimiento, siempre.

El alma no se modela desde afuera sino de adentro, con sus propias materias primas. Lo de afuera es todo reciclado, ilusorio. Lo de adentro es cierto.

El error perpetuo, eso es el infierno.

Cambio el “Detente instante” de Goethe por el bolero que dice “reloj no marques las horas”.

Ella repasaba el pincel sobre sus labios en los cuales aún se depositaba ese olor de noche bien entendida, esos tiernos amaneceres tercermundistas.

Yo ya no porque ya yo ya.

Nunca me fui de casa pero cada vez estoy más lejos. Por eso aun cuando regreso sigo de viaje.

Tú y yo somos diametralmente iguales.

¿Y en tu país también existe esa porquería llamada autoestima?

Un fantasma es un amigo del alma.

Buenaventura Durruti, patrimonio de la humanidad.

Yo vengo de donde ella se venía.

La serenata es un triste amor de lagaña.

La vida es la distancia entre uno y la utopía.

Si quieres mandar, ¡cómprate un partido político!

La verdad es una cosa que siempre está por suceder.

Fui al colegio a que me estudiaran.

Chapinero o morir.

Bogotá, Sodoma de los Andes.

Siempre tu Bogotá, directo Caracas al Magdalena.

Nuestra bandera debería estar eternamente a media asta.

Usted es la negacion de mi sectarismo. Ella era tan bogotana que en las orejas peludas de los amigos veía frailejones. Gaitán y Maradona, ¡a la carga!

Trabajo en el periódico de ayer.

La insoportable levedad del paisa.

Hazlo, descubre el mantel y nos encontramos entre unos palos de mango y un sorbo de manglar.

Dale a la Alquimia, pon de todo en el athanor y insufla el fuego para la Gran Obra.